

mi
AMADA
SEÑORITA
ANGEL

Laura A.
López



VESTALES

López, Laura A.
Mi amada señorita Angel - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4454-85-0

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2021.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-85-0
Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2021

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

CAPÍTULO 1

Era una de sus primeras visitas a Inferno después de que Claire les había extendido una invitación a ella y a Constance. La muchacha parecía disfrutarlo, casi no había diferencia entre la que se presentaba en los grandes salones de baile, y la atarantada mujer que no podía ver un caballero.

—¿Quién bajará primero, Angel? —cuestionó Constance, extasiada por arrojarse de la segunda planta sobre alguno de los caballeros sin antifaz.

—¿Quieres que un hombre como el señor Matterson se fije en ti? ¿No te había rechazado? —indagó Claire con burla mientras se cruzaba de brazos y se colocaba un dedo en el mentón.

—Ahora estoy disfrazada. ¿Cuántas son las probabilidades de que me reconozca?

Angel por indolencia, alzó la mano para contestar.

—Lo sabrá porque eres igual de extrovertida que un salón con *gente bien* —declaró lo que hizo que Constance tuviera una dudosa mueca en el rostro.

Parecía meditarlo. Sin embargo, pensar no estaba en el vocabulario de la estrafalaria amiga de Angel. No existía una relación alguna entre su lengua y la lógica de un educado comportamiento.

Claire, por su parte, era, más bien, muy rígida. No aceptaba cualquier cosa que se le pusiera en frente; tenía siempre un argumento para justificar el porqué de tal o cual proceder. Demasiadas reglas para alguien tan joven. Jamás nadie la vincularía con Inferno, lo que era tan bueno como importante. Mantener una doble vida era un tarea difícil, aunque ella lo llevaba adelante como si solamente respirara.

Angel simplemente no dejaba de pensar lógicamente. Antes de haber ido a Inferno, pensaba, con total sencillez, que se casaría con el primero que le pidiera la mano. No era una aristócrata para trajinar prefiriendo pretendientes. Sin embargo, cuando ingresó al club, pudo ver el sufrimiento de mujeres que no amaban a sus esposos; algunas golpeadas, abusadas y maltratadas por esos caballeros.

Escuchó las historias de una de las viudas, que tuvo que matar a su esposo para que dejara de abusar de ella cada vez que se le antojaba. Aquello fue muy duro. ¿Y si el hombre que la pretendía era un viejo violador? ¡Dios no lo permitiera! Debía rezar con más fervor por encontrar el amor.

Parte de su plan, entonces, consistía en esconder su buena presencia, vestir elegante, pero recatada, resaltar sus cabellos negros enrulados, sin aquellos bucles que usaban las demás. Esa estrategia bien había funcionado hasta el momento, solo que también se había convertido en algo que la frustraba. Se pasaba sentada en las veladas junto a la quejosa de Constance, quien, también, muy en el fondo, resentía sus defectos.

Después de meditarlo un par de veces, decidió convertirse en dos personas diferentes. Una Angel desgarbada frente a la sociedad, que espera que alguien se acerque a conocerla; la otra Angel, el ángel del infierno, una joven deseosa de poseer atenciones que no podía recibir frente a

nadie. La Angel de Inferno era bella, sus ojos azules resaltaban detrás del antifaz; su cabello enrulado iba en un estirado recogido que ayudaba a que su puntiaguda nariz resaltara, al igual que sus labios rosa se vieran sensuales con el carmesí que había tomado sin permiso de su madre.

Al recordar todos esos anhelos, en un arranque de pura valentía, se levantó con decisión, lo que sobresaltó a sus amigas.

—¡Yo iré primero! —Golpeó la mesa con gran determinación, para colocarse luego los senos en su lugar y arreglarse la falda.

—¡Que en paz descanse la cordura de Angel! —celebró Constance mientras aplaudía ese gesto.

—¡Puro valor, Angel! —la animó Claire, que veía cómo su amiga se dirigía al portal sin retorno: las escaleras a la planta baja.

Angel inspiró con profundidad y giró el picaporte para ir hacia lo desconocido, donde solo pocas se animaban.

Los caballeros al parecer escucharon el crujir de una puerta, se dieron vuelta para ver qué sucedía. Al sentir todos esos ojos sobre ella, decidió dar un paso al costado. Todo el valor con el que contaba segundos atrás se había ido, tal como llegó. Se dio vuelta para volver, pero Constance le cerró la puerta en la cara. Estaba sola en territorio hostil. Maldijo la suerte para continuar con su empresa.

Tras observar de un lado al otro, intentó parecer lo más normal y educada posible. Sin embargo, sentía la mirada de varios caballeros en la nuca. Los atractivos hombros desnudos de la joven resaltaban una piel de porcelana, un color como el de una nube con la suavidad de las más finas telas. Su ventaja era que podía elegir a quien deseara. Después de pasar la parte más difícil, volvió a ser decidida y se propuso encontrar un objetivo.

Vio a un hombre de ojos completamente azules, con el cabello oscuro como el suyo, una altura excelente y una complexión normal. No había visto a ese caballero en ninguna de las veladas a las que había acudido. No se trataba del ser con más bellas facciones, se lo veía un poco tosco, pero, a la vez, tenía su propio atractivo. Se acercó hasta él, le tocó el hombro cuando hablaba con otro caballero que estaba enmascarado.

—Deseo su compañía, caballero —exigió.

Prince, que así se llamaba el hombre, observó a la dama que se le había acercado. Era fina, con la gracia de una garza, un vestido decoroso de debutante, además de unos ojos azules que brillaban joviales y juguetones. Sonrió lobuno; colocó la mano en el mentón de Angel.

—A ti puedo darte más que solo mi compañía —pronunció mientras le tomó los labios con un corto beso—. Con permiso, mi buen Diablo, tengo asuntos que requieren mi atención inmediata.

Diablo solo inclinó la cabeza y se retiró sin decir más palabras hacia las habitaciones del otro lado del ala de las damas, mientras que Prince se llevaba a Angel de la cintura, con un toque suave y caballeroso.

Había pensado que esa noche hablaría con Diablo sobre el tercer miembro de Inferno; sin embargo, no llegaron a ese punto, porque apareció la criatura más osada y atrevida para seleccionar al segundo miembro del club. Por regla general, podían rechazar a las damas que se acercarán a un miembro de Inferno, si no eran de su agrado, pero la joven que se acercó, le había llamado la atención: poseía vestigios de inocencia.

A Angel, el corazón se le estaba saliendo del pecho, el hombre aceptó la compañía como mujer. Sin embargo, ella era virgen: tenía eso solo como única posesión preciada; si la perdía, lo perdía todo.

No bien se habían alejado, Prince la acorraló contra una de las paredes. Le metió las manos bajo la falda hasta levantarla.

—¡Dios bendito! —exclamó al intentar mantener la cordura ante ese apasionado ataque.

Prince le atacó el cuello también, lo que hizo que ella sintiera esa abrasadora lengua que le recorría aquel lugar sensual, entre el cuello y clavícula. Luego, él se dirigió a poseerle la boca con inflamada pasión, mientras Angel se ahogaba en las sensaciones de su cuerpo. Podía notar lo difícil que sería ser llegar virgen al matrimonio.

—No soy Dios, pero puedes llamarme Demonio —sonrió mientras intentaba acceder a ese apretado escote.

—¿Ha dicho Demonio?! —indagó asustada. No sabía que había seleccionado al mismo Demonio, al hombre más criminalmente diabólico de Londres. Tal vez, conocería el placer a través de él.

Sin embargo, segundos después de escuchar ese sobrenombre, comprendió las implicancias de sus actos. Ese hombre era un paria, dentro y fuera de Inferno. Angel se dijo que sus convicciones debían ser mayores. Apeló a la parte de sí que todavía mantenía la cordura.

Intentó liberarse y pudo lograrlo.

—¿Qué hace? —la increpó Prince, frustrado.

—Soy una joven virgen, lo siento —se justificó y corrió.

—¡La virginidad está sobre valorada! —gritó mientras iba tras ella.

Angel dejó de huir para poder explicarle sus motivos. Se dio vuelta para verlo.

—Entonces es porque no somos compatibles: un ángel no puede estar con un demonio.

Eso fue suficiente para que él parara, y ella pudiera volver a la seguridad de la racionalidad.

CAPÍTULO 2

“El gran duque de Hamilton, busca esposa con las siguientes características: tonta, de buena familia, excelente presencia y que no reclame sus andanzas. Los beneficios que tendrá por ser su esposa son: dinero, lujos, hijos, muchos hijos, y el título de duquesa.”

Prince arrugó el papel por décima vez. Buscar una esposa por medio de un periódico sería humillante. La temporada estaba acabando, y él no había conseguido ninguna candidata adecuada porque no acudía a las veladas. No tenía la forma de acceder a ellas. Era un paria, sin la aptitud necesaria para regenerarse. Andrew Hilton, su mejor amigo, había conseguido a una mujer hermosa como la señorita Baxton, que para suerte de Andrew resultó ser una mariposa nocturna. Llevaba un matrimonio ideal, mientras él no había conseguido nada. Tenía en mente a una dama un poco estrambótica para su gusto, aunque con potencial. No había cosa que el dinero no pudiera comprar.

La señorita Payne entraría en su tercera temporada; ya no le quedarían opciones si él se presentaba y pedía su mano, aunque esperaba que un milagro apareciera y lo llevara en otra dirección, una mujer igual de insulsa, pero con una mayor gracia. Aquella señorita, pese a tener los mejores recursos económicos, no podía mejorar su aspecto. De todos modos, él necesitaba una candidata por lo que tendría que resignarse, antes de que su abuela apareciera y viera que no había movido un solo dedo por el futuro del título.

—¿Qué es ese barullo? —preguntó Andrew que se levantaba de su escritorio de Inferno.

Se acercó a la ventana, y observó. Eran varias personas apostadas frente al lugar.

—¿Son ellos otra vez? —consultó Prince sin levantar los ojos del papel en que se disponía a escribir.

—Sí.

—No retroceden con nada.

—Soltaré a Mammon y Leviathan, con eso se irán.

—No creo que sea buena idea arrojarle tus perros encima, Andrew.

—Pero que tú sí arrojes a mis perros es una buena idea, supongo.

—Hoy hace frío. Aun así estas adorables personas religiosas, no dejan de apostarse casi a diario aquí. Diablo no mueve un solo dedo... ¡Viaje de negocios! ¡Este es su negocio y debería estar cuidándolo! —se quejó luego de correr una cortina.

—Ya no administras este lugar, Prince. Creo que llegó el momento en que deberías tomarte un descanso, demasiado libertinaje te ha afectado.

—¿Libertinaje?! ¡Estoy agobiado!—resintió—. He recibido una carta de mi abuela.

—Tu honorable abuela... —se burló su amigo que sonreía.

—Sí, ella misma. Me ha dado un plazo para que me case.

—¿De cuánto?

—Un año. Pero la temporada casi acaba; necesito una esposa.

—Haré que te inviten a varias veladas. Diablo quizá pueda intervenir.

—No lo sé —murmuró pensativo.

Tres toques seguidos a la puerta anunciaron a uno de los empleados de Inferno.

—Adelante —autorizó Andrew.

—Señor Hades, un turba de gente está afuera con el objetivo de linchar a los clientes.

—Ve por...

—Deja que yo lo resuelva. Pide a los demás guardias que se coloquen en todas las ventanas con cubetas de agua fría. Apagaremos el fuego interno de estos feligreses —sonrió Demonio con malicia.

—Sí, señor Demonio —obedeció el hombre y se retiró a cumplir la orden.

—Son damas, Prince —quiso hacerlo entrar en razón.

—Las damas están en sus casas durmiendo, en vez de gritar en la calle —aclaró.

Al cabo de varios minutos, aparecieron varios hombres con cubetas a los que sumaron también Claire y Constance.

—¡Claire, baja eso! —ordenó su esposo al verla entrar con los demás.

—¡Pero Andrew, es nuestro negocio y a Diablo...!

—Piensa en el bebé en camino, no quisiera que nadie te arrojara una piedra y te lastimara, querida. —La tomó del rostro dulcemente.

Conmovida por la preocupación de su esposo, sonrió.

—Tome usted —entregó ella la cubeta a Prince, que agradeció con un gesto de cabeza.

Abrió una de las ventanas, y miró a la muchedumbre.

—¡Buenas noches! —saludó llamando la atención—. ¡Es una bendición no tenerlas como miembros selectos de este grupo!

—¡Es el disoluto duque de Hamilton! ¡Lapídenlo! —mandó una voz que lo reconoció.

—¡Deseo darles una cálida bienvenida! —exclamó irónico.

—¡Es el hijo de Satán, el que corrompe a la buena sociedad!

—¡Déjeme discutir esa acusación! ¡No puedo corromper a quien ya lo está! ¡Sus honorables esposos, o prometidos, ya eran manzanas podridas! —justificó con pleno conocimiento de causa.

—¡Es una escoria con título! ¡Merece morir! —gritó una mujer que arrojó una piedra hacia la humanidad de Prince.

Él, sin moverse, vio cómo la piedra pegaba los ladrillos rojos de Inferno sin que estuviera cerca de darle en alguna parte del cuerpo.

—¡Es una bendición que no cuente con tan buena puntería como mía! —Tomó la cubeta y arrojó el agua fría sobre la mujer—. ¡Ahora! —ordenó al resto que, sin parar, arrojaba el agua como lluvia furiosa.

Prince y Claire se desarmaron de la risa. Disfrutaban el momento. En ellos, definitivamente algo no andaba bien, al menos Andrew creía eso. Tanta opresión para la antigua señorita Baxton, la llevó de una gran represión a una gran liberación contra la sociedad que la había acogido. Mientras Prince solo cosechaba los frutos de ser el rostro visible de Inferno. La sociedad londinense no sería paciente con él por toda la vida.

Las personas se iban dispersando, cuando Angel llegaba a Inferno después de haber acudido a una velada. Frente al empedrado, todo estaba empapado o al menos eso podía ver después de que la gente huyera despavorida. Era la misma turba que iba a intentar cerrar el local noche tras noche.

Después de salir de su casa, se había cambiado dentro del carruaje de alquiler. Llevaba un rodete ajustado en la cabeza, y un antifaz oscuro. Con aquellas dos cosas, podía ocultar su encrespado cabello como también parte del rostro para no ser reconocida. Dejaba ver más de lo enseñaba en los grandes bailes a los que asistía. Una clavícula saliente, y una figura estilizada podían verse a través de aquel vestido granate. Un contraste perfecto con la piel, los ojos y el cabello.

Desde arriba, Prince la observó. Aquella era la dama que lo había dejado encendido tiempo atrás, a la que, por más que la persiguiera, no había logrado que cayera en sus redes. A la par que él inventaba formas de conseguir su compañía, la mujer se mostraba más inteligente y encontraba salidas para escapar de él. Sus ojos se cruzaron. Angel rápidamente bajó la mirada y entró:

—Si me disculpan, ha venido una conocida mía... —alegó Claire y le dio la espalda a Prince, que la tomó del codo.

—No pediré nada inmoral, lady Hilton, solo deseo saber el nombre de la dama que osó jugar con mi pasión...

—¿No es suficiente con saber que es miembro de Infierno?

—¿Desea que escudriñe los documentos de socios?

—Está prohibido, y lo sabe —alegó con picardía luego de colocarse detrás de su esposo—. Guarda bien los documentos, mi amado Hades, pues aquí tenemos a alguien que no está acostumbrado a cumplir la ley...

Después de decir eso, Claire se retiró para recibir a Angel. También para advertirle, una vez más, que el duque pronto daría con ella. Había sido un error haberlo dejado con la intriga aquel día.

CAPÍTULO 3

Angel entró y subió a la segunda planta, aún con el corazón que se le salía del pecho. Demonio no paraba de perseguirla. Pese a que había reducido sus visitas a Inferno para que se olvidara de ella; sin embargo, no había tenido éxito.

Podía ver a Constance que acosaba a Orfeo mientras ambientaba el lugar.

—Vengo solo para admirarlo, Orfeo... —sonrió cómplice la insidiosa muchacha con una copa de vino a su lado, recostada sobre el piano con los codos.

—Me aterra su naturalidad tan sinvergüenza, señorita.

—Seré una solterona. ¿Qué importa?

—A mí en realidad, no me interesa. Solo molesta a mi buen arte —espetó.

—Con ese extraño sombrero, se ve ridículamente atractivo —dijo e ignoró la petulancia de Orfeo.

—¿Qué desea de mí?

—Nada; la simpleza de su compañía y la seducción de sus notas.

—Pídale eso al conde de Inverness...

—¡Lo sabía: el problemas son los celos, Orfeo! Milord es en extremo sinvergüenza para alguien que se respete, ardiente, es cierto, aunque un poco cándido. No es como usted...

—Cariño mío, deja de molestar a mi buen Orfeo, harás que, en lugar de ejecutar el piano, lo golpee... —le pidió Claire tras tomar del brazo a su amiga porque notaba que se estaba hundiendo en la miseria de la humillación.

—Gracias...

—Angel nos espera arriba, Constance. Deja en paz a Orfeo, lo asustas.

—¡Pero ese hombre es un deleite, refinado, como algo pecaminoso de tan atractivo!

—Aquí no hay nada pecaminoso. Más bien da vergüenza verte —la regañó Claire mientras se sentaba frente a Angel con una enfurruñada Constance.

—¿Salvando a nuestra amiga del bochorno? —preguntó Angel con burla.

—Por supuesto, ninguna amiga mía caerá en desgracia por sus ardores.

—No son ardores, son apasionados deseos por ese hombre misterioso y melódicamente dramático. —Colocó sobre la mesa los codos, que estaban a punto de tener callos por recostarse y admirar a Orfeo.

—Yo la comprendo, sin embargo. Ha enloquecido por ese hombre, no tenemos nada que perder. Aún cuidamos lo poco que queda de nuestro recato, pero ya estamos casi en nuestra tercera temporada y a punto de rendirnos.

—Lo siento, amiga. ¿Qué te parece mi despreciable primo Patrick? Es vicario de Inverness, lo has conocido.

—¿Vicario? Tu primo necesita a su santidad para exorcizar todos esos demonios que tiene dentro de él —declaró Constance.

—No mientas; te agrada. Lo que te da pánico es que te sea infiel. Por eso te has obsesionado con Orfeo.

—¡Deja de ofrecer a tus primos, Claire! ¡Botella! —gruñó para que un mozo la atendiera.

—Tu primo Patrick es agradable, te lo concedo, pero seamos sinceras, no me veo oficiando misas a su lado. ¿Cómo escondería esto que soy? Quisiera uno como tu esposo, que te acepta tal y como eres, que se unió a ti en la vida nocturna.

—Más bien, encontró otra ocupación. Está administrando este lugar, le dio vía libre a Prince para que descansara, pero no lo hace: está aquí todo el tiempo.

—El duque no tiene otra cosa que hacer más que estar aquí, y escandalizar a las personas con sus apariciones públicas —opinó Angel.

—No ha desistido de buscarte. Desea intensamente tu compañía. Te tiene como su objetivo personal. Creo que has herido su orgullo.

—Por más que desee al duque, no podría; aún tengo oportunidad de casarme con un buen hombre. Así como Constance, yo no deseo un hombre infiel como él, Claire. No hay muchos como tu esposo —suspiró Angel.

Prince miraba a la dama que le rehuía. Sentía deseos de que pasara la noche con él, pero no sabía qué deseaba, no conocía nada sobre ella, si era casada, soltera, viuda o una damisela en apuros a la espera de que él la salvara. Nunca podría ser un príncipe, a pesar de ese nombre que llevaba; él era un sinvergüenza.

Demonio, su áter ego, volvería a probar suerte esa noche. Entró en la segunda planta y solicitó la atención de las damas con un simple golpe.

—Buenas noches, bellas damas...

Las mujeres cuchicheaban mientras esperaban que él las eligiera.

—He venido a solicitar la compañía de una de ustedes...

Angel estaba tiesa. No movía nada, no respiraba, sabía que sería ella la víctima voluntaria de esa elección egoísta. Sintió la fría mano del duque en el hombro. Su decisión era tan predecible que adivinaría cualquier movimiento que hiciera.

—Le solicito, Demonio; elija a otra dama. Ella está con una indisposición —manifestó Claire para defender a Angel.

—¡Mejor así! —exclamó sonriendo—. Venga conmigo.

No podía creer que aquel desvergonzado no respetara a una dama.

—Excelencia, he de quejarme que siempre la escoge a ella, tiene una predilecta entre nosotras —señaló una dama molesta.

—La elegiré a usted si logra darme la identidad de esa dama —replicó Prince que señalaba a quien se había vuelto casi una obsesión.

La mujer miró a Angel e intentó pensar en de quién podría tratarse, pero no lograba encontrar en sus recónditos pensamientos a alguien que se le pareciera.

—No la conozco —dijo al fin.

—No debería contarle si lo sabe, estaría violando una norma de Inferno —masculló Angel molesta, que se levantó de la silla para acompañar a Prince.

Constance la saludó con la palma abierta, y Claire solo negó con la cabeza. Al terminar de pasar la puerta, Prince la acorraló contra la pared.

—Solicito que me confiese quién es usted. Me resulta imperioso saber quién osa despreciarme hasta la humillación de hacerme tragar mis propios deseos.

—La identidad de los miembros de Inferno es secreta. Yo soy un miembro del club —respondió con los labios del duque casi pegados a los suyos.

—No evite lo inevitable... —La besó con pasión para no perder el factor sorpresa.

En las anteriores ocasiones, había pasado la puerta para luego escapar. Él parecía haber cortado esa racha. Por otro lado, ella, por más que lo disfrutara, no se convertiría en una aventurera de esa clase, aún tenía un poco de decencia y oportunidad para un buen matrimonio. Pese a que le temía a la tercera temporada, también podía tenerle fe.

—Entiendo que sobrevalore ciertas cosas como su virginidad, pero eso no me interesa. Me interesa la mujer inflamada que está debajo de ese recato suyo. ¿Por qué huye si usted misma me ha escogido?

—No comprende que esperaré a casarme. Aquí solo vine para probar la libertad lejos de la una sociedad que sofoca, pero he encontrado a alguien que me sofoca más: usted. Por favor, elija a otra, yo solo vengo a ver, a instruirme de lejos.

—¿Qué desea? ¿Algo erótico? Le aseguro, mi bella dama, que no existe mayor erotismo que aquel despertado por el color de su piel y el aroma de su perfume —declaró aquellas palabras casi sentimentalmente, pero su pasión hablaba por él.

—Lo siento, pero sus palabras, por más que representen una tentación, no me harán caer.

—¿Está comprometida? Es la única maldita razón para que me rechace. Mi ego se alimenta cada vez que la observo mirándome; me desea de la misma forma en que yo lo hago. ¿Para qué seguir negándolo?

—Usted no comprende, ni lo hará. Déjeme volver adentro con mis amigas, se lo ruego.

—Lárguese —concedió muy molesto.

Ella no esperaba que el duque cambiara de opinión. Por esa noche, se había salvado a causa de la frustración del hombre. Prince la vio entrar de vuelta al salón de las damas. Deseaba la identidad de esa mujer. Necesitaba saber si estaba comprometida con alguien o si aún permanecía soltera.

—Demonio... —La mano de una dama recorrió su pecho.

—Eliette, espérame en una de las habitaciones.

—Sabía que estabas solo. Hades no desea mi compañía ni para beber brandy...

—Yo no podría rechazar a alguien con tu encanto. —Le tocó el mentón—. Ve...

El placer ya no era lo mismo, estaba vacío. Quizás abandonar Inferno por un tiempo fuera la solución.

Una semana pasó. Prince, sin embargo, no consiguió información sobre la mujer. No había forma de hacerlo por intermedio del club, debía integrarse a las pequeñas fiestas que se ofrecían en Londres con la esperanza de encontrarla. Si no lo lograba, debía dejar de perder el tiempo. Su abuela estaba por llegar y tenía que presentarle a una prometida. La señorita Payne se había transformado en su única opción: cumplía todos los requisitos, salvo que a él le agradara. Por otro lado, al ser amiga de la esposa de Andrew, debía de tener algún secreto. Podía suponer que no era una blanca paloma, pero no tenía forma de comprobarlo.

CAPÍTULO 4

—Minué... —Angel practicaba la danza, mientras la doncella hacía el compás con los pies y golpeaba con las palmas.

—Señorita Angel, usted debería ser una experta bailando el minué, pero es pésima. Con dos temporadas al hombro, debía dominar el estilo —reclamó molesta la cansada doncella. No tenía problema en decirle sus verdades a su empleadora.

—Seguiré practicando hasta que consiga un esposo —soltó con el objetivo de zanjar el asunto.

—Lo veo difícil. He estado tras usted demasiado tiempo y, según lo que su madre ha contado a toda la servidumbre, no ha siquiera bailado.

—Son solo chismes... —continuó danzando, mientras recordaba que era cierto, no había bailado, pero primero muerta que admitirlo.

—Si sigue haciendo esos pasos, le quitará los pies a un caballero... —dijo la doncella, lo que hizo que la caprichosa señorita Angel zapateara y sacudiera el vestido con fuerza por la rabia.

—¡Madre! —llamó a la señora Payne con voz chillona—. ¡Madre!

—¡Angel, no es bueno vociferar, ya tienes demasiados defectos como para sumar uno más a la lista! —exhortó la madre, regia y elegante, mientras entraba al salón.

—Esta doncella insolente ha insinuado que debería dejar de practicar el minué porque le cortaría los pies a alguien.

—Si pudieras bailar con alguien, se lo cortarías; tiene razón.

La doncella se tapó la boca para evitar burlarse de su señorita; la pobre estaba intentando infundir temor en ella.

—Pero...

—Angel. —La madre le quitó el cabello que le caía en la frente—. Eres hermosa, cariño, y no entiendo cómo no has conseguido un pretendiente. Sé que tu ropa, no es la más hermosa, pero porque tú no lo deseas. Tienes a modistas de vanguardia, tal como la fruta ácida de lady Hilton, e incluso ella pudo casarse. Tú eres tan inteligente, dulce, servicial y, por sobre todo, razonable y centrada, no como la cabra descarriada de tu amiga, esa, la hija del barón.

—Constance...

—Oh, sí, esa. Creo que ella es el problema. Nadie con esa lengua se casará ni en una décima temporada; es una solterona sin remedio. Eso no lo deseo para ti.

—Pero yo no soy lenguaraz, madre.

—Sí, pero eres fea porque quieres. Lady Hilton no es una beldad y logró casarse con aquel banquero tan amargo, el baronet. Organizan las mejores galas, querida. Sin dudas, el matrimonio les ha sentado bien a ambos: ha embellecido a la antigua señorita Baxton y también hizo más sociable al banquero.

—No puedo discutir sobre eso, fue una suerte que no haya caído en desgracia después que lord Granard la haya engañado, pero, madre, ¿qué cree debo hacer para casarme?

—Peinarse —opinó la doncella.

Angel le dirigió una mirada reprobatoria para callarla.

—Corina tiene razón, podrías empezar por no mostrar las greñas que tienes. He visto la nueva tendencia de peinados, y te agradarán, vi uno que te quedará muy bien.

—También deberían desaparecer esos encajes tan feos de sus vestidos —sugirió de nuevo la doncella.

—¡Madre! —pidió auxilio a la señora Payne.

—Lo lamento, pero tiene razón.

Sintió que el mundo estaba en su contra. Tenía conciencia de su belleza, pero en Inferno, donde indiscutiblemente no se concentraba en buscar un esposo, sino sentirse bien con sí misma y por sobre todo en ser libre.

Almack's parecía una prisión llena de sobriedad, un comportamiento excelente, en el que, por sobre todo, había que ser obediente con las damas que precedían aquel lugar. Si una era hermosa y sin influencia, quedaba en un rincón; si era grotesca como ella, ni siquiera la miraban. Se desarrollaba una competencia feroz para poder encontrar un hombre que las mantuviera en un futuro.

—Corina, prepara uno de los vestidos de Angel para esta noche. También veremos qué trae nuestra revista para hacer algo con su cabello. Hija, es mejor, mientras tanto, practiques una contradanza.

La doncella se retiró seguida de la madre de Angel.

—Corina, quiero que tires unos vestidos de mi hija. Tengo unos nuevos que la modista trajo y están en mi habitación. Si ella no se preocupa por su futuro, yo lo haré —declaró la señora Payne.

—Será un placer, señora —sonrió la doncella que siempre había querido deshacerse de tan desatinadas prendas.

*

Prince miró la correspondencia, estaba casi vacía, salvo por una pequeña invitación a un baile esa noche. Tal vez, ese fuera el último baile de una temporada que había dejado secuelas.

—Excelencia... —lo llamó James, el empleado de Andrew.

—Pasa, pensé que Andrew iba a venir.

—Milord tenía asuntos que atender con milady... —comunicó sonrojado.

—Oh, ya veo que disfruta a mansalva de su matrimonio y me deja de lado —lamentó.

—Debería seguir los pasos de mi señor y dejar esa horrenda vida, excelencia, si me permite el atrevimiento.

—Estoy buscando una esposa, ya tendré quien lleve adelante este caserón, mientras yo me ocupe de mi placer. No me mires así, James, atenderé bien a la duquesa; no sería un buen amante si mi esposa buscara a otros hombres.

—No cometa los errores de sir Andrew, que casi le costaron el matrimonio.

—Mi amigo tuvo la buena fortuna de que su esposa fuera una mujer con el alma podrida. Yo deberé conseguirme una esposa decente; mi abuela no me dejaría casar con alguien que ella no apruebe.

—Su abuela es muy exigente. He de decirle que me agradaría volver a verla, pese a que le parezco un inútil.

—Es demasiado estricta para tener tantos años; debe de tener como un siglo.

—Que no lo escuche o pagará por su impertinencia, excelencia —recomendó bromeando.

—¿Crees que debo tomar esta invitación? Es un baile sin importancia.

—El interés es la medida de la acción; en cambio, la desesperación acelera lo que uno hace.

—Entonces iré; me has dado un buen consejo.

—He venido por unos papeles, pero cualquier ayuda que necesite, estoy a su servicio.

Prince buscó los papeles para Andrew y se los envió por su fiel James.

*

La marquesa viuda de Blanford observaba con mucha atención a través de sus cristales la carta de su escandaloso nieto el duque de Hamilton. Lady Clementine estaba molesta por todo lo que había llegado hasta sus oídos, y no pararía hasta que todos esos chismorreos en contra de su nieto cesaran.

—Milady, hemos averiguado todo lo que nos ha pedido sobre el duque —comunicó un hombre.

—Es aberrante cuán patán se ha vuelto sin la presencia de una mano dura. El obispo de Canterbury me ha dicho que lo van a expulsar de la iglesia por hereje. ¡Cuánta desgracia sería que mi adorado Prince no pudiera llegar al altar!

—No hay forma de reformar a su disoluto nieto, milady —replicó el abogado.

—Claro que la hay. Yo me encargaré de que él sea un hombre de bien, pero nada puede ser sin dolor: tendrá una lección que no podrá olvidar —rio lady Blanford. Su licencioso nieto se volvería una oveja mansa bajo su dominio, iría ella misma a escogerle esposa.

CAPÍTULO 5

Angel pidió uno de sus vestidos para acudir a la última velada de su segunda temporada. La tan terrible tercera temporada se estaba acercando cada vez más. Era catalogada como “una gran desgracia” por su madre. En cambio, para su padre, apenas se trataba de un simple: “Mm... Lo que digas, querida”. Su padre era tan rico como pusilánime. No le interesaban los asuntos familiares todo lo solucionaba con un “Sí, querida, hay dinero en mi abrigo”. Vivía concentrado en lecturas de periódicos y en el estudio de los precios, por lo que ni Angel ni su madre existían. La muchacha había llegado a pensar que no era su hija, puesto que era imposible que el señor Payne, tan taciturno, cumpliera con sus obligaciones maritales. Siempre se preguntaba cómo la habían concebido.

Miró en la cama donde debía estar el vestido que la doncella le preparó, pero no reconocía cuál era.

—¿Qué es eso, Corina? —preguntó al señalar lo que estaba tendido sobre las sábanas.

—Su vestido, señorita.

—¡No es cierto, no recuerdo haber comprado nada parecido a eso!

—Su madre me ordenó que me deshiciera de toda otra ropa. Con gran placer accedí a hacerle ese favor.

—¡No puede ser! —Corrió hacia el ropero.

Lo abrió. No encontró los vestidos decentes. Todos los que ahí estaban se veían nuevos, desconocidos y, para su gusto, atrevidos.

—Es lo único que tiene, deberá llevárselo puesto a la fiesta. Recuerde, es su última esperanza de conseguir un esposo en esta temporada —mencionó la doncella mientras buscaba los zapatos y medias para ella.

Se acercó al vestido de un extraño y llamativo color fuego —ni rojo, ni naranja—; parecía casi indecente que una soltera usara esos colores. Al parecer su madre había resuelto sacar todo el arsenal del bolsillo en la última fiesta.

Después de haberse aseado y dudar de la salud mental materna y, por qué no, de Corina, se miró el encrespado cabello: rebelde e hinchado le quitaba protagonismo a unos ojos azules que combinaban con la nariz alzada, a los labios que no se veían ni gruesos, ni finos y a su tez tan pálida como la nieve.

No se haría aquel peinado que utilizaba en Inferno. Uno tan estirado que después sus rulos desaparecían tras ese fuerte rodete que no dejaba salir un solo cabello para no ser reconocida. La señorita Payne, la respetable que no iba a ese club, su yo diurno, tenía el cabello tan hinchado que podían confundirla con una escoba. La dama fina y hermosa de Inferno, sin embargo, que solo mostraba medio rostro, era tan deseable como una beldad de la buena sociedad.

—¡Angel! —exclamó su madre que entró a la habitación—. Creo que un preciosos recogido con bucles, servirá para ti.

—¿No lo hemos intentado ya, madre?

—No porque no nos has dejado que te arreglemos el estropajo que tienes en la cabeza —le reclamó—. En tu afán de querer conseguir un hombre que te quiera por lo que eres, ya casi pisas la tercera temporada. Tus artilugios no han dado resultados, así que utilizarás los míos.

Angel bajó la cabeza. Había perdido la puja por encontrar un esposo diferente al de su madre. Tendría un marido que la ignoraría y que solo la utilizaría para parir a hijos.

—¡Esa cara es la que espanta a tus pretendientes! —La señora Payne levantó el mentón de Angel—. Solo mira lo hermosa que eres. Puedes dejar de estar abajo, para ir arriba.

—Lo comprendo, madre, más bajo que una tercera temporada no puedo caer —lamentó mientras miraba a su madre a través del espejo.

—Estás tergiversando mis palabras, hija. Quiero lo mejor para ti.

—¿Un esposo que me ignore como mi padre lo hace con usted, es lo que desea para mí, madre?

—Era un matrimonio por conveniencia. Hasta el momento ha sido conveniente. Él no me molesta, ni yo a él, cada quien hace su vida.

—Cuénteme. ¿Cómo fue a parar con un hombre como mi padre?

—¿En verdad deseas saberlo? —cuestionó con una ceja alzada.

Angel asintió varias veces. Entonces la dama cerró la puerta.

—Era una joven como tú —comenzó sonriente—, llena de ilusiones de que me tocara un matrimonio con un hombre joven, galante, atento y, por sobre todo, que me tratara como a una reina. Me había empeñado en eso, pero había llegado a la cuarta temporada, y mi padre, el conde de Stanley, murió en esa primavera.

Ella la escuchaba con gran interés: también había sido una mujer hermosa y con mucho que contar.

—En mí recayó la responsabilidad de sacar adelante a tus tías, que gracias a mi sacrificio han sido bien casadas. El señor Payne era un prolífico burgués, que se asoció con Charles Baxton, y duplicó su fortuna. En aquel entonces, mi madre vendió todas nuestras joyas para que mantuviéramos un estatus y nadie creyera que mis hermanas y yo caímos en desgracia. Eso habría podido arruinar nuestra reputación y dificultar nuestros matrimonios. El señor Gilbert Payne se interesó en mí durante uno de los bailes y aquí me tienes, casada con él desde hace veinte años —sonrió triste.

—Si mi padre llega a morir, yo no tendré apuros, madre; él no es un conde.

—Nunca sabes lo que puede ocurrir. Una mala inversión y llega la ruina, querida. ¿Comprendes que para las mujeres es difícil seguir sus sueños? No hay caballeros que te amarán, Angel, deseo que lo entiendas por tu bien. Un matrimonio con un hombre acaudalado te permitirá tener hijos y distraerte como deseas, no hace falta que lo atiendas a él: otras mujeres lo hacen.

—¡Es inconcebible que usted haya permitido que mi padre tuviera otras mujeres!

—Prefiero no entrar en ese asunto, Angel, ya sabrás lo que significa cumplir con tu esposo —finiquitó la mujer tras arrojarle la revista en el pecho a Angel—. Arréglate; yo decidiré lo que es mejor para ti.

La dama abandonó la habitación seria como siempre. Ella arrojó la revista que le había dado.

Por la noche, la sencilla velada contaba con muchos asistentes, incluso varias matronas decidieron sacar a sus preciadas próximas debutantes en la última fiesta de la temporada. La mayoría de las madres estaban muy complacidas de ver a tantos caballeros esa noche, pero no de ver a uno de ellos: al duque de Hamilton.

—Tampoco estoy feliz de estar aquí... —le dijo Prince a Dexter.

—Absolutamente despreciable —admitió Dexter que había vuelto de unas gestiones urgentes en las tierras de Inverness—. ¿Crees que la indecente señorita Albright estará aquí? Olvida mi pregunta, la veo.

—Le sobra decencia para aceptar ser tu esposa.

—No comprendo sus negativas. Es una mujer desesperada por el matrimonio, y yo un hombre desesperado por una esposa. ¿Cuál es el inconveniente?

—Orfeo —dijo y sonrió.

—La sana competencia es buena, pero tarde o temprano, acabaré con él. Ser un miembro de Inverness no asegura su vida.

—Y tampoco la tuya. ¿De cuántos atentados te has salvado en estos meses?

—Dos. En uno me salvó mi nuevo primo. Del otro salí ileso gracias a Helmut, lo que me hace creer que Helmut no es quien quiere matarme.

—¿Qué dices de Patrick? Es sospechoso por donde lo veas —pensó Prince.

—Me temo que él está detrás de ti —rio hasta la carcajada—. Me ha dicho que se reunió con el obispo de Canterbury para sacarte de la feligresía.

—¿Eso por qué debería interesarme? —bufó molesto.

—No permitirá que te cases por la iglesia con una mujer decente, es sencillo. Quiere excomulgarte, y el obispo está de acuerdo.

Prince barajó la opción de que no dejarían que se casara. Si su abuela sabía que lo excomulgaron, sería su perdición.

—¿Patrick vendrá?

—Sí. Como vicario, se vio en la necesidad de colocar el ejemplo del matrimonio para Inverness.

—Entonces hablaré con él. Mi abuela no puede saber que me excomulgarán.

CAPÍTULO 6

Patrick Baxton estaba sentado observando a la concurrencia dentro del salón cuando sintió que alguien se sentó a su lado.

—Como buen siervo de Dios, debería usted perdonar a los pecadores. ¿No le parece, Patrick? —cuestionó Prince con una sonrisa.

—La incapacidad de mi primo Dexter por mantener la boca cerrada, es agobiante. Mi menester es salvar a quienes pueda, pero usted es un caso perdido. ¿A qué ha venido hasta esta fiesta? A querer corromper el alma de alguna joven con su insensata propuesta de matrimonio, estoy seguro.

—Es un hecho que debo casarme en poco tiempo, por lo que cualquiera de estas jovencitas puede ser la próxima duquesa —alegó.

—Sobre mi cadáver he de permitir que lleve a la perdición a una mujer. Ya he perdido a mi prima que se casó con el oscuro baronet que la ha orillado al pecado.

—Palabrería sin fundamento. Mi amigo es feliz con su prima. Déjelos en paz y no intente influir en sus hábitos reproductivos con esa cizaña.

—Los fines meramente carnales son pecado, excelencia —esclareció Patrick.

—Estoy seguro de que usted se ha comido a unas cuantas palomas, y no han sido el espíritu santo, vicario —se burló abandonando el lugar a su lado.

—¡Sinvergüenza! —masculló al verlo irse—. Su reino de terror acabará pronto, excelencia —advirtió con el puño cerrado.

Se dijo que no tenía caso, que debía ignorar las amenazas del vicario. Ni toda la iglesia anglicana podría con él.

Volvió a concentrarse en lo que importaba, una esposa. Estaba repleto de damas hermosas, cualquiera podía ser en realidad la futura duquesa; sin embargo, la mayoría tenía el rostro picaresco, lo que les daba una cuota de experiencia que haría que su abuela no las aprobara.

Junto con su madre, ingresaba la señorita Payne con un extravagante vestido con el que no creía que en aquella dama pudiera lucir bien. Con una sonrisa ladina, fue a interceptar a la muchacha. La señorita Payne había escalado al número uno en su lista de solteras tontas elegibles. Estaba a punto de empezar la tercera temporada. Además, la habían vestido dejando todo lo que se podía a la vista. Sin dudas, la estrategia más desesperada de todas.

—Señora Payne —la saludó Prince al tiempo que se acercaba a la madre de Angel—, señorita Payne —le sonrió desfachatado.

Angel, al verlo, recordó los infortunios a su lado dentro de Inferno, lo que había hecho que sus últimas visitas al club no hubieran sido del todo agradables.

—Excelencia —hizo una reverencia la señora Payne. Vio que su hija no se comportaba de manera educada y se lo recordó con un pequeño golpe de abanico en el brazo.

—Buenas noches, excelencia. —Agachó la cabeza con desagrado.

—La he visto llegar, señorita Payne, y no pude resistir hacerle llegar mis más sinceras felicitaciones por su belleza. —Tomó la mano de Angel, mientras miraba a sus enojados ojos azules.

—Le agradezco la atención, excelencia. Si nos disculpa...

—Señora Payne, ¿no le molestaría que sacara a bailar a su hija? —Interrumpió a Angel antes que lo despachara sin remedio.

—¡Por supuesto! —Le dio un empujón a Angel hacia el duque—. Ella está encantada —sonrió con felicidad.

La muchacha giró para reprochar a su madre con la mirada.

—¿Me acompaña, señorita Payne? —pidió Prince que le ofreció el brazo para que él la guiara.

Molesta, tras echarle una última mirada a su madre, fue con Prince. ¿Cómo podía tener tanta mala suerte? No podría pescar un esposo con él a cuestas.

—Debo decirle que estoy gratamente sorprendido con su cambio. No imaginaba tal belleza bajo su estrambótica presencia —admitió Prince con poca inteligencia.

—Está insultándome, si no se ha dado usted por enterado.

—No me mal entienda, aprecio su belleza. Soy un gran conocedor de las mujeres hermosas.

—Aquí hay muchas: puede ir tras alguna y dejarme libre. Tengo cosas que hacer.

—También soy un soltero elegible. Piénselo, señorita, usted no es tan hermosa como las demás. ¿Cuánto tiempo le durará el efecto de belleza? Lo que hizo fue una argucia para conseguir esposo.

Los ojos de Angel estaban al borde de salir disparados de la sorpresa. Nunca la habían ofendido de esa forma. ¿Qué pensaba ese hombre?

—Si es o no una argucia, no es asunto suyo. Usted no está en mis zapatos para saber lo que pienso —replicó molesta.

—Usted es la candidata ideal para un hombre como yo. La he estado observando y me he convencido de que sería una excelente duquesa. Había dudado de que sirviera para calentar mi cama por ser rara, pero ahora que la veo tan espléndida, estoy seguro de que lo que consideraba un terrible sacrificio, será muy satisfactorio.

Al borde de un colapso de nervios, ella no lo dudó un segundo y envió todos sus esfuerzos por verse hermosa, por la borda. Se quitó las horquillas y dejó que su cabello se viera tal y como lucía siempre: hinchado, enrulado y emporrado.

—Si debo verme fea para ser un sacrificio para usted, por favor, no se someta a tal sufrimiento de tomarme como esposa, porque nunca lo seré —acotó dándole la espalda para desaparecer hacia el jardín.

Se escondió tras unos arbustos bajos en el fondo y se colocó como un ovillo. Las lágrimas no dejaban de fluirle por los ojos. Se sentía terriblemente ofendida por esas palabras; la había llamado “sacrificio”, y lo que implicaba le parecía horrible. Un libertino como él se suponía que adoraba a las mujeres bellas, no eran un “sacrificio”; en cambio ella sí lo sería.

No le importaba lo que él en sí pensara de ella, pero los demás solteros sí contaban. No tendría futuro: haber tocado al duque de Hamilton haría que la consideraran como si tuviera lepra. Nadie jamás se acercaría a ella, tenía la soltería asegurada.

—Señorita Payne, venga conmigo, me debe una pieza —le dijo Prince luego de buscarla un buen rato y escucharla sollozar en un sitio.

—¡No quiero bailar con usted! ¡Quiero que se vaya y me deje sola!

—¿Es que acaso no lo ve? Es su última oportunidad de dejar la soltería. Soy su salvavidas.

—¡Prefiero morir ahogada mil veces antes de que decirle que acepto ser su esposa!

—No debería dudarlo tanto, no le llegarán otras oportunidades como esta.

Ella, rabiosa, se levantó del suelo y le dio una bofetada.

—Cállese, cállese y aléjese de mi... ¡Lo odio y lo desprecio! ¡No seré una beldad, pero tengo amor propio, excelencia!

Prince rio ante la actitud furibunda de la dama. Sabía cómo calmar el arranque de sus amantes, y esa chiquilla no sería la excepción. La tomó de la cintura y sintió otra bofetada de su parte, además de una mirada aun más enojada que la última vez.

—Señorita Payne, mi forma de hacerle saber que puede ser bella, no es la correcta, pero le podría demostrar cuán satisfactorio sería ser mi esposa —se apoderó de los labios de la resistente y reticente señorita Payne.

Angel intentaba empujarlo, salvar su decencia y recato de ese hombre. Sabía de lo que era capaz cuando la besaba apasionadamente. Aquello se sentía como caer en el abismo del demonio de Inferno.

CAPÍTULO 7

Su espalda estaba doblada como un arco, mientras el incordioso duque de Hamilton se adueñaba de la curva de su cintura y la fragilidad de su nuca. Ella, entre tanto, tenía las manos forcejeando contra ese pecho, incluso contra sus propios deseos de que siguiera besándola. Se trataba de la misma pasión con la que se había encontrado la primera vez al cometer el error de pedirle que la acompañara.

Si bien solo ladraba con respecto a ser una libertina, no lo era. Constance, Claire y ella misma, se comportaban con demasiado recato en el fondo. No tenían cabida ni en Inferno, ni en Almack's. Angel no era bien parecida; Claire podía llegar a ser soporífera o, al menos, lo fue; y Constance hablaba demasiado.

Aquel día que decidió “envalentonada por la bebida” conocer el placer, bien se imaginó un caballero que intentara al menos abrirle las piernas con unas palabras, en vez del duque, que lo había hecho con una rodilla. Aún seguía siendo ese animal que deseaba llevársela a la cama en Inferno.

A medida que recordaba aquellas intensas sensaciones poco románticas, iba cayendo bajo el influjo de esos besos aun más de manera más profunda, tanto que sus brazos ya no intentaban apartarlo, sino que habían quedado colgados, laxos.

Sintió que la señorita Payne había dejado de luchar. No sabía si era porque le estaba agradando el beso o se había desmayado por lo insulsa que demostraba ser. Era insípida, tonta, pecaba de inocencia, se mostraba decente, pero era delicada como el más fino jarrón. La mano del duque se ajustaba a la cintura de la joven: no había desperdicio, encajaba a la perfección. La señorita más opaca era la escogida para ser su esposa por una probable compatibilidad de mojigata en la cama.

Él la dejó respirar alejándose para observarle el rostro. Estaba con los ojos cerrados. Quieta se veía hermosa y aun más delicada. Tal vez la había matado por asfixia.

—Señorita Payne, ¿aún está viva? No soy muy bueno besando cadáveres —le dijo mientras le acariciaba el rostro.

Angel, al parecer, despertó del encanto de aquel beso con los ojos furibundos y se incorporó para de nuevo devolverle una cachetada. Él se tomó del rostro y sonrió divertido.

—Me alegra que mi pasión no la haya matado. Nos quedan aún muchas noches, futura duquesa.

—Su encanto no podrá conmigo. Estoy segura de que con mis padres tampoco —infló el pecho para agarrar una postura de seguridad.

—Mi pasión es mi encanto, nunca me rindo, señorita Payne.

—¡Sinvergüenza! —Lo calificó de ese modo y lo dejó solo en el jardín. De ninguna manera bailarían con él, ni un minué, ni contradanza; mucho menos un escandaloso vals.

—¡Usted es la sinvergüenza que no me ha dado la pieza que solicité! —vociferó cuando ella desapareció—. Las damas de verdad tienen palabra; de modo que usted no es una dama de verdad.

Buscaría de nuevo a la señorita Payne, ella era quien se encargaría de limpiar su reputación con aquel comportamiento recatado. Angel con el cabello más despeinado que de costumbre, buscó un espejo para intentar recuperar un poco de aquel encanto con el que llegó.

—¡Esto es un desastre! —Se observó en el espejo que estaba en la entrada del salón.

Prince, después de apagar las llamas que lo envolvían, volvió al salón. La señora Payne era hermosa y elegante; la hija por poco le pisó los talones.

—Disculpen —interrumpió al grupo de damas que, al verlo, se escandalizó—. Señora Payne, la señorita Payne se me ha extraviado, luego de que sus horquillas no soportaran la presión de los cabellos...

—¡No se preocupe, en un momento se la traigo como si fuera que nada sucedió!

—La esperaré cerca de los danzantes. De nuevo, disculpen por la molestia —se despidió educado.

La madre de Angel era observada con recelo por sus amistades.

—¿No estarás pensando en casar a tu hija con ese rufián? —increpó una de sus amigas.

—Es él o una tercera temporada condenada al fracaso. Prefiero a mi hija duquesa de un hombre licencioso, antes una digna solterona —justificó la señora Payne—. Con permiso, mi hija debe bailar.

Angel intentaba aplastar su encrespada cabellera, cosa que le resultaba imposible. Las demás damas la miraban peleándose con el cabello, y ella sonreía nerviosa cuando la observaban con la ceja levantada.

—Te encontré, Angel —dijo su madre colocándose por detrás de ella—. ¿Qué hiciste con tu cabello? Le debes un baile al duque.

—No deseo bailar con él, prefiero seguir siendo un esperpento antes que bailar con ese crápula —dijo mientras miraba a su madre por el espejo.

La señora Payne abrió su pequeño bolsón y sacó tres horquillas. Estiró los cabellos de la muchacha y volvió a sofocarlos.

—Irás a bailar con el duque... —le ordenó mientras la torturaba con el estiramiento—. Es tu oportunidad. Hay un caballero interesado, de modo que irás ahí y dejarás la mejor impresión que puedas.

—No quiero...

—No te pongas caprichosa, Angel. —Habló entre dientes saludando a los que pasaban cerca de ellas.

La joven tenía la frente arrugada por el enojo. Con mucho esfuerzo logró salvarse de ese sinvergüenza para que, en ese momento, su madre la arrojara de vuelta a sus brazos.

—Estará cerca de los danzantes; ve y cumple. Las damas tienen palabra, hija —la regañó tomándola del brazo para guiarla hasta donde estaba Prince.

Él observaba a todos los danzantes con interés, algunas damas le dirigían miradas de desprecio, mientras otras levantaban sus copas con coquetería. Podrían ser algunas de esas damas miembros de Inferno. Quizá también estuviera esa mujer que rondaba sus pensamientos.

Recordaba haber visto sus hombros desnudos y delgados, el cuello largo y elegante, los labios con aquel coqueto carmesí que lo habían deleitado con un inocente fuego.

Con más interés miró a cada mujer sin reservas mientras buscaba los rasgos de esa criatura escurridiza que, en efecto, pertenecía a la sociedad. En la búsqueda, sus ojos se toparon con los de la señorita Payne, que no parecía muy feliz de volver a verlo. Con una sonrisa dejó de buscar a su objeto de deseo. La señorita Payne en definitiva no podía ser esa mujer por más que un día demostrara ser una mujer bella.

—Excelencia, mi querida Angel ya se encuentra disponible. Solo tuvo un pequeño accidente —se disculpó la señora Payne.

—Pensé que su cabello nos impediría este baile, señorita —alegó mientras ella cada vez parecía más molesta.

—Mi madre no quería que desaprovechara esta oportunidad —la delató con grosería—. Tendré que cumplir con la palabra que ella ha empeñado por mí.

La dama le dirigió una sonrisa y, con una mano, atravesó la piel de la hija con las uñas.

—Te esperaré luego, Angel. Con permiso, excelencia —se despidió la mujer con una reverencia.

Angel lo miraba con absoluto desprecio. Podía odiarlo por haber ido a buscar a su madre para conseguir el baile. De hecho, ya lo hacía.

—No es de caballeros insistir ante una negativa —reclamó ella mientras aceptaba la mano de Prince.

—¿Quién dijo que yo era un caballero, señorita Payne?

CAPÍTULO 8

Esa afirmación no la había sorprendido.

—La noche nos sonríe —alegó Prince dispuesto para el minué.

Ella tenía una gran sorpresa para el duque: no sabía bailar el minué. La gran maldad que se gestaba en su mente podía nombrarla a ella como un verdadero demonio.

—Al parecer se encuentra más resignada a mi compañía —musitó con tranquilidad.

—Por supuesto —asumió. Le haría pasar el mayor dolor que podía—. Puede arrepentirse de desear bailar conmigo.

—Creo que lo disfrutaré...

A medida que el baile avanzaba, Prince cerraba los ojos por la cantidad de pisotones que estaba recibiendo de su pareja de baile. Era torpe como muy pocas damas, pero estaba seguro de que lo hacía con un objetivo.

—¿Busca desalentarme, señorita Payne?

—No sé bailar. No tengo el estatus para una duquesa con complejo de siervo —adujo con una burla.

—Le colocaré a mis botas puntas de acero para invitarla en próximas ocasiones.

—No existirán próximas ocasiones —soltó irritada por la insistencia—; hay otras mujeres que puede escoger, y estarían encantadas de ser su esposa. Le ruego que las escoja y olvide que alguna vez me vio.

—Déjeme pensarlo por unos instantes. Puede que sea una buena idea, pero usted cumple con casi todos mis requerimientos.

—No hay muchos requerimientos que llenar para ser la esposa de un hombre inescrupuloso y libertino más que ser tonta para aceptarlo.

—Espero que usted sea esa tonta. Señorita Payne, ¿no se ha dado cuenta que usted no tiene capacidad para decidir por su futuro? —consultó irónico mientras le señalaba con la mirada a la señora Payne.

Ella lo siguió hacia donde dirigió ojos. Su madre estaba ahí hablando con otras damas. El duque no era tonto; ella no podía decidir. Si él le hacía una propuesta a sus padres, harían lo que fuera para librarse de ella. Angel solo mandaba en Inferno sobre su cuerpo, pero no ante los ojos de la sociedad.

Con esas palabras, Prince la había dejado fría, incapaz de hacer una réplica. Solo se había quedado callada hasta acabar la pieza. Irradiaba apatía por todos los poros, pero eso no le había impedido hacer una reverencia para despedirse del duque.

Le dio la espalda y, con una mano en el estómago, caminó hacia donde se encontraba su madre; sin embargo, no estaba en condiciones de enfrentarse a ella. Un rincón oscuro le sirvió para respirar y obviar el malestar que la aquejaba por los nervios que le había producido la verdad revelada por el duque de Hamilton.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó una voz.

Al mirar para saber quién hablaba, vio al primo vicario de Claire, Patrick Baxton.

—Solo me siento sofocada por el ajustado vestido; no acostumbro con estas prendas.

—Salga de la oscuridad, señorita. Le pediré a uno de los empleados de esta casa que nos proporcionen sales para que su mareo se detenga. La noche acaba de empezar —la reconfortó Patrick.

Caminó hasta uno de los asientos y esperó paciente al amable vicario. Prince esperaba a Dexter para desaparecer juntos y volver a Inferno, pero él estaba demasiado ocupado intentando ganarse los favores de la honorable señorita Albright. Le fue suficiente una última mirada para observar que el vicario intentaba capturar a su presa.

—Que sus pies tengan mejor suerte que los míos —murmuró cínico y se alejó.

No batallaría por ninguna mujer, ni siquiera si estaba enamorado o simplemente atraído. Angel Payne le resultaba por completo indiferente.

Se retiró a Inferno; no tenía nada que hacer en aquel lugar. Cumplió con su cometido de observar a la señorita Payne y quedó gratamente sorprendido. Esa mujer con un peine se convertía en otra.

Angel se recuperó y estuvo acompañada por Patrick casi el resto de la noche. Le había llamado la atención un emprendimiento que el vicario le dijo para cerrar el lugar de perdición más conocido y exclusivo de Londres: Inferno.

—Me siento en deuda con nuestro Señor por no conseguir que aquel lugar cierre sus puertas para siempre. Es Sodoma y Gomorra en la tierra, cuánto pecado fluye por ese sitio de perdición para las almas de nuestros fieles —musitó indignado.

—Debemos cerrar aquel sitio, vicario Baxton —murmuró una dama—. El obispo de Canterbury lo apoyará. También el pueblo. He visto a mujeres indecorosas entrando y saliendo de aquel lugar.

—Es inmoral y corrupto, igual que su dueño —opinó otra dama.

—Mis amables señoras, este servidor hará lo posible porque Inferno termine en ruinas; no más pecado. Pronto podremos volver a tener pudor en esta ciudad —apoyó Patrick rodeado tanto de señoras como de damas de la aristocracia preocupadas por sus esposos y sus andanzas—. ¿Usted qué opina, señorita Payne?

Aquella pregunta la sacó de sus cavilaciones. Ella era una fruta podrida más que había en el mercado de Inferno. ¿Le parecía correcto cerrar ese sitio? Por supuesto que no.

—Opino que debe cerrarse. —Dio apoyo a la causa. No podía ponerse a decir que se oponía porque era miembro.

—No esperaba menos de usted —agregó el vicario con los ojos verdes centelleantes hacia ella.

La incomodidad se retrató en una nerviosa sonrisa. El primo de Claire deseaba cerrar Inferno. Aquella multitud de hombres y mujeres de una supuesta moral intachable estaba presidida por Patrick Baxton, un ser de intachable moral por lo que le resultaba fácil dirigir a un ejército de moralistas contra el impúdico e impío Inferno.

En el camino de regreso, su madre se sentó frente a ella en el carruaje, con el rostro molesto.

—Un vicario no es una mala opción para ti.

—¿Piensa casarme con quien tan solo se siente a mi lado? —la increpó sin disimulo; esa mujer la ponía en situaciones que no deseaba estar.

—Lo importante es que te cases. Aunque un reverendo no podrá darte lo que un duque puede.

—¿Su moral dónde queda, madre? Me vendió como un pedazo de carne y me entregó como si no valiera nada a un hombre cuya reputación es inexistente.

—Es agradable y galante; no hay muchos así para mujeres como tú. Estás devaluándote cada temporada que pasa.

—Qué vergüenza pensar eso de su hija. Desearía que alguien me defendiera, pero me encontraría frente el hombre taciturno que se hace llamar mi padre.

—Digas lo que digas, te casarás con el primero que pida tu mano. No es un asunto que te competa.

Angel decidió callar. No valía la pena discutir con alguien que no comprendía lo que sentía. Una mujer con un pasado infeliz que quería reproducir en su hija.

*

La noche que tuvo fue agitada. Había mucho alcohol y opio en su cuerpo. Cuando pasó las puertas de su vacío hogar, solo pensaba en su cama, pero eso no era exactamente lo que le esperaba.

—Cuanta vergüenza me provoca verte así —declaró una voz que se acercaba con un bastón.

—Debo dejar el alcohol... —dijo pensando que esa voz era producto de su paupérrimo estado. No obstante, un golpe del bastón en la cabeza fue suficiente para comprender que ella estaba ahí.

—Con eso ya sospechas que no soy una pesadilla. Prepárate, iremos a la iglesia cuando se te pase la borrachera.

—Abuela...

—¡Lady Blanford para ti, rufián! —Volvió a golpearlo—. Seré tu abuela cuando cumplas con tus obligaciones. Maldita mi suerte por haber sobrevivido a tus padres, granuja.

CAPÍTULO 9

Prince no podía creer que su abuela, lady Blanford estuviera ahí. Sin embargo, cualquiera que la conociera, sabría que se había adelantado a los hechos para hacer las cosas por sí misma.

—Tenía un año, lady Blanford. —Se tomó de la parte afectada por el golpe.

—Cuando supe que el obispo de Canterbury iba a expulsarte de la iglesia, no dudé un segundo en venir y evaluar cómo iba tu búsqueda de una esposa —se justificó—. Este lugar es lúgubre, Prince. Necesita las manos de una dama.

—He conseguido a una candidata... —murmuró.

—¡Candidata, bah! —farfulló para volverlo a golpear con el bastón—. Tienes una semana para convertirla en tu prometida. No debes ser un ser incordio conseguir eso, patán.

—Abuela, le aseguro que la señorita Payne le agradará.

—¡Lady Blanford! —Lo golpeó cuatro veces más—. Sé de tus andanzas y desvergüenzas. No me llames así, no quiero que contamines tan hermoso vínculo.

—¡Duele, lady Blanford! —se quejó con el rostro dolorido.

—¡Philippa! —voceó en la casa.

—¿Sí, milady? —Se acercó su dama de compañía con un té.

—Lleva al inútil de mi nieto a su habitación.

—¡Philippa! —Se alegró de ver a la razonable dama de compañía de su abuela—. Debí avisarme que ella venía.

—Acompáñeme, excelencia. —Dejó el té, lo tomó de un brazo y la cintura.

—¡Y no intentes aprovecharte de mi dama de compañía! —reclamó la abuela tras dejar a un lado su arma contundente para beber el té.

Philippa acompañaba a Prince para subir las escaleras.

—Siento no haberle informado sobre nuestra visita, excelencia —se disculpó la empleada con una sonrisa—. Lady Blanford ha estado muy preocupada por usted y por el futuro del ducado.

—¿Cómo se enteró de todo? Pensé que ella seguía creyendo que era un santo ¡Cuidado, no sé si me fracturó algo mi adorable abuela! —Se mostró empático con ella. Philippa era una baronesa en quiebra que su abuela había recogido hacía quince años. Acompañaba a lady Blanford en todo, desde que el último de sus cuatro esposos falleció, el último el marqués de Blanford.

—El abogado fue quien le dijo que usted no tenía intenciones de casarse, y que frecuentaba un club de mala reputación, o más bien le dijo que era el dueño. El vicario de Inverness fue quien acudió ante el obispo y aseguró que lo expulsarían por promiscuo e inmoral.

—Desgraciado vicario, que comulga y luego echa porquerías por la boca —dijo molesto.

Philippa abrió la puerta de la habitación y lo recostó en la cama.

—¿Qué piensa hacer la abuela?

—Elegir una dama para que sea su esposa, excelencia —le quitó las botas y luego fue a sacarle el frac—. Elegiré a la dama más decorosa que pueda encontrar, nada que a usted le agrade.

—He elegido a la señorita Payne. Es más rancia que un pan después de dos semanas; según espero, mi abuela creerá que he cambiado cuando la vea.

—No engañe a su abuela, excelencia, sabe que ese bastón no es su única arma. Ella no es una venerable anciana —le recordó.

—Lo sé, pensé que tenía más tiempo. Hay una mujer que ronda mis pensamientos, pero deberé casarme con la señorita Payne para conformar a mi abuela —mencionó mientras la dama de compañía lo cubría con una frazada.

—Duerma bien, excelencia —le deseó casi saliendo por la puerta.

—James aún vive, si deseas saberlo, Philippa...

—Debe aún cuidar de sir Andrew. —Sonrió y cerró la puerta.

No le costó conciliar el sueño. Estaba muy cansado y mareado para no rendirse ante la necesidad de dormir. Antes de entregarse al sueño por completo, pensó que debía concurrir casi al amanecer a la casa de la señorita Payne. Ella no podía escapar de él, menos en ese momento que su adorable abuela estaba por Londres. Cuán desgraciado era saberse sin tiempo para encontrar a la escurridiza mujer de Inferno.

La dama de compañía de lady Blanford se acercó para sentarse junto a ella.

—No sea tan dura con él —le pidió.

—Sé mejor que nadie lo que le conviene a mi nieto, Philippa; sé que lo quieres como a un hijo, pero es un mujeriego. Un hombre disoluto que necesita corrección. —Sorbió el té con altanería.

—Dice que la señorita Payne es perfecta para él.

—Puedo desbordar mi imaginación y ver a esa mujer como lo que debe ser, una libertina como él. ¿Dónde crees que Prince puede conseguir una mujer decente si frecuenta un lugar como Inferno?

—Podríamos ir ahí y buscar un nuevo esposo para usted, lady Blanford —recomendó.

—¡Ya estoy muy vieja! Pero una buena conversación no estaría mal. Aunque quizás tú si tengas oportunidad, Philippa. —La tomó de una mano—. Valoro tu devoción por mí, pero sabes que no queda mucho hilo en este carretel, querida.

—Usted nos sepultará a todos —intentó confortarla—. Su excelencia me dijo que James aún vive...

—¿El hermano de sir Anderson?

—Sí, milady. Supongo que aún debe seguir cuidando de su sobrino —manifestó la rubia.

—Sigo creyendo que sir Andrew no es hijo de sir Anderson, sino de James; por eso tanta devoción.

—Nos lo habría dicho si fuera el caso.

—No estoy de acuerdo que un hombre quebrado sea quien se quede contigo, pero si es lo que deseas... Después de que me muera, quedarás desamparada.

—No sé si ese hombre aún me recuerde.

—Eso lo sabremos pronto, le haremos una vista a mi querido Andrew. Ve a acostarte, tenemos mucho que hacer en esta casa. No puede venir una futura duquesa a esta cueva con olor a libertinaje...

Philippa obedeció con una sonrisa y fue a recostarse, mientras ella se quedaba a pensar en presionar a Prince hasta que dijera basta. Debía volverse manso para que su esposa pudiera manejarlo sin inconvenientes. Ella se encargaría de entregarlo blando en el altar.

Por la mañana, un grito lo despertó. Somnoliento salió de su habitación y miró desde el segundo piso.

—¡Inútiles! ¡Todos son como mi nieto! —reclamó lady Blanford que colocó a todos los empleados en fila. Los observaba como un depredador—. ¡Ustedes no tienen el horario de su patrón; deben estar cuando el sol aún no ha salido! —Golpeó a uno de ellos que todavía estaba en ropa de cama.

—Dios, abuela —susurró y volvió a la habitación casi de puntillas. No quería los buenos días que lady Blanford estaba repartiendo a los criados.

Buscó en un armario prendas que pudieran servirle para salir. Se higienizó rápidamente con el agua fría de la jofaina de la habitación. Sabía que, si iba por el salón para salir, ella lo vería y ahí terminaría su día: lo llevaría a la iglesia. Observó una de las ventanas de la habitación. Casi estaba pegada a un árbol.

—Bien, espero estés listo para un refugiado en tu residencia, Andrew —dijo en voz alta y abrió la ventana.

Evaluó lo dolorosa que sería una caída, pero compensaba el hecho de que el bastón de lady Blanford sería aun más doloroso. Se arrojó al árbol, de donde bajó sin ningún problema. Miró a sus alrededores para evitar ser visto por su propia abuela o la fiel Philippa. Fue hasta donde estaban los caballos. A prisa, escogió al primero que vio y lo espoleó hasta salir de la residencia.

La calle aún no tenía tanta afluencia de público como de costumbre, que siempre se veía abarrotada. La presencia de su abuela le resultaba inquietante. Aún no le había propuesto matrimonio a la señorita Payne y su tiempo de pensar en eso terminó: debía ir en ese instante y hacer el pedido de mano antes de que lady Blanford la viera y lo dejara con una reputación penosa de ser dominado por un vejestorio.

Tras preguntar en una de las tiendas, pudo dar con la dirección de Angel Payne, a donde sin dudas acudiría a cerrar el compromiso de una vez.

CAPÍTULO 10

Angel estaba en el salón de las damas junto a su madre que no le dirigía una sola mirada. La doncella bordaba al igual que la señora Payne, mientras Angel pintaba un florero.

—El último baile creo que fue el mejor para mi hija —comentó la señora la casa a Corina—. Tuvo dos candidatos; el duque de Hamilton y el vicario de Inverness.

—¿El duque no es el dueño de ese club tan horrible? —consultó la doncella.

—Sí, pero como ya dije antes, prefiero a mi hija con dinero y dirigiendo un prostíbulo a que esté sola y desamparada.

—¡Estoy aquí, madre, por si alguna de ustedes no se ha dado cuenta! —dijo molesta sin mirarlas.

—Es que no le has dicho nada a tu padre sobre tu gran avance.

—¿Usted acaso se lo pudo decir o tiene tan nula comunicación con él como la tengo yo? Hemos desayunado juntos; usted no ha dicho una sola palabra, y él mucho menos. Quizás ustedes se comunican con el lenguaje de señas o lectura de labios.

Su madre bajó el bordado para mirarla.

—No importa lo cizañera que seas, gustes o no, conseguiremos un pretendiente. Ya no tienes esa ropa que hablaba por ti...

La doncella intentaba no reírse de sus patronas, pero no lo conseguía, se le escapaban unos chiflidos. Angel giró molesta hacia la doncella. La señora Payne hacía todo lo que estaba a su alcance para ofenderla y encontrar alguien con quien burlarse de ella.

La puerta de la casa había roto el silencio con unos pausados golpes.

El mayordomo abrió y observó a un hombre alto, que, sin mediar palabra, le entregó una tarjeta.

—¿El duque de Hamilton? —cuestionó el hombre. No habría querido dejarlo pasar, lo sabía un paria.

—Pido hablar con el señor Payne.

—Adelante. Espere un momento.

El apático mayordomo desapareció para dejarlo solo. Escuchó el murmullo de unas mujeres cerca de donde estaba.

—Me dijo el mayordomo que el duque de Hamilton desea hablar conmigo —dijo el señor Payne.

—Señor, sí, he solicitado hablar con usted sobre su hija...

La señora Payne se levantó como si tuviera un resorte y abrió la puerta. Angel y Corina miraban qué sucedía con ella, dado que salió y cerró la puerta.

—Excelencia... —escucharon ambas que la mujer mencionó.

Corrieron hasta la puerta para poder ver y oír.

—¡Quítate, Corina! —gruñó Angel empujando a la doncella que llegó primero que ella.

Entreabrió la puerta y lo vio. Se sentía inmóvil, completamente paralizada. Su corazón dejó de palpar por los eternos segundos en que el sentido de la vista dio información a su cabeza sobre la imagen del hombre.

—Señora Payne —saludó Prince con aquella sonrisa sinvergüenza que lo caracterizaba.

—Creo que Dios ha oído mis súplicas —correspondió con serenidad.

—Vine a manifestar mi interés por su hija.

El padre de Angel arrugó la frente sin comprender lo que deseaba el hombre.

—¿Mi hija? —indagó el hombre.

—El duque ha tenido el honor de conocer a Angel, querido —aclaró la señora de la casa.

—Pero si Angel tiene solo dieciséis años...

Prince alzó una ceja, confundido. La dama cerró los ojos de furia. El señor Payne no sabía cuántos años tenía, miraba Angel azorada. Corina se partía de la risa por lo desatento que era el señor.

—Ella tiene casi veinte —aclaró molesta la madre—. Venga conmigo, excelencia, de Angel me encargo yo. —Miró a su esposo—. Usted, señor, venga, que debe aprobar esto.

Corina cerró la puerta. Angel se alejó para sentarse.

—Señorita... —Se acercó la doncella al verla perdida.

—Mi padre... Ni siquiera sabe qué edad tengo —dijo mientras el rostro se iba bañando con una lágrima de tristeza—. Mi madre parecía un buitre adulón.

—¿Desea que vaya a escuchar de qué hablan?

—Quiera o no, sé que oyes todas las conversaciones de esta casa; ve.

—Con permiso —salió corriendo la doncella, no podía perderse aquel chisme.

Prince se dio cuenta de que aquella familia era algo más peculiar que los propios Baxton.

—Deseo escuchar lo que tiene que decir, excelencia. —Tomó las riendas de la situación la madre.

—Seré directo con ustedes. —Hizo una pausa—. He venido a manifestar mi intención de desposar a la señorita Payne en los próximos meses.

—¿La va a cortejar? —cuestionó la mujer.

—No. Quiero su mano sin muchos rodeo —expresó.

—¡Es suya, toda suya! —exclamó la señora Payne—. Di algo, querido...

—¿Estás segura que Angeline tiene más de dieciséis? —insistió el señor Payne, pensativo.

—¡Es Angel, y está por convertirse en una solterona! —se exaltó—. Gracias al caballero presente, nuestra hija no irá a una tercera temporada. ¡Una gran bendición!

—Y yo dejaré de buscar esposa. Es un beneficio mutuo —rio nervioso. Al parecer el señor Payne apenas recordaba a su hija o, quizás, quedó congelado en el tiempo.

La doncella exaltada después de haber escuchado que habían concedido la mano de Angel al duque, corrió hasta llegar a donde ella se encontraba.

—¡Señorita Angel! ¡Señorita Angel! —Irrumpió en el salón—. ¡No va a creer lo que escuché!

—Dímelo —pidió desanimada.

—¡Su madre acaba de concederle su mano al disoluto, al libertino, al licencioso, al...!

—¡Al Demonio! —terminó diciendo Angel como un lamento.

—En realidad iba a decir al agraciado duque... ¡Pero se casará con él!

—¡Qué miserable soy! —se lamentó.

La puerta se abrió. Prince cruzó al salón para ver a su recientemente adquirida prometida.

—¿Puedo pasar? —Asustó a ambas con la voz.

—Corina, sal, por favor —indicó la señora Payne.

Ella vio que Angel giró el rostro para que no vieran que lloraba.

—Hija, el duque tiene algo muy importante que hablar contigo —expresó la señora Payne que se le sentó al lado.

—¿De qué hablará conmigo si ya ha hablado con usted? —cuestionó molesta sin voltear.

—No seas petulante y grosera —le recriminó bajo entre dientes, apretando con fuerza el brazo de su hija—. Los dejaré; con permiso —se despidió de ambos la señora Payne.

Al irse, quedaron solos en un gran silencio. Angel no se volteó a verlo.

—Hermoso lugar. El salón de mi casa le será más cómodo y satisfactorio —dijo Prince que miraba a la mujer con el cabello hinchado que estaba frente a él; no le dirigía la palabra, tampoco una mirada.

—Hable y váyase —espetó.

—Lo que le dije sobre que usted no decidía, era real, señorita. He conseguido que me concedieran su mano. Mi abuela, al verla, estará complacida.

—Lo desprecio.

—Acabé con su agónica soltería. Dejará de ser una carga para su ansiosa madre y para su despistado padre. ¿No lo considera algo valioso?

Ella se levantó y se colocó frente a él con los ojos rojos y aun lagrimeando.

—¡Yo deseaba escoger! ¡Deseaba un matrimonio diferente!

Prince dejó escapar una risa casi maléfica.

—Ridiculeces. ¿Qué esperaba? ¿El supuesto amor del que muy pocos pueden hablar? Ja, sería bueno que dejara de soñar despierta, señorita Payne. Un matrimonio por conveniencia es ideal, perfecto para ambos —recitó al ver ese rostro cada vez más enojado.

—Rezo a Dios para que pueda librarme de su presencia con premura.

—Debe rezar más, porque compartirá mi cama. Cuando comience a sentirme, usted solo querrá estar en el infierno, con este Demonio, mi desarreglada señorita —la desafió seguro de que ella no podría escapar de sus garras.

Ella evitó mirarlo y le dio la espalda, esperaba que se fuera, no tenía nada más que decir.

—Mi abuela querrá conocerla pronto. Le solicito que siga siendo tal cual es en este momento. La opinión de lady Blanford es importante. Lo sabrá cuando la conozca. Aunque creo que aún tiene una oportunidad de salvación y redención, señorita Payne.

Eso, dicho con el tono más sarcástico, abría una luz de esperanza en su oscuro camino.

—¿Qué puedo hacer para librarme de usted?

—¿Quiere que le dé pistas? Pues verá, no soy tan malvado después de todo —rio acercándose a ella—. Mi querida señorita Angel, si quiere salvarse, solo debe conseguir que lady Blanford la odie y eso será todo —acarició ambos brazos de la muchacha que los tenía cruzados frente al pecho.

—Creo que este compromiso durará muy poco —adujo con cierta confianza. Podía asegurar que aquella tal lady Blanford la odiaría por fea. ¿Quién querrá bisnietos feos?

CAPÍTULO 11

Prince miró el rostro de seguridad que tenía la señorita Payne. No se podía fiar de lo que ella realizaría para caerle mal a su abuela. Quien sabía; tal vez podría, de esa forma, arruinarle el compromiso que había conseguido sin demasiado esfuerzo.

Angel solo podía mirarlo como si tomara un limón. Para agravar la situación debía ser un cítrico podrido. Ella, sin dudas, no era una niña que soportaría tal imposición. Hallaría una forma de poder conseguir otro pretendiente, pese a que, cuando se anunciara su compromiso con el duque, su nombre estaría revolcándose con los cerdos en el fango. Nada se podría hacer para salvarla del desprestigio.

Sus modales se estaban viendo muy afectados por la presencia de Hamilton. No entendía cómo pudo haberlo escogido en Inferno. No era el más atractivo de los caballeros, sino uno más, pero algo la suscitaba a no poder dejar de observarlo cuando él estaba lejos.

La diferencia residía en que, en Inferno, ella podía observarlo con descaro porque él no la reconocería. Podía verlo con otros ojos, verlo con mujeres y no sentir celos. Sin embargo, saber en qué mundo estaba y las cosas que hacía al ser su prometida la desalentaba. No quería ese futuro donde ella estuviera encerrada en la habitación durmiendo, mientras él se acostaba con otras. Sería devastador. ¿Qué esposa desea que su esposo le sea infiel? Quizá su propia madre. Solo ella querría que el señor Payne desapareciera de su vida.

—Siento tener que dejarla, mi adorable señorita Payne —dijo Prince con media sonrisa escabrosa en el rostro—. No se preocupe, conozco el proceder de los hombres comprometidos. Sabré compensarla por el tiempo que, quizá, no pase con usted.

—Si conoce el proceder de los hombres decentes, sabrá mantener la compostura, sospecho —le insinuó de manera insidiosa, que aún seguía tomándola de ambos brazos.

—Por supuesto —manifestó burlón—, no podría decepcionar a mi flamante prometida; tal vez más adelante, cuando sienta que desea cooperar para la causa. —Acarició el fino rostro de Angel—. Quizás entonces me acompañe en la vida nocturna...

Ella alejó la mano de Prince de su rostro y la arrojó a un costado.

—Eso no sucederá —expresó decidida—. Deje de agraviarme y retírese. Tiene que haber una solución para este problema.

—Pensé que solo lady Blanford me diría que se trataba de un problema. Esto solo debe ser una señal divina de que se llevarán bien.

Ella gruñó internamente. Se alejó de él, esperando que se fuera. Estaba segura de que si se volvía más fea, la famosa lady Blanford la despreciaría y haría algo para que el duque no se casara con ella, pero ¿quién era esa mujer? Una buena pregunta que él podría responder. Cuando giró para hablarle, el duque había desaparecido.

Se retiró al verse ignorado por la apatía con piernas. No estaba muy seguro de que la señorita Payne, futura duquesa de Hamilton cooperara. Al parecer, se la veía reacia a divertirse, pero ya cambiaría esa cara de lamentación por una de placer y liberación. Aquel beso que intercambiaron solo que dentro de esa mujer existía belleza y fuego. Su dinero podría hacer que su matrimonio

no fuera un lecho de espinas como se imaginaba que realmente sería. Recordó que tenía un detalle pendiente: el anillo. No sería un hombre pusilánime como Andrew. Iría a buscar el anillo y se lo daría cuando la volviera a ver.

La gente lo veía pasar por la calle con un rostro incrédulo. Le abrían paso.

—No se puede caminar por las calles de Londres —murmuró.

Aquellas personas solo deseaban arrojarle piedras, juzgarlo y mandarlo a la horca. No eran más que personas cínicas y envidiosas. Cínicas, porque muchos de ellos hacían cosas peores que él; envidiosos, porque deseaban tener su resolución. Él había sido ser un disoluto público.

A la única persona a la que le debía fineza y agradecimiento era a su abuela. Cuando sus padres murieron en aquel barco, él había quedado solo. Siempre fue estricta, pero no le había negado un solo beso ni abrazo cuando lo necesitó. El único inconveniente de milady tenía que ver con que gustaba de los caballeros, por lo que, después que él se transformó en un joven que ya casi no la necesitaba, decidió casarse e irse para residir a París, por donde estuvo durante muchos años en los que pocas veces lo visitaba.

Lo educó para respetar a una mujer, y no conocía a una sola dama a la que hubiera maltratado. Era insolente, sí, lo admitía, pero amaba a las mujeres. Las veía como joyas hermosas, incapaz de despreciar a alguna que fuera de su agrado e incluso podía decir que su prometida, por más que no fuera agraciada, sería consentida por sus favores masculinos.

Llegó a la fina joyería de donde compró el anillo para lady Hilton.

—Buen día, excelencia. ¿De nuevo un anillo para la prometida de otro amigo? —preguntó el orfebre con una agradable expresión en el rostro.

—Esta vez es para mi prometida —esclareció y dejó mudo al hombre—. Muéstreme lo más elegante que tenga. Si será la duquesa, no puede ir con cualquier baratija.

El orfebre se encaminó a la trastienda y volvió con unas joyas recién hechas.

—No hay como estos diamantes, excelencia. Hará maravillas con su prometida —alegó casi con un guiño del ojo derecho.

—Entonces deme esos diamantes milagrosos; tienen mucho trabajo que hacer. —Sonrió acariciándolos.

Al salir de la joyería, ya había una pequeña multitud reunida, quizá solo para verlo. Entonces, ¿para qué hacerlos esperar? Sacó el estuche del bolsillo y lo abrió.

—¡Entrometidos y entrometidas, decorosos e indecorosos, mancebos, desposados y degenerados reprimidos! —Llamó la atención de los que caminaban por ahí y de los que esperaban ver qué hacía en el joyero—. ¡Ha llegado el día de la redención, he de ser desposado! —anunció mostrando la joya.

Se escuchaban los cuchicheos de los presentes al ver el anillo de compromiso centelleante frente a ellos; se trataba de la prueba de que se casaría con alguna pobre incauta.

—¡He de decir más! ¡Seguiré corrompiendo a sus esposos, esposas, prometidos y prometidas! —rio demencial, cerrando el estuche para continuar su camino después de indignar a esas personas.

Subió al caballo y partió a casa de Andrew. Aquella risa no cesaba. Se sentía fascinado por la hipocresía de la sociedad de la que era parte. Golpeó la casa de su amigo el banquero, y miró hacia su precioso jardín. Aquel ya no parecía la casa del paria que imaginaba la sociedad que representaba Andrew. Claire Baxton había sido un milagro para su amigo.

—Excelencia —lo saludó James en la entrada.

—James, ¿se encuentra ocupado Andrew?

—Lady Hilton acaba de salir del despacho, supongo que está trabajando.

—Es bueno saberlo —caminó hacia el despacho, pero se detuvo al recordar algo—. Casi lo olvidaba, James. Lady Blanford y Philippa han vuelto de Francia.

—¿Lady Philippa ha vuelto? —consultó sonrojado.

—Creo que ha vuelto por ti —dijo jocoso.

—Espero que haya sabido guardar discreción sobre nuestra relación.

—Philippa es una tumba, pero mi abuela no; ella sabe que usted es sir James, el verdadero baronet.

—Calle, excelencia... —Miró alrededor.

—Andrew no lo sabrá; tu secreto está a salvo conmigo.

—No deseo que se entere y crea lo que no es. El título es suyo por derecho, por ser el hijo de mi hermano, que aceptó una carga de arcas vacías por mi causa —lamentó.

—Yo soy otra tumba. Philippa está en mi casa por si deseas visitarla. Su cuarto está en la segunda planta, junto al roble —indicó tras darle un palmada en el hombro.

CAPÍTULO 12

Abrió la puerta sin tocar. Andrew estaba con la ropa desacomodada, el cabello deshecho y una sonrisa mientras metía la pluma en el tintero.

—Parecen ser buenos días para ti —indicó Prince.

Su amigo levantó la vista y luego volvió al escrito.

—Desde siempre tengo buen día, salvo por el inútil de mi asistente. Debía estar aquí hace rato. Deberé cambiarlo.

—¿Sugerencia de tu adorada lady Hilton?

—No, es solo cuestión de sentido común —admitió.

—Tengo curiosidad de saber qué es eso a lo que no le quitas la vista...

—Es una misiva respondiendo un cuestionamiento de la señorita Lilibeth.

—¿La descocada de los senos grandes? —describió con un generoso gesto.

—Sí...

—Pero si acaba de contraer matrimonio.

—Manifiesta que... —Tomó la carta de la joven—. Hughie es un poco difícil y, como soy su único amigo, debo solucionar su inconveniente.

—¿Tu esposa lo sabe?

—Tuvimos una acalorada discusión con final feliz antes que vinieras; ella me pidió que le contestara. Es lo que estoy haciendo.

—Lady Hilton sabe compartir tus favores, mi buen baronet. —Sonrió pícaro—. ¿Le contaste la cantidad de mujeres que pudiste llevarte a la cama sin que lo supiera en tan poco tiempo? Hades es incluso más que el propio Diablo.

—No le seré infiel a mi esposa, no lo necesito —alegó esperando que la tinta se secara—. ¿Y tú, cómo vas con la búsqueda? ¿La señorita Payne sigue siendo el único vaso decente de tu desierto?

—He conseguido su mano.

—¿Qué? —Andrew dejó todo lo que estaba haciendo.

—Tengo un hermoso anillo en el bolsillo de esta prenda. Lady Blanford me ha dejado sin tiempo. Llegué anoche, y ella estaba en mi casa. Me golpeó tanto que creo debo de tener amnesia —se quejó mientras se palpaba los chichones en la cabeza.

—Desde que tu abuela era joven usaba bastón. ¿Sabes qué creo? Ella nunca lo necesitó para caminar, solo lo usaba como un correctivo para ti.

—Llegué a esa misma penosa conclusión. También está Philippa.

—¿Sigue tan hermosa? Cómo disfrutará James esa noticia. Estoy seguro de que esperaba con paciencia y celibato a la dama de compañía de tu abuela.

—Philippa cree que no te abandonará.

—Me dolería perder a James. Es como un padre para mí, pero tal y como yo soy feliz, deseo que él también lo sea.

Una doncella pasó la puerta y les acercó unos vasos.

—Gracias, Iris —dijo Andrew.

—Ya no hay celos en la servidumbre.

—Iris es muy diferente a Amy; es decente.

—¡Auxilio! —Ambos escucharon un grito que provenía desde el pasillo.

Salieron a ver qué sucedía.

Mammon estaba acosando a Iris. Deseaba jugar con ella, que no pudo contra el arrebatamiento del animal. Sentía temor de los dos perros de sus patrones.

—¡Mammon! —llamó Andrew, lo que hizo que el perro abandonara la juguetona mordida de las faldas de la doncella.

—¡Muchas gracias, sir Andrew! —Corrió la joven a esconderse.

—Mammon eres un problema —acarició Andrew la cabeza del canino.

—Préstamelo unos días; quizá me salve de ir a la iglesia —rio Prince que también acariciaba la cabeza del animal.

—Te lo daré unos días, pero Leviathan se quedará: no deja de cuidar a Claire.

—Estaré encantado de tenerlo de huésped en casa.

*

Lady Blanford buscó en su habitación a Prince. La ventana estaba abierta, comprendía lo que sucedió.

—¡Bribón sinvergüenza! —gruñó molesta.

—Debió escapar, milady —concluyó Philippa al cerrar las ventanas.

—Suponía que lo haría. No se puede esperar nada bueno de un disoluto —replicó —, pero será la última vez que se escape.

Salieron de la habitación para verificar la preparación del almuerzo. Los criados eran perezosos, tal como su nieto. Todos se comportaban como vampiros nocturnos y no dudaba de que fueran de juerga con su nieto.

La puerta se abrió y cuatro patas corrieron por el salón olfateando un aroma extraño.

Mammon estiró un mantel con los dientes y tiró un adorno que estaba encima.

—Muy bien, buen muchacho —lo felicitó Prince.

El perro de repente ladró como no lo había hecho jamás hacia el pasillo. Iba y venía inquieto.

—¿Qué es esa cosa horrible? —señaló su abuela con un bastón.

—Es Mammon, el perro de Andrew. Me lo prestó —respondió lo más fuerte que pudo, puesto que el animal no dejaba de ladrar.

—¡Calla, bestia! —reprendió lady Blanford al perro que cerró la boca y se colocó obediente en el suelo—. Así está mejor...

Prince estaba incrédulo. Mammon había sido domesticado por lady Blanford en cuestión de segundos.

—Mañana ese animal nos acompañará a la iglesia, lo bendeciremos —aseguró ella pasando junto a su nieto—. ¿Te crees muy bueno para saltar la autoridad de una anciana desvalida, Prince?

—Solo fui a hacer algo...

—¡Intentar matar a tu tierna abuela es un crimen! —Lo golpeó un par de veces con el bastón.

—¡Lady Blanford, clemencia a mis posaderas! —pidió mientras se cubría con las manos—. He ido para conseguir a la señorita Payne y tengo novedades. Ya tiene a su nieta política.

Lady Blanford dejó de golpearlo.

—¿En verdad? —cuestionó incrédula.

—Ha de conocerla mañana, antes de la iglesia —mencionó para ver si cambiaba la expresión en el rostro.

—¿Tienes una prometida? ¿Cómo hiciste para que cayera en tu encanto? Ayer solo era una candidata.

—Es la desmesurada pasión que siento por la señorita Payne —agregó con un poco de sarcasmo.

La mujer mostró una enorme sonrisa de felicidad en el rostro.

—¡Mi querido Prince se casará por amor! ¡Philippa! —la llamó ansiosa.

Prince la miró desconcertado. Su abuela no había comprendido el sarcasmo.

—Dígame, lady... ¿Qué es eso! —Señaló al animal acostado.

—La mascota de Andrew, pero que con la hermosa noticia que me acaba de dar mi nieto, creo que hasta lo adoptaré. ¡Prince se casará por amor con esa tal señorita Payne!

Philippa miró a Prince que negaba aquella acusación.

—¡Puedo morir tranquila, mi nieto me hará bisabuela dentro de muy poco! —Festejó ella frente a los incrédulos rostros de Philippa y Prince—. Necesito mi mejor vestido; no puedo conocer a la señorita Payne en estos trapos.

—Elegiré lo mejor, lady Blanford —alegó Philippa—. En la cocina hay problemas, milady.

—¡Oh, lo resolveré todo con mi bastón! ¡Estoy de buen humor! —sonrió cantarina mientras dejaba la habitación.

—¿Debo salvar a mis empleados? —cuestionó Prince.

—No. Déjelos sufrir un poco. ¿Qué le ha dicho a lady Blanford? Su abuela es débil del corazón, excelencia. No debería jugar con sus ilusiones —reprochó Philippa.

—A su edad me he dado cuenta de que no comprende el sarcasmo.

—Ahora debe fingir que adora a la señorita Payne para no desalentar a su abuela. ¡En qué lío se ha metido!

—Philippa, ya es suficiente con los reclamos de lady Blanford, como para uno más. Mañana me espera la iglesia, es horrible, horrible. ¿Puedo fingir enfermedad?

—No puede y lo sabe. Mañana debe llevarla para que conozca a la señorita Payne.

—Lo haremos; también irás, y verás cómo es.

*

Angel aún no podía creer su mala fortuna. Comprometida con aquel hombre. No creía en los milagros, menos después de lo acontecido. No aparecería nadie para salvarla. Si a lo largo de varias temporadas, un milagro no había aparecido, menos algo mágico e inesperado la salvaría del demonio con el que se casaría. Un hombre infiel, hostigador, canalla, disoluto, mundano. Le faltaban más agravios para describirlo.

Se sentó con sus padres para el almuerzo. Cada uno metido en su realidad. Su madre tenía estampada una sonrisa en el bello rostro; el señor Payne apenas comía.

—¿No tiene una solución en el frac, padre? —cuestionó sarcástica.

—Angeline...

—¡Soy Angel! —espetó molesta—. Me avergüenza que no sepa siquiera el nombre de la criatura a la que engendró, señor Payne.

—Lo siento. ¿Qué puedo hacer por ti? —cuestionó taciturno.

—Ha de librarme de un mal matrimonio con ese hombre que vino hoy.

—Eso es negocio de tu madre; tendrás que conversarlo con ella —respondió sin más.

—Deberías estar agradecida de que el duque haya pedido tu mano. Un hombre galante que no creará problemas en tu vida. Entiende una cosa, Angel, ese caballero jamás te molestará. No comprendes el significado de la paz —explicó su madre—. Solo debes darles los hijos que pida; no más que eso. Los nobles son así.

Angel deseaba ahogarse en el caldo que le habían servido de almuerzo. Se sentía incomprendida. Era difícil ser diferente en un mundo de pensamientos iguales.

—Póngase los pantalones, padre. Porque usted en definitiva no los lleva —se levantó y caminó rápidamente hacia el área de los dormitorios.

De reojo pudo ver a Corina reír. Para la doncella todo parecía simpático, mientras ella se estaba muriendo de tristeza por dentro. No quería en el futuro ser alguien como su madre; tampoco tener una hija que se sentara en una mesa donde nunca hablaban.

Llegó a su habitación. Inició la búsqueda del único vestido que se había salvado. Lo tenía puesto ese día que tiraron los otros. Se lavaría los cabellos y los dejaría secar cerca de la chimenea o saldría para que lo secara el viento. De esa forma su cabellera estaría más hinchada, si eso era posible. Nada de bucles adorables, forjaría su destino ella misma.

No sabía cuándo aparecería su poco agradable prometido, pero siempre debía estar lista para que no la quisiera en su vida y la liberara. A la mañana siguiente, se levantó tal y como deseaba, horrible. Se presentó a desayunar “impresentable” como le decía su madre. El cabello estaba sujetado por un lazo rosa pálido. El vestido cubierto de moños de una debutante acompañado de zapatos bajos sin gracia y sin elegancia. Si era necesario esperar a su prometido todo el tiempo de esa forma, ni siquiera haría lavar la prenda.

El carruaje del duque de Hamilton paró frente a la residencia de los Payne. Lady Blanford con sus cristales miraba la vivienda: la de una familia acomodada.

—¿El señor Payne es un hombre adinerado? —preguntó la marquesa.

—Sí. Un hombre de negocios.

—Entonces la joven debe tener una dote respetable. Estoy ansiosa por conocerla.

Prince descendió y colocó la mano para que lady Blanford y también Philippa lo hicieran.

Se arregló las prendas. Condujo a su abuela con pasos lentos hacia la casa. Golpeó la puerta, esperando que la señorita Payne hubiera tenido la brillante idea de mostrar sus atributos femeninos para espantar a su abuela y que todo se fuera al diablo.

—Buen día, excelencia —saludó el mayordomo, forzado por la patrona.

—Buen día, ¿la señorita Payne se encuentra?

—Adelante. ¿A quiénes más anuncio?

—A lady Blanford, el duque de Hamilton y Philippa —ordenó la abuela.

El hombre los dejó pasar a ambos hasta la recepción. Ellos lo siguieron.

Angel tenía la vista fija en uno de los libros comerciales de su padre. Le parecían menos aburridos que las mismas novelas que había leído. La señora de la casa, por otro lado, elaboraba el menú de la próxima semana.

—Con su permiso, señora Payne...

La dama levantó la mirada. Vio al duque junto a dos elegantes damas. Lady Blanford observó a la hermosa mujer de cabellos oscuros que miraba a su nieto; le parecía mayor para ser la señorita Payne. Concluyó que el esperpento que leía sería la afortunada joven. Angel también levantó los ojos, y se cruzaron con la rígida mujer del bastón. Sin mediar muchas palabras, la mujer mayor de ojos azules se acercó hacia ella soltando el brazo del duque. La muchacha, por alguna razón desconocida, se levantó con temor.

—Conque usted es la señorita Payne —dijo al observar con detenimiento las prendas, los zapatos y el cabello. Luego miró a Prince y volvió los ojos a la joven. Levantó el bastón y lo hizo pasar por debajo del cabello de Angel—. ¿Es está tu prometida, Prince?

Él la observó tan poco agraciada que le daría vergüenza decir que sí, pero debía afrontar su elección.

—Es... ella... —contestó mientras Philippa lo tomaba de un brazo por el miedo a lo que haría lady Blanford.

—Hable, niña —exigió la abuela.

—Yo...

—Habla, Angel —le ordenó su madre entre dientes.

—Deje que ella se exprese, señora Payne —intervino decidida la anciana.

—No sé qué decir. —Sonrió nerviosa mientras miraba a su madre.

El rostro arrugado y serio de la mujer de cabello blanquecino cambió por una afable sonrisa.

—¡Es un encanto de jovencita! —dijo la anciana y le sonrió a Prince que no era el único sorprendido de la sala.

CAPÍTULO 13

El rostro de los demás en la sala, incluso el de la misma Angel, mostraba una absoluta incredulidad. Prince, al ver a su abuela sonriendo, solo pensó: “Si hubiera sido un mejor nieto, la pobre no estaría en la demencia”.

—Es increíble —giró su abuela para ir hacia el duque—. Sabía que te volverías un hombre de bien. No esperaba mejor elección que esta para ti.

Angel deseaba levantar su mentón que estaba en el suelo. No podría articular, ni digerir nada. Estaba pasmada. Quizá la mujer había perdido la vista o los muchos disgustos que le había dado el duque tal vez la habían dejado ciega.

—¿Se siente bien, lady Blanford? —cuestionó Prince que la tomó del codo por si deseaba desmayarse.

—¡Puedes llamarme “abuela” otra vez, querido! —Fue de nuevo hacia Angel—. Y usted, mi niña, ya puede llamarme “abuela” también si lo desea. —La tomó de las manos—. He esperado por usted mucho tiempo. Cuando mi licenciado nieto, ante mi inminente llegada, no dudó ni unas horas en pedirla en matrimonio, ya me estaba haciendo feliz. Temía con sinceridad que usted fuera una mujer de mala vida o mala reputación, porque dónde conocería una mujer de bien a semejante libertino. Esto solo puede ser amor... —soltó lady Blanford.

Ella miró al duque que tenía una ceja alzada, el ceño arrugado y la boca con una mueca un poco graciosa. Al parecer la abuela no sabía que la habían obligado. Pensó que tenía una inmejorable oportunidad para deshacerse de ese indeseado compromiso.

—Lady Blanford, me encantaría comentarle...

—Señorita Payne —interrumpió Prince con premura—. Mi abuela ha venido para invitarla a la iglesia.

—¿Usted a la iglesia, milord? —inquirió Angel; después bufó con incredulidad.

—¡Señorita Payne! —Lady Blanford la sujetó emocionada—. Mi nieto es muy asiduo a la iglesia. Solo que desde que lo he dejado un poco, se ha descarriado, pero es corregible. Acompáñenos para que usted y yo podamos conocernos, compartiremos mucho tiempo cuando se case con mi adorado Prince.

—No tienes siquiera que pedir permiso, querida Angel. Irás bien acompañada —dijo su madre que intentó acondicionarle el cabello a la hija.

Angel quería girar los ojos, pero no podía hacerlo. La abuela del duque no le quitaba los ojos de encima. La veía como si de un verdadero ángel se tratara.

—Ven, Prince. Tú llevarás a la señorita Payne.

Se acercó hasta ellas y miró a Angel con recelo al igual que ella lo hacía con él. Lady Blanford colocó la mano de la muchacha encima del brazo de Prince.

—Qué delicia de pareja. Vayamos saliendo, no quiero perderme el sermón de hoy —ordenó lady Blanford.

—Tendrá que acatar las órdenes de mi entrañable abuela —indicó el duque.

—Usted también deberá hacerlo.

—Estoy lamentando mi decisión de desposarla, señorita Payne. Pero luego pienso en que me pertenecerá en cuerpo y alma, que haré lo que desee con usted: lo primero será que usted vaya sin equipaje a nuestra casa.

—Deberá exponerme con orgullo, excelencia —respondió Angel con sarcasmo.

—No sé quién hará pasar vergüenza a quién, mi desarreglada señorita —adujo con ironía mientras caminaban para subir detrás de lady Blanford al carruaje.

Philippa se sentó junto a la anciana y le sonrió a Angel que se sentó frente a ella. No comprendió en qué estaba pensando el duque cuando escogió a esa dama, pero podía asegurar que lady Blanford estaba conforme con la decisión de su nieto. Realmente aprobaba ese compromiso.

—Tengo que volver a felicitarte, Prince. Has vuelto al camino del que nunca debiste salir. Seré la única persona de la familia en presenciar un matrimonio por amor y será el de mi único nieto.

Angel sonrió forzada. Estaba tan incómoda que deseaba salir por la ventanilla del carruaje, aunque le resultaba demasiado pequeña para escapar. Tenía que soportar las miradas de esas tres personas como si fuera una atracción en la feria de los gitanos. La mujer rubia de mediana edad la miraba muy desconfiada. Intentaba encontrar algo en ella. Escucharon las campanadas de la iglesia. Llegaron a tiempo para el sermón del día. Prince bajó primero para ayudar a las damas. Se comportaba distinto delante de la anciana abuela. Se mostraba comedido, calmado y muy amable, al menos cuando ella lo observaba.

Al entrar a la iglesia los demás asistentes estaban atónitos. Nunca habían visto a Demonio entrar a una iglesia, salvo los asistentes al matrimonio de sir Andrew Hilton. Las murmuraciones comenzaban alrededor de ellos. Prince sonreía cínico y saludaba a los demás, incluso al vicario de Inverness, Patrick Baxton, que vio con malos ojos a la señorita Payne. Se levantó de su sitio y fue hacia el duque, acompañado por las tres damas.

—He de bromear con no desintegrarme en la iglesia —dijo respirando cerca de la nuca de Angel.

Un escalofrío la sorprendió e hizo que respirara con celeridad. Su cabeza estaba plagada de pensamientos hacia el duque, malos por sobre todo, pero, a la vez, ese desprecio desmedido la hacía desear más que solo unas palabras cerca del oído.

—Es usted el Demonio. ¿Qué esperaba? —lo reprendió mientras sentía el sudor bajo los brazos.

Aquella media sonrisa sinvergüenza que Prince le mostró hizo que se sonrojara.

—Oh, señorita Payne, usted no sabe todas las maldades que este recinto sagrado me hace pensar. Hay tantos recovecos sagrados que solo puedo pensar en profanarlos. ¿Qué opina usted de acompañarme para unos besos furtivos y unas caricias ardientes? Nada más delicioso que un ángel en las manos de un demonio...

—Blasfemo —mencionó mientras tragaba saliva con dificultad, la vergüenza era algo que aquel hombre no conocía; al parecer tampoco lo haría.

—Buen día, señorita Payne —la saludó Patrick—. He venido a invitarla para que se siente con los demás feligreses.

—Señor Baxton, buenos días. Debo negarme a su invitación. He venido a acompañar al duque de Hamilton...

—Mi querida, ha olvidado comentar que el duque de Hamilton es su prometido. Y que está orgullosa de sentarse a su lado —dijo Prince con suficiencia mientras miraba fijo a Patrick.

—Ha caído en desgracia, señorita. Daría mi alma por salvarla de tan mal matrimonio y una vida infeliz.

Lady Blanford escuchó al hombre que estaba vestido como vicario. Abandonó su asiento para acercarse hasta él.

—¿Desea que le preste el puñal para que dejemos de oírlo, caballero? Debería dejar de pulular cerca de una mujer comprometida; en especial si lo está con mi nieto —musitó lady Blanford.

—Dios perdonará la insolencia de la dama para con un hombre del señor.

—Pídale también al señor que no me deje alcanzarlo para darle una buena lección con este bastón. Váyase de aquí. Qué paciencia tienes con este hombre, Prince —reclamó milady.

—Abuela, a palabras necias, oídos sordos para quienes creen tener la verdad. Esperaré su bendición para mi matrimonio con la señorita Payne —se dirigió a Patrick con cinismo.

—Creo en los milagros. Uno de ellos se hará salvando a esta dama de sus garras infernales, duque. Que Dios se apiade de sus almas.

—¡Vaya charlatán! —gruñó lady Blanford al ver que se iba.

Angel miró a Patrick Baxton; ese era su única esperanza. No había nadie más que pudiera ayudarla a salir de aquel infierno.

*

Días después, la sociedad decente había hecho invitaciones para manifestarse frente a las puertas del club Inferno y cerrar esas pecaminosas puertas de una vez. Angel también recibió la invitación expresa del vicario de Inverness. Ella solo podía darle vueltas en la cabeza a esa idea. Sería hipócrita y apoyaría que cerraran aquel lugar. Nunca sospecharían de ella si se ponía del lado de los feligreses indignados; jamás sabrían que ella era miembro de Inferno cortada casi con la misma tijera con la que fue cortado su prometido aunque quisiera negarlo. Por la noche se colocó una capa y escapó por la ventana de su habitación como solía hacerlo para ir a Inferno. Asistir a esa manifestación, aunque más no fuera oculta, tenía por objetivo que no la descubrieran, sino que la librarán del mayor pecador de todos: su indeseable prometido.

Entre la muchedumbre, reconoció a Patrick Baxton y se le acercó.

—Buenas noches, vicario —murmuró sin querer ser vista.

—Señorita Payne, no estaba seguro de que se decidiera a acudir, pero, al verla aquí, estoy convencido de que no se encuentra a favor de las actividades pecaminosas de su prometido.

—Eso no es todo, señor. Confieso que me han obligado a ese compromiso y que deseo deshacerme de él.

Patrick la tomó con delicadeza del brazo para desaparecer de la mirada de los demás.

—¿Desea que la ayude? —le preguntó mientras le quitaba la capucha de la cabeza de Angel.

—Deseo deshacerme de ese hombre; quiero poder encontrar un mejor pretendiente, uno decente que no me llene de vergüenza.

—No tengo lujos, ni una fastuosa herencia, mucho menos un título que ofrecer, pero tengo dignidad y mucha moral. Una vida de rectitud me avalan. Deseo que usted sea mi compañera en la vicaría de Inverness. He decidido poner el ejemplo a los fieles con un matrimonio, y no he de encontrar mujer más perfecta que usted, señorita Payne. —Le tomó el mentón y le acarició las mejillas con prudencia.

Ella no deseaba ese contacto. De ninguna manera se sentiría feliz como la esposa de un vicario, y tampoco como la de un disoluto.

—Soy una mujer comprometida, y usted un vicario —le recordó para alejar las manos de Patrick.

—Una razón más para hacerla mi esposa. Pronto expulsaremos a este rufián de aquí y usted será libre.

—Que así sea —deseó volviéndose a colocar la capucha.

CAPÍTULO 14

En el despacho de Diablo, Claire disfrutaba de la compañía de su amante esposo. Sentada en su regazo, se enaltecía del amor que él le tenía. Miraba a Eliette que estaba en el regazo de Prince. Podía oler cómo aquella mujerzuela intentaba corromper la mente de su ocupado esposo. Lo miraba con deseo; en más de una oportunidad, la había sorprendido intentando propasarse con él. Tenía el trabajo de encargada de complacer a los miembros de Infierno. Solo Orfeo no deseaba las atenciones de ninguna mujer. Hades, por su parte, la rechazaba sin mucha consideración. Ella respiró profundo al sentir una patada en el vientre.

—¿Ya es hora? —cuestionó Andrew preocupado por el nacimiento de su pequeño.

—Al parecer, Hades necesitara de atenciones en la cuarentena —provocó Eliette que metía la mano en el pecho de Prince.

—No juegues con sus sentimientos, Eliette —reprochó Prince.

—Es que nunca tendré el gusto de probar a un miembro más del club...

—Quizá, cuando me muera, podrás aprovecharte de mi esposo. Aunque lo más cercano a que ocurra contigo es que Diablo te expulse de aquí. No intentes seducir a mi esposo porque pocos saben de los que soy capaz. ¿No es así, Leviathan? —Sonrió acariciando al perro que gruñía mirando a Eliette—. Si quieres conservar tu cuerpo intacto, solo mantente alejada.

—No celes, amada mía. Te pertenezco solo a ti. —La besó Andrew sonriente al sentirse cuidado por Claire.

—Vámonos, Eliette; hay cosas mejores que ver a dos tórtolos. Afuera están los manifestantes.

Pasaron por el salón donde había un gran silencio. Orfeo no estaba en el piano, sino escondido en las sombras con una dama.

—¿Acaso soy el único que desea hacer una maldad esta noche?

—Estoy yo para apoyarte; todos los demás tendrán una buena noche, Demonio.

—Te premiaré como te gusta, Eliette, solo sal conmigo para reír un poco.

La gente estaba arrojando piedras al lugar. Llevaban carretas de piedras para arrojar a gusto.

—Tome una de ellas —extendió Patrick la mano de Angel—. No sienta miedo o culpa; este es un lugar del mal.

—¿Para mí no hay una piedra? —interrumpió una voz conocida.

—Helmut... —dijo Patrick.

—Acabo de llegar, pero cuentas con mi apoyo para cerrar este perverso sitio.

Helmut tomó una piedra también para arrojarla.

—Por el buen nombre de los Baxton... —murmuró al lanzar la piedra a una de las ventanas cerradas.

Las puertas de Infierno se abrieron. Prince salió con Eliette tomada de la cintura.

—Buenas noches, invitados no gratos. Quisiera señalar a tantos hipócritas aquí, pero faltarían dedos en mi cuerpo —aclaró Prince.

—¡Arderá en el infierno, promiscuo! —gritó uno de los asistentes.

Prince y Eliette rieron a carcajadas por aquella acusación tan común. Sintió unas gotas que iban hacia él desde una gran cantidad de gente.

—¡Espero que eso no haya sido un escupitajo! —advirtió sin perder la sonrisa cínica de su rostro.

—¡Es agua bendita! ¡Demonio! —exclamó la misma voz. Entonces él se arrimó a ver.

Era Patrick Baxton acompañado de su primo Helmut y su opaca prometida, la señorita Payne.

—Suponía que sería usted, Patrick Baxton. Está oliéndome el trasero desde hace meses —lo encaró Prince—. Sin embargo, usted, mi adorable prometida, creo que está del lado equivocado —le dijo y se acercó para acariciarle su rostro.

—¿Debería usted guardar compostura o me equivoco? —acusó molesta mientras miraba hacia la dama de la puerta que estaba seduciendo a los hombres de la multitud.

—¿Celos? Aún no los ha sentido. Helmut Baxton, uno de ustedes que participa de una manifestación vulgar —se burló mientras se acercaba a Patrick que tenía el agua bendita en la mano—. ¿Cuál se supone sería el efecto de esto? ¿Convertirme en un redimido? —Le arrebató el agua de las manos.

—Rufián —murmuró Patrick.

—¿Tienen la esperanza de que esto me mate? —preguntó el duque a la multitud—. ¡Pues les daré el gusto!

Prince se tomó el agua bendita tal como lo que era: agua. Angel lo miró. Lo vio decidido, muy fiel a sus convicciones. No se dejaba intimidar por ellos.

—¡Lo ven! ¡No he muerto! —Rio arrojando el recipiente del agua hacia otro lugar—. La veré mañana, señorita Payne.

—Usted... —lo llamó Angel.

Él, sin embargo, la dejó con la palabra en la boca y se retiró. Todos sabían que Angel Payne era su prometida. Lo estaba avergonzando públicamente con su aparición en aquel lugar. Él no se consideraba un hombre vengativo, pero sí uno que se hacía respetar fuera por buenas o las malas.

Se encaminó hasta la puerta donde lo esperaba la coqueta Eliette. Miró hacia donde estaba Angel con el rostro enfurruñado, hizo una inclinación de cabeza y besó a la prostituta frente a su prometida. No había nada mejor para hacer arder a una mujer que herirla en el orgullo. Eliette era hermosa y exhibicionista; en cambio, Angel Payne daba pena. Seca y sin gracia.

Angel sintió un estremecimiento en el cuerpo al verlo besar a esa mujer. Le parecía un incordio, un desgraciado. No tenía nombre la humillación que le hacía. Esa sería la vida que llevaría si terminaba casada con él. Con la ira que le surcaba la mirada azul, turbulenta, le arrojó una piedra a Prince, que impactó en la pared que estaba a su lado.

Patrick y Helmut la miraron. Ella se dio a la fuga levantando el vestido para correr con más soltura. No podía describir sus sentimientos. Se sentía doloroso ser humillada frente a todos aquellos puritanos, frente al vicario y el excelentísimo Helmut Baxton. Cuán avergonzada estaba de ser la prometida de un paria, pero ya vería la forma de deshacerse de él. Aquello le resultaba imperdonable.

Prince sintió que la piedra lo había rozado para pegar en la pared. Logró enojar a la señorita Payne para que tomara esa decisión, una un poco violenta, aunque una decisión al fin. Podía asegurar que aquella mujer tenía más que rabia en la sangre: también había allí celos.

—Es momento de entrar; los ánimos se han caldeado —advirtió Demonio que cruzó la puerta a toda prisa antes de sentir la lluvia de piedras que azotaba como tormenta la entrada.

*

Entró sigilosamente en su casa, se sentó a llorar en la habitación. Tenía barro en la capa y en el vestido. Corrió por calles por las que nunca había entrado, metió los pies en hoyos donde nunca había pisado. Tenía tanta furia que su nombre angelical no concordaba con todo lo que pensaba. Siempre había tenido un carácter dócil y muy tranquilo. Esa noche, sin embargo, había explotado. El duque de Hamilton le resultaba el ser más macabro con el que podía estar emparentada. Creyó que merecía algo mejor que un libertino. Era buena, lo sabía, aunque en ese momento desconfiaba de que lo fuera realmente.

Era la única de sus amigas que se había escudado en la religión y en Inferno para escapar de su casa. Parecían contradecirse, pero la religión le servía para sobrevivir entre la sociedad. Inferno, por su lado, le resultaba útil para sobrevivir a la prisión que había construido para conseguir un esposo. Fue la que más dudó de ir a Inferno.

Se cambió de ropa y se arrodilló frente a la cama; se dispuso en posición de oración.

—Perdóname, Señor, por mis pecados, los hechos y los que pienso hacer. He sido paciente; he mantenido la esperanza de un buen esposo, pero, en cambio, no he conseguido eso. —Se quedó callada unos instantes—. Perdóname, Señor, por desear la muerte de un incordio. Apiádate de su alma, cuando llegue el momento de que rinda sus cuentas.

Continuó silenciosa la oración y se acostó a dormir. Por la mañana, después de un solitario desayuno, buscó a su padre. Tocó la puerta del despacho y pasó.

—¿Angeline?

—Angel... —soltó molesta—. Vine a pedirle dinero, padre.

—¿Para qué lo necesitas? —cuestionó extrañado.

—Si usted no me da afecto, al menos deme dinero sin preguntar —rebuznó—. ¿Acaso le he pedido explicaciones por su falta de cariño hacia nosotras?

—En mi saco, querida —contestó su padre sin preguntar nada más.

—Espero que sea mucho. Estoy agradecida...

—Adiós, cariño. Después podremos hablar de lo que te aqueja.

—No se preocupe, padre. Yo misma me haré cargo de esto que me aqueja —le sonrió y salió.

Estaba nerviosa por lo que haría. Sin embargo, debía mantener su reputación o hundirse en la miseria de la infidelidad de la que sería víctima. Esas libras que le sacó a su padre debían ser suficientes para que alguien accediera a darle una lección a un paria como el duque de Hamilton.

CAPÍTULO 15

Salió sin compañía de la doncella o de su madre con aquellas libras para deshacerse de su abominable prometido. ¿Quién sería tan tonta para tolerar algo así sin estar casada? Había tiempo de seguir buscando pretendientes. En el contado caso de que se quedara sin ninguna esperanza, estaba el vicario.

—La desesperación por librarte del duque es tan grande que te hace pensar en una solución peor —se murmuró mientras caminaba nerviosa y sospechosa por las calles hacia los barrios bajos de Londres.

Las gallinas revoloteaban escapando de algunos niños que las querían, de seguro, para el almuerzo. Sin embargo, el olor nauseabundo de las frutas podridas y otros olores que no podía identificar —lo que, por cierto, era mejor no hacer— provocaron que sacara un impoluto pañuelo de su bolsa.

Al ir avanzando más hacia donde estaban los más postergados, se colocó la capa y esperó para ver cómo abordar su idea. Observó la zona con interés. En un lugar de bebidas, podía encontrar gente que hiciera cualquier cosa por dinero. Cruzó la estrecha calle hasta llegar a la entrada. Estaba a un paso de concretar algo importante y también a un paso de asfixiarse con la extraña mezcla de aromas que atravesaban sus fosas nasales. Miró la cantidad de hombres y se sintió cohibida. Algo dentro suyo le pedía que se fuera, que recapacitara, pero su parte dolida, traicionada y humillada le decía: “Con eso no te alcanzará para matarlo, Angel”. Tampoco quería asesinarlo, solo darle un pequeño susto. Se acercó caminando con determinación hacia los hombres de la taberna. ¿Hasta dónde iba por deshacerse del duque? No le parecía despreciable físicamente, pero sí en su interior. Estaba hueco y se olía su podredumbre.

—¿Una dama aquí? —cuestionó el hombre detrás de un mostrador.

—Disculpe, caballero. Estoy buscando siervos obedientes, deseosos de que se les dé un oficio...

—¿Oficio? ¿Usted cree que alguien que desea un oficio estaría aquí a estas horas? Estos son ladrones y hombres de poca monta, deshonestos, capaces de matar hasta a sus propios engendros.

—Muéstreme a uno.

—Aquellos dos, mi señora. —Los señaló.

—Gracias —asintió y fue caminando hacia ellos.

Se volvió a colocar el pañuelo en la nariz. Aquellos hombres se habían vomitado encima.

—Caballeros —los llamó con un tono nervioso e indeciso. Ninguno hizo caso—. ¡Señores! —Subió de tono. Uno de ellos se removió en la silla.

—¿Quién nos molesta? —cuestionó enojado, apenas dirigiendo la mirada a la mujer cubierta por una capa.

—Deseo saber sobre sus servicios. Tengo dinero para darles por un pequeño encargo —dijo Angel mostrando la bolsa.

El hombre golpeó a su amigo para que despertara. El otro, que parecía masticar la saliva, miró la bolsa de dinero que se veía jugosa.

—¿En qué podemos ser útiles?

—Es bastante lo que les daré, pero el riesgo es muy alto. Se trata de un noble, muy importante.

—Mi señora, todos somos mortales, incluso los nobles. Usted solo diga el nombre...

—El duque de Hamilton. Es el propietario de Inferno.

—Me haré rico por liquidar a ese noble. —Codeó de vuelta a su somnoliento amigo.

—Es la tercera persona en la semana que nos ofrece matarlo. Al parecer nadie lo quiere —mencionó el otro.

—¿Tercera?! —cuestionó sorprendida. Pensó que era la única con la brillante idea de que lo golpearan—. Yo no quiero matarlo, solo golpearlo...

—Pues, lo golpearemos por lo que nos dé, pero lo mataremos por lo que nos han dado.

El pecho de Angel se sentía compungido. Alguien le haría el favor de acabar con él; eso, sin embargo, la afligía, no quería que muriera.

—No estoy a favor de la muerte del duque, pero...

—Nos pague o no, ese hombre ya tiene un pie del otro lado. Si no acepta lo que le ofrecemos, puede irse.

Angel retrocedió y salió raudamente del lugar. ¿En qué clase de persona se había convertido por culpa de ese hombre? ¿Estaba buscando matones para golpearlo!

Algo dentro de ella, le decía: “Debes sentirte aliviada, te librarán de él”. Sin embargo, la otra parte le decía: “Es un ser humano, Angel, va contra tus principios”.

Debía confesar todos sus pecados. Se sentía terrible.

*

Casi al mediodía, Prince salió de la habitación para desayunar.

—Buen día, excelencia —lo saludó Philippa, sentada en su sala bordando un mantel.

—Buen día, Philippa, ¿y mi abuela?

—Haciendo su especialidad: torturar a la servidumbre.

—Philippa, ya le he presentado a mi abuela a la poco agraciada señorita Payne. ¿Aún sigue con la idea de quedarse aquí?

—Se quedará hasta que vea un hijo suyo con esa joven. Aunque veo imposible que puedan intimar; ella es un adefesio —opinó mirándolo con reproche.

—¿Qué más puedo hacer? La abuela está complacida con mi elección.

—Lady Blanford cree que ha sido por amor. Le romperá el corazón cuando le diga que eso no es así.

—No hagas que me sienta culpable, Philippa. La señorita Payne tiene una reputación intachable.

—Ya sabemos por qué. No hay forma de que le hayan dado una oportunidad de portarse mal —se burló.

—La abuela te ha mudado ciertos hábitos macabros...

—Es inevitable, paso muchas horas con ella. La mitad del tiempo tiene razón.

—¿Puedes pedir que coloquen la mesa para mi desayuno? —consultó bostezando.

—Lady Blanford estableció un horario de desayuno, y le comento que usted ha pasado ese horario. No comerá.

—¡Es mi casa! —se quejó.

—No lo es. Ella está aquí. Sepa que todo lo que toca, lo cambia. Esperemos que la señorita Payne tenga un poco de carácter para colocar en su lugar a lady Blanford.

—La abuela no tardará en golpearla con su bastón, estoy seguro de eso. Será una víctima más.

Después de soportar un voraz hambre hasta el almuerzo, se quedó, además, a oír todos los sueños de su abuela con sus futuros bisnietos. Giró los ojos tantas veces que no sabía si quedó bizco. Estaba aún con rabia contra su prometida. Verla entre la multitud que lo odiaba, junto al Vicario, además, le parecía algo despreciable.

Salió rumbo a la casa de Angel. Le haría una cariñosa visita de prometido preocupado por las actividades de una futura esposa.

Ella inició la siesta antes de que Prince llegara para importunarla. Estaba cansada por la odisea nocturna para denunciar las indecencias de su prometido. Despertó sintiendo que alguien le quitaba las frazadas de encima.

—¡Tu prometido ha venido a verte! —Su madre se veía apresurada; la levantó de un brazo—. Acomódate rápido.

—¿Ha dicho que Demonio viene a verme? —se mofó de su propia suerte.

—Deja esa actitud, y aprecia esta oportunidad. No todos los días alguien se vuelve duquesa.

—Prefiero decir que me convertiré en un animal con cuernos, antes de que en una duquesa. ¿No comprende que seré el hazmerreír de la sociedad?

—¿Más de lo que ya eres? Tú, como duquesa, dictarás las normas y mandarás. Ve eso como una ventaja —insistió su madre que buscó unos zapatos y se los colocó a una Angel adormecida. Tomó un cepillo y un listón.

—No he de convencerla de que no está haciendo lo correcto, madre.

—No lo harás... —Terminó de arreglarla—. Ve ahora, te acompañará Corina.

Se dio un vistazo en el espejo. Esa mujer sabía cómo arreglarla para verse un poco más decente. En el principio de la escalera, la esperaba la doncella con una mirada burlona.

—El duque está en el salón.

—Lo imagino. Tienes órdenes de oír todo —masculló.

—Ser su carabina son mis órdenes.

—Entonces te ordeno sordera.

La doncella entornó los ojos y la acompañó para que se mostrara frente a su prometido. Al entrar, lo vio de espaldas, observando por la ventana el jardín de enfrente o tal vez la calle. El duque giró. Aquella sonrisa sinvergüenza de la noche anterior se manifestaba en ese desvergonzado rostro. Se dio unos segundos casi eternos para observarlo. Estaba vestido con elegancia. El marrón era un color que le sentaba a la perfección. Prince la miró y la vio presentable. Dejaba ver un poco de aquella escondida belleza que tenía. Eso hizo que su enojo fuera disminuyendo. Se acercó para tomarle mano y besarla, pero ella lo desairó retirando la mano.

—Cuando alguien comete pecados, se arrepiente y se es perdonado, señorita Payne. Pensé que se había arrepentido de su pecado nocturno... —Prince miró hacia la doncella—. ¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Corina, excelencia.

—Corina, quisiera un té. No se preocupe por su señorita. Hay improbabilidad de que le toque un solo pelo de su oscura cabellera...

Angel se sonrojó de la vergüenza. El duque no parecía para nada medido con sus comentarios.

—En un momento se lo traigo —se apresuró a salir la burlona doncella.

—¿Cómo se atreve a venir hasta aquí, después de su desvergonzada actividad? —reclamó Angel.

—Siempre lo he dicho: las mujeres decentes no andan arrojando piedras a su prójimo —se deleitó a costillas del enojo de la muchacha.

—¿Usted me humilló al besar a esa... mujerzuela! —le recordó.

—Eliette es nuestra compañía en Inferno. Una adorable amiga.

—¿Besa a sus amigas, excelencia? —indagó indignada.

—Besaré más amigas, puesto que mi prometida es indeseable y prefiere estar en mi contra antes que cooperar. Lo que usted hizo anoche es innombrable, señorita Payne.

—¿Arrojarle una piedra es innombrable? Se llama orgullo. No me ha respetado.

—Usted tampoco lo hizo —la interrumpió molesto.

—¿Usted no tiene escrúpulos! —se quejó—. ¡La buena sociedad lo vio besando a otra frente a su prometida! ¿Qué puede decir en su defensa?

—¿Que la carne es débil, quizá? —se justificó sonriendo—. O que mi adorada señorita Payne estaba saliendo por la noche con un vicario, lo que me hizo sentir abandonado. ¿Sabe que los religiosos inducen a la tentación?

—¿Qué está insinuando? —curioseó.

—Lo más simple, usted se entiende con el vicario de Inverness. Y me pregunto ¿Cómo es que logró convencerla de acceder a sus pedidos? Es un hombre agrio, con falsedad hasta por la última gota de sudor de su pronunciada frente.

—Es un hombre de Dios... —justificó.

—¿En verdad lo cree? Oh, señorita Payne, usted es solo una incauta. ¿Qué le dará un hombre así que no le daría este caballero aquí presente? No salga con los disparates de la moralidad; eso no existe. El corazón del hombre está lleno de porquería...

—¿Habla por usted o por el resto? No dudo de que su corazón esté plagado de porquería.

—Tendré tantos defectos, pero no me escudo en mentiras. Lo que ve, es lo que soy.

—Desprecio lo que es. Por última vez, y tragando mi orgullo, le ruego que me deje en libertad.

—No puedo hacerlo. Por dos motivos. El primero, Patrick Baxton intenta salvarla de mis garras, pero verá que soy yo quien la salvará. Segundo, mi querida lady Blanford cree que usted y yo nos amamos.

—¿Se lo ruego, usted está matándome! —imploró tomándose el rostro—. No logro reconocerme, le he deseado hasta muerte... —confesó mientras le daba la espalda por la vergüenza de sus propias obras.

A Prince no le sorprendía. Ella no estaba feliz con el futuro enlace. Él se acercó a ella y le acarició sus brazos por detrás.

—Es un placer estar en sus oraciones. —Fue hacia su oído—. Si usted me deseó la muerte, significa que soy importante para usted. Piense, señorita Payne.

Sentía aquellas palabras zumbándole en el oído. La piel se le había erizado por completo. Su lengua atravesó unos secos labios.

—No deseo ser su esposa, quiero un matrimonio feliz. Con usted no lo conseguiré... —murmuró mientras sentía una de las manos de Prince que le acariciaba el largo cuello.

—¿Qué es para usted un matrimonio feliz? Le puedo dar todo lo que desee, mi corazón es muy grande y mi cuerpo vigoroso para agradarle. No estará desatendida ¿Qué clase de amante sería si dejo de lado a mi duquesa? —suspiró en su cuello.

Todas sus palabras se oían tentadoras, tanto que deseaba ir a Inferno; no solo para distenderse, sino para encontrarlo y sentir aquellas palabras que le estaba susurrando tan cerca su corazón.

CAPÍTULO 16

El duque de Hamilton era el mismo demonio pero de la seducción. Con aquellas palabras susurrándole al oído, se sentía perdida. Quería mantener la compostura, aunque también deseaba caer en sus garras y ser devorada por su lengua del mal.

Se dejó acariciar por él con las palabras y el contacto. Nada podía ser peor para una señorita de cuna que caer seducida. Tanto estaba luchando contra la idea de casarse con él que se estaba desviando del camino, lo que hacía que esa idea prometedora de ser su esposa se volviera de a poco realidad. Se dio vuelta para mirar al hombre más pícaro y sinvergüenza que había visto jamás. Dejó entreabierta la boca, como si esperara algo más, algo que no se estaba dando como ella deseaba.

—Aún estoy molesto, señorita Payne —le dijo pegado a su mejilla—. Pero estoy dispuesto a perdonar su extravío. ¿Sabe la razón o al menos la imagina? Le haré el camino corto. La perdono porque sé que usted arde en deseos por mí. Soy un hombre experimentado, por lo que puedo notar en el rostro y en la respiración de una mujer, cuán interesada está. A usted le falta muy poco para que yo pueda entrar entre sus faldas —le dijo cínico, mientras imaginaba una cachetada que ella le daría en el nombre de la buena sociedad, de la moral, de la decencia y un sinnúmero de fundamentos ridículos que las damas utilizaban para no hablar de sus deseos ocultos.

Angel podía esperar cualquier cosa de ese hombre. La había ofendido al hacerle saber que ella solo sucumbiría a un deseo carnal; ella quería algo más en un matrimonio, en una relación. Tenía, claro, la misma carnalidad que cualquiera de sus amigas. Sin embargo, el deseo se podía apagar y ella quedarse sin nada. El amor era lo único duradero. Aquel hombre solo le ofrecía calentarle cama, sin, por error al menos, mencionar que le resultaba atractiva.

—Sin embargo, yo no lo perdono. Me humilló y tengo mi orgullo. Pese a no sentir nada por usted, ni tampoco aquel deseo del cual usted habla con tanta facilidad y seguridad. Ese que dice que yo siento. No lo venero, excelencia. Espero que piense en la idea de devolverme a mis padres, porque por voluntad propia no me casaré con usted.

—¡Puedo oler su deseo, no mienta!

—Su olfato está mal. O quizá la edad puede que lo esté desequilibrando ¿Quién dice que usted es más que palabras solamente? Quién mucho habla y poco demuestra, es como un perro que ladra sin animarse a morder. —Lo miró desafiante, altanera.

—Señorita Payne, su rostro no es lo que me excita. En cambio, el desafío que supone es algo más atractivo que su figura.

—¡Presumido!

—Cúlpeme por ser sincero —ironizó—. Usted no sabe cómo este perro le mostrará sus mordidas —hizo un guiño para desquiciarla.

Corina volvió con una taza de té en una bandeja. Vio a la señorita Payne sonrojada casi al borde del infarto, y al duque con esa sonrisa lobuna.

—Su té, excelencia —le comunicó.

—Es mejor que le dé el té a mi prometida. Es una persona un tanto nerviosa...

Angel respiró acelerada y se acercó a la bandeja.

—Es mejor que se vaya, excelencia —advirtió grosera.

—No me atrevería a desafiarla, inocente mujer —satirizó Prince, caminando hacia la puerta—. Quizá, con la piedra haya fallado, pero no me quedaré a averiguar si me dará en la cabeza con la taza. Con permiso. —Hizo una reverencia y se retiró.

Ella dio un chillido de frustración al verlo irse. Agarró la taza de té y se bebió el contenido con nula fineza.

—Si su madre la viera... —murmuró Corina.

—Solo me bebí el té que dejó mi prometido. La próxima vez, debemos ponerle veneno. Si él no se lo bebe, lo haré yo... —Devolvió la taza a la bandeja y salió tomando sus faldas con rapidez.

Zapateó mientras salía. Estaba arrepentida de no haber pagado para que realmente lo eliminaran. No quería ensuciarse las manos. No pensó que sus esperanzas de tener un matrimonio decente se desvanecieran a cada temporada que pasaba. Pero ese último fin de temporada había sido el peor.

—Sigue orando, Angel —se recomendó en voz alta—; así desaparecerán todos esos pensamientos de tu mente, incluso aquellos licenciosos que te empujen a sus brazos. Recuerda: él no es un buen esposo para nadie.

*

Por la noche, esperó que todas las almas de su casa se durmieran. Escapó por una ventana. Con su capa fue hasta ese carruaje de alquiler que siempre la esperaba sin preguntar nada.

Un vestido de debutante un poco más abierto en el escote era suficiente para cambiarle la figura. El cabello atado con un fuerte lazo junto a la máscara a la mitad del rostro la convertía en otra.

Al llegar hasta Inferno, los manifestantes se estaban empezando a juntar. Ella estaría del otro lado esa noche, necesitaba gritar a los cuatro vientos su desesperanza.

—¡Impía! —le gritaron los que estaban apostados frente al local.

Le resultaba difícil pertenecer a ambos lados. Se sabía una persona tibia, no se decidía ni por el bien ni por el mal.

Dijo su seña y pasó hacia la segunda planta. Mientras subía vio a su descarado prometido sentado con otros caballeros, uno de ellos, al igual que Orfeo, escondido tras la máscara. Ese debía ser Diablo. Prince fijó los ojos en la dama que aparecía después de tanto tiempo.

Angel ignoró su coquetería y enmarcó el paso hasta abrir la puerta y pasar. En su mesa estaban Constance y Claire jugando a las cartas. Claire apenas podía moverse por su vientre. Estaba cerca de dar a luz antes la siguiente temporada. Ella tomó el vaso de Constance que levantó la mirada.

—Buenas noches, damas —saludó mientras bebía el licor del vaso.

—Pensamos que habías dejado está turbia vida. ¿Llevas unas semanas comprometida con Prince y no nos has contado? ¡Conseguiste un prometido, Angel! —la felicitó Claire con una sonrisa.

—Vaya que se ve feliz... —resumió Constance al ver la mueca en el rostro de Angel.

—Estoy tan contenta, que fui a arriesgar mi reputación en los barrios bajos de Londres para que lo golpearan...

—¿Recuerdas cuando creía que sir Andrew era un vampiro? —recordó con una sonrisa—. Prince es igual, un poco más turbio, pero un buen hombre.

—¿Quieres convencerla de que sea feliz con su prometido? ¡Vemos lo que hace todas las noches, Claire! —reprochó Constance—. Cástate, Angel, para que use tu reputación como un pañuelo y te lo deje sucio.

—Es lo que me temo —dijo apenas audible. Sus labios se movían nerviosos, al borde de perder la forma—. Solo quería un matrimonio distinto al de mis padres... —sollozó.

—¡Ves lo que hiciste, Constance! —Se levantó de la silla para intentar abrazar a Angel.

—Está exagerando. Tendrá un matrimonio muy diferente al de tus padres. Al menos tu madre sabe lo que hace tu padre; en cambio, tú no sabrás lo que hace tu esposo. Llamemos a las cosas como son, Demonio es un infiel, y lo será siempre, como Dexter —aludió Constance que miraba hacia otro sitio al decir el nombre del primo de Claire.

—Haré algo por ti, Angel —le dijo Claire cariñosa—. Le pediré a sir Andrew que interceda para que él cambie.

—¡No va a cambiar, Claire! Anoche besó a Eliette en mi cara.

—Sabes que es una mujerzuela, y el duque un hombrezuelo —gruñó Constance.

—¡Basta, basta! —le pidió Claire, que sintió un fuerte tirón en el vientre que la hizo soltar un alarido.

—¿Claire? —preguntó Angel preocupada por ella.

—Andrew... —murmuró mientras tomaba asiento.

—¡Ve por él, Angel! —ordenó Constance—. Yo me quedo con ella.

—¿Por qué yo?!

—¡Porque yo estoy en pánico!

—¡Que alguien vaya por él! —gruñó Claire, molesta.

Angel golpeó su vestido y salió apresurada de ahí para buscar a sir Andrew Hilton. Obligada por el espacio debía pasar cerca del duque de Hamilton.

—Disculpen, caballeros —musitó Prince al sentir el viento de la veloz pasada de Angel—. Los asuntos pendientes me apremian, caminan muy rápido. —Hizo una reverencia y la siguió.

Ella escuchó unas pisadas. Rogó que no fuera él. Pero como Dios estaba haciendo caso omiso a sus súplicas desesperadas, solo podía esperar lo peor.

—¡No la veía hace mucho! —exclamó Prince apresurado tras ella—. La busqué en los salones y no di con usted.

Apresuró más su paso hasta llegar a la puerta del despacho de Andrew.

—¿Le han comido la lengua? ¿Cuántos desmanes más me hará? —indagó—. Usted ha hecho más que nadie al rechazarme: tengo el orgullo herido.

Angel sintió que el pecho se le comprimía por las palabras. ¿Él hablaba de orgullo herido?

—Conteste —pidió tras tomarla del codo.

—No soy culpable de su orgullo herido. Solo he manifestado mi desinterés por usted... —replicó.

—No puede decirme eso...

—No tengo tiempo para sus cuestiones particulares —colocó la mano sobre la manija de la puerta para abrirla, pero Prince tomó esa mano para evitar que lo hiciera.

—Se hará de tiempo para mí.

—No concibo cómo existe alguien que no comprenda una negativa —le espetó Angel.

—No entiendo de negativas, cuando mi mente vaga por usted. Mis ojos la buscan porque a ellos les resulta hermosa. No soy un caballero de poesías y versos al viento, digo lo que pienso y lo que siento. No importa si eso hiere a los demás o no.

—Es egoísta, ahora déjeme hablar con Hades —volvió a colocar la mano sobre la manija y esa vez sí abrió la puerta.

El esposo de Claire estaba con los anteojos mirando los papeles del escritorio, mientras copiaba en una hoja varios números. Al lado se encontraba su ayuda de cámara.

—Señor Hades... —murmuró y lo interrumpió. Él hombre solo emitió un gruñido para que hablara, no le dirigió la mirada—. Su amada Perséfone al parecer dará a luz en la segunda planta.

—¡Lady Hilton! —masculló James—. ¡Vamos, sir Andrew, tenemos que llevar a lady Hilton a casa!

Los dos abandonaron la estancia a las corridas.

—Disculpe.

Salió ella tras los demás. Prince también la siguió. Andrew quitó un antifaz de su levita y salió junto a los demás. Tocó el hombro de Diablo; con un gesto de cabeza le indicó que había llegado el momento.

Diablo lo siguió hacia la segunda planta, donde varios caballeros ya habían invadido el área de las damas. Claire estaba siendo abanicada por Constance con su vestido, mientras las demás las rodeaban.

Claire extendió la mano para que Andrew la tomara.

—Estoy asustada —susurró llorosa.

—No hay razón para estarlo —Le acarició el rostro a su esposa—. James, ve por el carruaje, nos iremos a casa.

El hombre obedeció. Afuera los manifestantes eran cada vez más, sería difícil sacar a Claire de ahí sin recibir una pedrada o un escupitajo.

—Es suficiente, no estamos para amores en este instante —mencionó Diablo tomando a Claire en brazos para sacarla de ahí.

—No puedes hacer eso —le dijo Claire.

—Yo mando aquí... —fue todo lo que dijo y se la llevó.

Andrew se apresuró para abrir la puerta del frente, pero James lo impidió.

—Debemos salir por la puerta de atrás; hay mucha gente afuera —avisó.

Se dirigieron a esa salida. Diablo colocó a Claire adentro del carruaje y se sentó a su lado.

—Quedas a cargo —le informó Andrew a Prince.

—Mañana iré a verlos —le confirmó a su amigo, que, apresurado, subió al carruaje para partir.

Aquel era el lugar que siempre usaba para entrar y salir de Inferno. Cuando iba a volver adentro para buscar a la escurridiza enmascarada, la puerta se cerró de golpe.

—Buenas noches, Demonio —dijo un hombre antes de golpearlo.

*

Angel y Constance se quedaron entre las damas. No tenía sentido quedarse preocupadas por Claire a quien habían visto agobiada por los dolores. Una imagen que no podía borrarse de las mentes.

—Me dijo que tenía miedo de que naciera antes de tiempo... —susurró Constance sentada con la cara recostada en el mentón.

—Todavía falta para que sea el momento de nacer; se adelantará por tu culpa, Constance.

—¿Mi culpa? ¡No es mi culpa!

—Dijo varias veces que detuvieras tu lengua —la acusó Angel.

—No es mi culpa que vengas a contarnos tus penas, que deberían ser bendiciones para ti. Te escogió dos veces. ¿Qué más deseas, Angel? ¡Tienes un duque a tus pies! —le rebatió Constance.

—No quiero un duque a mis pies, quiero amor como tiene Claire... —Lagriméó—. Me voy a casa, mañana iré temprano para ver a Claire.

—Nos veremos ahí. No voy para matarla...

Angel bajó con su descocada amiga hasta donde estaba Orfeo. Luego pasó de largo hacia la salida.

—Deberá usar la puerta de atrás, señorita —musitó uno de los caballeros—. Hay demasiados manifestantes afuera —le sonrió y pasó a su lado.

Su carruaje de alquiler la esperaba a unas cuadras; debía entonces caminar un poco más.

Abrió la puerta. Dos hombres estaban afuera, peleando con el duque, que era aventajado por ellos. Ella vio cómo uno de ellos golpeó a Demonio con su arma hasta dejarlo en el piso. Aquellos eran los matones que ella había ido a buscar. ¿Qué haría? ¿Dejaría que mataran al incordio o le salvaría la vida para que fuera su suplicio hasta que la muerte los separara?

—¡Maldita conciencia! —expresó molesta.

Tomó los zapatos y se los arrojó. Tenía mejor puntería con los zapatos para maleantes que con piedras para su prometido.

—¡Déjenlo! —gritó mientras iba hacia ellos—. ¡He visto sus rostros! ¡Matar a un noble se paga con la horca!

Debía ser suficiente para que se fueran. Se mantuvo seria y erguida para que no dudarán que los delataría.

—Es su día de suerte... —escupió uno de ellos y se dieron a la fuga.

Prince queriendo levantarse del suelo. Miró hacia la mujer de la voz potente que lo había salvado.

—Mi ángel... —pronunció rendido y recostado en el suelo.

CAPÍTULO 17

Se sentía mareado por el fuerte golpe recibido, pero, aun así, pudo identificar a la dama, al ángel salvador.

Angel fue hacia él para recoger los zapatos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó aunque sabía que, por la cantidad de sangre, no podía estar bien.

—Cómo no estar bien en tan deliciosa compañía.

—Le han pegado tan fuerte —dijo Angel al oírlo hablar con dulzura—. ¿Quiere que lo ayude a llegar hasta adentro?

—Le agradecería que me cargara, pero recuerdo que soy un caballero. Debería ser al revés. Solo agarre mi cintura e intentaré no pesar demasiado —le dijo con una sonrisa.

Ella se esforzó para levantarlo del suelo. Lo tomó de la cintura como había pedido y dejó que se recostara en ella.

—Dijo que no pesaría demasiado —lo acusó Angel—, pero parece un peso muerto. Haga un esfuerzo.

—Dije que intentaría no pesar demasiado. Sin embargo, creo estar un poco más golpeado de lo que creía. —La observó en aquel segundo que parecía eterno.

Sus facciones se veían muy hermosas. Tenía los ojos muy azules, o al menos eso parecía con aquella extraña máscara que siempre que la veía llevaba puesta. Le resultaba imposible descifrar si había visto a esa mujer en algún salón, nada en su comportamiento o sus palabras la delataban. Tampoco podía decir si estaba soltera o comprometida.

Angel lo ayudó a abrir la puerta, mientras él la miraba intentando saber quién era. No podría identificarla porque su enorme cabellera estaba comprimida por una infinidad de listones y horquillas.

—Vaya hacia la derecha —le pidió Prince que señaló el lugar con la cabeza.

—¿Qué hay ahí?

—Mi habitación privada.

—No voy a llevarlo ahí. Lo dejaré tirado en el salón y que lo atienda su mujerzuela...

Prince sonrió al escucharla escupir aquellas palabras con rencor.

—Dígame su nombre o tendré que asignarle uno.

Ella bufó con rudeza e intentó cambiar la voz.

—No se lo diré.

—Acompáñeme a la habitación; hay cosas para que pueda curarme ahí.

—Yo no lo voy a curar; pienso dejarlo ahí.

—Por favor...

Entornó los ojos al sentirse dominada por los encantos de su golpeado prometido. Pasaron la puerta, y ella lo dejó en la cama.

—Angel... —la llamó—. Es así como la nombraré porque es el ángel que me salvó.

Cuando escuchó que así la llamaba, se sintió por un momento descubierta. Luego, respiró aliviada.

—No soy eso... —Pudo replicar sin delatarse.

—Siéntese aquí, a mi lado —le ordenó al ver que ella se iba hacia la puerta.

—No.

—Soy un hombre golpeado. ¿Me hará el desaire de rechazarme en tal condición? ¿Qué mal podría hacerle? —Golpeó cariñosamente el lugar a su lado en la cama.

Resopló como forma de protesta, aunque, al final, fue a sentarse a su lado. Prince sacó un pañuelo de la vestimenta y se limpió el sangriento rostro.

—¿Es usted soltera sin compromiso o comprometida?

—¿A qué viene esa pregunta? —cuestionó sorprendida.

—Responda, recuerde que estoy herido...

—¡Es un sinvergüenza!

—Le recuerdo que no debe ser brusca con un hombre herido.

—Estoy comprometida.

El duque soltó aire de los pulmones. Por eso no podía dar con ella. Su ángel escurridizo era, al fin de cuentas, un pajarillo enjaulado. Por suerte, él se comportaba como un gato experto en abrir jaulas.

—Cátese conmigo... O, de lo contrario, sea mi amante después de casarse.

—¡U-usted... ha perdido el juicio!

—Déjeme terminar. La deseo desde que usted me escogió, no huya. Me desea tanto como yo lo hago. —La miró descarnado por sus propios deseos.

—Permítame recordarle que usted está comprometido con la señorita Angel Payne.

—Si usted jura dejar a su prometido por mí, yo abandonaré a la señorita para casarme con usted. Estoy seguro de que es una señorita de sociedad.

¿Sus oídos la engañaban? ¿Le pedía que abandonara todo compromiso para irse con él?

—Dios me permita librarme de mi prometido, pero no para casarme con usted; usted no es capaz de respetar nada.

—Por usted iré al cielo para que no baje a mi infierno. —Le acarició el rostro—. ¿Quién sabe lo que esconde el corazón de un libertino?

Angel cerró los ojos y se dedicó a sentir aquel roce imprudente.

—Usted no tiene corazón —mencionó con los ojos cerrados.

—No es cierto. Es difícil hallarlo. Solo quien se arriesga puede encontrarlo. ¿Quiere hacer el intento? Entonces, acepte mi arriesgada propuesta.

—Pero...

—Le sugiero que olvide a los demás ¿Acaso los demás la alimentan? Desde que usted apareció aquí, no he podido sacarla de mi mente. Quise encontrarla y desposarla, pero lady Blanford llegó y no me quedó más remedio que tomar mi plan original de desposar a la más insípida criatura que Londres conoció, alguien que limpiaría mi reputación, tal como Claire Baxton hizo con Andrew —confesó—. Sé que no se oye bien lo que dije, pero no me dedico a decir mentiras, sino a vivir con mis convicciones.

—Entonces, ¿soy la causante de que usted se case con la repugnante señorita Payne?

—Creo que la señorita Payne es dulce. Aunque ella no quiera demostrarlo. Admito que ha despertado mi curiosidad y me ha divertido en ocasiones. Tiene una belleza interior más que exterior. Me parecía que estar con ella sería un sacrificio. De todos modos, me metí en la cabeza que podía disfrutar de ese sacrificio. Solo que ella no desea cooperar.

Angel se levantó más indignada que nunca y cortó el contacto con él.

—Si ya no cree que la señorita Payne sea un sacrificio, ¿por qué me pide que lo deje todo por usted?

—Porque es a usted a quien deseo; es la dueña de mis pensamientos. Es la que esclaviza mi voluntad y me vuelve vulnerable. —Se levantó con mucho esfuerzo para acercarse a ella—. ¿Cuánto tiempo quiere para pensarlo?

Ella ya no quería que Prince se acercara. Algo le decía que estaban destinados a estar juntos lo quisiera o no.

—No dejaré a mi prometido por usted.

—¿Es que no siente lo mismo que yo? —indagó al mirarle los ojos azules.

Ella bajó la mirada.

—No. Odio a mi prometido. También lo odio a usted...

Prince le tomó el mentón. Con ese gesto, acercó el rostro de ella hasta el suyo y la besó con delicadeza.

—Si, después de esto, puede decir que no me corresponde, entonces, ¿cómo debo llamarlo? —Dejó aquella consulta en el aire y la besó.

La voluntad de Angel se convirtió en polvo. Su prometido era tan sinvergüenza como encantador. No importaba que sus besos tuvieran el sabor de la sangre, solo le importaba llenar el hueco que tenía para el amor. No era el indicado, ni un hombre de bien. Aunque siempre se comportaba sincero. Se veía con un rol doble: el de su futura esposa y el de su futura amante.

Un sollozo se escapó de ella mientras lo besaba.

—Dime tu nombre... —rogó Prince con la frente junto a la suya.

No respondió con rapidez.

—Solo llámeme “ángel” hasta que logre decidir qué hacer. ¿Usted cuándo abandonará a su prometida?

—Si usted me lo pide, mañana mismo haré...

—Deseo que usted sea libre, es lo correcto. No merece tan poca belleza y gracia de esa dama... —indicó mientras pensaba si se atrevería a hacerlo.

—Iré a visitar a mi prometida y la abandonaré por usted. Lady Blanford se enojará, pero sabrá la verdad sobre mis pensamientos.

—Volveré pronto... —se despidió y huyó de aquel lugar.

Corrió por las calles desiertas hasta llegar al carruaje, donde rompió en llanto tantas veces. Había pedido que la abandonara, que la dejara libre. El duque se había dejado al descubierto al confiar en que ella lo aceptaría. Aquella era la viva oportunidad de ser libre y no volver a Inferno. Si el duque de Hamilton dejaba a Angel Payne y, a la vez, perdía a su ángel misterioso, ella saldría ganando libertad, pero también perdería parte de su corazón.

Al día siguiente, en casa de Claire, después de que había sido atendida por una partera, que le dijo que no era aún el momento.

—¿Flatulencia? ¿Solo fueron flatulencias? —se quejó Angel al ver a Claire sentada en el sillón de su salón.

—Sí, solo flatulencias.

—¿No sabías que casi morimos del susto? —reclamó—. Constance dijo que venía, pero al parecer se extravió.

—Perdón, estaba asustada.

—¡Nosotras estábamos asustadas! ¿Qué clase de persona no distingue contracciones de flatulencias? —la increpó tomándose de la frente.

—Pasé tanta vergüenza... —Se sonrojó Claire—. Asusté a mi pobre esposo. De seguro aquella mujerzuela, Eliette, ya estaba festejando que yo iba a parir, pero se llevará una sorpresa.

—Igual que nosotras.

La puerta del salón donde tomaban té, se abrió. Con un ramo de rosas y muchos moretones, Prince pasó la puerta.

—Al parecer mi pupilo no ha llegado —dijo y sonrió al ver la panza de Claire. Luego se fijó a un lado donde estaba una dama despeinada.

—También pensé que nacería, pero aún no ocurre —lamentó Andrew.

—Excelencia, disculpe si lo alarmamos. Le escribí a la señorita Payne para que supiera sobre mi vergüenza. Ha venido con tal rapidez a burlarse de mí, que me estoy divirtiendo —aseguró Claire mientras tomaba el ramo que Prince le acercó.

—No hay inconvenientes. Señorita Payne, iba a pasar a su residencia hoy, pero al parecer tomaré el té con usted aquí.

Angel se levantó y le hizo una reverencia a su prometido.

—Buen día, excelencia —lo saludó para luego extenderle la mano para que la besara. Tuvo tiempo de fijarse en los moretones del rostro.

—Andrew, deseo colocar estas rosas en agua, acompáñame —le pidió Claire sonriente.

—Si nos aguardan, saldremos un momento —se disculpó Andrew que ayudaba a Claire a levantarse del sillón.

Una vez solos Prince miró hacia la puerta y después a Angel.

—Quería hablar con usted de...

—¿Qué le sucedió en el rostro? ¿Problemas en su paraíso? —Acortó distancia con él.

—No se preocupe, al menos no son pedradas. —Sonrió ante la extraña preocupación de su prometida.

—¿Le duele algo?

—Todo... ¿Usted está bien?

—¿Acaso no es normal que me preocupe por mi adorado prometido?

—Creo que sí me pegaron demasiado anoche —aseguró al escuchar cómo lo llamaba. Estaba algo confundido.

—Si no sale de esa mala vida, terminará peor. ¿No desea la vida feliz de su amigo, pese a sufrir por las flatulencias de su esposa?

—De eso quería hablarle, he decidido que...

—¿Qué abandonará esa vida? —lo interrumpió apresurada, para no escuchar que la dejaría. De pronto, tenía miedo de escuchar lo que llevaba semanas deseando—. Si usted deja la vida del libertinaje, yo podría hacer un esfuerzo y mejorar para agradarle.

—Espere un momento. ¿Qué le sucede? Usted no es amable, mucho menos conmigo. ¿Cómo sé que esto que me dice es verdad? —cuestionó incrédulo.

Ella le tomó su mano y la acarició.

—Porque he aceptado mi destino de casarme con usted... —Dejó un beso plantado en la mano de su prometido.

Angel había tenido toda la noche para pensar que ella deseaba las exactas palabras que él le había dicho la noche anterior a una desconocida. Quería que se las dijera a quien ella era en realidad, sin máscaras ni antifaces. Deseaba esa sinceridad sentimental con ella, con nadie más, ni siquiera con ella misma disfrazada de impostora.

CAPÍTULO 18

Frunció más el ceño. Jamás se había escuchado decir algo tan descabellado. Llevaba tanto tiempo intentando librarse de él hasta que, de manera repentina, simplemente, se resignó a ser su duquesa.

—No se quede callado, hable —le pidió con extrema dulzura.

—Deje que me recupere de la impresión. —Se sentó en el lugar donde había estado Claire y se tomó la frente.

La miraba vacilante. La expresión del rostro de la joven era de paz. Aquella frente arrugada se había ido para dar lugar un rostro sereno e iluminado. Al parecer, la señorita Payne se había vuelto un ser celestial.

—¿Está segura de que no la mordió algún animal? Estoy tan confundido que no encuentro una explicación lógica para su rotundo cambio hacia mi persona. Sé que me desprecia, me lo ha dicho hasta el cansancio; al menos hasta mi cansancio.

Angel se expresó con una sonrisa musical y se sentó a su lado.

—Si usted es lo que Dios colocó en mi camino, debo aceptarlo y acatar lo que está escrito para mí. Espero que sus visitas sean más frecuentes a mi hogar. Desearía tomar el té con lady Blanford, si usted me lo permite...

—Usted no sabe lo que es tomar el ceremonioso té con ella, pero puede hacerlo. ¿Le he dicho que estoy consternado? Deberá disculparme con Andrew y lady Hilton; creo que sigo un poco mal, fueron golpes terribles.

—Lo imagino. Han dañado su rostro con crueldad, pero no le han quitado esa galante sonrisa —dijo ella que volvió a colocar la mano sobre la de él.

Prince desorbitó los ojos y se levantó bruscamente.

—Mis respetos, señorita. Debo retirarme —dijo apresurado. Caminó hasta la puerta e inclinó la cabeza.

Lo vio irse y sonrió. Le parecía divertido verlo con ese rostro de confusión, no podía imaginar que un simple cambio de ella pudiera apabullarlo tanto. Solo sería el principio. El duque no podía actuar tan vehemente como lo había hecho la noche anterior sin sentir algo por la mujer a la que confesó sus más sinceros sentimientos. Le ofreció matrimonio y su corazón. Nadie en su sano juicio lo haría. Menos aun, un libertino; solo alguien verdaderamente apasionado lo haría.

—¿Qué le hiciste a Prince? —la cuestionó Claire, que acababa de entrar.

—Solo le dije que había aceptado el designio divino de ser su esposa.

—¡Oh, pobre, puedes producirle un trauma!

—Él empezó...

La puerta se abrió. Iris pasó con una bandeja con té. Colocó ambas tazas sobre una mesita y se dispuso a servir.

—¿Cómo se dio tal cosa? —preguntó la dueña de casa que achicaba los ojos y tomaba su taza para llevársela a la boca.

—Anoche él declaró su fervorosa pasión por mí —le contó sonrojada agachando un poco la cabeza.

Un chiflido que frustró ser una risa escapó de los labios de Iris ante lo que parecía algo descabellado, mientras Claire, que sorbía el té, casi dejó escapar todo lo que se llevó a la boca.

—¡No me creen! —se ofendió y se colocó las manos en el pecho.

Claire y la doncella negaron con sus cabezas, aunque se les notaba la falsedad de lo que proclamaban.

—¡No tengo necesidad de mentir! Textualmente dijo: “Porque es a usted a quien deseo; es la dueña de mis pensamientos. Es la que esclaviza mi voluntad y me vuelve vulnerable” —citó entre suspiros.

—¿Te lo dijo a ti, Angel Payne? —preguntó Claire que miró a la doncella y, con una seña, le pidió que se retirara.

Cabizbaja se colocó para confesar su respuesta.

—Se lo dijo a la dama misteriosa de Inferno; no a su prometida. Lo peor es que me ofreció matrimonio, es decir, se lo ofreció a mi otro yo, cuando él ya está comprometido.

—Oh, Angel. Debió de ser terrible para ti... —La tomó Claire de las manos—. ¿Cómo pudo proponerle matrimonio a otra mujer confesándole sus sentimientos de ese modo?

—Lo importante es que los tiene; solo que por alguien que no existe. Está sentimentalmente vinculado a una ilusión. Quiero que me diga eso mismo a mí, no a ese personaje que represento en Inferno. Aunque él no lo sepa, somos la misma persona. Es por eso que doy por concluidos mis planes por espantar a mi prometido.

—Créeme, lo acabas de espantar.

—Debo confesar mi pecado, Claire. He ido hasta lugares insospechados para contratar a alguien que se deshaga del duque por mí. ¡Me arrepiento! —Lo dijo frente al rostro horrorizado de su amiga—. No quiero un matrimonio como el de mis padres. Claire, mi padre no sabe ni siquiera mi nombre; mi madre es capaz de entregarme en una canasta con cincuenta mil libras para deshacerse de mí. Soy tan infeliz, querida.

—Y yo que deseaba el matrimonio de mis padres... —recordó la dueña de casa—. Que error hubiera cometido casarme lord Granard; sería así de infeliz como dices. ¿Qué harás ahora?

—Hacer que esta Angel se convierta en su amada señorita Angel. La mujer que lo salvo de la golpiza de anoche. Tanto deseé que aquello ocurriera que no pude con el peso de mi conciencia y tuve que arriesgarme a que también me mataran o me hicieran alguna cosa. Y todo por él.

—Si está enamorado de la otra, entonces tú...

—No puedo desaparecer. Si soy aquella mujer puedo tenerlo a mi merced y deleitarme en las atenciones que no puedo tener siendo solo la horrenda señorita Payne. Sin embargo, aunque anhele esa vehemencia, la anhele para mí, que sepa que soy yo a quien desea con tanta pasión y entrega. ¡Oh, Claire, no sé qué hacer o por dónde empezar!

—Creo que deberías empezar ganándote sus atenciones como su prometida; es lo más sensato.

—¿Cómo hacerlo sin levantar sospechas?

—¿Me lo preguntas en realidad? ¡Haz desconcertado al duque con tu extraño cambio!

—Lo siento, me fue difícil no decirle: “Soy yo a quién buscas, sabes mi nombre, soy tu prometida”.

—Lo matarás de la impresión, quítate esa idea de la cabeza y esperemos que Constance aparezca para que nos bañe con sus conocimientos —agregó Claire con sarcasmo.

Angel asintió y tomó, al fin, la taza para beber el té.

*

Prince casi asustado había salido huyendo de la residencia de Andrew. La señorita Payne actuaba muy extraño.

—¡Prince, querido! —Lo llamó su abuela que se acercó y se horrorizó cuando él giró. Tenía el rostro lleno de moretones—. ¡Quién te hizo eso!

—También deseo saberlo, abuela. —Le sonrió sin dejar de caminar.

—¿Es por eso que huiste como una rata cuando te llamé para el desayuno?

—Abuela, llevo días sin desayunar en mi propia casa porque el personal le teme a tu bastón. Por eso no me alimentan. Mire lo delgado que estoy por su causa.

—¡Oh, mi pobre pequeño! ¡Philippa! —exclamó haciendo eco en la casa.

—Dígame, milady. ¡Oh, excelencia! —Se tapó la boca al verle el rostro.

—Siempre fui poco agraciado, Philippa. No hay que exagerar, sin embargo.

—Quisiera tomar el bastón de lady Blanford y golpear a quien le hizo esto.

—El bastón vengador es de la abuela, puedes llevarte un palo de escoba si lo deseas —se burló.

—Prince no te lo tomes a la ligera; esto es grave —lo regañó lady Blanford.

—Grave es que no consiguieron matarme, aunque deseaban. Creo que la iglesia está detrás de todo esto. ¿Ve por qué no voy?

—Déjalo en mis manos, querido mío. Lady Blanford se encargará. Ven conmigo, Philippa, pide que alimenten a mi nieto, debe estar fuerte para lo que tengo preparado para él.

La mujer siguió a lady Blanford hasta su habitación.

—¿Qué piensa hacer, lady Blanford?

—Primero que nada, asegurar el título de mi nieto. Necesito que la señorita Payne haga algo por nosotros. Me saltaré la parte de no fornicar en la biblia, esto es una cuestión elemental. Prince debe tener descendencia.

—La señorita Payne es una joven remilgada, incapaz de agradar a su excelencia.

—Sin ropa cualquiera es bonita a los ojos de un hombre; no te engañes. Lo único que hace la diferencia es el intelecto.

—Me preocupa no comprender lo que piensa, milady.

—Quiero que la señorita Payne se acueste con Prince. Que Dios me perdone por utilizar a la muchacha para algo tan cruel. Sin embargo, no soy vieja solo por la edad. He sobrevivido a todos porque soy más lista y de eso puedo enorgullecerme.

—¿No deberíamos pensar en salvar a su nieto en lugar de involucrar a la señorita Payne?

—Si se aman, ¿cuál sería el problema? Este es un compromiso por amor, solo que la señorita Payne teme por su reputación, por eso casi carece de expresión.

Philippa sonrió nerviosa. Lady Blanford estaba en un terrible error. La señorita Payne odiaba a su prometido. Estaba segura de que no cooperaría para la causa.

—Invita a la señorita Payne a un té. Voy a proponerle algo que espero no se escandalice al escuchar.

CAPÍTULO 19

Después de haber abandonado presuroso la casa de su amigo y de esa conversación con su abuela, prefirió ir a descansar. Temía que los golpes de la noche anterior le hubieran alterado la percepción sobre su encantadora prometida. Se quitó las botas, se recostó y respiró profundo.

—Angel Payne o un verdadero ángel aparecido —murmuró casi como si tuviera dudas.

Tuvo la oportunidad perfecta de decirle a su prometida que sería la mujer más feliz del mundo alejada de él. Estaba en deuda con el ángel misterioso de Inferno. Recordó ver esos zapatos convertidos en armas para defenderlo. Además, evocó una voz llena de seguridad que estaba presta a no dejarse avasallar. Esa era la mujer que deseaba, fuerte, decidida y... Comprometida, una verdadera pena.

Los archivos de Inferno contenían los nombres de los miembros. Su ángel misterioso tenía una clave con la que entraba. De ese modo, podría saber quién era. Claro que Diablo lo sancionara si lo veía hurgando en los archivos de los miembros. Se trataba de algo prohibido por las reglas del club. Él, pese a cualquier defecto, sabía cuáles normas quebrantar y cuáles no: una de las que no decía que debía ser fiel a sus amigos. Además, la administración y custodia de lo que pertenecía a Inferno estaba bajo los ojos de Andrew. No podía dar un paso en falso. Para colmo de males, allí solía estar lady Hilton, un hueso demasiado duro de roer.

La había observado con sigilo junto a varias de las damas de la sociedad la otra noche. Ninguna parecía tener un trato especial por parte de ella, lo que hacía más difícil distinguir sus preferencias en cuanto a amigas. Estaba seguro de que la otra joven que las acompañaba se trataba de Constance Albright. La sabía tan sinvergüenza que daba lo mismo que tuviera o no una protección en el rostro para resguardar la identidad.

Podía bien suponer que la tercera mujer era su prometida, pero le parecía un reverendo disparate. Físicamente no había coincidencia. Podía empezar por el cabello: su salvadora lo tenía bien puesto y perfecto; en cambio el de su prometida podía dejar escapar una bestia de ese lugar inaccesible hasta para el más gigante de los cepillos.

Pensó en preguntarle a la señorita Payne si se peinaba con frecuencia y si no tenía una fauna viviendo ahí, pero con inteligencia decidió no hacerlo y preservar sano el cuerpo en virtud de la actitud violenta de ella.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente. Philippa estaba con el rostro preocupado.

—¿Y ahora qué piensa mi adorable abuela? —preguntó mientras se tapaba los ojos con el brazo izquierdo.

—Lady Blanford ha enloquecido completamente, excelencia —le comentó—. Está pensando en abandonar sus principios por lograr que usted tenga descendencia.

—¿Qué principios abandonará? Pensé que no tenía muchos.

—Sí los ha tenido: si se ha casado con varios hombres es porque siempre enviudaba. Es una pena que todos sus esposos hayan muerto dejándola tan sola y preocupada por usted.

—Se casó con muchos viejos; ese fue el error.

—¡Oh, excelencia, tome en serio esta cuestión! Piensa, lo digo sin equivocarme porque la conozco, meter a la señorita Payne en su habitación y encerrarla aquí con usted hasta que se disponga a plantar una semilla dentro de ella.

—Philippa, te aseguro que eso no ocurrirá; es ridículo. No hay porqué temer. Te contaré a ti lo que pienso hacer.

—¿Qué hará? Lady Blanford tiene razón en algo: los hombres al ver desnuda a una mujer olvidan lo fea que puede ser con tal de saciar sus placeres.

—Deberías hacer oídos sordos a algunas cosas, Philippa —recomendó—. Ayúdame con la ropa, por favor, mientras te lo cuento.

Philippa se sentó cerca de él y fue despojándolo de las prendas.

—Tiene todo el cuerpo golpeado.

—Parezco el arcoíris con tantos moretones. Anoche he pactado con esa mujer que te comenté abandonar a mi prometida, dejarla en libertad y soltera como ella desea para casarme con la musa de mis sueños.

—¿Piensa abandonar a la señorita Payne?

—Por supuesto. ¿Qué haría con ella si tengo la promesa de quien posee mis afectos y deseos?

—Matará a lady Blanford con eso.

—Le diré a la abuela que estoy enamorado de esta dama extraña, que lo de la señorita Payne fue un error al creer a mi amada indiferente a mis sentimientos...

—Lo tiene todo planeado, ya veo. Sin embargo, el golpe a las ilusiones de lady Blanford será devastador. Sería conveniente que no invitara al té de la tarde a la señorita Payne como me pidió su abuela.

—Mi prometida es tan anticuada como lady Blanford, estaría bien una amistad entre ellas, Philippa —dijo y se metió bajo las sábanas un tanto pudoroso frente a la mujer.

—Entonces, de todas formas, la invitaré.

—No sufras, Philippa. Haré feliz a mi abuela, de un modo u otro.

—¿Se le ofrece algo más, excelencia?

—Nada; descansaré ahora. ¿Podría pedir que avisen cuando viene mi prometida? Deseo que todo acabe hoy.

—Se lo informaré en persona, descanse...

Philippa se retiró. Cerró la puerta con cuidado y fue hasta la biblioteca a preparar la invitación.

*

Angel, sentada frente a su espejo, jugaba con su cabello para que la favoreciera de manera distinta a como lo hacía cuando frecuentaba Inferno.

—¡Madre, Corina! —exclamó. Debía aceptarlo, no se le ocurría algo sin delatarse.

Corina se acercó a ella.

—¿En qué la asisto, señorita?

—No sé qué hacer con mi cabello. Tengo una invitación de mi futura abuela.

—¿La anciana ciega?

—No está ciega. ¿Por qué lo dices?

—Por nada, señorita, por nada...

—Esta casa es un reguero de chismes —le dijo su madre que se había colocado detrás de ella—. Mi querida futura duquesa, lady Blanford te ha invitado al té. Debes dar una buena impresión.

—Por eso las he llamado. Carezco de las habilidades necesarias para poder arreglarme —confesó.

—¡Ha llegado el día que estábamos esperando, Corina!

—¿Esquilaremos a la señorita? —cuestionó la doncella burlona.

—Se esquilan las ovejas, muchacha. A Angel la peinaremos para que la marquesa cambie su impresión acerca de ella.

—¿Cuál impresión? Me adoró en el instante en que me vio —se defendió confundida.

—Oh, pobre mujer con problemas de visión. A su edad cualquier burro es caballo, querida —respondió la señora Payne.

—¡Madre! —se ofendió Angel.

—Es la verdad. Corina, busca el vestido amarillo, el juego de zapatos, guantes, sombrero y sombrilla. Ese vestido roza el recato, pero deja entrever alguna que otra ventaja que pudieras poseer. Además, el duque estará en su casa, es muy temprano para que esté como un vampiro buscando a quien hincarle los dientes. Sospecho que, aunque tú fueras el último ser con sangre, él preferiría beberse la de los caballos en el establo —dijo su madre.

—¿Piensa eso de mi padre o de mi prometido?

—Tu padre se ha deleitado con muchos caballos del establo, querida, incluso cuando tenía aquí una persona para beberle su sangre.

Su madre albergaba un resentimiento contra las probables infidelidades de su padre. Por esa razón, Angel deseaba un matrimonio por amor. Estaba cerca de conseguirlo si lograba que el duque declarara esos mismos sentimientos que había declarado a ella enmascarada que a ella sin máscara.

—Ahora, quédate quieta y no grites —le pidió la señora Payne tras colocar el peine entre los difíciles rulos de su hija. Tenía la misma cabellera que el padre, solo que él se lo rebajaba con frecuencia para evitar estar impresentable.

Después de haber sufrido lo que parecían interminables torturas a manos de su madre y la doncella, estaba lista y parada frente a las puertas de la casa del duque con Corina al lado como carabina.

—No se ve que ha llorado, señorita —quiso tranquilizarla la muchacha.

—Es que sentí tanto dolor...

La puerta se abrió. Una sonrisa se le ubicó en el rostro.

—Pase, señorita —indicó el mayordomo.

Ella lo siguió. Vio que había una puerta. En esa sala, estaban lady Blanford y la baronesa de nombre Philippa.

—¡Oh, señorita Payne! —dijo con una sonrisa lady Blanford al recibirla.

—Es un placer volver a verla, milady. Mi madre le envía sus respetos.

—Philippa, haz lo que te pedí y lleva a la doncella a la cocina para que vaya conociendo a sus futuros compañeros... —ordenó lady Blanford.

—Bienvenida, señorita Payne —la saludó Philippa sorprendida por la belleza que mostraba la señorita Angel—. Con permiso; volveré pronto.

—Gracias.

—Siéntese —señaló la anciana un lugar frente a ella.

—Es una sobria mansión la de su nieto... —opinó para abrir conversación.

—¿Puede decirme qué le hizo a su delicado y exótico cabello?

—Lo arreglé, milady.

—¿Para agradarme o para agradar a otros?

—Reconozco que mi cabello no es algo que me llene de orgullo.

—Está cometiendo un error al tratar de agradar a otros. Si lo está haciendo por mi nieto, es aún peor, porque sus sentimientos no se basan en cómo usted se vea, sino en quién es en realidad. De lo contrario, usted sería como cualquier mujerzuela que él puede encontrar en ese club que frecuenta.

—Pensé que me veía bien...

—Usted ya era hermosa antes de hacerse este ajuste. ¿Por qué le parece tan difícil notarlo? Hay bellezas distintas, querida. Y usted es una.

CAPÍTULO 20

Philippa llevó a Corina hasta la cocina. Luego se dirigió a la segunda planta donde el duque tomaría un baño.

Abrió la puerta y vio las prendas que él usaría cerca del dosel de la cama. Entró a hurtadillas y quitó las prendas para llevarlas hasta la habitación de lady Blanford. Al acabar con su fechoría planeada, se secó la frente con un oloroso pañuelo.

Lady Blanford era un demonio experimentado. Tentaría a Angel para que cooperara con la causa.

—Philippa querida, dile a la señorita Payne cuántas veces me he casado —dijo lady Blanford. Se estaba divirtiendo con Angel, que era muy incrédula.

—Me faltan dedos en una mano para contarlos —agregó Philippa entre risas.

—Prince es idéntico a mi difunto esposo...

—¿Cuál de todos? —asedió, guasona, Philippa.

—A su abuelo, por supuesto.

—¿Fue feliz en todos sus matrimonios, lady Blanford? —preguntó Angel con curiosidad.

—En todos. Cada uno fue un hombre especial. Y yo siempre tuve este bastón. Es un secreto que le diré, señorita Payne. Cuando era joven un caballo quebró mi tobillo que nunca quedó bien. Uso bastón desde los quince años, y aun así logré casarme. Fue por mi gracia, belleza; sin embargo, fue por mi inteligencia sobre todo. Cada uno de mis esposos le tenía respeto a mi bastón, incluso mi nieto lo tiene.

—Comprendo —asintió Angel—. Hay muchos que no toleran un solo matrimonio.

—Prince me ha contado que sus padres, señorita, han dejado mucho que desear ante sus ojos.

—Qué vergüenza, lady Blanford... —se sonrojó por aquel comentario de su prometido. Era indiscreto.

—Describió a su padre como un hombre demasiado extraviado de la realidad; y a su madre como una mujer que vendería su alma.

Angel se tapó el rostro por la más absoluta vergüenza que sentía.

—Usted y mi nieto serán la excepción, por supuesto —quiso confortarla lady Blanford.

—Aún no hemos fijado la fecha, solo hemos comunicado el compromiso...

—Quisiera que se casaran al inicio de la próxima temporada social. Sería el acontecimiento del año. Lo haremos muy por encima de lo que organizó sir Andrew Hilton, quien, según escuché, derrochó muchas libras.

—Pero eso es en dos meses. Debería conversarlo con su excelencia.

—Dado que se trata de un matrimonio que se realizará por amor, ¿por qué no lo llamas por su nombre? Comprendo que frente a los demás no lo hagan, pero no soy ninguna extraña.

—No lo he conversado con el duque.

—Es que casi no se ven. Sin embargo, para eso, yo tengo una solución.

—¿Cuál, lady Blanford?

—Me avergüenza pedirle esto. Pero mi nieto está en el más absoluto peligro. Fue golpeado por unos hombres que querían matarlo.

—Estoy al tanto de lo que ocurrió...

Philippa miró desconfiada a la prometida del duque. Según Prince le dijo, ella lo aborrecía y no se sorprendería que hubiera sido ella la que planeó el ataque para librarse del compromiso.

—Entonces creo que comprenderá mi desesperación. Casi lo matan; y él no tiene herederos.

—Aún no comprendo cómo podría ayudarla.

—En vista de que su decencia no la dejará acostarse con mi nieto en un acto de fornicación no admitido por la buena sociedad antes del matrimonio, le imploro, por el amor que le tiene a mi querido Prince, que se disfrace como una mujer de la mala vida y se acueste con él para conseguir un heredero.

Ella levantó un dedo para discutir, pero lady Blanford no la dejó.

—Él la respeta tanto que no será capaz de acostarse con usted. Puede que él sea un tanto descarado y sinvergüenza, pero, cuando está comprometido de corazón, no hay hombre más perfecto que él.

Quería decir que ella estaba deseosa por cumplir los deseos de la dama, que, incluso, tenía la posibilidad de hacerlo. Sin embargo, temía que, luego, nunca quisiera acostarse con Angel Payne.

—Yo, lady Blanford, debo rechazar su propuesta. ¿Cómo le explicaría un embarazo a su nieto si nunca ha podido tocarme?

—Confesaré mi maldad, de modo que usted quedará como una víctima de mi chantaje. No se queme las pestañas pensándolo, señorita Payne. Sé que, a su edad, los deseos carnales están a la orden del día. No dudo de que haber pensado en mi nieto habrá dejado más de una vez vestigios en su ser.

Los colores de Angel se le subieron al rostro. Se levantó con presteza para huir.

—Espero que lo piense al dejar esta casa. Philippa, intercéptala y acompáñala para que su rostro vuelva a tener un solo color. En la segunda planta, están los polvos para que deje de verse tan pálida.

*

Prince estaba en la bañera, refugiado en la seguridad de las aguas. Debía verse presentable para decirle adiós a la señorita Payne. La piel se le había puesto arrugada, por lo que supuso que ya era el momento de salir del agua y secarse.

—¿Y mi ropa? ¡Maldición, lady Blanford!

Su abuela tenía la perversa costumbre de jugar al escondite con las cosas. De seguro había escondido la ropa para que no se escapara de tomar el té con ella. Miró en los pasillos. Estaban vacíos, al menos no pasaría la vergüenza de explicar nada.

Philippa había podido dar con Angel antes de que se escapara. La convenció de que debía recomponerse y la acompañó a la habitación de lady Blanford. Allí la dejó frente a los polvos de la marquesa.

—Oh, la brocha. Qué desatenta es milady, la dejó en mi tocador. Iré a buscarla —dijo con una sonrisa cándida Philippa que la dejó allí sola.

Al ver que se había ido, la muchacha se levantó nerviosa y recorrió la habitación.

—Está loca y me leyó los pensamientos —murmuró mientras daba vueltas. No podía creer que la anciana fuera tan perspicaz.

Escuchó que la puerta se abría y vio al duque con el torso descubierto que se tapaba la entrepierna con una camisa y dejaba al aire sus posaderas.

Prince giró después de cerrar la puerta. Se llevó el susto de su vida: la señorita Payne estaba en la habitación de su abuela. De la impresión soltó la camisa que lo cubría.

—¡Excelencia! —exclamó ella mientras se tapaba los ojos con las manos, aunque dejaba pequeños huecos para observar.

—¡Qué hace aquí, señorita Payne! —Recogió su taparrabo con rapidez.

—¡Qué hace usted visitando a su abuela desnudo!

—Es mi casa. Usted debería estar en mi sala, con mi abuela, tomando el té y oyendo las locuras que ella le cuenta. No quisiera mal pensar de usted y de su aceptación de nuestro compromiso.

Angel quitó las manos de sus ojos y lo observó.

—¡Tápese y resguarde su inocencia! —le ordenó detrás del dosel de su abuela.

—Es mi prometido. Sé que esto estaba reservado para el matrimonio, pero creo que ver no es pecar.

—Señorita Payne... —dijo y tragó saliva por el descaro de la joven. Tenía que dar vuelta el juego a su favor—. Si estaba reservado para el matrimonio, ya que usted vio, yo también deseo ver...

—¿Ve-verme desnuda? —inquirió menos segura de lo que estaba antes de decir que no era pecado mirar. Sin embargo, quizá viera que no era un ser horrible y deseara realmente casarse con ella—. Usted es mi prometido, no puedo negarme... —dijo mientras se tocaba el hombro derecho del vestido para hacerlo descender.

—No va a hacerlo ¿cierto? —la cuestionó incrédulo hasta ver el hombro descubierto de su prometida—. ¡Lo está haciendo, no puedo creerlo! Estoy volviéndome loco. La mujer poco agraciada piensa desnudarse frente a mí.

—Usted ha visto que no soy poco tan poco agraciada, y le aseguro que, si con vestido escotado le agrado, sin ropa su agrado será mayor...

CAPÍTULO 21

Sus ojos no podían ni siquiera parpadear: estaba tan sorprendido que lo más básico le costaba. La señorita Payne se había vuelto un genuino problema genuino. No sabía qué hacer con ella.

Aquella tela fina que le cubría el torso se iba desvaneciendo; le permitía ver una piel pálida en la entrada de esos artilugios femeninos. Ese día se veía alineada y trabajada, esmerada por verse adecuada. Podía mirarla con un tinte diferente.

La señorita Payne debía ser la fruta permitida que se había vuelto prohibida por su palabra. Su ansiada dama lo esperaría. Después de manifestar un desmedido rechazo a su prometido, estaba seguro de que la mujer misteriosa de Inferno lo preferiría a él. Aquellas señales que ella sin darse cuenta le había enviado le aseguraban una victoria para obtenerla. Sin embargo, pese a que soñara con otra, su cuerpo no era indiferente a las intenciones desbocadas de su prometida.

Angel creía que lo hacía de maravilla, aunque sintió la atadura del vestido. No quería perder aquel momento de conexión con Prince solo porque era una inútil para despojarse de las prendas. Su madre era la culpable por colocarle vestidos tan ceñidos y difíciles de quitar.

—¿Se quedará parado o se acercará para ayudar? —le dijo sonrojada. Era mejor admitir sus defectos, camuflándolos con un toque de sensualidad.

—Señorita, no pienso mover un dedo que me deje al descubierto frente a sus ojos en este momento —declaró Prince que fingía pudor—. No deseo asustarla, por supuesto. ¿Qué haría yo con un cadáver de una mujer escandalizada aquí?

¿Tanto la despreciaba para no acercarse a tocarla?

—¡Está bien! —Tomó de nuevo la iniciativa. Caminó rápido hacia él hasta casi llegar a su lado.

—¡Señorita Payne, usted no sabe lo que hace! —se exaltó para luego ver que ella pisó el dobladillo del vestido.

Él veía inminente la caída de la joven. Salió de su escondite para que ella no se diera de bruces contra el suelo.

Angel casi fue sujeta por Prince, pero otra torpeza suya la colocó en una peor posición: cayó encima de su prometido que estaba como Dios lo había depositado en el mundo. Prince sintió el peso de ella, casi ligera como una pluma. Podía sentirle la respiración cerca de sus labios. Ella estaba a tan solo la distancia de un beso. Él ya no continuó intentando huir, sino que la observó con detenimiento. Tenía un lunar pequeño cerca del ojo.

—Quise que su caída fuera suave, sin embargo, ha caído en algo un poco más peligroso que el piso.

Angel desvió un poco la mirada y luego volvió a él. Temía que con aquella persistencia que ponía en estudiarle el rostro, terminara viendo a la dama de Inferno.

—Es un lunar muy atractivo el que tiene cerca de su ojo izquierdo. No puedo menospreciar a una mujer; por más que un pasado cercano, me haya parecido abominable.

—¿Ya no le parezco abominable? —cuestionó separando un mechón que le cayó sobre el rostro.

—Ahora me asusta. De huir pavorosa de mí, ha pasado a estar sobre mí en la habitación de mi inocente abuela. Quería advertirle por última vez que está a tiempo de retirarse intacta. Soy un amante de las mujeres, y usted es una no tan bonita, pero es una. Aquí el cazador no perdona a la presa.

—No comprendo cómo puede ser usted el cazador, si es dominado por la presa.

—No concebía que su cabeza existiera el ingenio, señorita Payne. —La giró y se colocó sobre ella—. Tardó demasiado en irse —dijo para luego apoderarse de sus labios con calor envolvente. Esperaba perdonarse aquel desliz con esa mujer alguna vez cuando debiera rendir cuentas.

Angel se dio aquel gusto que por tanto tiempo se había negado. Volvía a aquel momento de la primera vez en que, por un error, había encontrado al hombre que deseaba estar con ella, aunque sin saberlo.

Se permitía disfrutar de esos besos con pequeños gemidos. De la nada él abandonó sus labios y fue hacia su cuello. Podía decir que estaba entregada al plan de lady Blanford para no culpar a sus instintos y deseos de ser amada. Deseaba con desesperación decirle que era la mujer de Inferno.

Prince tenía un cordero en sacrificio, uno que deseaba en aquel momento disfrutar. Miraba con otros ojos a su prometida, con los ojos del deseo, de la misma forma en la que miraba a su ángel salvador.

Aquella correspondencia de sentimientos hizo mella en él. Era un sinvergüenza, de eso no había duda. Sin embargo, por primera vez, creyó necesario cumplir con la palabra otorgada a la dama misteriosa. Tomar a la señorita Payne sería faltar a lo prometido, sería lo contrario de abandonar el compromiso para irse con el ángel de Inferno. ¿Sucumbir a sus deseos o intentar ser fiel a algo en la vida? Esa era su preocupación. Motivado por aquel arranque de raciocinio, alejó los labios de la piel de Angel. Con la respiración agitada, aun cuando fuera arriesgado, pronunció:

—Le devuelvo su libertad...

De estar acariciando las nubes, pasó a quemarse en el fuego del infierno. Él la dejaba libre. El duque no tenía idea del esfuerzo que representaba para una dama de su posición humillarse frente a un caballero para pedirle que la tomara sin estar casados. Era un riesgo terrible, la ruina social, pero ella lo había tomado por lo que creyó una circunstancial probabilidad de un matrimonio por amor.

Él aún seguía viéndola. Podía verse la desazón en el rostro de la muchacha, por llamarlo de una forma. Angel con fuerza lo empujó y salió de la prisión del cuerpo de Prince.

—Puede arrepentirse de hacerlo —dijo y giró para que no viera que su boca se doblaba por la frustración y el llanto amenazante.

Él tomó una sábana de la cama y se la ató en la cintura. No podía discutir de esa forma tan limitante y vulnerable.

—No la comprendo. Ha luchado todo este tiempo por librarse de mí. Sin embargo, cuando le concedo ese placer, usted simplemente me dice que me voy a arrepentir. ¡Debería estar desfalleciendo de felicidad!

—Como usted lo dijo una vez, no hay muchas oportunidades para damas poco agradecidas como yo...

—En ocasiones digo muchas cosas sin sentido, aunque esa no fue una de ellas. Lo siento —soltó la frase con poca sensibilidad, lo que hizo que a Angel se le escapara un sollozo—. Debería excusarme por ser sincero, espero que no esté llorando, señorita Payne. Soy pésimo para consolar a las personas...

—¡Es pésimo para tener sentimientos! —estalló enojada—. ¡Si quiere ser libre, sea libre!

Le resultaba suficiente escuchar lo que pensaba de ella. Solo la hacía sufrir. ¡La sorpresa que se llevaría al saber que ella era su musa! Valdría una fortuna completa verle el rostro.

*

Afuera de la habitación, lady Blanford y Philippa escuchaban lo que sucedía adentro.

—Hay demasiado cuchicheo para dos personas que están intimando. ¿No lo crees, Philippa? —preguntó la anciana.

—Milady, ellos no están intimando. Se lo puedo asegurar. Al menos yo recuerdo que no hablaba demasiado en la habitación —expresó con la oreja pegada a la puerta.

—¡Pues yo quiero que me den el bisnieto antes de morir, por un demonio! —gruñó molesta golpeando con el bastón por el suelo—. Entraré.

—¡Lady Blanford, no lo haga! —recomendó apresurada la dama de compañía.

—Ya estoy vieja para que me aconsejen —dijo y abrió la puerta.

Lady Blanford, pese a haber planeado todo, estaba sorprendida de ver a la señorita Payne con la ropa arrugada y desacomodada. En cambio, notar a su nieto casi desnudo le parecía algo normal en un sinvergüenza.

—¡Señorita Payne! ¡Prince! —Los miró con fingida indignación.

—Lady Blanford todo se puede explicar —intentó Prince salvar el pellejo, pero sabía que eso sería imposible, lo habían pescado en flagrancia.

—¡Ha caído en los influjos de este sinvergüenza, señorita Payne! —Se acercó y le acarició el brazo—. Es una bendición que estén prometidos...

—Abuela...

—¡Lady Blanford! —le espetó señalándolo con su bastón—. Philippa, acompaña a la señorita Payne y ponla en condiciones. Yo conversaré con mi nieto.

—Milady, yo no necesito... —quiso replicar Angel, pero una indicación negativa de Philippa fue suficiente para entender que las órdenes de aquella dama no se discutían.

—Acompañeme, señorita —pidió la dama de compañía mientras la tomaba del brazo.

Angel miró a Prince antes de seguir a la mujer que la guiaba y salir de la habitación.

—Pequeño rufián, sinvergüenza —lo regañó su abuela acercándose a él—. Espero que hayas hecho algo útil con la señorita Payne.

—Quisiera entender lo que quiere decir, abuela...

—Sabes a lo que me refiero. Un heredero como tú no solo debe servir para desperdiciar oportunidades. Es muchacha es tu prometida, está disponible para llevar en su seno un hijo tuyo.

Prince comprendió la horrible trampa que planteaba la venerable anciana marquesa de Blanford.

—Suponía que esto sería obra suya, marquesa. Nadie como usted para hacer este tipo de maldades. Exponer a una muchacha tonta a alguien como yo. Pero lamento que todos sus esfuerzos hayan sido en vano, rompí mi compromiso con la señorita Payne —declaró mientras le sostenía la mirada a su abuela.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque estoy tras otra mujer —confesó.

Lady Blanford tomó el bastón y, amenazante, se acercó más a su nieto.

—Pues he sido testigo al igual de Philippa de lo comprometedora de esta situación. Te casarás porque lo harás, y lo harás con la mujer que escogiste.

—Siento aplacar sus esperanzas, lady Blanford, pero...

—¡No vas a arruinarlo, no acepto a otra mujer que no sea la señorita Payne! —Lo golpeó con fuerza—. Vístete. Tienes que parecer arrepentido para colocar tu coqueto rostro frente a esa dama, sinvergüenza.

CAPÍTULO 22

Dolorido por el golpe de su abuela, sintió cómo ella le arrojaba sus prendas.

—¡Al menos deme privacidad! —exigió mientras se agachaba para vestirse.

—No estoy interesada en mirar porquerías, Prince. Lo que sí me interesa es que esa porquería dé frutos —insultó—. ¿Por qué no eres como Andrew? Un joven encantador, inteligente y casado con una dama ejemplar como lady Hilton, que, por sobre todo, ha cumplido con sus obligaciones.

—Entonces sea su abuela. No tolero las comparaciones —gruñó colocándose la camisa.

—Ya quisiera yo tener un nieto como él, y no como tú. Eres desobediente y no comprendes los sentimientos ajenos. La señorita Payne está enamorada de ti. ¿Cómo puedes hacer semejante cosa? La enamoraste y quieres dejarla; eso no se hace. No es de caballeros. No permito que me salgas con eso de que no eres un caballero porque he pagado por tu educación y estuve al tanto de tus avances. Eres inteligente, poético y, para qué no decirlo, romántico. Te has vuelto un desperdicio de la noche, una fruta podrida dentro de la canasta. Mucho de eso, lo admito, es por mí causa —lamentó mientras comenzaba a derramar lágrimas.

Lady Blanford se sentó y colocó ambas manos sobre el bastón. Agachó la cabeza y dejó escapar el llanto. Prince aún estaba enojado con aquella anciana, pero la amaba y se sentía culpable.

—Abuela... —se ubicó a su lado.

—Si me hubiera ocupado de ti como debía, no serías un libertino y rechazado. Estarías casado, y yo tendría tantos bisnietos como dedos en las manos.

—Cada quien elige su camino, abuela. Yo escogí extraviarme. Por eso estoy destinado a ser castigado. No deseo herir sus sentimientos; sin embargo, mis atenciones y pensamientos están en otro lugar que no es mi prometida. Es una mujer que no conozco.

—¿Cómo eres capaz de dedicarle tus pensamientos a una extraña? ¿Por qué quisiste engañarme? Por supuesto, sabes que no lo aprobaría.

—No lo aprobaría porque no he visto siquiera su rostro, solo sé que es esa mujer a la que deseo...

—Deseo y amor son cosas distintas, cariño. Deseo puedes tenerlo por cualquiera, pero amor solo sentirlo con una. Observa a la señorita Payne, entrégale una oportunidad.

—La señorita Payne no está enamorada de mí. Está enamorada de la idea que desaparezca. O al menos eso creí.

—Tú la pediste en matrimonio, pero, ahora, quieres desairarla. Esa no es la actitud correcta. Al menos, ten la decencia de conocerla. Si por alguna razón logras dar con esa mujer a la que añoras, deberás presentarla ante mí, y, si me complace su presencia, entonces hablaré con la señorita Payne para excusarnos. Luego no habrá más opción que desaparecer. No nos quedaremos a pasar vergüenza abandonando a una joven casi en el atrio.

Prince le sonrió a su abuela, confiado de que ella lo comprendiera y apoyara. Debía, sin embargo, hacer un esfuerzo más: tenía que permanecer con Angel.

—Sabía que usted lo comprendería. No debí comprometerme con ella, pero le doy mi palabra que intentaré hacer lo que me pide: conoceré a la señorita Payne, aunque no logre nada.

Lady Blanford se levantó de la cama y buscó un pañuelo.

—Es bueno que al menos lo intentes. Iré con la señorita Payne y Philippa. —Se limpió las lágrimas—. Termina de vestirme y ven.

—Por supuesto. No olvide el bastón, abuela.

—No podría olvidarlo; es mi fiel compañero —alegó.

Ella le echó una última mirada a su nieto y luego cerró la puerta.

—¡Bah! Incauto —dijo con una sonrisa y fue a buscar a las otras mujeres.

Su nieto se había creído toda esa sarta de sensiblería. De ninguna manera permitiría que una prostituta desconocida fuera una duquesa. Aún le quedaban trucos bajo la falda para evitar que así fuera.

*

Angel era observada en profundidad por Philippa, mientras intentaba colocarse correctamente la prenda de la visita.

—Fue desafortunado que me haya dejado adentro. El duque entró y yo...

—No hace falta que lo diga, su excelencia es dueño de la casa y puede andar por donde guste. Fue culpa de la servidumbre que la ropa del duque quedara olvidada en la habitación de milady —justificó Philippa.

—Me caí por torpe. Él intentó ayudarme a que no cayera. En ese momento, mis prendas se arrugaron.

—No se preocupe, no debe darle explicaciones a la dama de compañía de su señoría. Insisto en que guarde fuerzas para lady Blanford; ella no parará hasta saberlo todo.

—¿Cree usted que es mejor que me retire?

—Para nada, no se vería bien que abandonara el recinto sin despedirse de ella.

Angel tuvo que esperar incómoda junto a Philippa. Desconfiaba de la razón por la cual la mujer la escrutaba.

—¡Oh, mi querida señorita Angel! —dijo lady Blanford con los brazos abiertos hacia ella.

Se levantó del asiento para reverenciar a la marquesa y despedirse.

—Ha quedado celestial de nuevo. Mi nieto ha rogado que lo espere. Tomará el té con nosotras—informó la dama.

—No quisiera agraviarlo con mi presencia. Me ha dicho que nuestro compromiso está dis...

—¡Prince es muy juguetón! —Le agarró el brazo a Angel—. Aún no lo conoce bien, tiene un sentido del humor poco usual.

Philippa comprendió lo que sucedía. Lady Blanford era quien estaba rogando para que la joven no se fuera. Por alguna razón, la anciana estaba decidida a casar a su nieto con la extraña señorita Payne.

Prince al terminar de arreglarse, bajó para compartir el té con las damas. Hizo una reverencia hacia su abuela, a Philippa y también a su —¿aún?— prometida.

—Pasemos a la sala del té. Acompáñame, Philippa —pidió la anfitriona.

La dama de compañía fue con ella, de modo que quedaron Prince y Angel solos para que fueran juntos.

—Excuse mi comportamiento, señorita Payne —le susurró Prince con el brazo doblado para que ella lo tomara.

Angel alzó la nariz. Todavía está molesta con él por la forma en que la había rechazado.

—Debería pensarlo varias veces antes de que decir palabras dañina —espetó sin mirarlo.

—No tome en cuenta las nocivas palabras que salieron de mi boca, que, por cierto, poseyó a la suya —soltó sinvergüenza.

El rostro de Angel estaba en llamas por recordar aquello. Con seguridad se la veía sonrojada hasta la oreja por la falta de decoro y el lenguaje soez de su prometido.

—Supongo que fue un error que ambos lamentamos; no volverá a ocurrir, se lo aseguro.

—Usted iba a mostrarme su belleza e incluso casi sentí que me rogó que no la abandonara. No me es posible concebir que se lamente ahora por un disfrute tan reciente.

—Dejemos en claro una cosa, usted me dio la libertad sobre nuestro compromiso. Esa idea fue reconfortante después de haber sido insultada por usted. ¿Cree usted que a una dama le agrada ser menospreciada por solo no ser agraciada? Poseo la inteligencia suficiente para comprender muchas cosas.

—¿Y qué logró comprender de nuestro encuentro?

—Que no soy ni remotamente lo que desea, pero es lo que tiene. Soy el último recurso de un hombre desesperado por no ser golpeado por el bastón de su abuela al no cumplir con sus deberes. Esto de ir a tomar el té no es más que un arreglo para que usted vuelva conmigo. Siéntase libre de volver a rechazarme, pero esta vez hágalo público. —Se detuvieron frente al salón del té—. Así tal será mi vergüenza y me iré hasta de Inglaterra —masculó para entrar al salón antes que él.

No pudo replicar los reclamos de la señorita Payne. Podía notar su verdadera molestia y debía, en ese caso, darle la razón. Por no caer en la tentación de consumir antes de tiempo el matrimonio, había dicho cosas que no debieron salir de sus labios, al menos cómo lo hizo y en el momento en que lo hizo.

Vio que Angel se sentó junto a su abuela, sonrió y luego le dirigió la mirada a él. La sonrisa que se había formado para lady Blanford no era la misma que para él.

—Ven, Prince, que no te dé vergüenza —lo llamó su abuela.

—Creo que la señorita Payne tiene razón; haré lo que me pide, pues le temo a su bastón —agregó ladino mientras se sentaba junto a ellas.

Lady Blanford no dijo nada, solo reprobó a su nieto con una mirada y un sutil movimiento del bastón.

Angel quería evitar mirarlo mientras bebía su té, pero era imposible. Se veía gracioso intentando cuadrar sus grandes dedos para meterlos en el pequeño espacio de la manija de la taza. Al final terminó bebiéndolo de manera salvaje, con la mano entera.

Él se veía relajado y calmado. Cualquiera diría que estaba en un lugar de paz y tranquilidad; sin embargo, eso sería desconocer al duque. Según su percepción, se trataba de alguien pendenciero y galante a su manera. Bruto con quiénes no deseaba, agraciado con quién lo

merecía. En un momento, él la descubrió observándolo y le hizo una inclinación educada con una sonrisa radiante.

El corazón de Angel latió desenfrenado por esa atención. Su molestia por las palabras del duque pasaron a un segundo plano: solo tenía los ojos maravillados por él.

Se despidió con educación de todos y emprendió la vuelta a casa junto a Corina. Durante el trayecto, tuvo tiempo de pensar, sin sacarse aquel rostro de Prince de su mente. Entonces lo decidió, iría a Inferno para recibir sus atenciones.

CAPÍTULO 23

Si eso no era locura, desconocía entonces la definición. Ir a Inferno, presentarse con los brazos abiertos y saber que él la recibiría con deseo, se trataba de algo que no conocía, algo que, muy probablemente, nunca conocería como Angel Payne. ¿Hasta dónde podría llegar sin ser descubierta por él? Temía que, en algún momento, cambiara la voz sin darse cuenta y él terminara reconociéndola. ¿Qué ocurriría entonces? Esas ideas y pensamientos daban vueltas en su cabeza sin parar mientras estaba llegando a su casa.

Parecía observar el paisaje de las calles que se oscurecía lentamente, a través de la ventanilla del carruaje, pero su mirada estaba perdida. Ella estaba perdida en sus pensamientos y deseos.

Por lo sucedido con Prince en la habitación de la avivada abuela del duque, sentía esperanzas de que sería un buen matrimonio si se casaban. Sin embargo, la lengua viperina y poco recatada del duque sería un problema. Carecía de fineza al referirse a su poca belleza. ¿Qué sería de él cuando la viera? ¿Era conveniente que la dama de Inferno dijera que no lo amaba para arrojarlo a los brazos de la señorita Payne?

—Señorita —la llamó Corina, que había bajado del carruaje frente a la casa, al ver que ella no hacía ningún movimiento.

Pareció reaccionar al escuchar a la muchacha. Miró hacia la doncella y accedió a bajar. Dentro de la casa, su madre estaba sentada repartiendo cartas sobre la mesa. Frente a ella estaba su padre con un libro en la mano. El señor Payne sacó sus ojos del libro y la vio.

—¿Quieres jugar cartas con nosotros? —preguntó.

—Ella no sabe jugar cartas —le reprochó la madre.

—Si nadie me enseñó. ¿Cómo se supone que sabría? Presiento que ustedes son buenos jugadores —se acercó a ellos.

—Siéntate y aprende, jugarás cartas por muchos años, querida. Te casarás y tu esposo no tendrá tiempo para ti; e incluso olvidará tu existencia —masculló mirando al señor Payne mientras reclamaba por su vivo ejemplo.

—No le hagas caso a tu madre, Angeline...

—¡Angel! —exclamó molesta.

—Te dije que le pusiéramos “Angeline”. Me cuesta recordar ese otro nombre —reprochó el señor a su esposa.

—¡No le pondría el nombre de una de tus amantes, señor Payne!

—¿Amantes? Salvo que mi amante fuera el señor Baxton, es la única forma que tendría para engañarte, querida...

—¡Basta! No quiero aprender cartas. No quiero que mi esposo sea como usted, padre, ni yo quiero parecerme a usted, madre —declaró mientras salía del salón.

—Al parecer, la niña no quiere aprender —se quejó la señora Payne.

—Si como te quejas, juegas, serías una profesional, querida. Anda, tira primero —pidió el dueño de casa.

Entró a su habitación y cayó sin estorbos sobre su cama. Miró los dibujos en el dosel: diseños pintados a mano de ángeles con instrumentos musicales. Su padre los había encargado para ella después que tuvo edad para tener una cama, en vez de una cuna. A él le gustaban las figuras angelicales, esa era la razón de su nombre, aunque siempre se terminara confundiendo. Era distraído, al punto de parecer taciturno e indiferente. Angel sabía que había heredado ese cabello distintivo de su padre, pero él podía ocultar bien los estrambóticos rulos. En cambio, ella se sentía acomplejada. No tenía bucles hermosos como sus amigas. Cada cual tenía lo suyo, claro. Por ejemplo Constance, que, a pesar de ser hermosa, había cosas que la belleza no le había podido compensar como hacerla muda.

Se quedó tendida en la cama hasta dormirse. Si quería salir por la noche, debía descansar y renovar fuerzas para enfrentarse de vuelta a la máscara de la mentira.

*

Durante la cena, lady Blanford le sonrió a Prince en demasiadas ocasiones; algo muy sospechoso.

—Dígame eso que tiene atorado, abuela —le pidió.

—Prince, qué modales —se quejó—. Estaba pensando en la fiesta de compromiso. Deseo que sea lo más deslumbrante de Londres. ¡Se casa mi nieto!

—Lady Blanford, deberíamos esperar que el duque decida si realmente quiere...

—¡No escuches a Philippa, querido! —Lo tomó de la mano.

—Dije que intentaría que me agrade la señorita Payne, no dije que íbamos a preparar la fiesta, abuela.

—Entonces debí de escuchar mal —se limpió los labios con la servilleta, mientras sonreía.

—Por hoy me retiro señoras; iré al club —Besó a su abuela en la frente—. Duerma bien, abuela y, por sobre todo, deje de pensar en mí, así descansará mejor. Hasta mañana, Philippa.

—Que tenga buena noche. No olvide volver temprano, de lo contrario se quedará solo con el almuerzo —le recordó la dama de compañía.

—Intentaré hacerlo —dijo entre risas para luego darle la espalda a ambas e irse por la puerta del frente.

Las damas también abandonaron el comedor y se dirigieron a la biblioteca de Prince para beber unas copas.

—Solo la acompañaré un poco esta noche, lady Blanford.

—¿Adónde irás, Philippa?

La mujer se sonrojó mientras apoyaba los labios en la copa.

—Saldré con James...

—¡Viejo petulante que lo hace a mis espaldas!

—No ha querido alterar sus nervios, milady. Ya que la conoce cuando tiene mal humor.

—Sácale provecho a la cita, querida. Y averigua si no tiene algún amigo viudo —alentó jocosa.

—No creo que le gusten los hombres pobres, lady Blanford.

—Oh, Philippa, tal parece que desconoces mi generosidad. —Se carcajeó musicalmente—. Uno de mis esposos estaba en la quiebra, pero agradezco el dinero que cada uno de mis otros esposos me dejaron. Uno no se va con todo lo que posee, querida; acumular riquezas no sirve para nada. Uno solo se va con los momentos vividos. Por eso, pienso ver a mis bisnietos y morir con esa imagen en mi cabeza. ¿Adónde te llevará esta noche?

—No lo sé. Solo me dijo que no tuviera vergüenza. A su lado, creo que la he perdido hace mucho —insinuó dejando la copa.

Afuera de la mansión de Prince, el elegante James esperaba a Philippa para ir juntos de paseo. La mujer salió con una capa que le cubría el cuerpo, aunque no conseguía disimularle la sonrisa al verlo.

—Milady, es un placer estar con usted —la saludó acercándose para besarle mano.

—Siempre es un placer, desde que éramos jóvenes, aunque nunca constante —opinó Philippa.

—Quizás esta sea nuestra oportunidad de estar juntos, ya que la juventud me hizo irresponsable.

—Era un libertino, sir James, y por eso me abandonó —lo amonestó sin enojo, como si fuera solo una anécdota.

—Usted no sabe cuánto me arrepiento de haberla dejado ir. Sin embargo, si continuaba conmigo, solo le esperaba la pobreza.

—Soy la rescatada por lady Blanford. ¿Qué será de mí cuando ella ya no esté? Es mi gran amiga y benefactora.

Comenzaron, a caballo, el camino para alejarse de la casa del duque.

—Su excelencia es de gran corazón, le abrirá las puertas sin problemas en caso que no desee estar al servicio de sir Andrew y lady Hilton como mi esposa...

—No podría abandonar a milady, seguiré a su lado. Tanto he esperado por ti, James, que un poco más de tiempo no me hará daño. —Le tocó el brazo.

—Sería insensato de mi parte pedirte que abandonaras a lady Blanford. Pelearíamos por tu atención todo el tiempo. Si estar juntos significa más tiempo lejos, lo aceptaré, pero solamente sabiéndote mi esposa, Philippa. Nunca te volveré a dejar hasta que la muerte lo decida. —Tomó las riendas del caballo de Philippa y lo juntó con el suyo para besarla con lentitud.

Al separarse, él le sonrió.

—Te llevaré a un club. Debo estar pendiente de lady Hilton y su atarantada doncella.

—¿Es al club donde va el duque?

—Te mostraré lo que hace por la noche...

—No deseo imaginarlo. —Se carcajeó—. Aunque es algo que puedo suponer.

*

Prince se sentó en el salón, al lado de Orfeo que interpretaba una pieza tan recatada para su gusto musical que le producía fobia. La esposa de Andrew no quiso quedarse haciendo reposo en la casa, por lo que volvió a las andanzas en Inferno, mientras Andrew calcinaba su mente con números en la planta superior. Al acabar la pieza, Claire lo aplaudió con mucho entusiasmo; estaba encantada con el talentoso pianista.

—Es un deleite escucharlo —lo felicitó Claire.

—No sé si sea bueno en mi arte, milady, pero usted es la mejor de las mujeres, Perséfone. —
Le tomó su mano y la besó.

—No necesitamos que te conviertas en Morfeo para ponernos a dormir, mi buen amigo, toca algo para divertirnos —le pidió Prince masajeando los hombros del pianista.

—No puedo creer que no disfrute de este arte —se quejó Claire.

—Por supuesto que lo disfruto. Solo que mi corazón desea alegría —le manifestó.

En ese momento, sintió una mano en su hombro y la otra sobre su pecho, del lado del corazón.

—He venido para usted. Mencionó la alegría, y no dudé en hacerme presente...

Claire se tapó los labios casi escandalizada por aquellas palabras que no podía creer que hubieran salido de aquella boca.

Prince no dudó en girar. Quería ver a su bello ángel que lo tentaba con aquella caricia.

—Solicito su compañía, caballero —lo besó sin dejar que él hablara y apreciara su aparición.

—Soy suyo, lléveme adonde usted desee.

Se iluminó al sentir el interés de ella.

—Lo haré conocer el cielo, si me deja —afirmó para darse el valor suficiente para continuar con la intención de que él se enamorara de ella.

CAPÍTULO 24

Ambos caminaron por los pasillos hacia las habitaciones ocupadas por otros amantes, el área destinada para otra clase de disfrute. Prince no podía contener su enorme sonrisa. Ella estaba ahí; buscaba su compañía. Sin pensarlo dos veces, la tomó entre los brazos. Con suavidad la llevó y estrujó contra una de las paredes.

—No sabe la emoción que me embarga saberla aquí —susurró y se acercó a sus labios—. Estaba deseoso por verla, mi ángel.

Angel se dejó besar sin poder atajar sus propios deseos. Quería sentirse amada. Prince colocó su frente contra la de ella. Le besó la nariz.

—Dime, ¿quién osa en buscarme esta vez? Asumo que no huirá... —respiró agitado cerca de sus labios.

Ella tomó el rostro de Prince y lo acarició.

—Soy solo alguien que no desea decir su nombre, que quiere sentirse querida. Pese a que sé que va a casarse, mis conciencia no me hace saber lo incorrecto de mi comportamiento porque usted ha nublado todo vestigio de sensatez en mí.

—Eso que me dice es como una melodía impura en mis oídos. No sabe cuánto placer me provoca. Para mostrarle que mis verdaderas intenciones con usted van más allá de poseerla, la llevaré a otro sitio en vez de a una de estas habitaciones —susurró en su oído izquierdo.

Extrañada por esa rareza de no querer intimar con ella, decidió no preguntar. Era una ventaja que él al menos pareciera honesto.

—¿Adónde me llevará?

—Daremos un paseo a caballo hasta Vauxhall.

—¿Tiene los caballos aquí?

—A caballo, ángel mío, irás en el mismo caballo en el que yo suba —le aclaró.

—Será un desafortunado animal al tener que soportar nuestro peso en aquel viaje.

—Será tan afortunado como yo. Te cargará y yo seré tu respaldo...

Prince recorrió con los dedos los hombros desnudos de ella. Sentía poderosos y ardientes deseos por esa dama misteriosa, pero más ardientes afloraba el anhelo por saber quién era. Para eso necesitaba sacarle información. Su voz tenía cierta peculiaridad; se escuchaba muy suave, sin alteración alguna. No imaginaba a nadie más dulce e inteligente que ella.

De la cintura, él la llevó hacia la salida lateral. Tomaría uno de los caballos que estaban protegidos en el establo. Entre sonrisas cómplices, y emociones por no saber lo que iban a experimentar, ambos salieron sin importar lo que había afuera.

—Excelencia —lo saludó James que iba por esa entrada dentro del club.

—Oh, mi querido señor —lo reconoció Prince sin querer pronunciar el nombre de él frente a su dama—. Bienvenida, mi señora... —saludó a Philippa que estaba con un antifaz que le cubría el rostro.

Philippa miró a la mujer que lo acompañaba sin disimulo. Le molestaba verlo con otra cuando estaba comprometido.

—Buenas noches, excelencia —correspondió sin dirigirle la mirada. Su vista estaba fija en la joven de peinado estirado.

Angel reconoció al instante la voz de Philippa. Por supuesto, también había reconocido al fiel sirviente de sir Andrew, aquel era un atrevido pan de Dios, un empleado con privilegios. Ella se cohibió hasta soltar a Prince de manera repentina, lo que le dio a Philippa alas para poner a volar su imaginación sobre la dama. Prince al notar la tensión entre ambas mujeres, decidió pasar a un costado y tomar a su ángel de la cintura otra vez.

—Que disfruten de la velada. Mi habitación, mi señor, está disponible. Pueden disfrutar a sus anchas. —Sonrió sinvergüenza insinuando cosas que sabía colocarían a Philippa en un bochorno sin precedentes.

Avanzaron para no dar lugar a réplica por parte de los que acababan de llegar. Philippa los vio irse. Su curiosidad era mayor que la vergüenza en ese instante.

—¿Quién era esa joven? —preguntó a James.

—Como no soy miembro de este selecto club, puedo contestar esa pregunta, no sin antes jugar un poco con tu inteligencia, querida.

—¡Oh, qué infortunio el mío! —se quejó con una mano sobre su frente—. Lady Blanford ha corrompido mi recatado comportamiento, necesito saber sobre esa dama.

James le abrió la puerta riendo y la invitó a pasar.

—¿No eres capaz de imaginarlo? ¿No reconoces la asustadiza figura de una señorita en esa joven?

—Mi buen James, si lo supiera, ridículo me resultaría preguntar, no juegues con mi curiosidad, puedo adquirir una rama para golpearte —lo amenazó en broma mientras entraban al club.

—Serías entonces el vivo reflejo de lady Blanford. Esa joven no es más que la señorita Payne... Oh, no me mires con incredulidad, pensé que te darías cuenta. Aquí ella es muy arreglada y bonita.

Philippa tenía que poder levantar la quijada del suelo y dar una réplica con urgencia, pero su sorpresa no la dejaba emitir un solo quejido.

—Puedes decirle a la anciana arpía que nuestro duque se casará con su prometida porque es la dama que escogió. Coincidencias afortunadas, ¿no lo crees?

—En lo último que creo es en las coincidencias. No dudes, James, que de esto se enterará lady Blanford. ¡Esa muchacha es una mentirosa! —se quejó—. Y tan angelical que parecía...

Prince tomó a un caballo al azar. Lo sacó del establo y se lo acercó a Angel. Luego, se montó en el animal.

—Este fiel corcel la llevará hasta los jardines de Vauxhall —declaró y le ofreció la mano para que ella la tomara y subiera en el lomo.

—Es tan amable —lo elogió.

Se aferró a la mano ofrecida, subió al caballo para quedar delante de él. Se acomodó mientras el animal se ajustaba al peso de ambos con unos movimientos.

—Por si no lo notó, cuando dije “fiel corcel” no me refería al equino —le susurró mientras sostenía las dos manos las riendas para partir.

—¿Y a quién entonces?

—A un animal sin sentido común.

—A mí con sinceridad me parece un animal atrevido —dijo Angel y se revolvió incómoda porque no sabía cómo hacer para sostenerse estable.

—Recuéstese en mi pecho —le ordenó casi Prince al verla moverse para encontrar un poco de equilibrio en el andar del caballo.

Angel dirigió su mirada hacia él. Sabía que no podía desaprovechar ninguna ocasión a su lado. Prince sintió cómo ella se dejaba proteger por él. Ese contacto le resultaba cómodo y prometedor.

—Su corazón...

—Oh, no se preocupe, mi ángel, le prometo que no saldrá a secuestrarla. Muchas damas se han recostado aquí; sin embargo, ninguna ha logrado escuchar a mi corazón.

—¿Cuál sería la razón por la que yo puedo escucharlo? —indagó sonrojada.

—Que usted le recuerda que está vivo—contestó.

—No comprendo qué me hace diferente al resto de las damas, no tengo nada de especial, ni siquiera me ha visto el rostro.

—Es un reto. Desde ese día en que pidió mi compañía; creo que sin saber quién yo era yo, a juzgar por su reacción posterior, quedé prendado. Solo alguien con convicciones me rechazaría sabiendo el porqué de la existencia de Inferno y su presencia ahí. Fue la más osada al decirme que no éramos compatibles. Desde ese día me he obsesionado con usted. Esa máscara no pudo ocultar su pureza.

—Ha pasado mucho tiempo de aquello, quizás esto que llevo puesto cubra mi rostro, pero no cubre lo que soy en realidad, solo lo realza.

—Han cambiado algunas cosas, ambos estamos comprometidos con personas extrañas —comentó relajado—. Yo he decidido no fingir lo que no soy. Soy un libertino. No me parece un infortunio, sino que escogí vivir de esta manera. En cambio usted es una mujer, no puede elegir mi mismo estilo de vida; para bien o para mal, debe ceñirse a lo que indica la sociedad.

—Nadie lo comprende mejor que usted —aceptó—. Las damas no tenemos la libertad de desear o de escoger. Mi prometido me ha elegido por ser la última opción de su vida. ¿Qué piensa de eso? —curioseó a ver qué le decía.

—Podría decir que me siento identificado. Sabía que lady Blanford, mi adorable abuela, vendría en cualquier momento. Me repitió por muchos años que me casara joven. Pero no hice caso. Fue lo más sensato que he hecho. Hace un tiempo atrás recibí una carta en la que me conminaba a casarme. Entonces, tuve que dedicarme a la búsqueda de una esposa... —Hizo una pausa—. Fue entonces que la señorita Payne se cruzó en mi camino. Una muchacha desaliñada, con una presencia torpe, pero con gran potencial para mis planes...

Escuchar que él se refería a ella de esa forma fue horrible. Su corazón dejó de latir por el susto.

—Ella era lo que esperaba para continuar con mi vida. Una mujer sosa, a la cual llenar de hijos para que poder seguir con mis andanzas. No necesitaba una mujer muy inteligente; Angel Payne parecía la indicada.

A medida que más lo escuchaba, peor se sentía. Más sinceridad de su parte y terminaría muerta. Por momento, le parecía una persona egoísta e imposible de tratar.

—¿Y dónde entró yo? —inquirió tragando saliva.

—Es lo más sencillo. Me ha ignorado, ha jugado con mi pasión demasiadas veces. Se ha escabullido, ocultado y huido de mí en un sinfín de ocasiones. Todo eso alimentó aun más mis deseos por usted. No obstante, saberla inalcanzable me hizo resignar a una existencia como la que tenía planeado. Piense en la disconformidad que siento con mis propios planes. Una palabra suya cambió todo lo que hice hasta hoy, al punto de desear que usted sea mi esposa...

—De cierta forma, me aterra la frialdad con la que habla de escoger una esposa. Conozco a la señorita Payne, y no creo que haya querido mostrarse como usted la describió.

—Usted pidió que yo se lo diga, y así lo hice. A veces una verdad dolorosa es mejor que una mentira piadosa. Muy poco puedo decir de usted, porque no sé nada. Cuénteme, en cambio, más sobre su prometido.

Angel estaba herida en la profundidad de sus sentimientos. Prince era demasiado honesto cuando lo deseaba, pero le hundía muy en lo profundo el puñal de la verdad. Con los ojos protegidos por las sombras y ese pecho como refugio, decidió contar cómo veía a su prometido.

—Es el hombre más cruel que he conocido. No se ha detenido en mis sentimientos, solo me ha humillado y sigue haciéndolo. Me sentí la mujer más desgraciada cuando pidió mi mano. Solo lloré. Aún lo hago —sollozó—. Usted sabe lo que es estar comprometido con alguien que no lo ama, que lo desprecia y que le provoca desdicha.

Prince detuvo el caballo al llegar cerca de los jardines de Vauxhall. Bajó primero y luego tomó a Angel que estaba afligida. La ayudó a descender y, sin perder tiempo, la abrazó.

—Conozco esa sensación, mi amada ángel. Sin embargo, me debato entre los deseos de mi querida abuela y los desahuciados anhelos de mi corazón por usted. Aún no he podido abandonar a mi prometida, pero espero lograrlo pronto y convencer a mi abuela de que usted es la mejor opción. Le ruego que tenga paciencia. —La tomó de ambos lados del rostro—. Necesito que me dé su nombre, por favor, le pido que cese mi curiosidad y que calme mi espíritu...

Deseaba gritarle que era ella, que era Angel Payne. La prometida a la que tanto despreciaba. Quería decirle todo y calmar lo que estaba naciendo entre ellos. De parte de ella afloraban las ansias de ser amada por él, pero no podía dejar de sufrir por saberlo tan indiferente a ella misma. De día la rechazaba y por la noche le declaraba su amor. Era un sufrimiento sin precedentes, algo a lo que nunca creyó que estaría expuesta. Percibía a Prince como un soñador enamorado, capaz de llevarla al cielo de la felicidad y hacerla caer hasta el infierno de la tristeza y humillación.

—Calme mi sufrimiento, se lo pido... —dijo Angel con la mirada aguada.

—Es lo que más deseo. ¿Cómo quiere que haga eso?

—Solo quiero amor... —besó a Prince colgándose de su cuello entre lágrimas de pena y ensueño, de confusión y deseo por salir de aquel círculo donde se estaba metiendo para conocerlo y conocer lo que él le ofrecería a la mujer a quien realmente anhelaba entregarle el corazón.

CAPÍTULO 25

A pesar de todo, allí estaba. Se dejaba besar en un parque público por un hombre detestable del que no sabía escapar del todo. Su nivel de desesperación por ser querida la llevaba a aceptar el penoso pacto de promesas que le hacía el duque de Hamilton. No podía decir que moría de amor por él. Solo quería aprovechar las palabras de amor hacia ella que la enamoraban. Era mejor que, por lo menos, uno de los dos amara. Conocía los sentimientos y pensamientos desnudos de un libertino. Los sabía dolorosos, sin embargo, gratificantes al ver su desesperación por saber quién se escondía detrás de la máscara.

Tan lejos y, a la vez, tan cerca. Quizá ser el lema que definiera lo que sucedía entre ambos. Podía ser canalla como él y despreciarlo para que corriera a sus brazos durante el día. Ella podría consolarlo y ganarse su afecto. Intentar que él la tomara en la habitación de lady Blanford había sido humillante. No conseguiría así sus atenciones. En cambio, por la noche, ella obtenía todo el interés de él sin mover un dedo, sin decir una palabra, solo dejaba que él la guiara. Podía sentir su palpitante pasión por ella, aquellos besos de tabaco y whisky eran profundos, tanto que penetraban en lo hondo de su pecho para pedirle más de aquel desesperado contacto.

Prince, por su parte, se sentía deseado, querido y añorado por esa dama misteriosa. Tenía larga experiencia con mujeres y podía distinguir la espera y ansiedad en ellas. Esa mujer estaba hambrienta de cariño y cargada de sueños. Nadie lo había besado buscando saciar aquellos sentimientos. Tuvo relaciones donde su cuerpo se complacía, pero lo que ella le provocaba no tenía precedentes: una pasión que desbordaba su pecho, que lo hacía desear desaparecer junto a ella y que la noche fuera eterna.

Se separaron un poco y juntaron sus frentes. Debían respirar o terminarían asfixiados y demostrando que del amor no se podía vivir.

—Si tiene miedo, yo la respaldaré... —mencionó Prince que le acariciaba el rostro.

—¿A qué se refiere? —Suspiró al mirarlo a los ojos sin separar la frente.

—Huya conmigo, ahora. Vayamos a Gretna Green. ¿Qué cree usted que ocurrirá? —respiró agitado.

—Sería un escándalo que una mujer comprometida escape con un hombre como usted. Sería una locura. Un libertino y una señorita de su casa, mancillada por las promesas de un mujeriego. ¿Qué ocurrirá con mi reputación si usted resulta ser una mentira?

—Me ofende profundamente que no crea en mis sentimientos. ¿No he sido sincero? ¿No le he hablado de lo que crece dentro de mí cuando estoy cerca de usted? ¿No he dicho que ansío verla más que respirar porque usted es el soporte vital de este caballero? ¿Por qué arriesgaría mi tan delicada soltería, solo por una dama sin nombre?

—Usted lo ha dicho. Su soltería, sus mujeres y sus vicios ¿Los dejaría por una desconocida? —lo increpó a la espera de algo que la convenciera.

—Lo único que podría hacer que yo desista de algo que deseo es la justificada recusación de la mujer que se ha ocupado de mí sin ser su obligación, mi temible y querida abuela. Por eso, deseo que la conozca y que usted sea aceptada, pero, si usted no desea presentarse ante ella como la mujer que desmembrará el compromiso de su nieto con la señorita Payne, tenemos la opción de presentarla como mi esposa. No podrá hacer nada, estará sometida a aceptarla.

—Todo suena muy convincente, pero olvida a alguien, su prometida. ¿Acaso no tiene un corazón? ¿No teme por su reputación?

—Ella no me ama, no corresponde a algo que yo no lo entrego. Usted se preocupa más por ella de lo que yo lo haría. Estoy cuestionándome sobre su relación con la señorita Payne. Usted dijo conocerla. ¿Qué tan profundo es su conocimiento de ella?

Angel tenía la confesión en la punta de la lengua, sin embargo prefirió callar y seguir mintiendo.

—Solo hemos congeniado en algunos eventos, somos contemporáneas en nuestro debut. Más allá de eso, no la conozco. Aunque si la conociera también me negaría a someter su honor por mis deseos. Ella es su prometida, a quien usted debería darle esas palabras. No a mí.

—Me hace pensar que su amor por mí es muy profundo, mi dama misteriosa, como para que usted me arroje a los brazos de la lánguida señorita Payne. Solo alguien con gran espíritu de sacrificio dejaría lo que desea en virtud del bien a otra persona.

—¿Y quién dice que yo lo deseo?

Prince sonrió juguetón.

—Lo siento por su respiración. Sus gestos no la obedecen, la traicionan. Buscarme es delatarse. Este mi negocio, sé de lo que le hablo.

Era cierto que estaba ahí, buscándolo, deseosa de sus atenciones porque tenía la paciencia suficiente para creer que podía ser la mujer indicada para él.

—Atrévase a negarlo, mi ángel, deseo escuchar que no piensa en mí tanto como yo en usted.

—Es notable que conozca a todas las mujeres salvo a mí.

—Aquí la traje para practicar otro tipo de intimidad con usted, quiero conocerla —aclaró.

—Me conoce lo suficiente para saber que soy alguien de principios, justa y...

—¡Palabrería, querida mía! Usted está tan podrida como yo o, peor aún, más podrida.

—¡Déjeme discutir eso!

—Al menos yo no vivo reprimido. En cambio usted, no se conoce a sí misma. ¿Cree que miento? ¿Por qué usa máscara? —preguntó vehemente—. Juguemos, cariño —le propuso.

—Usted no me deja hablar. Soy reticente y conservadora, pero no puedo discutir con lo evidente... ¿Qué quiere decir con “juguemos”?

—Jugaremos este juego. Usted se esconde. Si yo la encuentro, usted huirá conmigo a Gretna Green en una semana. Si puedo encontrarla en el laberinto del parque, me pertenecerá —propuso sinvergüenza, porque conocía aquel laberinto en profundidad.

—Es mucho en riesgo y poca la paga —replicó con una carcajada.

Para ella, Prince se veía ridículo señalando el lugar como un niño que deseaba jugar ahí. Tenía miedo que, en caso de jugar con él, perdiera y tuviera que pagar el precio de la apuesta: ir con él a un remoto lugar de Escocia una semana. Él era un hombre inescrupuloso y con amplias posibilidades de convencerla con sus palabras.

—¿Teme perderse? Pues yo hablaré con fuerza para que siga mi voz y pueda salir —propuso pícaro.

—Agradezco su amabilidad. Pese a eso, debo declinar la propuesta.

—¡Oh! Huelo a cobardía —se burló rodeándola—. No tenga vergüenza de no querer admitir que perderá. Comprendo que tengo un efecto terrible sobre usted.

Angel bufó incrédula. No se dejaba provocar con frecuencia, pero la estrategia de Prince estaba dando resultado.

—¿Cuáles son las reglas de su juego? ¿Si no me atrapa, qué gano?

—¡Por supuesto! —Se golpeó la frente entre risas—. Olvidé darle una motivación. Disculpe la grosería. Me temo que no la conozco, por lo que no puedo ofrecerle nada, solo puedo hablar por mis deseos y pensamientos, no por los suyos.

—¿Entonces no tengo ningún aliciente? Es algo injusto, pero participaré para demostrarle que yo puedo vencerlo en su juego. Pediré de premio lo que desee de usted.

—Le doy unos minutos de gracia o ventaja, como le guste llamarlo. —Prince se hizo a un lado para que ella entrara al laberinto.

Angel se sentía juguetona, parecía ser un juego divertido. Caminó con rapidez hasta la entrada del laberinto. Le dedicó una última mirada a Prince y se metió corriendo. Iba de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, con una sonrisa que le adornaba el rostro. Esperaba con ansiedad los resultados del juego del destino.

—¡La encontraré, mi ángel! —amenazó al entrar al lugar.

Ella escuchó su voz y se pegó a las plantas dentro del laberinto.

—¿¿Dónde pudo haberse metido?! —exclamó musical y burlón.

Lo oía muy cerca, mientras correteaba buscando un escondrijo.

—¡Puedo oler su aroma a jazmín! —advirtió el duque que escuchaba los pasos de ella. Estaba por llegar al centro del laberinto, un lugar de donde le sería muy difícil escapar.

Se recostó otra vez por las plantas para respirar. Le resultaba muy divertido correr por más que no sabía hacia dónde iba. Angel miró un acceso más hacia el lado izquierdo y comenzó de vuelta la carrera para resguardarse de Prince. En la corrida, tropezó con algo tirado en el suelo lo que hizo que cayera de bruces. La máscara le protegió el rostro del duro golpe que se dio y quedó atontada en el suelo sin poder distinguir con qué se había tropezado. El duque escuchó el grito de la dama y buscó la manera de llegar adonde estaba. Al hacerlo, vio el cuerpo de un hombre tirado en el piso y a su dama que intentaba levantarse del suelo.

Corrió para ayudarla.

—¿Se encuentra bien? No es que quiera alarmarla, pero la he encontrado... —musitó mientras la alzaba.

Ella se fijó en el hombre tirado con el que había tropezado.

—¿No debería preocuparse por ese caballero, en vez de alardear con el hecho de que me encontró? —Lo señaló tomándose la máscara raspada para que no se le cayera del rostro.

—¡Oh, claro! Ayudaré al prójimo —se burló mientras intentaba moverlo con un pie.

Escuchó que el cuerpo gimió. Entonces el duque lo giró para que quedara boca arriba.

—Prince, tienes malos modales. ¿No ves que me voy a morir? —reclamó el caballero tendido.

—¿Dexter?! —exclamó al escucharle la voz. A todo velocidad se arrodilló para ver lo que le había ocurrido. Tenía una herida cortante en el abdomen—. Tu herida no se ve bien.

—Creo que por fin lo han conseguido, y no pude casarme...

Angel se tapó la boca con las manos. Era el primo de Claire el que se encontraba tendido en aquel lugar. Pese a que Constance estaba desquiciada por Orfeo y hablaba de Dexter con desprecio, no le era indiferente.

—¿Quién piensa en casarse ahora? —Lo tomó en brazos el duque.

—Yo, si sobrevivo tendré que buscar otra mujer, creo que la señorita Albright no está muy contenta conmigo... —dijo casi perdiendo el conocimiento—. Me siento al borde de la muerte.

—¿Está inconsciente? —preguntó Angel al ver que repentinamente los brazos Dexter colgaban.

—Nunca fue consciente. Me temo que nuestra noche se ha arruinado por este incidente.

—Llévelo adonde corresponda, yo regresaré sola al salir de aquí.

—Espero verla pronto...

—Lo buscaré.

Prince asintió y se dispusieron a salir con Dexter malherido de aquel laberinto.

CAPÍTULO 26

Angel caminó por la oscura noche hacia su residencia después de que el duque subió al caballo con el primo de Claire a cuestas. El hombre sangraba como un condenado. Se cumplía lo que Dexter le había dicho a Constance: la muerte lo seguía adonde fuera y, tal vez, de esa no se salvara.

Suspiro cansina y dolorida por la estrepitosa caída. El vestido se había dañado, la máscara estaba casi rota, tenía raspones en los codos y en las rodillas. Con sigilo pasó el portón y entró por la puerta trasera, sin saber que Corina la estaba mirando.

—Tenía mis sospechas sobre usted. —Se acercó la doncella con una lámpara.

Ella se asustó al escucharla y luego pensó que su noche no podía empeorar; sin embargo, dado que Corina era cómplice de su madre, la velada seguiría derrumbándose.

—¿Y qué sospechabas? —indagó desentendida.

—Que usted se escapaba por la noche. El jardín es pisoteado. Las últimas víctimas fueron las gardenias.

—En verdad lo siento, iremos por otras nuevas para que no lo note.

—¿Y qué hay de la escultura? La que seguramente rompió en alguna corrida.

—¡Soy inocente! —se defendió—. Hay gatos, Corina. Además, se trataba de una escultura muy abrasiva para mis ojos.

—Su vestido está estropeado —dijo y la miró de pies a cabeza.

Angel infló el pecho, molesta por ser increpada por la doncella.

—Los metiches no heredan el reino de los cielos —comentó mientras le daba la espalda para dejarla sola.

—Y tampoco las mentirosas...

Chirriaron sus dientes y giró sobre los talones para mirar a Corina a los ojos.

—En vista de que no pude cruzar mi propia casa, sin darle explicaciones a mi empleada, te diré lo que hago por las noches. Voy a un club nocturno donde hay muchos hombres y mujeres en libertinaje. Me siento a beber junto a mis amigas y después pido la compañía de un caballero —confesó.

Corina la miró sorprendida. Tenía el rostro incrédulo ante tal afirmación.

—Señorita Angel, es mi deber cuidar de usted para su prometido y debe saber que no hace falta que invente una historia para no contarme la verdad sobre sus andanzas. ¿Tiene algún club de lectura a esta hora? —le preguntó con absoluta seriedad.

La confundida en ese momento era Angel. Corina no había comprendido que le dijo la verdad sin exagerar. No se pondría a desmentir lo que la doncella creyó.

—Lo admito, me has atrapado en el delito de volver de una de mis andanzas en el club de lectura. Es un horario pacífico para hacerlo. Acompáñame a sacarme este vestido, tuve una caída bochornosa en jardines ajenos y quedó inservible.

Corina la observó de pies a cabeza y asintió varias veces. Estaba de acuerdo en deshacerse de aquel vestido que, al parecer, había sufrido mayores accidentes del que había dicho ella. La acompañó con sigilo hasta la planta alta donde le quitó las prendas y vio los raspones.

—Iré por cosas para curarla, al parecer cayó sobre bosta de vaca.

—Creo que me tropecé con una muy grande —le sonrió para que se retirara.

Después de que la muchacha se fue, se quitó las horquillas que le sobraban en el cabello. Por el camino, se había ya quitado algunas para que el estirón dejara de molestarla. Una vez frente al espejo se dio cuenta de que, si volvía a Inferno, el duque la convencería de ir a Gretna Green. Era idílico, sin embargo, ¿qué le diría cuando le pidiera que le mostrara el rostro? Debía aceptarla como esposa de cualquier manera, aunque la decepción por no ser lo que esperaba lo llevara a la tumba y la hiciera enviudar ese mismo día.

*

Prince golpeó la puerta de la casa del médico. Escuchaba al perro detrás de la puerta, pero poco le importaba. Dexter estaba inconsciente y desangrándose en sus brazos.

—Despierta, amigo, no sigas inconsciente —le pidió moviéndolo un poco mientras seguía llamando a la puerta a patadas.

Dexter rumió, era señal de que seguía con vida.

—Mi... madre me dijo...

—Tu madre se murió hace tiempo, y sé la historia.

—“Eres un paria, Dexter” me gritó. No quiero volver a escucharlo... —musitó somnoliento y débil—. Sálvame, Prince, o serás al primero a quien buscaré al morir... ¿Oíste?

—¿Qué modales para tocar son estos! —gruñó el médico que salía con ropa de cama.

—Los modales de los que serán muertos si usted no lo atiende ahora mismo —exigió el duque.

—Tengo un arma, por si no desea cooperar —mencionó Dexter mientras se palpaba el pecho.

—Pasen —pidió el médico que quería alcanzar uno de los sillones. Tropezó varias veces antes de llegar entre muchas maldiciones.

—¿Necesita que lo atiendan, doctor, después de tantos golpes? —se burló Prince.

El facultativo bufó y fue a buscar una lámpara para poder trabajar por el herido. Su maletín estaba en el suelo del salón como para salir ante cualquier emergencia.

—Recuéstelo...

El duque obedeció colocando a Dexter en la mejor posición posible para ser atendido. El doctor cortó con unas tijeras las prendas del joven que no deseaba expresar su dolor, pero sabía que iba a sufrir.

—Me temo que será una costura dolorosa —informó el doctor.

—¡Hágalo; no necesariamente debe saber que dolerá! —pronunció molesto.

—¡Prince, Prince! —lo llamó Dexter.

—Dime... —se acercó y el herido lo tomó de las prendas.

—Si me duele mucho lo matas, ¿entiendes?

—Por supuesto, mataré a quien me digas, querido, solo relájate —dijo en tono calmado.

Después de que Dexter quedará inconsciente del dolor por la sutura, lo llevó a la residencia de los Baxton para que lo cuidaran. Helmut Baxton y Patrick Baxton, además del dueño de casa, se quedaron en la habitación junto a él. Miraron a Prince como si fuera un delincuente.

—Agradecemos que haya salvado a mi sobrino, excelencia —indicó educado el mayor de la familia.

—Sabía que la vida de perdición de Dexter lo llevaría indefectiblemente hacia la muerte. Las malas compañías son el problema —dijo Patrick con la mirada fija en Prince que todo lo soportaba como si fuera de acero.

—Falta usted, joven Baxton, ¿qué me dirá? —Le sonrió cínico a Helmut.

—Le diría que es un placer verlo; sin embargo, mentiría. Pero agradezco que salvara mi vida. Usted sabe el hecho de que Dexter siga con vida me asegura larga vida.

—Qué encanto de familia. Es una suerte que sea único en mi especie; el último por cierto. De todos modos, no me regocijo en las desgracias ajenas.

—Tampoco nosotros —replicó el señor Baxton.

—Les dejo a Dexter, aunque creo que estará mejor cuidado en mi residencia de lo que estará aquí con tantos peligros cerca —miró acusatorio a Helmut.

—Vaya con bien, quitaremos el azufre que dejó, excelencia —lo despidió Patrick con una reverencia que Prince correspondió para salir de ahí.

Por un minuto se puso a pensar en Andrew, que formaba parte de aquel nido de víboras que era la familia Baxton. El pobre debía de sufrir improperios educados por parte de su cuñado y de sus primos putativos. Sin embargo, Andrew tenía una piel bastante dura escondida detrás de su amable y pacífico rostro de empresario. Subió a su caballo y emprendió la vuelta a su casa poco antes el amanecer, estaba seguro de que no iba a desayunar, ni almorzar allí.

Por la mañana en el desayuno, lady Blanford amedrentaba a los criados con el perro Mammon, satisfecho con su corta estadía en aquella casa. La anciana resultó ser una excelente dueña y cómplice.

—Descanse, milady —le pidió Philippa que se sentara.

—Este perro es más efectivo que mi bastón. Dile a Prince que no pienso devolverlo. Y también dile que baje, quiero ir a la iglesia con él.

—Yo deseo que no baje, lady Blanford. Tengo algo que a usted la pondrá de para bienes —susurró cómplice.

—¡Oh, Philippa mía, cuanto amo los cotilleos por la mañana! —Le tocó la mano a una sonriente dama de compañía.

—Lo que le contaré es algo que me lo confirmó una fuente en extremo confiable...

—Dormiste con esa fuente, anda, que mi corazón no soporta la tensión de saber.

—Es sobre su nieto... O más bien sobre la mujer a la que su nieto pretende...

Mammon se levantó del suelo y paró las orejas junto a lady Blanford; ambos miraban a la mujer con ansias de saber.

—¡No juegues con mi corazón! ¡Esta espera es intolerable! —se quejó la marquesa golpeando el suelo con los zapatos.

—Tendremos boda, lady Blanford. Será con quién debe ser, con la señorita Payne...

—Tanta expectación para nada. Lo sé, lo estoy obligando para que se case con ella.

—Lady Blanford, sujétese de esa silla porque lo que le diré puede hacerla tener alas —aludió con más secretismo—. La dama misteriosa del duque no es otra más que la señorita Payne.

La boca de lady Blanford tocaba sus rodillas de la impresión.

—¡Se lo contaré! Resulta que la señorita Payne es una pequeña revoltosa de Infierno, una dama en busca de placeres. James me juro que aún es pura, no obstante, tengo mis dudas.

—¡Qué disparate, Philippa! Muchas veces he bebido, pero no he quedado irracional como tú.

—¡Déjeme acabar! —rugió—. Es una mentirosa, se viste diferente y su cabello lo recoge a tal punto que parece traída desde China con varias telas. Yo también lo dudé al verlos juntos, mi señora, pero creo en James. La joven no tenía el mismo porte tímido que tiene con nosotras. Iba de la mano con el duque. Ella es una embustera que intenta conseguir esposo como la joven recatada que no es, porque es una libertina. Y ha conseguido al incauto duque de Hamilton. ¿Qué cacería podría tener un mejor botín que un duque? —especuló.

Lady Blanford se levantó del sillón y Mammon la siguió.

—No me agradan ese tipo de mujeres. Debo salir de dudas con respecto a esa dama; de lo contrario yo misma impediré ese matrimonio... —indicó mientras iba hacia la puerta de salida.

—¡Por favor, milady, espere, no tome una determinación ahora, debemos estudiar la situación!

—¡Estudiar nada! Quiero una esposa decente y que le dé hijos, no una cualquiera —indicó y salió.

Philippa pensó que la noticia pondría feliz a lady Blanford. Ese no había sido el resultado; aquella anciana haría arder a la señorita Payne sin ninguna suavidad

CAPÍTULO 27

Lady Blanford, parada con Mammon frente a la casa de su nieto, esperaba el carruaje que la llevaría a encarar a la señorita Payne sin ningún remordimiento.

—¡Oh, por favor, milady! —rogó Philippa arrepentida—. Pensé que esta situación la pondría de excelente humor.

—De excelente humor está mi bastón, porque verá sangre saliendo de la cabeza de aquella pilla —espetó enfadada.

—Piénselo, el duque está enamorado de ella; deberíamos apoyarlos.

—¡Nadie me engaña y sale impune! Por algo yo sigo viva, y el resto no. Debe convencerme; de lo contrario, haré que la señorita Payne toque las estrellas con sus pequeñas manos.

El carruaje se acomodó frente a ellas y al perro para que subieran.

—Ustedes, empleados sin oficio, despierten a mi nieto, lo quiero en la iglesia en dos horas —ordenó al asustado personal que se chocaban entre sí para cumplir las órdenes de la señora de la casa.

Los pobres esperaban que lady Blanford muriera muy pronto o que el duque se casara y que la duquesa dirigiera el lugar. Cualquier cosa sería mejor que soportar a la exigente marquesa.

Los tres subieron al carruaje. El perro estaba ansioso mirando las calles de la ciudad. Incluso pasó frente a la residencia de sir Andrew, lo que lo llenó de emoción. Lady Blanford no le dirigía ninguna palabra a Philippa, que tenía la mirada gacha y avergonzada por todo lo que acontecía. Probablemente destruiría el matrimonio del duque. Además, cuando él se enterara de que la señorita Payne era la mujer de Infierno, la quemaría en hoguera.

Cuando vieron las verjas de la casa de la señorita Payne, la marquesa se removió incómoda en su asiento pensando por seguro que la joven no la convencería de nada. El carruaje paró en la entrada. El chochero se apresuró para que lady Blanford bajara antes de que le exigiera que dejara de ser perezoso.

Ayudó a ambas mujeres y pensó que el perro se quedaría en el carruaje, pero aquellos dientes le dijeron que no pensaba quedarse dentro a morir de calor.

—Andando, Philippa; no puedo esperar por enfrentar a esa mujer.

—Milady, el animal no irá con nosotras, supongo.

—Prince no vino. Oh, ya comprendí. El perro viene, no creíste que golpearía a una mujer, ¿no es así? Dejaré que la mastique si su respuesta me desagrada —indicó alzando la nariz, señalándole la casa a la dama de compañía para que se apresurara a tocar.

Luego de unos minutos en la entrada, una doncella abrió. Al verlas, las reconoció y las dejó entrar con el perro.

—¿Se encuentra la señorita Payne? —indagó grosera la marquesa.

—Por supuesto, milady.

—Dígale que estoy aquí y que baje a recibirme; es un asunto delicado.

Corina se sorprendió por cómo llegó de autoritaria la futura abuela de su señorita. Asintió y subió sin dilación para buscar a Angel. En su habitación, la señorita Payne peleaba con un cepillo para el cabello. Tenía lágrimas en los ojos por el enredo que se armaba alrededor del cepillo.

—Señorita Angel —dijo Corina estirando el cepillo de su cabello, arrancándole algunos de paso.

—¡Hazlo con delicadeza, maldición! —exclamó por el dolor que le produjo.

—No llore, solo fue un pequeño mechón. Abajo está la marquesa de Blanford, señorita. Pidió por usted con mucha urgencia, dijo que se trataba de un asunto delicado.

Suspiró un poco asustada. Si esa anciana aparecía en aquel lugar con esas palabras, debía temer que algo le había ocurrido al duque de Hamilton después que se hayan despedido.

—Haz algo de mi cabello, no puedo hacer esperar a lady Blanford. Es un pecado imperdonable.

Después de que, en lugar de ser acicalada, hubiera sido torturada por la maligna doncella que la cuidaba, bajó hasta donde milady se encontraba sentada en el recibidor.

—Buen día, lady Blanford, sean bienvenidas. —Hizo una reverencia para saludarlas.

—Quiero hablar con usted en un lugar privado.

El rostro de la dama mayor en verdad la atemorizaba. Su expresión era dura y los ojos azules se veían aun más claros que antes.

—Sí, por favor, pasen a la sala del té —indicó mientras las guiaba.

El perro miraba ansioso a Angel para que lo acariciara. Pese a que le tuvo miedo en las visitas a la casa de Claire, Mammon se había hecho querer por ella.

Abrió la puerta. Angel entró, y también Philippa, pero lady Blanford se quedó con el can.

—Tú te quedas aquí, conozco a la servidumbre que adora conocer la vida de sus patrones —ordenó al perro para cerrar la puerta después.

Philippa se estrujó las manos demasiadas veces para terminar contándolas. Lady Blanford parecía que iba a arremeter con todo el arsenal de experiencia que poseía.

—Por favor siéntese, milady. Usted también —le indico a Philippa.

—No he venido a sentarme, señorita Payne. Un asunto bastante delicado que llegó a mis oídos es lo que me trae aquí.

El tono de voz era preocupante; incluso amenazante. Desconocía qué podía ser lo que aquejaba a la marquesa para que la buscara.

—¿Le ocurrió algo al duque?

—Sí, una mujer se ha interpuesto en el compromiso de ustedes.

Philippa, que tenía la frente gacha, la levantó de repente al no comprender lo que lady Blanford hacía.

—Creerá que es una ridiculez lo que digo, pero mi nieto está obsesionado con esa dama.

—Lo sé, me lo ha dicho. Por eso nuestro compromiso casi acabó ayer...

—¿Desconoce usted la identidad de la mujerzuela? Cuando yo la encuentre, señorita Payne, voy a darle mis saludos poco amables. Apenas la vea cerca de él, estará condenada. Seguiré sus pasos día y noche. ¿Cómo puede ser posible que una mujerzuela intente despojarla de su compromiso? ¡Es inconcebible! —reaccionó.

Angel retrocedió unos pasos por lo que dijo la marquesa, parecía muy segura de lo que haría. Era una mujer de armas tomar.

—Usted debería aprovechar el tiempo para conquistar a mi nieto. ¿Qué hace aquí esta mañana mientras su prometido duerme como un muerto? Tendré que intervenir. Si mi nieto la escogió, entonces va a casarse con usted. Espero, señorita Payne, que sea debidamente honesta conmigo, y me diga si usted tiene secretos que deba contarme o cosas de las que se arrepiente haber hecho. Déjeme decirle que no tolero las mentiras y que no soy indulgente después de que me han mentado. Si usted es sincera, contará con apoyo incondicional para ser la duquesa de Hamilton. Es un título que puede quedarle muy grande si no tiene el suficiente ánimo para llenarlo...

Podía escuchar su saliva pasando con dificultad por su garganta. No sabía si lady Blanford había ido a apoyarla o amedrentarla. Sin embargo, por algo había acudido. Tenía influencia suficiente en el duque para conseguir que pasara más tiempo a su lado que en Inferno, a donde no volvería por un buen tiempo. No quería que la anciana supiera de sus andanzas.

—¿Qué puede hacer una mujer como yo, contra la dama que tiene la voluntad de su nieto? Eso hace que me resigne, lady Blanford.

—Tenemos un problema, señorita Payne. A mis oídos ha llegado un rumor que me tiene un poco incrédula. Es la razón por la que llegué aquí para saber lo que sucede en realidad con usted. La estoy probando —sonrió amable—. Anoche, mi dama de compañía estuvo con actividades lujuriosas con cierto mayordomo dentro de un club... —Philippa desvió la cara por la vergüenza que la marquesa le hacía pasar—. Fue ella quien la vio anoche junto a mi nieto, saliendo de aquel lugar.

Palideció ante la acusación. Philippa la reconoció, su vida estaba arruinada. Nunca tendría la aprobación de lady Blanford.

—Eso no es posible... —intentó negarlo.

—¿Qué piensa conseguir negando que es usted la mujer que enamoró a mi nieto? Estoy indignada por su comportamiento, señorita Payne, porque el día que le propuse que se metiera entre las sábanas de mi nieto, usted se negó alegando decencia. No puede ser decente si frecuenta un lugar así, por eso le prohíbo que vuelva a ese club. No comprende las implicancias de ese comportamiento. Ha puesto su reputación en riesgo, y también el compromiso. Está engañando a mi nieto y también a mí...

—¡Mi intención nunca fue engañarlos! —se defendió vehementemente caminando nerviosa por la sala. Había sido descubierta, solo debía contar lo que creía correcto.

—¿Entonces niega estar jugando con los sentimientos de mi nieto? De día es fea como el diablo; de noche bella como un ángel. Si eso no es jugar, entonces, le pido que me explique —la confrontó.

—Mi intención nunca ha sido que su nieto se interesara en mí. Fue algo accidental... —confesó mirando a la anciana—. Un día, me envalentonó la bebida y bajé a la planta inferior de Inferno. Dejé la coraza que me protegía con las demás damas, y decidí tomar las riendas de mi destino. Fue en ese momento que toqué el hombro de su nieto, sin saber que era el mismo Demonio. Solicité su compañía. Cuando me dijo quién era, tuve temor por mi virtud. Nunca estuvo en mis planes perderla, solo que su nieto no lo comprendió. Me persiguió durante muchas noches para que yo me entregara. Debido a mi rechazo; él fue más persistente y obsesivo. Cree que jugué con su pasión; sin embargo, yo solo busqué compañía de la manera equivocada.

Angel desvió la mirada de lady Blanford y prefirió mirar a un escritorio para continuar el relato. Lo que diría no caería en gracia a la mujer, que la miraba impasible e indescifrable en su expresión.

—En todo ese tiempo, no se acercó a mí en los salones, hasta que, en estos pequeños bailes antes de la temporada, me solicitó una pieza. Desde ese momento, me buscó para convertirme en su esposa y lo hizo contra mi voluntad. Debo admitir que... —enmudeció—. Debo admitir que despreciaba a su nieto con todo el corazón, lady Blanford. Por mi mente han pasado las peores cosas para deshacer este compromiso. Yo quería un esposo que me amara por lo que soy, por cómo me veo, pero eso no ocurrió. Hace unas noches atrás, el duque le confesó sus sinceros sentimientos a su dama. Eso hizo que yo me ablandará...

—Aguarde —pidió lady Blanford acercándose hasta ella—. ¿Desprecia a mi nieto?

—No puedo decir que hoy lo haga, déjeme terminar se lo ruego... —musitó con una curva dolorosa en los labios—. Me ablandé cuando me lo dijo. Mi desprecio se fue difuminando. Lo reemplazó la ansiedad de ser amada. Entonces pensé que podría aprovecharme del amor que el duque profesa a esa mujer para beneficiarme. Siempre he querido ser amada y amar... Conseguí alguien que, al parecer, me ama: ¿por qué desaprovechar esa oportunidad?

—Es algo razonable, señorita Payne. Pero no comprendo algo: ¿usted ama a mi nieto? —preguntó esperanzada la mujer.

No sabía qué responder, amaba esa devoción hacia ella, pero no tenía definidos sus sentimientos hacia él.

—Creo que no, milady... —contestó dudosa.

—Philippa... —llamó la marquesa—. Vámonos, no tenemos nada que hacer aquí.

—Pero, milady... Ella... —intentó intervenir Philippa en favor de Angel, pero la anciana creía suficiente con lo que había escuchado.

—No merece a mi nieto. Puede dar por terminado el cruel compromiso con él. Deje de sufrir. Su sufrimiento no es nada comparado con lo que mi nieto padecerá. No vuelva a aparecer en su vida como esa dama porque no respondo de mí. Aléjese de él. En mí tenía una aliada poderosa, señorita Payne. Ahora, sin embargo, seré una enemiga implacable...

CAPÍTULO 28

Lady Blanford abrió la puerta para encontrar al perro parado que miraba a la doncella que la había recibido.

—Vamos, pequeño —lo llamó antes de retirarse con el bastón al frente y la cabeza erguida con gran elegancia.

—Lo siento, señorita Payne —se disculpó Philippa.

Angel no giró para despedirlas, estaba aún temblando por las palabras de la marquesa. La noche anterior, el duque le había dicho lo importante que era lady Blanford para él. Además, lo que ella declaraba se transformaba en ley. Comprendía el porqué de la actitud de la dama: solo quería la felicidad de su nieto. Pero ella no sabía qué hacer después de haber sido descubierta. No podía acercarse al duque como la dama misteriosa ni como prometida.

La doncella entró enfurruñada por no haber escuchado nada. El ingrato animal no la dejó pasar para pegar la oreja a la puerta.

—¿Se le ofrece algo, señorita Angel?

—Sí, que te retires, me dejes sola y no me molestes lo que queda del día... —espetó molesta, no con la doncella, sino consigo misma.

—Como mande, señorita. Si desea algo, solo búsqieme —dijo y cerró la puerta con fuerza.

Pareció despertar del trance en el que estaba. Pensaba la implicancia para su reputación que lady Blanford supiera de su actividad nocturna. De seguro, se lo diría al duque. Él no solo la dejaría en paz como Angel, sino que estaría decepcionado de su dama por no ser la belleza que de seguro imaginaba por debajo de la máscara. Podía esperar rabia y un reclamo de su parte. Prince era el mismo hombre con ella, tanto de día, como de noche. Sin embargo, ella no podía ser sincera con él. La única diferencia que encontraba en el trato entre una y otra tenía que ver con que, por la noche, intentaba enamorarla, mientras que, de día, buscaba distanciarse. Ella estaba encantada con lo que él hacía con ella por la noche. Encantada y extasiada con las atenciones, tanto que se veía huérfana sin el duque.

—¡Angel, eres una tonta! —se reclamó—. ¡Es el único pretendiente en todas tus temporadas; no puedes dejarlo ir! No obedece al amor, sino a la conveniencia de tener un esposo adorable, ten eso en cuenta. ¡No te enamores de un libertino por más que parezca bueno!

Se sentía confundida: ¿qué era el amor? ¿Qué, enamorarse? Se había vuelto fría. Buscar un esposo que la aceptara como era había quedado en el pasado. También el compromiso que había conseguido. Sin embargo, si él no la amaba, también tenía que ver con que ella no había hecho un solo esfuerzo por agradarle. Eso acabaría: sería la dulce, agradable y, por sobre todo, agraciada señorita Payne. Una que se ganaría al nieto y a la ponzoñosa abuela.

Lady Blanford abandonó la residencia muy callada. Así estuvo hasta llegar a la iglesia.

—Milady... —la llamó Philippa con temor—. Creo que ha sido muy dura con la señorita Payne y...

—Philippa querida, si no se lo señalo, nadie lo hará. Es lo que debía hacer. ¿Supones acaso que le creí que no estaba enamorada de él? ¡Bah! Si es como me dices, que andaban de la mano, dudo que no sienta al menos deseo por él. Lo único que me preocupa es que Prince no la acepte, no es lo mismo una mujer con máscara que una sin ella. La señorita Payne debe enamorarlo tal como es.

—Entonces, ¿aún acepta el matrimonio?

—Quiero que mi nieto se case. No viviré demasiado, necesito a mis bisnietos antes de morir y, si esos dos se aman a su manera, yo no tengo reparo alguno. Solo quiero muchos nietos —indicó mientras subía los escalones para llegar hasta dentro de la iglesia.

Prince entró agitado casi a la mitad del oficio religioso. Se acercó a su abuela y se sentó a su lado. La marquesa le tomó la mano izquierda, lo golpeó unas veces con suavidad y le sonrió aprobando que hubiera aparecido.

Él miró a los asistentes y no vio a su prometida. Pero sí vio a Patrick Baxton en la primera fila, que asentía con la cabeza cada palabra que decía el clérigo.

Bostezó varias veces y se quedó dormido el resto del oficio.

—¡Qué falta de respeto, excelencia! —reclamó Patrick colocado frente a él.

Prince despertó súbitamente, sin saber dónde se encontraba. En media hora había dormido tan profundamente que estaba confundido.

—¿Qué, quién, dónde estoy? —preguntó fregándose el rostro, observando el lugar—. Oh, creo saber dónde estoy, es obvio, el lugar más aburrido de Londres...

—Disculpe, señor Baxton, pero mi nieto durmió muy tarde anoche y se sintió cansado —lo justificó lady Blanford defendiendo a Prince.

—Su nieto pronto no será recibido es ningún recinto del señor —increpó Patrick.

—¿Y quién hará eso posible? ¿Usted? —increpó lady Blanford casi burlándose—. ¿Qué es usted? ¿El obispo? No amenace a mi nieto porque es como si lo estuviera haciendo conmigo, caballero.

—Abuela, he aprendido a no escuchar charlatanería insensata. —Prince sonrió—. Dígale al clérigo que estuvo muy aburrido y que, al menos, debe traer músicos para alegrar a los fieles.

—Arrepíentase, excelencia; se vienen tiempos muy malos para usted —proclamó Patrick.

—No es algo que ignore, señor.

Patrick Baxton estaba acostumbrado a molestar a quienes tenían una vida un poco agitada como la de Prince. Era firme en sus principios; los seguía al pie de la letra. Prince era un impío pecador y, una vez que tuvieran su expulsión de la iglesia, quedaría condenado al infierno sin remedio.

—Eres muy generoso al no golpear a ese individuo tan insoportable —masculló lady Blanford.

—Estoy acostumbrado. Cuando Dante y Dexter lo traían a Londres tuve que tolerarlo por mis buenos amigos.

—Debes casarte pronto antes de que te expulsen, quiero un matrimonio bendecido para ti.

—Abuela, puedo casarme en Gretna Green y será legal. Hay opciones; si me expulsan, no pierdo nada.

—Concuerdo con el duque, milady.

—Philippa, no apoyes a mi nieto, te lo he prohibido. Además, ¿pensaste que no sabría sobre tus cartas secretas para él? Soy vieja, no tonta ni ciega...

—No regañe a Philippa; me mantiene al tanto sobre usted, mi querida abuela —dijo haciéndola subir al carruaje.

Lady Blanford sintió el cariño con el que le habló su nieto. Al verlo sonriente, sabía que estaba haciendo lo correcto con la señorita Payne. Él era un hombre de corazón generoso, pero de camino errado, que necesitaba una motivación para volver al sendero correcto. Esa motivación sería la descarriada señorita Angel.

*

Durante el transcurso del día, Prince recibió la escueta nota de Andrew, en la que le informaba del nacimiento de Arnold, su hijo, a causa del incidente de Dexter Baxton y la preocupación que había generado en su esposa saber que había estado a punto de morir sin dejar un heredero más que Helmut. Respondió la nota que iba a la mansión de los Baxton, pues no dio tiempo el pequeño de nacer en otro sitio. Los visitaría cuando estuviera en su casa. Deseaba prestarle apoyo moral a su amigo banquero, pero sabía que Andrew podría vencer a todos los Baxton juntos gracias a su lengua defensora.

Suponía que Inferno quedaría huérfano en la administración hasta que Andrew retornara. No abandonaría a su amada Claire ni por el trabajo. El duque tomaría las riendas del club hasta que regresara. Esperaba que se cumpliera la semana para poder huir con su dama. La había encontrado en el laberinto jugando a lo que ella aceptó como un reto. Su palabra estaba comprometida. Él había ganado. Quería poder asegurarse de que, en efecto, ocurriría ese viaje hacia Gretna Green, pero no podía sin saber de ella. Tenía esperanzas puestas en que apareciera por Inferno en ese lapso tiempo.

Pasaron dos días. La dama misteriosa no asomó su cándida figura por el lugar. Prince veía con mayor interés hurgar en los archivos de Inferno para poder descubrir a esa mujer. Diablo era quien tenía todos los nombres en la cabeza. Era su forma de tener a la sociedad donde quería: en las manos. Podía destruir a muchas personas con todo lo que había dentro de Inferno. Familias, fortunas, reputación y secretos constituían el mayor activo de la sociedad que conformaban los cuatro miembros.

Cuando Diablo lo buscó para iniciar el negocio, se había sentido sorprendido de que un hombre de su posición se acercara hasta él. Recordaba las palabras que le dijo aquel día.

—Es usted un sinvergüenza... —lo acusó Diablo—. ¿Cómo se atreve a colocar su libertino rostro en este debut?

—Me han invitado. ¿Qué mal le estoy haciendo a usted?

—Su presencia me provoca desazón —confesó el caballero lo que dejó mudó al duque. Aquel hombre de reputación intachable le demostraba celos.

—¿Siente envidia de mí? No sabe lo que dice.

—Es usted la persona más directa y carente de vergüenza que he visto. Tengo el corazón podrido por el deseo de ser tan libre como usted. Quiero romper el cristal en el que vivo, y salvar a la mujer que quiero de no ser solo una más... —señaló a una joven rubia que era instruida por una matrona para comportarse.

—¿Por qué me dice esto a mí? —indagó confundido.

—Tengo algo que ofrecerle. —Sacó una tarjeta del bolsillo de su casaca—. Búsqueme en Meriton Palace mañana por la noche. Hasta entonces —se despidió de Prince el hombre que más adelante se convertiría en el diablo de Infierno.

Hurgar en aquellos archivos sería defraudar la confianza que el fundador había puesto en él. Tendría paciencia para esperar hasta que la mujer que tenía sus pensamientos se apiadara de él.

*

Angel, con ropa de dormir, observó por la ventana la oscura noche. Llevaba días sin ver al duque y se sentía agobiada. Él no la había buscado como debería hacer un prometido con su futura esposa para dar un paseo o tomar el té. Suspiró una vez más y lo decidió.

—Es suficiente, iré a verlo —dijo mientras iba hacia el armario para tomar un vestido que le permitiera salir sin ser vista.

Al terminar de vestirse, sabía que tenía que ir a pie. No había hablado con el hombre del carruaje de alquiler con antelación. Salió por la puerta trasera, con cuidado con las flores recién plantadas y la nueva estatua. Estaba comprobado que su padre tenía un pésimo gusto por el arte de las esculturas. No llevaba la misma máscara de siempre. La anterior se había terminado de romper con su caída en el laberinto.

Los pies le dolían de tanto caminar. Lo único que agradecía era que la noche estaba muy fría, lo que no levantaba sospechas si iba cubierta como ella lo hacía. Valía la pena el esfuerzo y la desobediencia a las palabras de lady Blanford por conversar con él. Le agradaba debatir con el duque. Se daba cuenta de que conocía mucho y tenía un sentido del humor interesante. Aunque la había ofendido en la mayoría de los casos, lo había hecho con cierta razón algunas veces.

Al ver que estaba cerca de llegar, sonrió de emoción. Aquella angustia por verlo acabaría al cruzar esas puertas. Colocó la mano para abrirlas, pero sintió un duro golpe en la cabeza que la hizo caer en el suelo casi inconsciente.

—¡Lady Blanford, la ha golpeado con rudeza! ¿Estará muerta? —cuestionó Philippa agachándose para ver si Angel respiraba.

—Exageras. Si hubiera querido matarla, mi bastón sería de acero. Súbela al carruaje; la desobediencia no es algo que me agrade.

—No puedo sola, milady.

—¡James, qué esperas! —ordenó la marquesa.

—No estoy de acuerdo con su método, lady Blanford, me niego a cooperar.

—¿Dejarás que una anciana débil y senil como yo lo haga? Solo di una palabra más, James y sir Andrew sabrá que no eres solo su fiel sirviente... —amenazó la anciana.

—Le faltó decir “inofensiva”, lady Blanford... —dijo James mientras tomaba a Angel para subirla a donde la mujer había pedido.

CAPÍTULO 29

James suspiró molesto por el giro que había tenido su encuentro amoroso con Philippa: tenían a una tercera involucrada y otra mujer inconsciente en un cuarteto dentro del carruaje.

—Quiero asegurarme de que no es un error, Philippa. Quítale la máscara —ordenó lady Blanford con las dos manos colocadas sobre el bastón.

—Es ella. ¿Qué más desea de la inocente? —preguntó James.

—¡No quiero llevar de paseo a la mujer equivocada! ¿Qué haré si me descubre? En cambio, si es la señorita Payne, me temerá y hará lo que le ordene. Solo alguien interesado vendría después de dos días de vigilancia ininterrumpidas.

James miró a Philippa, ella era quien solapaba las actividades clandestinas de la marquesa.

—Lo siento —se disculpó—. No podía dejar que lo hiciera todo sola.

—No te culpo; te iría muy mal si no lo hubieras hecho. —Tocó el hombro de Philippa.

—¿Alguien me mostrará si es la señorita Payne? —dijo la anciana y volteó los ojos por aquel meloso consuelo de James para su dama de compañía.

Philippa le quitó la máscara. La marquesa pudo comprobarlo con sus propios ojos: era la señorita Payne.

—Una pequeña sinvergüenza. Se merece un escarmiento —soltó y sonrió antes de hincarle el bastón en la cintura para que despertara.

Angel sentía la cabeza pesada. Una sensación fría se escurría por detrás de su cabeza. Lo último que recordaba era haber visto la puerta de Inferno. De ahí en más, no recordaba nada. Abrió sus ojos con lentitud. Parpadeó varias veces hasta discernir las figuras que la rodeaban en lo que parecía ser un carruaje; al menos eso creía por el ruido y los movimientos.

—Señorita Payne, encuentro un tanto grosero que me esté desafiando —la increpó lady Blanford con rudeza.

—No lo comprendo —dijo mientras se tocaba la cabeza en la parte trasera.

—No me haga pensar que carece de un juicio temporal decente. Le advertí que se ganó usted una fuerte y férrea enemiga. ¿Qué pretende yendo a ese lugar? ¿Buscar a un hombre soltero?

Angel se sentó lo mejor que pudo. No sabía qué responderle a la mujer. Podía contestar la verdad, que había ido para ver a su prometido, pero eso significaba desobedecer las órdenes de la marquesa.

—Fui para ver a una amiga y...

—¡No desafíe a mi bastón; en ocasiones tiene vida propia y no puedo controlar sus acciones! —exclamó golpeando el piso del carruaje con impaciencia—. Le doy una última oportunidad de ser sincera y confesarse.

—Le recomiendo que coopere, señorita Payne —señaló James—. No guarde en saco roto las amenazas de la señora.

—Confiese, ¿me ha desobedecido adrede?

Sus labios temblaban por querer echarse a llorar, por el dolor de cabeza y también por la confesión que iba a hacer.

—Fui para ver al duque...

—¿Con qué intenciones? Desconozco cuáles puedan ser si usted no tiene una pizca de sentimiento por él. No veo algo lógico en...

—¡No soporto estar sin su compañía! —confesó interrumpiéndola—. ¡¿Acaso no ve que no sé qué hacer?! ¡No sé cómo hacer que me quiera, solo quiero disfrutar de lo que él tiene para mí! —explicó vehemente y con lágrimas bañando sus ojos—. No conoce el dolor de ser poco agraciada y que se lo diga durante el día, cuando, por las noches, abre su corazón y muestra un enamoramiento. ¡Escuché barbaridades sobre mí que han salido de la boca de mi prometido al referirse a mi estampa!

Lady Blanford tomó a Angel de ambas manos que le cubrían el rostro.

—Señorita Payne, no veo nada desagradable en usted. Comprenda, la belleza tiene muy poco que ver cuándo se involucran los sentimientos. ¿Comprende la confusión que genera todo esto?

—Comprendo que no tengo salida, salvo decir la verdad. Lady Blanford, ¿qué debo hacer? —preguntó esperanzada.

—Bien, querida, lo primero, será matar a esta mujer que va junto a mi nieto por las noches. Debe desaparecer para que usted pueda emerger. Desde que la vi, solo he visto una belleza apabullante bajo esos trapos que llevaba muy probablemente para espantar a su pretendiente. Los ojos azules, la piel blanca y esos labios tan bonitos. No los puede despreciar nadie. No hay mujer fea, solo una mal arreglada —alegó la anciana—. Cuando debuté; hace demasiadas décadas atrás, no era la mujer más bella, señorita Payne, y yo lo comprendí cuando cierto duque me lo dijo. Ser sinceros es una enfermedad de familia. El duque de Hamilton era un hombre galante, orgulloso y deliberadamente sarcástico. Un día, cuando mis padres me obligaron a bailar con él, aquel arrogante y grosero duque, me dijo lo repulsiva que le resultaba mi presencia. Pude hacer un berrinche y decir que no era cierto, sin embargo, le dije: “No seré bella, pero soy inteligente. No olvide mi cuantiosa dote y sus arcas vacías, excelencia. También soy coja y, sin embargo, bailo mejor que usted y que cualquier otra dama en este salón”.

A Angel se le escapó una carcajada entre las lágrimas. Creía capaz a esa mujer de hacer eso.

—No le demostré cuánto me dolió lo que me había dicho, pero sí me lastimó. Después de eso, él, con todos sus apuros económicos, pidió mi mano en matrimonio, un típico matrimonio por conveniencia. El descarado quiso continuar con su vida de libertino al estar casado. No obstante, este pedazo de madera se lo impidió —señaló al bastón con los ojos—. Con el tiempo y los muchos golpes que le di, me gané su cariño y pude darle su heredero. Con esto, lo que quiero decirle es que no necesita belleza si desea conquistar algo, sino voluntad y mucha paciencia. Una vez que muera mi nieto, podrá tener a los caballeros a sus pies. No será por su belleza, pero sí por la simpatía y la compañía. Hay cosas que, con el tiempo, son más importantes. La piel se marchita y el alma se vuelve más sabia e interesante, coloque eso en la balanza.

Philippa, al igual que la propia Angel, tenía los ojos brillando al escuchar a lady Blanford contar su anécdota de juventud y lo que aprendió de lo ocurrido. Sin duda, entendía la razón del cariño que el duque sentía por su adorada abuela: era una dama excepcional que comprendía las peripecias de la vida.

—No pude estar más ciega, lady Blanford. La razón por la que pasé dos temporadas sentada, con todos los conocimientos de la escuela de señoritas, fue porque yo le di más valor a la belleza que cualquier otra persona. Pensé que alguien vería algo distinto en mí, pero yo misma no lo veía. Era agria como limón y fea como nadie debe serlo. Escondí mi gracia por una ilusión que nunca existió. No hay pecado en ser fea, sino en no esforzarse en mostrar una bella personalidad o la simplicidad de unas bellas palabras. Comprendo a mi querida Claire, no se trataba de la más preciosa y agraciada, sino una más del montón. Soporífera por ser muy educada, pero siempre estaba dispuesta a cualquier esfuerzo por conseguir lo que deseaba. Quería un hogar perfecto y lo tiene en este momento. Cuán grato debe ser despertar y tener a su esposo y una casa la cual dirigir... —resumió afectada por las palabras de la marquesa.

—Lady Blanford es muy sabia, señorita Payne. Hágale caso —pidió Philippa.

—Si quiero un buen matrimonio, ¿qué debo hacer?

—Contar la verdad. Decirle a Prince que es usted la razón de sus desvelos —indicó sencilla lady Blanford.

—No puedo decírselo. Desearía que solo olvidara que existí y que se enamore de Angel Payne.

—Es difícil, pero no imposible. ¿Y si fingimos la muerte de la dama enmascarada? —pensó la anciana.

—¡No! Lo matarían de desilusión —interrumpió James.

—Solo sea una joven amable, y bella en todos los sentidos, señorita Payne. El duque no dudará en caer por sus encantos. Tal como lo enamoró siendo otra, puede hacerlo como usted misma —dijo Philippa decidida a que Angel viera una salida a su desesperada situación.

—¡Oh, es una excelente idea! —dijo la marquesa y aplaudió a su dama de compañía, que asentía orgullosa de haber dado la idea victoriosa.

—¿Y cómo empezaremos? —indagó ansiosa Angel.

—Philippa y yo íbamos a salir a caminar mañana, pero creo que tendremos un invitado más... —sugirió maliciosa la abuela mirando a Angel mientras pensaba la manera perfecta de que su nieto se enamorara de ella.

*

Para Prince estar en Inferno se había vuelto un infierno sin saber cómo hallar a su ángel. Estaba tan mareado por pensarlo que creyó prudente asomarse a la ventana y despejar la mente. Lo que la calle le devolvió no parecía alentador. Los fieles cristianos estaban frente al lugar gritando improperios al verlo en la ventana. No le resultaba siquiera interesante la idea de arrojar agua o tirarles perros encima a los asistentes. Nada parecía compensar sus dudas de saber si ella aparecería para huir en unos días.

Prefirió obviar a la gente y volvió a correr la cortina. No tenía paz en la ansiedad. Era una pena haberse topado así con Dexter aquella noche. Había perdido una oportunidad perfecta de saber sobre ella.

—Hoy es uno de esos días en los que me siento solo... —manifestó Diablo, lo que interrumpió sus cavilaciones.

—Me siento igual.

—¿Bajamos a jugar cartas o mejor vamos a arrojar piedras a nuestras propias puertas? Parece ser divertido; al menos para ellos —señaló al mover la cortina.

—Debe serlo. ¿Deseas estar del otro lado? El lado del bien parece atractivo.

—No. No con ese Baxton ahí. Ese clérigo no acaba de convencerme.

—¿Crees que tiene que ver con lo que ocurrió en Bedlam?

—No estoy seguro, no me compete saberlo; son asuntos del buen Dexter.

—Diablo... —mencionó esperando tener el valor de pedir la información que deseaba.

—Temo ese tono zalamero y un poco miedoso de tu parte... —asumió al verlo con un rostro serio y poco mordaz, algo que no era normal en Prince.

—Quiero saber la identidad de una mujer del club.

Diablo hizo un ruido con los labios e imitó los sonidos del reloj.

—Hace mucho temí que quitaras ese pequeño papel, así que lo guardé en un lugar seguro, mi buen duque —dijo malicioso.

—¿Lo sabes y no me lo dirás?

—Por supuesto. No sería un buen dueño si no conozco a quien invito.

Prince se tomó la frente y negó varias veces con la cabeza.

—Es solo una mujer. Tu objetivo es tener una esposa que te dé hijos y tienes a Angel Payne. No era un prospecto que yo elegiría. Las mujeres me agradan más como la señorita lengua larga que está detrás de Orfeo.

—Solo un soltero desesperado se casaría con una soltera desesperada —asumió Prince con humor—. No la he visto en días y prefiero esconderme de ella. No sé qué se trae entre manos, me confunde. Un día intenta acostarse conmigo y, al siguiente, bien, me desea desdichas.

—Creo que solo responde a tu actitud, tú la rechazas y ella lo hará.

—No me veo casado con una mujer así. Sería como potenciar su locura. Mi abuela la acepta por lo que temo que yo termine aceptándola solo por amor a lady Blanford, aunque tenga que dejar ir a quien yo en verdad deseo. Me debato entre el amor y el honor.

—No me gustan los hombres sin palabra, Prince. Tú no la estás teniendo. Debiste quedarte callado, en vez de pedirle matrimonio a esa joven sin estar seguro de lo que realmente deseabas. No se trata de complacer a los demás, se trata de tu vida.

—Estaba seguro, pero cuando mi ángel me salvó de morir... Le debo no solo mi vida, sino también mi devoción.

CAPÍTULO 30

Prince se retiró casi huyendo como una rata. Despreció la compañía de las dulces damas de Inferno, cansado para intimar con alguna.

Su vida había caído en un agujero cada vez más profundo. No sentía deseos por ninguna mujer, prefería ir a dormir a esperarla sin resultados.

La única que permanecía en Inferno era la solitaria señorita Constance Albright que, ante la ausencia de Orfeo y de quienes la acompañaban, se entregó a una botella de brandy.

El duque vio con cierta tristeza y aprehensión aquella imagen. Él, por su parte, no quería imitar a la mujer, no quería ahogarse en el alcohol por una dama. Deseaba tocar las puertas de cada casa para saciar su curiosidad y descartar las posibles candidatas. Pensaba todo el día en ella, trataba de armar los gestos que le conocía, el porte, como si de un rompecabezas se tratara. Evocaba esa voz: podía asegurar que la había escuchado en varias oportunidades fuera de Inferno, pero no recordaba donde.

Regresó a su residencia. Para su sorpresa, lady Blanford estaba sentada en el sillón de la sala junto a Philippa y James.

—Buenas noches... —los saludó sin saber qué decir—. ¿Arnold llora mucho, James?

—Es un niño muy bueno. He venido para ver a milady; luego, me llevaré a Mammon. Es un pedido de lady Hilton: desea que conozca al niño para que no se lo coma.

—James quiere matarme de tristeza, Prince —se quejó lady Blanford—. Ha venido a llevarse a mi fiel compañero. Quiero que se lo compres a sir Andrew; no importa lo que cueste, lo quiero aquí.

—Lo siento, lady Blanford, pero mi patrón no es capaz de desprenderse de sus animales; mucho menos lady Hilton.

—No hay peor esfuerzo que aquel que no se hace —citó la abuela.

—Milady, usted debería estar durmiendo —le recordó Prince con cariño.

—Solo te esperaba. Llévame a la habitación —pidió mientras se levantaba con la ayuda del bastón—. Qué tengan buena noche. Philippa, no olvides que mañana tenemos cosas que hacer: no te desveles.

La dama de compañía asintió y le sonrió. Lady Blanford colocó toda la atención en su nieto que iba con ella callado y cabizbajo.

—Querido, estás muy lívido. Acompáñanos a Philippa y a mí en un recorrido por el parque —mencionó la mujer mayor.

—No quiero salir mañana.

—No seas antipático, Prince. ¿Qué te tiene tan poco agradable?

—La dama de la que le hablé. No apareció en estos días, y estoy esperando una respuesta suya para traerla junto a usted.

—He dicho que deseaba que intentaras encariñarte con la señorita Payne.

—No puedo encariñarme con alguien a quien no veo.

—¿Tú qué deseas? ¿Que una dama de clase venga y toque la puerta de la casa de un hombre soltero? Rayas en lo ridículo, querido —le reprochó.

—Me tomaré un tiempo para pensar lo que necesito en verdad. He decidido tomar en serio esto del matrimonio; puede llegar a ser una mala decisión de por vida.

—Oh, sí, mi querido nieto, el matrimonio es una pésima decisión de la que te das cuenta cuando muere el ser que amas. El día que murió tu bien amado abuelo, me dije que había sido un error casarme y entregar mi corazón. Era mayor que yo por muchos años; su muerte antes de la mía parecía lo más razonable. En ese único momento, comprendí la maldad que significaba ese vínculo. Luego, con mis otros esposos, me ocurrieron cosas similares, pero el duque fue tan especial. —Sonrió al recordarlo. Lady Blanford podía incluso imaginárselo galanteando con ella por aquellos pasillos décadas atrás.

Prince le besó la mejilla antes de dejarla en la puerta de la habitación.

—Saldré con usted. La veré mañana —le prometió; luego le movió uno de los mechones de cabello blanco que se escaparon del peinado de la marquesa.

—Duerme bien, jovencito. Te devolveré el color al rostro. Tu abuela no puede morir viéndote tan pálido y soltero. ¡Dios me libre! —se despidió.

Aquella anciana lo hizo sonreír. Era tan carismática que Prince entendía el porqué de tantos matrimonios, ninguno de aquellos caballeros habría podido estar sin lo que ella irradiaba: vida y simpatía. Iluminaba cada rincón por el que pasaba.

Por la mañana, estaba decidido a cumplir con la promesa de salir con lady Blanford y Philippa a dar una vuelta en la calesa.

—Mis ojos no han visto tanta belleza junta en un solo lugar —dijo Prince al ver a su abuela y Philippa acercarse hasta él para que las ayudara a subir.

—Quisiera tener décadas menos encima, así podría buscarme de nuevo un joven como tú, Prince —respondió lady Blanford.

—No sé quién aduló a quien, pero sin duda estoy sonrojado, milady.

—He dejado a varios caballeros en ridículo, incluso a los libertinos. ¿No es así, Philippa?

—Incluso al buen James lo ha ridiculizado. Si desea unas clases de adulación, milady es la indicada, excelencia.

—Deseo escuchar todo lo que pueda acrecentar mis ventajas con las señoras. Suban, mis matronas consentidas, hoy tendrán a un duque a su disposición.

*

Angel despertó renovada y con un terrible dolor de cabeza por el golpe de una indefensa anciana, que de indefensa no tenía una solo cabello. La simplicidad de las palabras que la mujer le había dicho la hicieron meditar sobre su actitud egoísta. Solo quería recibir lo que no había tenido: amor, cariño y atención. Prince era franco y sincero, sinvergüenza en su ley, pero abierto a dar amor más que a recibirlo. Su locura por ella, por la dama misteriosa, en realidad, se había acrecentado después de creer que él le debía la vida. ¡Qué error! Ella, incluso, había intentado mandarlo a matar. Esperaba que nunca se enterara de la tontería que había querido hacer.

Tocó la campanilla del servicio y esperó paciente que la doncella fuera a vestirla. Corina, más somnolienta que la propia Angel, subió con ropa limpia y sábanas.

—Necesito que hagas algo por mí —le pidió con rapidez.

—Por supuesto, dígame...

—Necesito un hermoso vestido de paseo, lo más elegante posible. También que me arregles el cabello para que quede decente. ¡Pero con mucho cuidado!

La doncella no podía emitir un solo ruido: estaba muda de la sorpresa.

—¡Se... señora Payne! —exclamó mientras salía de la habitación—. ¡Señora Payne!

—¡Corina! —la llamó Angel, pero la doncella huyó despavorida del lugar.

Se levantó de la cama y se miró al espejo para ver cuál podría ser el inconveniente por el que la doncella había salido tan asustada. No sé veía mal, estaba más cenicienta que otros días, pero no para que saliera como quien hubiera visto a un asesino.

—¡No digas mentiras, Corina, es imposible que ella te haya dicho que la arreglaras! ¡Angel! —exclamó su madre llamándola.

—Es cierto, madre, se lo pedí...

—¡Oh, señor Payne! —Amagó desmayarse—. ¡Angeline va a arreglarse!

—¡Soy Angel! —bufó cansada de las locuras de sus progenitores—. Corina, solo arrégrame y acompáñame a pasear.

—¿Por qué tanto grito, querida? Es suficiente con tus ronquidos —dijo el señor Payne, aún con ropa de cama, desde el umbral de la puerta.

—¡Angel ha pedido convertirse en una dama! —anunció la señora Payne muy animada con la doncella detrás que asentía.

—No digas mentiras; Angel no haría esas cosas...

—Padre, yo sí... ¡Me dijo Angel! —expresó presa de un extraño sentimiento. No se había equivocado de nombre.

—Debe ser la edad, pequeña. Estoy un poco senil para recordar algunas cosas; en fin, volveré a la cama —musitó y se retiró.

La madre abrió todo el armario y buscó lo que podía hacerle justicia a la hija. Debía aprovechar la situación para llevarla al fin por el sendero de la decencia en el vestir.

Al terminar, entre ambas mujeres la habían dejado casi irreconocible. Tan bonita que hasta se sorprendía de ser la del espejo.

Solo esperaba que lady Blanford tuviera razón y que el duque terminara enamorado de ella. La marquesa le había dicho: “Todo empieza por una mirada, sea buena o mala, conquista sus ojos y conquistarás su corazón”

Salió a la calle con Corina al lado. Angel no solo sentía la admiración en las calles, sino también la sorpresa de quienes la conocían. Cuando algunos la vieron salir de su casa, creyeron ver un espejismo: no se trataba del espantapájaros de siempre. Incluyó la cabeza a varios caballeros camino al parque.

—¡Señorita, deje de coquetear con cuanto joven aparece! —la regañó la doncella.

—Solo soy amable. Además, nunca he recibido tanta atención en mi vida, déjame disfrutar.

—Ahora resulta que se volverá una libertina.

—No me volveré una libertina.

—Eso dígaselo a su madre; sé lo que veo.

En el parque, Prince iba del brazo de lady Blanford y también de Philippa. La sociedad parecía no haberlo visto nunca, los cuchicheos insensibles saltaban a relucir mientras caminaban por el sendero.

—Piensan que soy sordo —comentó Prince entre risas.

—Haces bien en no escuchar esas verdades —ironizó milady.

—Siempre encuentro consuelo en sus palabras, abuela —se mofó de ella.

El día estaba muy agradable, sin sol, pero con algunos rayos que escapaban a través de las nubes. Prince tenía muchos años de no salir a caminar en la compañía de alguna mujer. No salía con frecuencia para disfrutar del día, salvo cuando Andrew lo buscaba de urgencia a horas en las que debía de estar dormido después de una larga y agitada noche.

Bajó la vista después de mirar las nubes. Creyó que los ojos lo engañaron, vio a una dama acercarse a él y a sus acompañantes.

—Buen día... —saludó Angel sonriente al mirar al duque que varias veces cerraba los ojos y luego los volvía abrir—. Es un bello día para un ligero paseo...

Prince escuchó la voz de Angel, pero aquella no podía ser su inocua prometida. Esa mujer era grácil, con una voz cargada de fuerza y entusiasmo.

—¿Señorita Payne, luce usted muy hermosa esta mañana! —la saludó lady Blanford. Codeó a su nieto en las costillas para que dejara de parecer un tonto—. Prince, saluda a tu prometida, no seas maleducado.

—¿Señorita Payne? —alcanzó a decir al ver esos destellantes ojos azules. No sabía si los veía por primera vez a causa del sol o porque, simplemente, alucinaba.

—Me ofende, excelencia. ¿No es capaz de reconocer a su prometida? Creo que deberíamos dar un paseo para que sepa que soy yo —se burló. Acto seguido, lo tomó del brazo—. Soy real, deje la suspicacia.

—La veo cansada, lady Blanford, vayamos a una banca para reposar. Acompáñenos —pidió Philippa a la doncella para que no fuera con la pareja.

—Vayan a caminar ustedes, nosotras los esperamos aquí. Es una agradable coincidencia encontrarla, señorita —le dijo y le guiñó un ojo cómplice lady Blanford.

—Es un placer haberla encontrado, milady. Mi madre y yo estaremos encantadas de invitarlas a un té en nuestra residencia...

El duque seguía buscando a la antigua señorita Payne. Sabía que, en el fondo, era bonita, la había percibido en dos oportunidades. Sin embargo, no sabía que podía volverse casi una beldad. El cabello de la joven tenía en ese momento unos bucles elegantes, a diferencia de otras veces. Él sintió que ella lo estaba guiando hacia quién sabía dónde, Prince solo caminaba.

—Llevaba días sin visitarme —le dijo Angel tragando saliva. Sabía que lo había dejado en un estado catatónico por eso que seguía mirándola sin hablar—. Excelencia...

—¿Me decía? Estoy distraído y un poco confundido...

—Le estaba reclamando que no hubiera venido a visitarme. Llevo días esperando en vano.

—No comprendo por qué no lo hice. Quizás estaba muy ocupado —se justificó sin desviar los ojos de ella.

—O tal vez no deseaba visitar a una poco agraciada prometida...

Había sido descubierto: no quería visitar a alguien que lo ponía en una encrucijada.

—Puede que sea cierto. ¿Le he dicho alguna vez que me confunde con su comportamiento? Su belleza me ha encandilado, señorita Payne, debo admitirlo. Sin embargo, no comprendo lo que usted quiere de mí. No nos llevamos muy bien.

—Yo solo deseo una cosa: que usted acceda a casarse sin estar obligado. Desde la última vez que nos vimos y dejó nuestro compromiso sin efecto, aunque fue restituido rápidamente por órdenes de su abuela, yo he decidido que quiero un matrimonio con todos los beneficios de ser la esposa de un libertino.

Prince dejó de caminar al escuchar aquellas palabras.

—Veo que no logra comprender, excelencia, le explico: estoy enamorada de usted y espero ser correspondida con el tiempo... —le contó para ver cómo reaccionaba. El hombre seguía lívido—. ¿Excelencia?

Ya no estaba confundido, sino consternado. Algo le decía que debía salir corriendo de la trampa del enamoramiento que se le profesaba. Sin embargo, le había prometido a su abuela intentarlo; de modo que, si lo hacía, sería en base a la verdad.

—Mis sentimientos por usted no han cambiado, señorita Payne. Aún deseo liberarla de lo que antes para usted era un martirio y que, ahora, para mi sorpresa, se ha vuelto un anhelo que lo abarca todo. ¿Le he contado sobre otra mujer en mi vida?

—¿Y dónde está esa otra mujer? Yo no la veo, pero yo sí estoy aquí para usted. Las mujeres fantasmas aparecen y desaparecen de la nada.

CAPÍTULO 31

Prince forzó una sonrisa para que le adornara el asustado rostro.

—Señorita mía, no puedo evitar darle la razón —musitó desviando la mirada para que no notara su angustia—. Muy a mi pesar está en lo cierto, usted es mi única opción.

Angel evitaba que el ánimo se le desinflara. Lady Blanford era un ejemplo de que no se podía aflojar en la lucha de conseguir un marido.

—Más bien diría que me he vuelto su decisión. Lamento no ser lo que esperaba, ya no soy la tonta que escogió en un salón de baile y a quien presionó, arrinconó y luego humilló con su rechazo —expresó mirando a su alrededor para tomar el valor suficiente de tomar lo que le correspondía—. Ahora, como su prometida, voy a exigirle visitas y atención.

—Sigo pasmado. ¿Ha estado hablando con lady Blanford? Ella no es una buena influencia para las jovencitas en edad casadera.

—Milady es una mujer agradable, y no ha tenido nada que ver. Simplemente he decidido acabar con sus andanzas. Como prometido de una dama decente deberá comportarse e integrarse a la sociedad. No deberá frecuentar aquel club inmundo.

—Soy dueño de ese lugar y...

—Entonces iré con usted. Como una buena futura esposa, debo conocer las actividades de mi prometido.

—Disculpe, pero debo disentir con usted. Como buena futura esposa, usted debería quedarse en su casa y dejar que yo haga mi vida. Está equivocando el concepto de lo que deseo —aclaró dispuesto a colocar las cosas en su lugar.

—Excelencia... —le susurró, lo tomó del rostro y lo obligó a observarla—. ¿Acaso algo está mal en mí para que desee alejarme de usted?

Él observó las facciones de Angel. Nada podía estar mal. Sus ojos eran lo más resaltante de esa cara, aunque los labios disputaban una atención que debería estar prohibida.

—Lo que está mal es que quiera un matrimonio conmigo pese a que la he rechazado. ¿No lo comprende, señorita Payne? Soy generoso al dejarla ir. Le proveo una salida. No comprendo su capricho por mí.

—Usted es mi única opción de matrimonio ¿Cómo podría dejarlo ir? No hay oportunidades para las damas somníferas como yo. La gracia se me da de manera muy pobre, rozando la miseria. ¿Puede, acaso, darse el lujo una dama como yo de perder a un excelente partido como usted? —preguntó acercándose para tomar los labios de su prometido casi por asalto.

Prince no pudo efectuar movimiento alguno, Angel se le pegó a la boca con torpeza; intentó besarle hasta conseguirlo. Quiso separarla, pero ella se aferró a sus prendas para evitar que huyera, muy probablemente del susto. Él la siguió y se rindió ante la insistencia de la muchacha. La guio hacia un beso correcto, uno apasionado y sin ningún reparo. Las manos de Angel viajaron hacia el cuello de Prince para colgarse de él con más comodidad debido a la estatura del

hombre. Tenía en mente aprovechar cada espacio para conseguir su objetivo. Las sensaciones de Prince lo traicionaban. Pese a que había besado en otras ocasiones a la señorita Payne, notaba cosas extrañas, como su respiración y la caricia de esas manos. Antes, ella no había sido muy activa en sus encuentros, salvo aquella vez en que tuvo que huir. Parecía una locura, sin embargo, se negaba a abandonar los labios que alguien debería prohibir y que exigían atención.

Los cuchicheos de la gente que paseaba por el parque, mientras ellos estaban detrás de un arbusto, los devolvió a la realidad.

Angel tenía los labios rojos y el espíritu satisfecho por recibir lo que deseaba. Sentía esperanzas de que obtendría un esposo que la quisiera. No sabía qué decir en aquel momento. Solo bajó la cabeza.

—Fui invitada a la residencia Collingwood, a un baile por el inicio de la temporada y...

—No soy invitado a bailes con frecuencia, señorita Payne —proclamó mientras daba unos pasos atrás para tomar distancia. Se tapó los labios con la mano.

Estaba tentada a responder como lo haría con normalidad: “No me sorprende de usted, libertino”.

—Dado que es mi prometido, si se tiene en cuenta la buena reputación de mi familia, supongo que tendrá la invitación en su correspondencia. No invitarían a una dama comprometida sin su pareja —aseguró con tranquilidad.

Prince suspiró. La joven que tenía frente a él haría lo posible por aferrarse como si fuera la última esperanza. Le parecía notable que la señorita Payne hiciera un esfuerzo gigantesco al no ser grosera con él, porque había notado el enojo al escuchar su negativa; sin embargo, luego, solo había dicho una adulatora y tranquilizadora frase.

—Revisaré la correspondencia. Opino que es mejor que nos pongamos en marcha. Hemos desaparecido demasiado tiempo de la vista.

—¿Desde cuándo se preocupa por las buenas costumbres, excelencia? —dijo mientras tomaba el brazo que Prince levantó para guiarla.

—Desde que la señorita Payne perdió el buen juicio y el recato para besar a su prometido en un parque —soltó con una sonrisa que contagió a Angel.

—Si me casaré con un libertino, arriesgo mi reputación; una vez casada, también mi buen nombre. ¿Qué hay de malo en perderlo antes de tiempo?

—¿No ha pensado en que ganará un buen título?

—Duquesa de Hamilton. —Hizo una mueca y unos movimientos de cabeza intentando sopesar el nombre—. Suena interesante, no había pensado en eso.

—Las damas, por lo general, inician pensando en el título de su candidato...

—No me recuerde algo que le dije. Yo no seleccioné al candidato; él me seleccionó. No se lo reprocho. En su momento vi un futuro oscuro, solo que lo medité con absoluta seriedad y vi que sería algo grato para ambos que usted se viera beneficiado por mi buen nombre.

—Recuerdo en algún momento haber dicho algo de limpiar mi imagen, tal como lo hizo mi buen amigo el baronet con la señorita Baxton... —Se quedó en silencio mirando al frente.

—¿Ya no desea limpiar su imagen? —indagó un poco nerviosa.

—Nunca me ha importado realmente, aunque comprendo la importancia de eso. Usted quizás tenga un buen nombre, tal como lo tiene la dama que... —Calló al ver que Angel desviaba el rostro hacia la derecha para dejar de mirarlo.

—Creo que he paseado bastante por el momento. El día comienza a calentarse...

—La llevaré junto a su doncella.

Iba del brazo de Prince. Vivía entre la esperanza y desesperanza. Las probabilidades de que terminara amando a Angel, con la incertidumbre del ángel misterioso de Inferno en medio, parecían pocas. Debía desencantarse de ella para que pudiera al menos notarla. Lady Blanford tenía razón: la belleza era poca cosa cuando estaban involucrados los sentimientos.

La marquesa observó el rostro de la señorita Payne: no era el que esperaba después de esa vuelta por el parque.

—Señorita Payne, en tres días será la fiesta de jardín de lady Stephanie, ¿gustaría usted acompañarme? Mi nieto está deseoso por asistir a su primera fiesta de día...

Prince arrugó el ceño al escuchar aquella encantadora mentira que salió de los labios de su abuela.

—Por supuesto, milady —aceptó Angel—. Mi doncella y yo nos retiramos; iremos a comprar sombreros y listones.

Corina levantó una ceja. “¿La señorita Payne comparando esos accesorios?”, pensó incrédula.

—Despídete, Prince —ordenó la anciana al ver que él estaba tan solo mirando a Angel.

—Nos veremos pronto, señorita Payne —prometió e hizo una reverencia.

—¡Besa su mano, qué clase de libertino eres! —Golpeó a su nieto detrás de la rodilla.

Él obedeció un tanto avergonzado porque su abuela lo había hecho trastrabillar. Esa mujer siempre quería controlarlo todo.

Angel caminó con la doncella que dejaba escapar sonidos de que en cualquier momento estallarían en una sonora carcajada.

—¿Qué sucede, Corina? No deseo ser avergonzada públicamente.

—¿Sabe usted cómo poner a un duque de rodillas? —preguntó entre risas—. ¡Robe el bastón de la marquesa y golpéelo en las piernas!

Ella no quería reír, pero la muchacha no paraba con su contagiosa carcajada.

—Es muy efectivo, me compraré uno —continuó burlándose de su prometido.

*

Prince iba cada noche con un solo objetivo a Inferno: encontrar a su ángel. Pero noche tras noche, fallaba. Pensaba en la propuesta de huir que le había hecho hacía varios días. Sin tener ninguna comunicación por parte de ella, ni un norte que seguir decidió que, aun así, estaría preparado para un viaje.

Lady Blanford y Philippa notaron la desazón en su mirada durante cada comida del día. El plan que habían trazado junto a la señorita Payne para hacer desaparecer a la dama misteriosa, se había vuelto arriesgado. Prince vivía más al pendiente cuando ella no estaba. Tenía los ojos puestos en el reloj del gran salón de su residencia. Parecía un preso que contaba los días, las horas y los minutos para abandonar la reclusión.

—Philippa, debo cortar esto de raíz. Prince se ve como un alma penitente frente a ese reloj —se quejó la marquesa.

—Le faltan actividades, milady.

—La actividad que deseo que haga es casarse y darme bisnietos. No estaría sentado ahí si hubiera decidido una fecha, pero debo ser paciente y conseguir primero que la señorita Angel sea su objetivo. Necesito pluma y papel, querida.

—¿Qué hará, lady Blanford?

—Una simple carta...

*

Corina subió con una misiva enviada por la marquesa.

—Señorita Angel, tiene una carta —le anunció—. Viene de la residencia de su prometido.

Ella abandonó la lectura y tomó el sobre. Quiso abrirla, pero la doncella permanecía de pie como si quisiera espiar el contenido de la carta.

—Retírate, Corina —le ordenó para luego verla hacer un mohín y salir de la habitación.

Lo abrió sin más demora. Las noticias no eran alentadoras sobre el duque. Lady Blanford la conminaba a actuar con un “sabe lo que debe hacer”

Arrugó la carta y paseó por la habitación.

—Sé lo que debo hacer, solo debo tener valor.

Quitó el aire de los pulmones. Tomó el valor suficiente para escribir lo que significaría su próximo escalón al éxito. Con la carta en mano fue hasta la residencia de Claire, pese a que acababa de dar a luz. James le abrió la puerta con el niño en los brazos.

—Buenas tardes, James.

—Señorita Payne, sea bienvenida.

—¿Es el pequeño? No sabía cuándo sería prudente venir para conocerlo —se acercó a Arnold para ver al pequeño bebé rosado.

—Es la luz de esta casa. Me permito preguntar por su vida, señorita.

—Debo hacer algo malo —comentó mientras tomaba la mano del niño; evitó responderle.

—Lady Blanford es radical —contestó porque sabía qué tenía entre manos Angel—. Tome en cuenta las consecuencias de no decir la verdad. El duque puede descubrirla.

—No lo hará. Hoy desaparecerá el ángel de Inferno para siempre. Deseo pedirle a Claire que tome lo que tengo para entregárselo al duque.

—Esta noche, milady y sir Andrew estarán en Inferno. Ahora no me es permitido molestarlos, se encuentran descansando. Puedo entregar el recado.

—Gracias, James, la encomienda no será sencilla —dijo y le dio el sobre.

—Lo entregaré en mano a lady Hilton.

Angel asintió. Aceptaba el favor de James. Cargó unos minutos al pequeño niño rubio que dormía plácido en sus brazos, mientras cavilaba lo que estaba a punto de ocurrir.

*

Prince se sentó en una de las mesas donde jugaban a las cartas. Eliette estaba en el regazo de Orfeo. Sonreía pícara mirando sus cartas y, luego, al ver los rostros preocupados de los demás jugadores en la mesa.

—Eliette, harás que sepan que ganaré —bromeó Orfeo.

—No sería justo que ganara. Anda, Eliette, dile que tire una de sus cartas —dijo Prince golpeando a Dexter en las costillas.

—¿Por qué no terminas de matarme! —gruñó el golpeado mientras se palpaba el torso.

—No deberías venir. Tal vez fue la honorable señorita Albright quien te atacó mientras estabas en Vauxhall —opinó Prince.

—Fue un hombre, aunque ella me golpeó antes.

—Excelencia, el señor Hades desea verlo —mencionó una de las mujeres que rondaban el salón de juegos.

—Lo siento, caballeros, pero mi querido amigo desea verme. Te dejo mis cartas, Dexter; si no las tomas, perderás dinero —anunció al levantarse de la mesa.

Desconocía sobre qué podría hablarle Andrew. Se trataba de su primera noche de vuelta a administrar el club. Pasó la puerta. Él se encontraba sentado con lady Hilton al lado que ordenaba los papeles que Andrew le alcanzaba.

—Buenas noches —saludó contento de verlos.

Ambos levantaron la vista al mismo tiempo y sonrieron. Parecían entrenados para estar sincronizados.

—Termina tú, querida —pidió Hades dejando los lentes en el escritorio—. Tengo una carta para ti, Prince.

—¿Una carta?

—Es de tu dama...

Tomó el sobre con prisa para abrirlo y leer el contenido:

Mi querido duque de Hamilton,

sé de muy buena fuente que usted aún me espera. Que aguarda una respuesta sobre el acuerdo que hemos hecho. Sin embargo, lamento profundamente comentarle lo que sigue. No huiré con usted, pues le he tomado cariño a mi prometido. Ha demostrado que es capaz de tener un corazón, lo que alienta la esperanza en mí de que pueda existir un futuro satisfactorio.

Una parte de mí siempre quedará con usted, porque me ha hecho conocer su corazón, y el amor que puede albergar dentro. Deseo que encuentre la felicidad y no me guarde rencor. Usted sabe que las damas no podemos dejar escapar oportunidades; y esta es la mía.

Nos veremos siempre, en algún baile, en algún té, en algún jardín...

Su ángel.

CAPÍTULO 32

Observó desolado la corta misiva. Él pensaba en la dureza de las palabras que intentaban reconfortarlo. La carta había sido escrita con el fin de matar cualquier sentimiento que viviera en él o cualquier ilusión que se le pasara por la cabeza. La certera puntada a su orgullo era desgarradora para alguien que había abierto el corazón ante el carisma de una extraña. Esa debía ser la razón por la que los libertinos no debían enamorarse de ninguna mujer.

—Prince —se acercó Claire y lo tomó del brazo izquierdo para ofrecerle consuelo.

—Fue un acto criminal y bien pensado por su amiga, lady Hilton. —Sonrió mientras doblaba la nota para guardarla en la bolsillo.

—Por favor no la juzgue...

—Juzgarla sería un acto poco generoso de mi parte. Mi decepción es palpable, aunque no moriré. Tal vez mi orgullo esté herido y mi espíritu devastado, pero seguiré. No todos encuentran la felicidad, Claire —expresó tocando la mano de ella.

—Aún tienes a Angel Payne, Prince. Solo es cuestión de retomar el plan original —expuso Andrew.

—Al menos lady Blanford será feliz. ¿Qué más puedo desear? Los pocos años que le quedan podrían ser los mejores —dijo y les entregó una sonrisa falsa.

Claire ladeó la cabeza al verlo desalentado. Tenía que existir una razón por la cual Angel había tomado la decisión de abandonar Inferno.

—Volveré a la mesa de juegos si no necesitan nada más.

—Todo se resolverá. Hay golpes que son necesarios para avanzar —lo despidió Andrew al ver cómo Prince abandonaba la oficina principal del club.

Agotado por la triste noticia de saberla enamorada de un hombre que la había humillado, agotado porque él había bajado el firmamento para lo tocaran juntos, si seguía el derrotero de sus pensamientos se volvería loco. Se llenó de ira y un sentimiento parecido al repudio. Le resultaba incomprensible cómo había actuado la mujer. ¿Qué había significado para ella salvarlo? No creía posible que anduviera arrojando zapatos a todos los bandidos en las calles. ¿Cómo podía haberse entregado a la perdición de un prometido como aquel solo por la necesidad de casarse? Comprendía que las damas y los caballeros no tenían las mismas oportunidades, pero... En realidad no la comprendía a ella.

Miró la mesa, pero decidió alejarse; no era una buena compañía en ese momento. Salió de Inferno desorientado por la pena. Con tan mala fortuna que lo hizo frente a la salida que estaba infestada de puritanos. Tuvo que correr de la lluvia de piedras al ser reconocido. Buscó la manera de llegar hasta la caballeriza para tomar su montura y regresar a casa.

Rememoró las palabras de la carta que hablaba de amor en el corazón de un libertino. Una forma de vivir no significaba que estuviera exento de querer, amar u odiar a otro ser humano. Él era un romántico en el fondo, preocupado por sus amantes, sus amigos y su abuela. Nadie mejor

que aquellos para conocer la grandeza que se escondía tras sus andanzas. Entendía con madurez que no siempre podía ganar. Sin embargo, no se resignó a que aquello acabara con una simple despedida en una carta lambiscona y desvergonzada.

La sorpresa que se llevaron lady Blanford y Philippa al verlo sentado en la punta de la mesa mucho antes que ellas las hizo sospechar de que él estaba atravesando algo difícil.

—Querido, ¿tan temprano levantado? —lo interrumpió lady Blanford, a lo que él, presto, se acercó a ella para ofrecerle un asiento a su lado.

—La decepción es mejor que un gallo, abuela.

—Exageras, Prince. Alguien tan joven y apuesto como tú no puede hablar de decepción.

Él sacó la carta de su saco y se la entregó.

—Me temo que tendré que conformarme con lo que escogí...

Philippa se sentó junto a lady Blanford para leer la misiva escrita por la señorita Angel.

—¿Le propusiste huir, canalla?! —expresó la marquesa con los ojos muy abiertos—. Sigue leyendo tú, Philippa; para mí es suficiente con lo que acabo de ver. Eres un canalla, Prince. Es imperdonable lo que pensabas hacerle a la señorita Payne. Me siento tan avergonzada de tu comportamiento.

—Debería sentirse orgullosa. Iba a seguir mis convicciones.

—¡Tus ridículas convicciones son las que te tienen de esta manera! —reprochó enfadada—. Primero decidiste ser un libertino, por convicción. Ahora, destruir el futuro de una dama, también por convicción. No puedo tolerar este comportamiento. Qué decepción siento, debería estar muerta antes de escuchar algo tan abominable.

—Ahora que la señorita Payne se convirtió de oruga a mariposa, tendrá a quien desee, abuela. Si la dejara, ella contaría con caballeros a sus pies disfrazados de alfombras para que pasara. No existe pecado o gravedad en lo que pensaba hacer —se excusó.

—Philippa, pide que lleven mi desayuno a la salita del té. No pienso compartir el mismo espacio que este caballero. Dejas de ser mi nieto, Prince. No estás congraciado conmigo.

Lady Blanford tomó el bastón, la falda y su orgullo para ir hacia el salón del té.

—No puedo creerlo, excelencia.

—No necesito más reproches, Philippa. Es suficiente con no contar con la bendición de la marquesa para que tú también te coloques en mi contra.

—Las damas no podemos escoger. ¿Sabe a lo que estaba orillando a la señorita Payne? Al escarnio público, a las habladurías y a un matrimonio incierto con cualquier hombre. Tan solo conociendo poco a la familia Payne, puedo ver que la casarían con el primero que pidiera su mano.

—El primero y el único fui yo. Y no puedo evitar darte la razón en esa afirmación, Philippa. Sin embargo, ella es lo único que me queda ahora.

—No es así, es el primero y el único al que ella tiene —finalizó Philippa que fue hacia la cocina para dejar a Prince peleado con su propia razón.

*

Estaban listos para la fiesta de jardín, ayudó a su abuela y a Philippa a subir al carruaje. Luego intentó entrar, pero la punta del bastón de lady Blanford lo impidió.

—¿Adónde crees que vas, promiscuo, impío, sinvergüenza? —lo increpó con el ceño fruncido—. ¿Acaso piensas subir a este carruaje? No gozas de mi gracia. Irás a caballo. Solo estarás conmigo en la entrada.

—Es mi carruaje, creo que tengo derecho a la comodidad que ofrece —dijo con la mejor sonrisa de la que disponía y se decidió a entrar.

El bastón lo estocó con fuerza hasta casi tirarlo al empedrado.

—Atrévete a desafiarme y conocerás mi enojo. La señorita Payne irá conmigo. Oh, pobre inocente...

—Si no está enojada, entonces qué le sucede, me confunde como lo hace la señorita Payne. No creo en eso de que usted no tiene nada que ver en su cambio.

—Me sucede que estoy ahogada en decepción por tu causa. ¿No has visto lo que sucedió con sir James por libertino? Perdió a Philippa, su nombre y también a su hijo, porque nadie me saca de la cabeza que sir Andrew es hijo de James. ¿Quieres tú también perderlo todo?

—Abuela, no se exalte. La situación no es tal para que la exagere.

—¡Vete a caballo! —Cerró la portezuela, intentando calmarse.

Prince quedó en la calle, no le tenía más opción que buscar un caballo para ir, porque sería menos afortunado si fallaba una vez más con la marquesa.

—Lady Blanford, no debería ser tan severa con el duque...

—Querida Philippa, temo que la señorita Angel tenga un destino como el tuyo. Tanto has sufrido que no deseo ese mal para nadie más. Si James cumplía con su palabra, estarías llena de hijos y no sola.

—Tener hijos era algo que deseaba, lady Blanford, pero mi esposo se encargó de que no fuera posible —lamentó recordando la infelicidad en la que vivió hasta enviudar.

—Desconozco cuáles fueron tus mayores dolores, Philippa, pero presiento que los dolores del alma fueron los más fuertes.

—El matrimonio no fue tan intolerable, pero sí el abandono de James. También el de mis padres, que me entregaron al mejor postor. Ayudaré solemne a que el duque y la señorita Payne, no sufran lo que James y yo sufrimos.

Angel no pudo cerrar los ojos una buena parte de la noche. Vio a través de su ventana pasar las nubes por horas. Pensaba en cómo estaría el duque al recibir la carta. Esperaba que tuviera el efecto deseado. Aunque no todo estuviera destinado a salir bien. Por eso se decía que de algo malo nunca podía nacer nada bueno. Podía ser parte del saber de muchos por experiencia o solo un mito para mantener a las personas en el camino deseado como ovejas dentro de un corral.

La paciencia la estaba desarrollando con lentitud. Durante el día, esperó para que llegara la hora de la fiesta de jardín; quizá Prince asistiera. Del brazo de su abuela, nadie se atrevería a cerrarle los portones. Debía esperarlos para ir juntos, pues la invitación se extendía a través de lady Blanford. Se trataba de un evento exclusivo para algunos miembros de la sociedad.

Tenía un vestido de día muy elegante y vivaz. La muselina amarilla —con unos detalles dorados en el dobladillo y las mangas— no resaltaría en una multitud, aunque sí destacaría en una reunión más acotada. En especial en ella, que no solía vestirse con elegancia.

Escuchó un carruaje parar frente a su casa. Se acercó a la ventana para constatar que era el esperaba. Salió para recibirlos. Vio al duque en un caballo llegar hasta su residencia. Extrañada de que él no estuviera dentro del carruaje, se acercó a la portezuela.

—Suba, señorita Payne, debemos conversar —anunció la marquesa con seriedad.

La piel se le puso de gallina antes de subir. Al parecer hacer tratos con lady Blanford se parecía a pactar con el mismo diablo.

—Señorita Payne —la saludó Prince para llamar su atención—. No me está permitido subir a mi carruaje, por favor acompañe a mi abuela y a Philippa.

—Por supuesto —contestó antes de acceder al carruaje por la portezuela que el cochero abrió.

Prince agradeció con un gesto de cabeza y se movilizó para tomar la delantera.

—Señorita Angel, desconocía cierta información que dio en su carta a mi nieto —acusó la mujer mayor mirando a la joven de manera intimidante.

—Pensé que algunas cosas convenía mantenerlas de forma un poco más privada.

—Si desea ayuda, debe contarle todo. Por lo pronto y como castigo a ambos, usted no se acercará todo el tiempo a él. Irá a charlar con otros caballeros y a pasear conmigo —sentenció.

—Eso no era lo acordado, lady Blanford.

—Hemos acordado sinceridad, señorita Payne y usted no ha cumplido, por lo que no puede exigir nada...

—Lo siento, no fue con malas intenciones —se defendió bajando la cabeza.

—Milady, yo creo en las palabras de la señorita Payne —agregó Philippa—. Desea guardarse algunas cosas y es respetable.

—Esta niña es tan tonta como tú, Philippa. Sería mejor que la hostigaras a tomar medidas más severas contra Prince. La carta, si bien fue devastadora para él, necesita de apoyo para conseguir que Prince sea suyo. Me haré entender a ambas. —Las miró con severidad—. La ve como su última opción, señorita Payne. Eso no debería ser de esa forma; usted siempre fue su única opción, a quien él quería de verdad. Debe darle razones para que pueda pensar que no la tiene asegurada.

—¡Por favor, lady Blanford! He cometido una crueldad con esa carta, pero no haga que sufra más separándome de él. Aún no he conseguido que se encariñe conmigo, no se sentirá amenazado por nada —razonó con prontitud.

—No había pensado en eso. Buena excusa, señorita. Aun así, déjese galantear por otros sin desatender a mi nieto, de esa forma no la creará ligera y tomará en cuenta su belleza como un atractivo para otros.

Sentía temor de cada idea que fraguaba aquella mujer experimentada. Tenía una salida para cada excusa que ella ponía contra las que creía inconvenientes recomendaciones. Al llegar a aquel enorme jardín, la marquesa encabezó la comitiva del brazo de Philippa. Detrás, Prince y Angel también tomados del brazo mirando a los alrededores. Saludaron a la orgullosa anfitriona que los recibió entusiasmada.

—¡Lady Blanford, qué placer verla! —mencionó la mujer, que parecía un pastel muy cargado—. El marqués de Blanford está también aquí.

—¿Dónde está ese ingrato? —indagó mientras se colocaba los cristales frente a los ojos.

—Está junto a Helmut Baxton. No hay mejor compañía que un hombre tan serio y refinado como él.

—Gracias, querida, iré a saludarlo.

Angel miró a Helmut Baxton y le sonrió con nerviosismo. Prince inclinó la cabeza al igual que Philippa.

—Colin, granuja... —lo punteó la marquesa con el bastón.

—¡Tía! —expresó sorprendido—. Es un placer verla.

—¿Dónde te has metido? El mes pasado me llegó una libra menos de mi asignación. Estás volviéndote tacaño.

—Debió ser un error del administrador. Perdone mi vida y conserve mi dignidad. —Señaló al bastón.

—Te extrañaba. Joven Baxton, hay compañías que debería seleccionar —dijo colocando su mano para que la besara.

—La compañía de usted sería ideal, milady, si gusta acompañarme —correspondió.

—Eres un encanto. Presentaré a la prometida de mi nieto y luego me iré con usted. —Giró hacia Angel—. Colin, querido, ella es la señorita Angel Payne, la prometida del incordio de mi nieto.

El joven marqués observó detenidamente a Angel hasta sonrojarla. La picardía del muchacho se notaba en esos ojos miel y en la galante posición de su cuerpo.

—Cuanta exquisitez siento al conocer a la futura duquesa de Hamilton. Cuán afortunado es usted, excelencia. —Tomó la mano de Angel y la besó. Se detuvo un momento casi eterno en ese lugar.

El sonrojo al ver su atrevimiento fue muy evidente cuando retiró la mano de manera apresurada. Prince pareció no darse cuenta de lo ocurrido o, al menos, de la coquetería del marqués de Blanford.

—Nos volvemos a encontrar, Colin —lo saludó frío—. ¿Siempre tocando el piano?

—Ahora solo lo hago para damas que me cautivan. La señorita Payne debería tener una sonata para ella sola, si me lo permites, Prince. Angel no es un nombre que se pueda pasar por alto, más por esa exquisita belleza —dijo sin dejar de observarla insinuante.

Angel miró escandalizada a lady Blanford, que solo le guiñó el ojo para tomar a Helmut Baxton y abandonarla en aquel extraño debate entre esos hombres.

CAPÍTULO 33

Prince achicó los ojos para pensar en las intenciones de Colin. Él era astuto, un merodeador de perfil bajo, conocido amigo de Helmut Baxton, otro hilarante moralista con pasiones ocultas.

—¿Le agrada la música, señorita Payne? —inició la conversación el marqués.

—Sí, en la escuela de señoritas cantaba cuando Claire tocaba el piano y Constance el violonchelo.

—La señorita Baxton —suspiró agachando la cabeza—. Tan talentosa. Helmut me contó que se casó con el banquero. Debo admitir que quedé desolado cuando lo supe; mis intenciones siempre fueron las de cortejarla.

—Lo lamento —dijo Angel para intentar cortar la conversación con él y poder hablar con Prince. Tomó del brazo a su prometido para partir.

—Colin, lady Hilton tomó la decisión correcta al casarse con Andrew; habrían infelices ella y tú —añadió Prince.

Angel quiso girar los ojos. Intentó cortar la conversación, pero él la continuaba.

—No he dicho nada en contrario. Veo que también has tomado la sabia decisión de casarte con una dama, una muy hermosa por cierto. En poco tiempo se hará la primera velada musical de la temporada. Sé que sufriremos en los comienzos, pero escucharemos el deleite de algunas promesas del arte. Podría invitar a la señorita Payne a cantar con mi acompañamiento; desearía comprobar si su voz es tan dulce cantando como lo es hablando...

—Eso lo decidirá la señorita Payne, aunque no me fío de sus dotes —soltó Prince lo que provocó que ella volteara a mirarlo por lo que había dicho.

—Con permiso, señoría —se retiró Angel hacia uno de los costados del jardín.

Colin agachó la cabeza para despedirla, y alzó los ojos hacia Prince.

—Te desconozco; siempre has sido amable con las damas, pero la excepción es con tu prometida —expresó con cizaña Colin.

—De alguna manera, había que salvarla de tu coqueteo barato y evidente.

—Tan bonita y atada a un sinvergüenza. La vida es injusta.

—Sálvala si eres tan justo, aunque te sugiero no hacerlo; mi abuela podría partir sin inconvenientes su bastón en tu cabeza —se despidió con una sonrisa.

Colin, con la misma calidad de sinvergüenza que Prince, sonrió y fue a buscar un grupo para charlar. Helmut tardaría mucho en deshacerse de su adorable y sargenta tía.

Prince siguió a Angel hacia un árbol, donde ella llegó y se recostó por el tronco. Sentía que había escapado de la humillación de que su prometido dudara de su talento. Cantaba como los ángeles, aunque ya no practicara como antes. Escuchó el crujido de unas hojas detrás de ella, al darse la vuelta vio que Prince se quitó los guantes y miró el paisaje.

—¿Para qué ha venido hasta aquí? —lo increpó molesta.

—No es esa la actitud que debería mantener si desea un buen matrimonio, señorita Payne.

—¿Por qué lo hizo? No pudo encontrar otro momento para humillarme, supongo. Tuvo que hacerlo frente a uno de sus pares.

—¿Humillarla? De ninguna manera fue esa mi intención, sino salvarla de la coquetería desmedida del marqués. ¿No se dio cuenta de que intentaba entrar bajo sus faldas con esa fachada de caballero refinado? —bufó incrédulo.

—Al menos está intentando lo que usted no quiere —lo acusó sonrojada. Eso no debió salir de sus labios, pero la rabia era pésima consejera—. Olvide lo que acabo de decir; me humilló y estoy molesta porque no es la primera vez que lo hace. Recuerde a la prostituta a la besó frente a mí.

—En verdad que no creo en sus dotes, no la he escuchado cantar. ¿Es correcto, no es así? No ha cantado para mí, entonces no puedo decir que sea buena cantando si me priva de escucharla. Lady Hilton es talentosa, dudo de que estuviera acompañada de otras damas sin talento. La referencia me hace pensar que usted canta, pero mis oídos no saben si lo hace bien. Ya tendremos tiempo de probar si es talentosa, estaremos juntos hasta que la muerte nos separe. Oh, y Eliette: es un dulce de mujer; no me agrada que la llamen prostituta, se trata de una acompañante —aclaró con tranquilidad.

—Cantaré cuando me lo pida. No hemos tenido tiempo para conocernos, no me visita y me temo que sea por sus acompañantes —ironizó presa de la envidia.

—Hace un tiempo que no tengo una acompañante, señorita Payne. He estado muy ocupado para atender esas cuestiones —se justificó sin mucho ánimo—. Si le pido que cante en este momento, ¿lo hará?

Angel sintió un vuelco en el estómago al escuchar el pedido. Su pecho parecía estallar por el temor y la vergüenza de mostrarse ante él.

—Creo... que no es el momento, ni el lugar para eso.

—Pensé que era una forma de conocernos —manifestó mirándola.

Él tenía razón. Una gran forma de conocerlo y también de que se lo colocara en la bolsa. Podía volverse una esposa agradable y talentosa: lo que muchos caballeros buscaban. Contaba con todo lo que se necesitaba para cumplir con el requisito: agradable. Tenía desde hace poco buena presencia, seguida por el talento, también los conocimientos básicos del manejo de un hogar y, lo más valorable de todo, podía soportar la humillaciones del duque, otro requisito de esposa para un libertino.

—Siéntese, entonces, va a conocerme, excelencia —declaró, se acomodó el vestido y lo alisó para intentar no morir de vergüenza.

Prince sonrió al ver que estaba muy colorada. Sus mejillas rozagantes hacían que el resto de su rostro se viera más blanco. Notaba que sentía temor de fallar y él no dudaba de que aquella mujer pasaría una gran vergüenza, pues sus nervios solo podían ser porque carecía de talento real.

—No estamos en un salón, no hay donde sentarse.

—Entonces acomódese por el tronco del árbol —recomendó colocándose frente a él.

Su comienzo fue un poco desafinado por los nervios. Pensó en mejor renunciar y correr tan rápido como sus zapatos le permitieran, pero eso solo la alejaría de su cometido de conquistarlo. Sacó valor de ese pensamiento y se concentró para hacerlo mejor.

Al escuchar la afinación, Prince comenzó a mostrarse sorprendido; se le veía en el rostro. La canción de la señorita Payne le provocó una sonrisa: la mostraba talentosa y bella.

Su voz le acariciaba los oídos con aquella melódica canción. No pudo evitar fijarse en la posición de las manos y del cuerpo. Adquirió mayor confianza, lo que le dio más ánimo para continuar. Al escuchar el final, la mandíbula del duque tocó el piso y quedó mudo.

Angel terminó de cantar y miró a su público; él no decía nada. Supuso que lo había hecho muy mal, por eso no Prince emitía sonido alguno. La vergüenza la carcomía.

—Disculpe si no le agradó, llevo mucho tiempo sin practicar y...

—Magnifico, señorita Payne —congratuló con un aplauso—. Disculpe por haber dudado de usted...

—Creí que no le agradaría —se acercó a él.

—Ha sido lo más gratificante que he escuchado en mucho tiempo. Un regalo para mí y mis oídos. —Tomó la mano de ella para besarla.

No le había hablado de amor o de huir juntos, solo le había agradecido ese momento tomando su mano para besarla. Aún no la había soltado. Era uno de los momentos más excitantes de la triste y solitaria vida de la muchacha. Ella pensó que aquel día moriría. Al duque le agradó que cantara para él, el mundo podía acabar en ese momento y, sin embargo, ella se llevaría esas palabras hasta la tumba.

—Agradezco que no haya sufrido con mi interpretación —añadió contenta.

—No sufriría con eso. Logró animarme, señorita Payne. Lo que le voy a decir espero que no lo vea como una debilidad sino como algo sincero —dijo con seriedad.

—No tomaría nada como débil viniendo de usted; dígame.

—A este demonio le han cortado las alas y arrancado el corazón. Mis sentimientos no eran correspondidos por aquella dama a quien defendí. Debe de estar aquí, o la veré en algún lugar sin poder reconocerla. Quiero pedirle que me detenga si intento salirme del camino para buscarla, quiero que me ate a este tronco si creo caer en el error de volver a pensar en abandonarla, señorita Payne. La iba a abandonar por otra sin contemplaciones, y le pido disculpas por eso. Si lady Blanford está conforme con mi elección de esposa, yo también lo estoy. Al igual que usted he aceptado mi suerte a su lado... —confesó sin vergüenza, pero con dolor en aquellas palabras.

Angel se retorció de culpa por dentro. Sabía que era la causante del desgarramiento del corazón del duque, pero consiguió con eso llevarlo hasta ella y no desperdiciaría la oportunidad de enamorarlo con lo que tenía a la mano. Estaba obligada a hacerlo feliz por la infelicidad en la que lo había sumido.

—Debería tildarlo de sinvergüenza, pero usted solo ha sido sincero. Quisiera tener sus escrúpulos a mi favor, y ser tan transparente como usted. Lo juzgué por ser un libertino, y lo hice de manera muy egoísta, sin darme cuenta de que debajo de la piel de un canalla se escondía un ser sincero y de gran corazón... —Lo tomó del rostro con suavidad—. Perdón por desearle la muerte; usted intentó dejarme, y yo le deseé la muerte. Opino que mi delito es peor que el suyo.

Él rio al escucharla hablar mientras se le dibujaba una sonrisa. Sus ojos se volvieron entrañables y cercanos. Muy poco se fijó que, detrás de aquel azul, existía una persona como él, con deseos y ansias.

—Es usted canalla, señorita Payne, pero el pago por mi sinceridad es la suya —se limitó a decir antes de besarle los labios con lentitud.

Estaban lejos de la vista de la mayoría, escondidos detrás de un árbol, jugando a intentar llevarse bien. Ambos mantenían el orgullo por sobre todas las cosas. No obstante, la máscara – otra, distinta de la de Inferno– cayó y quedaron al descubierto. Él mostró su debilidad, un amor no correspondido. Angel, por su lado, se comprendió del todo egoísta: siempre había buscado la comodidad sin pensar en el resto.

—¡Ves, Philippa, tendré más nietos que dedos en las manos! —sonrió lady Blanford.

—No deberíamos espiarlos, milady.

—No te comportes como una amargada. Deberías intentar ser feliz.

—Ser feliz no es lo mismo que meter mis narices donde no me llaman. Usted está metida hasta la oreja en este asunto, lady Blanford. Si el duque nos descubre, pobre de nosotras.

—No lo hará, no seas miedosa. Cuando llegues a esta edad te darás cuenta de que estas ridiculeces son las que te dan vida. Solo extendiendo mi vida para dejar establecido a mi nieto —dijo mientras miraba a Prince y Angel que se besaban.

El beso era tímido. El duque quería encontrar en ella una caricia que la redimiera del sufrimiento. Al encontrarse en esa situación, entendió a su buen amigo el banquero, que se había enamorado de lady Hilton sin buscarlo. Andrew solo quería una esposa que fuera como un ama de llaves con una asignación jugosa y que pudiera llevar a la cama, pero consiguió mucho más que eso. Tal vez él corriera con la misma suerte.

Angel se alejó de los labios de Prince, para mirarlo.

—Deberíamos ir a socializar, no es bien visto que estemos solos por mucho tiempo —declaró mientras se pasaba los dedos sobre los labios.

—Vaya usted, yo la alcanzo luego. Será muy evidente que estuvimos solos aquí si nos ven llegar juntos.

—Lo estaré esperando; iré a conocer la propiedad.

—Este lugar tiene un laberinto. No se pierda porque no creo poder hallarla —la despidió.

Angel soltó el aire de sus pulmones y caminó por el terreno elevado. Avanzaba con una gran sonrisa de felicidad porque iba camino al triunfo. Escuchó los chiflidos desde un arbusto y giró a mirar. Se trataba de la diabólica lady Blanford llamándola. Se acercó veloz hacia el arbusto.

—Se lo dije, señorita Payne. Mi nieto es suyo. Le recuerdo que deseo muchos nietos. No me defraude.

—Milady, es muy apresurado para hablar de nietos, pero creo que me está aceptando; me besó —contó sonrojada—. Tengo la esperanza de un buen matrimonio. Me ha dicho que no tiene amantes; estoy muy feliz.

—No sea crédula. Dice que no las tiene, pero va a ese club a perseguir faldas —advirtió la marquesa.

—Por favor, no me desilusione, se lo ruego. Es mejor que vayamos junto al resto de los asistentes.

Lady Blanford tomó a Angel y a Philippa del brazo para que la llevaran a comer y a beber un poco.

El duque continuó pensativo bajo el árbol. Podía ser un error arrojarle a los brazos de la señorita Payne. Pero debía admitir que no le resultaba desagradable como antes. Asumía que ser sinceros entre ambos conllevaría beneficios; sin embargo, se cuestionaba la eventual doble personalidad de Angel Payne. Le parecía cambiante como el clima de Londres.

A lo lejos vio que ella, su abuela y Philippa iban tomadas del brazo. La viva imagen de la complicidad. La marquesa era quien estaba aconsejando a la señorita Payne.

—Muy inteligente, abuela. Puede mandar en mis actos, pero no dentro de mí —declaró en voz alta.

CAPÍTULO 34

Esa fiesta de jardín inició lo que oficialmente después de varios meses conocerían como “compromiso”. La tercera temporada de Angel Payne no fue como la había imaginado. En la segunda temporada, había pensado que la tercera sería lúgubre por carecer de un pretendiente. Luego apareció la propuesta del duque de Hamilton a quien despreció casi sin pensarlo, sin tratar de acercarse, a pesar de que, con el tiempo, ella descubrió que le gustaba estar con él, que quería hacerlo. Aquel jardín donde cantó le sirvió para conocerlo más a fondo. La sonrisa desvergonzada que el duque le entregaba a su abuela y a Philippa mientras conversaban la conquistaba a cada segundo. Desconocía si ese caballero mantenía un creciente interés por ella, pero aprovechaba cada momento para enamorarlo. Esa noche se encontrarían para ir a un baile, el que de manera definitiva declararía iniciada la temporada.

Un esplendoroso vestido de seda rosa de manga abombada que se abultaba con la crinolina la hacía lucir un poco como una debutante. Sin embargo, no le restaba belleza. Dejó de ver a su estrambótico cabello como un problema. Prince la había visto en sus peores momentos. Con las nuevas tendencias de nudos retorcidos y los rizos sobre el rostro, su cabellera no implicaba ningún trabajo.

Prince golpeó la residencia de la familia Payne y lo hicieron pasar al recibidor para que esperara a Angel.

—En unos instantes bajará: lo bueno se hace esperar un poco, excelencia —dijo la señora Payne tomando desprevenido a Prince, que observaba las pinturas de la sala a las que no le había dado importancia en un primer momento.

—Por supuesto. La señorita Payne me ha sorprendido con su heredada belleza —halagó a la señora de la casa.

—Mi hija es caprichosa, mi querido duque. He luchado mucho para que se muestre, pero, al final, lo decidió para nuestra sorpresa y suerte, por supuesto. Usted no sabe lo que es tener a Angel en sus filas...

—Respire, señora Payne. Sabré lo que es tenerla en mis filas... —dijo antes de divisar que Angel bajaba por las escaleras.

La imagen celestial de aquella mujer tejió una sonrisa en sus labios con gran rapidez. Dejó de escuchar la palabrería irracional de la madre para solo prestarle atención a ella. La mirada de Angel se cruzó sin dilación con los oscurecidos ojos de Prince. Podía sentir que con esa mirada la tomaba de la mano y la ayudaba a bajar cada escalón por más que hubiera bajado sola.

Al final de la escalera, se acercó hasta él. De manera soberbia y confiada levantó la mano para que él la besara.

—Buenas noches, señorita Payne —la saludó y le besó la mano sin perderse un solo detalle de ella y del evidente baño de jazmines que la perfumaba.

—Excelencia... —pronunció con una reverencia.

—Mi abuela y Philippa nos esperan en el carruaje. Señora Payne, agradezco su compañía; si me permite, me llevaré a su hija a un baile. Estará en buenas manos, la marquesa y Philippa se encargarán de moderar mi actuar. —Mostró el brazo para que Angel lo tomara.

—¡Por supuesto, mi confianza en usted es plena!

La mujer arregló de manera innecesaria la falda de Angel; luego la cabellera. La muchacha no quería terminar amargada, pero el comportamiento de su madre era intolerable. Las ansias por librarse de su hija se hacían demasiado evidentes.

—Adiós, madre —se despidió y salió del brazo de Prince.

Una vez afuera, sin la presencia de la señora Payne, Prince se le acercó hacia la mejilla.

—No podía decir frente a su madre cuán deslumbrado estoy al verla. Habría dado pie a que no saliéramos de su casa —le confesó muy cerca del oído.

Ella se estremeció al sentir su respiración y alzó la vista hacia él.

—No creí que llegaría el día en que me agradara escuchar esas palabras dichas por sus labios. Hizo lo más inteligente al no dar cuerda a mi madre.

El cochero abrió la portezuela del carruaje para que Prince ayudara a subir a su prometida.

—Se ve espléndida, señorita Payne —sonrió lady Blanford, que bajaba los cristales—. ¿No es así, querido nieto?

—Se lo he dicho a la señorita, abuela. Espero que me apoye, señorita Payne. —Sonrió frente a ella.

—Así fue, milady. Buenas noches, Philippa —saludó con dulzura.

—Es un placer verla.

—Debemos pensar en la fiesta de compromiso. Hace mucho que están comprometidos, y aún no hemos puesto fecha al matrimonio. Esta espera me desespera. Ansío que forme parte de nuestra familia, señorita.

Prince inhaló y exhaló. Conocía la intensidad de su abuela y lo casamentera que podía ser. Al mirar a su acompañante, ya no creía que fuera del todo malo. Aunque en un principio no había visto por debajo de los trapos que se ponía o del peinado que usaba, en ese momento todo había tomado otro cariz. Sin embargo, dudaba de sus sentimientos. Podía decir que la creyó una arpía al verla junto al vicario de Inverness; también una mujer de falsa moral, que lo lapidaba de día. Le costaba perdonarle las acusaciones de esa noche, las pedradas, la moralina.

De todos modos, la mujer sentada frente a él, la que escuchaba a lady Blanford y le sonreía, no era la misma a la que le pidió matrimonio, sino otra. Podía ser capaz de comprender su rechazo en un principio. Al igual que él la había rechazado, ella estaba en su derecho de hacerlo al creerlo inmoral. No estaba lejos de la verdad, debía darle la razón.

Sin que lo metieran en demasía dentro de la conversación, llegaron al baile. Bajaron con la caballerosa mano de Prince.

—¿Cuántas veces ha venido aquí? —indagó Angel que entraba del brazo de Prince a la residencia.

—En unas oportunidades. No me invitan muy seguido, se lo conté —le recordó acercándose aun más a ella por el barullo del salón al que entraban.

—Aunque no me lo pregunte, esta es mi tercera vez en este salón. Cuando acababa mi segunda temporada creí que volvería aquí con la misma intención de todos los años: casarme. En aquel rincón me senté por dos temporadas —señaló con discreción una silla colocada cerca de

una esquina—. No me quejo de haber disfrutado de más bebidas que las afortunadas damas que danzaban sin descanso hasta que le dolieran los pies. Los míos llegaban descansados por tanto sentarme.

Prince la vio recordar con tristeza lo que ella deseaba hacer pasar por una anécdota. Su tercera temporada fue la vencida.

—Esa silla quedará vacía o la utilizará otra dama desafortunada. ¿Desea bailar conmigo? —preguntó con los ojos llenos de picardía.

—Esta vez disfrutaré de un baile con usted —aceptó gustosa, esperando a que acabara la danza que inició minutos antes.

Pudo ver desde su ubicación a todos los Baxton que entraron al salón. El conde de Inverness parecía interesado en buscar a con seguridad su maldición, la habladora Constance. El hermano de Claire se abrió paso entre la multitud y desapareció. El vicario fijó los ojos en Angel, le hizo una reverencia para saludarla en la lejanía, pero ella no respondió. No le agradaba que estuviera cerca. Su prometido, mientras, miraba distraído a los danzantes que finalizaban el baile.

—Creo que recuerdo los pasos de la siguiente contradanza, señorita Payne... —le dijo tomándole la mano de manera delicada.

Ella volvió a prestarle atención a Prince y sintió el calor de su toque.

—Soy muy mala bailando, hágame quedar bien, por favor.

Los pasos sincronizados con las demás parejas los divertían. Golpeaban las palmas animosamente y cruzaban los brazos con gracia. Reían a cada error que tenían. Eran imperfectos, pero tenían clara la esencia del baile: disfrutarlo. Así pasaron tres piezas más hasta que un poco de sudor impidió a Angel continuar. No quería que la vieran transpirar.

—Creo que esta vez utilizaré la silla para lo que corresponde —comentó caminando junto a un Prince, distendido y benevolente.

—Le traeré una bebida, espéreme sentada —pidió.

La dejó en uno de los asientos, donde ella colocó todo el peso del cuerpo. Estaba cansada, pero feliz por haberse divertido como nunca en su vida. Reía como tonta al seguirlo con la mirada por el salón.

—No parece estar disconforme con su prometido, señorita Payne —aseguró Patrick sentándose a su lado—. Veo que la ha cambiado. La ha inducido al camino de la perdición.

—Mi señor, el duque es un hombre encantador y divertido, su compañía es inigualable. Me atrevo a decir que la disfruto como no lo he hecho jamás.

—La ha llevado por el camino de los impíos, señorita. Aún está a tiempo de salvar su alma del infierno. Casarse con un hombre así la condenará. Le ofrezco mi mano para ayudarla a salir de lo que será su calvario si llegara a contraer matrimonio con semejante promiscuo.

—¿Me está ofreciendo matrimonio? —consultó molesta mientras miraba a los ojos verdes del clérigo para incomodarlo.

—Es una forma de salvar su alma. Le aseguro que no le es ajeno mi interés por usted desde que la conocí. Piense si usted se atreverá a casarse con un hombre que será expulsado de la iglesia y de nuestra religión —mencionó para convencerla.

—¿No cree que hay muchas religiones que podría profesar junto a mi esposo? La religión no es un impedimento para casarme con él... —continuó la discusión.

Prince tomó dos copas e intentó llegar hasta donde su prometida estaba siendo abordada por el vicario de los Baxton. Tenía dos problemas con ese hombre. Por un lado, él lo odiaba y le había declarado la guerra a Infierno; por el otro, estaba interesado en su prometida. Se fue abriendo camino entre los asistentes para llegar hasta donde estaba Angel con Patrick Baxton. Ella dirigió sus ojos al duque que estaba parado frente al vicario, que alzó los ojos para verlo a la cara.

—¿Intenta salvar un alma o quiere enseñarle a la señorita Payne sobre el mismo matrimonio? —indagó molesto.

—No hay peor esfuerzo del que no se hace. Todavía creo factible salvarla de su aroma a azufre, excelencia.

—¿No debería intentar salvar mi alma? Déjeme decirle que no lo ha intentado. Ha fallado como pastor y lo sabe. Dios le pagará más por salvarme a mí, que por salvarla a ella, habrá mayor mérito —se mofó Prince que no dejó que la reyerta le impidiera acercarle una copa a Angel.

—Usted está condenado. Irá a reinar al infierno. No ha querido arrepentirse y abandonar su indecente existencia. Me he liberado de la carga que representa salvarlo.

Prince derramó un poco de su copa en la ropa impoluta del vicario. Patrick se levantó sorprendido por recibir aquel insulto de Prince. Mientras Angel se tapó la boca con una mano. No quería que aquella excelente velada terminara en un escándalo que hundiera aun más la sensible reputación del duque.

—Insolente, si quería que me fuera, era mejor pedirlo —le dijo enfadado.

—A buen entendedor, pocas palabras. Que tenga buena noche.

Lo empujó Prince con el hombro para sentarse en la silla junto a Angel. Patrick murmuró palabras inteligibles y se retiró sin despedirse.

—No tiene nada bueno que hacer... —resopló acomodándose en la silla para beberse lo poco que había sobrado de la bebida.

—¿No tiene miedo de arder en el averno, excelencia? Su alma está condenada —emuló Angel a Patrick Baxton, con una gran sonrisa.

Al escuchar la burla, no pudo evitar reír a carcajadas. No imaginaba que la señorita Payne tuviera un sentido del humor tan poco sofisticado y agradable.

—Iré con compañía; es usted la que se burla de un hombre de Dios... —continuó riendo.

—Yo no iré al infierno, ni usted tampoco, se lo puedo asegurar —bebió un sobro de su copa.

—¿Por qué está tan segura? —preguntó divertido.

—Porque tiene un ángel que lo cuida; no en vano es mi nombre —contestó. Fijaba los ojos hacia los danzantes donde se gestaba gran diversión en el baile.

Prince miró el rostro de perfil de la muchacha. Sin dudas tenía una belleza angelical. Aunque el término ángel le recordaba a aquella mujer que lo había salvado de morir. Quizás esta Angel lo salvara de la soledad; era una posibilidad.

—Señorita Payne... —dijo llamando su atención—. ¿Puedo llamarla por su nombre?

—Si yo puedo llamarlo por el suyo, estaría encantada.

Descansaron un momento más, sonrientes. En uno un tiempo más iban a volver al baile.

—Me permite un baile, señorita Payne —la sorprendió Colin que se había acercado a ellos.

Ella levantó los ojos hacia el ladino rostro del marqués.

—Estoy acompañada de su excelencia, no...

—Estoy seguro de que a su excelencia no le molestará. Cuidaré de usted, soy un hombre de confianza, ¿no es así? —preguntó mirando a Prince—. He bailado con Philippa, puedes acompañarla.

—Lo siento, querido Colin, pero Angel bailará conmigo y tú seguirás con Philippa. —Tomó a la muchacha por la cintura y la acompañó.

—¡Egoísta! —lo insultó con picardía—. Si se cansa de la compañía, señorita Payne, estoy aquí, presto a servirla —los despidió.

Nunca había sonreído tanto en una sola noche. Todo era motivo de risa para ella. Se sentía divertida y atendida por Prince, que no se despegaba de su lado.

—Solo falta que un buitre se sume para que busque mi arma para cazar aves. Es la desventaja de una prometida encantadora —la halagó al paso que bailaba.

—¿Entonces puedo presumir de su interés? —curioseó sagaz.

—Es probable. Los méritos para captar el interés se ganan. En eso, usted aventaja a varias.

—¿Incluso he superado a la dueña de sus pensamientos?

—Si usted sabe de costura, es seguro que lo hará.

—¿Qué tendría que ver la costura? —investigó confundida.

—La creí más astuta —se burló—. Coser el orgullo, Angel. Sin merecerlo se llevó las gratificaciones que debía entregarle a usted. Supongo que sigue luchando contra su rechazo hacia mí y lo hace bastante bien. Soy un sinvergüenza, pero iban a entregarme un gran trofeo por el peor hombre por dejarla plantada y abandonada. Agradezco que ella haya desaparecido. De lo contrario, no estaríamos aquí, hablando de un quizás...

Si algo podía conmover a Angel eran las palabras de dolor de él por su propia causa.

—Si ella volviera, ¿qué haría?

Prince movió las cejas pensando para responder.

—Es mejor que no lo haga; no respondería de mis actos. Hay humillaciones que no dejaría pasar con solo palabras. La caballerosidad y la educación podrían verse seriamente afectadas. Pero no deberíamos preocuparnos por eso, se despidió y es lo que importa. Espero no volverla a ver. Por fortuna, desconozco su nombre.

Ella le sonrió nerviosa e intentó continuar con aquel ánimo jovial que tenían. Sin embargo, sentía ese miedo de ser descubierta. No deseaba que ese hombre que estaba frente a ella desapareciera, menos cuando estaba ganándose su afecto.

CAPÍTULO 35

La velada musical a la que fueron dos noches después del baile que los había unido les parecía tortuosa. Minerva Green estaba matando a los asistentes del evento. Prince parecía mareado por las malas dotes de la dama.

—Nuestros oídos, señorita Green, tenga piedad de ellos... —pidió Dexter que estaba en la primera fila junto a Helmut que lo golpeó con el codo.

Minerva abandonó el piano para molestia de ella misma y alivio de los asistentes.

—Dexter, qué grosería... Pero, gracias —dijo Colin sonriente, sentado en la segunda fila junto a Prince y Angel—. Señorita Payne, ¿subirá conmigo? Me encargo del maltratado piano y usted de curar los oídos de este público hambriento de buenas notas.

Angel palideció y sintió el estómago revuelto. Desde que era una debutante que no había vuelto a cantar frente a nadie, salvo frente a Prince. Giró para mirar a su prometido que asintió para que aceptara.

—Escuché al duque decir que canta como los ángeles, señorita. Hágle honor a su nombre —la ánimo lady Blanford para que dejara la cara de susto.

—No quisiera ponerlos en ridículo, por favor... —respondió nerviosa.

—Angel, no hará el ridículo. Usted es un encanto cuando canta —expresó el duque que quería que ella tomara la confianza suficiente para enfrentar a la vergüenza—. Sus notas son muy bonitas como usted, recuerde eso.

Animada por las palabras de Prince, aceptó acompañar a Colin. Él le pasó la mano para que ella la tomara. Lo hizo casi frente al rostro de Prince. Incómodo por aquel momento, el duque vio cómo Colin acompañaba de la mano a su prometida. Una punzada de lo que, al parecer, serían celos hizo que se removiera en su sillón al presenciar esa escena tan poco agradable.

Los dos miraban las partituras del piano y sonreían intercambiando opiniones. Prince sacó un pañuelo del bolsillo, era el único dentro del salón que estaba sudando.

—¡Damas y caballeros, tenemos un pequeño especial esta noche! —anunció la anfitriona—. ¡El marqués de Blanford y la señorita Payne nos deleitarán con sus talentos!

Angel inhaló el aire y luego lo lanzó para poder estar tranquila. Al escuchar las primeras notas que el marqués le sacó al piano siguió el ritmo para iniciar con la letra.

Prince escuchó la armoniosa voz de Angel y, al verla parada, cantando segura, su espíritu parecía iluminado. La veía de manera diferente. En los días previos la había visitado. Había sido natural y delicada. Era extraño, pero, en ese tiempo, no hubo más que castos acercamientos y compañía. Ambos se dedicaban a conocerse. El duque hasta se catalogó como un tonto. Angel era una mujer con un extraño sentido del humor, tosca y a la vez educada, sensible y muy buena oyente. Ella se sentaba junto a él a escucharlo y, sin dilación, restregarle en la cara que era un libertino. Lentamente le recordaba a su querida abuela. A toda costa necesitaba tener la razón de lo que decía. Habría sido un desperdicio perderla, y eso solo podía verlo en ese instante.

Al acabar la maravillosa pieza junto a Colin, el marqués la tomó de ambas manos para agradecerle y se las besó.

—¡Qué compañía más venerable, señorita Payne! —la halagó Colin.

—No habría sido lo mismo sin usted, fue un dúo interesante... —correspondió animada.

La frente de Prince se arrugó mientras que llenaba de aplausos a la pareja. Apenas notó que Colin no soltaba las manos de Angel. Desde un principio había visualizado el comportamiento extraño del marqués hacia su prometida. En ese momento, confirmaba las sospechas que tenía acerca del interés del sobrino de su abuela. Prince dejó de aplaudir y se acercó a su abuela disimuladamente.

—Présteme el bastón, abuela. Creo que voy a partirlo en la cabeza de cierto marqués...

—Usa una silla, querido. Este bastón es mío. No seas celoso. Ella no te interesa, no se encuentra cerca de lo que serían tus deseos —opinó sin mirarlo.

—Solo exijo que me coloque un límite al dandy de su sobrino —insistió—. O se lo voy a colocar yo.

—No seas pendenciero. La señorita Payne está comprometida contigo, con Colin solo comparte una afinidad. Si hubieras prestado atención a las clases que pagué para ti, quizás hubieras sido tú quien compartiera el escenario con ella. A eso, debemos claramente agregar que tú eres un libertino sin límites que quiso abandonar a tan dulce y agradable mujer por una desconocida que jugó con tus sentimientos.

—Estoy haciendo un verdadero esfuerzo por complacerla, abuela. Usted tenía razón, ella resultó más agradable de lo que creía. Por eso, debo admitir que la presencia de Colin no es grata aquí. ¿Hasta cuándo se quedará en Londres? —consultó impaciente.

—No lo sé. Creo que de manera permanente; deberás tolerarlo.

Él bufó y vio que Angel se había colocado a su lado.

—Iré a buscar agua para usted, señorita Payne —avisó el marqués, pero sintió que una mano lo sujetaba del brazo.

—Hiciste suficiente, Colin. Yo iré por el agua —anunció el duque que empujó sin miramientos al noble pianista para ofrecerle a la joven un asiento—. Angel, siéntese aquí, iré a buscarle algo de beber.

—Es muy amable —le sonrió.

Prince tomó la mano de la muchacha y dejó un beso en ella.

—Los ángeles no son capaces de igualar su interpretación, mi querida señorita —alabó el duque, condescendiente.

—Espero que sea un halago y no porque no podrían igualar algo tan malo —dijo y se sonrojó después de sus palabras.

—Oh, para nada, es un cumplido, señorita. Abuela, siéntese junto a ella, ¿dónde está Philippa? —indagó mirando a su alrededor—. No importa...

—Me sentaré en el lado libre de la señorita... —dijo Colin, pero fue interrumpido por el golpe que recibió por parte de Dexter, que se había acercado a instancias del duque.

—Dexter, eres tan amable. Lo siento, Colin, puedes sentarte junto al joven Baxton, es más grata compañía que cualquiera —declaró Prince, cínico.

Fue a buscar la bebida aliviado de poder alejar a Colin de Angel. Su presencia lo intranquilizaba. Sentía que el marqués podría arrebatarse a la señorita Payne sin ningún problema, dado sus antecedentes de poco entusiasmo hacia el compromiso de ellos y también por haberla humillado en un cúmulo de ocasiones. La vida podía dar vuelta la comodidad que sentía desde que iba conociendo a Angel era el mejor salvavidas de todos. Antes no sentía ningún tipo de inseguridad de que se la arrebataran: nadie se fijaría en una mujer tan desarreglada, pero, desde que había mostrado su belleza, su talento y sentimientos hacia él, también empezó a despertar en él un inusitado interés por ella.

A la muchacha, lo que más le agradaba de él era su humor. Al parecer todo lo que él hacía le causaba gracia y le daba ideas para inventar incluso nuevas palabras para referirse a él que estaba endulzado por ella. Angel lo vio partir y luego miró a su izquierda. Dexter le sonrió, al parecer no sabía qué estaba haciendo a su lado.

—¡Lo tenemos, señorita Angel! —festejó lady Blanford—. Tiene celos de mi sobrino Colin.

—¿Usted tiene algo que ver con esto, lady Blanford? Me refiero a la amabilidad del marqués.

—No, querida. Él ha estado huyendo de mí, intenté casarlo; solo que fue una casualidad encontrarnos en esa fiesta de jardín. Un poco me rehúye porque estoy buscándole esposa. Creo que Minerva Green es un excelente prospecto —rio.

—La creí capaz de todo, milady, excúseme por desconfiar de usted.

—Tengo mis mañas, querida, pero creo aún poder sola contra mi nieto. Estoy segura de que se ha enamorado de usted. Qué alegría, si Philippa no estuviera perdida por James, estaría festejando nuestra victoria.

—No quisiera festejar una victoria antes de tiempo, pero siento la diferencia en cómo me trata. No creí que resultara.

—Soy anciana, pero muy inteligente. Solo hazme caso.

Prince volvió con la bebida e hizo unas muecas a Dexter para que se moviera de su lugar junto a Angel. Obediente se levantó, por lo que el duque pudo sentarse junto a ella.

—Aquí le traje algo de beber. Después que lo termine, podríamos tomar el receso para extender las piernas —dijo y le entregó la copa a Angel.

—Estaría encantada —respondió adúladora.

Colin fue a tomar asiento rodando los ojos. El duque se ponía muy evidente y radical cuando algo lo descolocaba. Actuaba por instinto, pese a que, según su tía, él no estaba interesado en la señorita Payne.

Angel y Prince se levantaron para ir caminando hacia los pilares del balcón. Caminaron sonriendo y saludando a los presentes. Una vez en el lugar, él recostó su espalda en la balaustrada.

—Es una noche estrellada, me gusta mirar lo hermosa que es la noche —confesó Angel que apoyó las manos en los adornos de la edificación.

—No sé si pueda galantear como el marqués; sin embargo, puedo decir que esta noche no sería nada sin su compañía —concedió.

—El marqués es muy amable.

—¿Le agrada, señorita Angel?

Ella sonrió por la tonta pregunta. Colin era un hombre muy armonioso y severamente coqueto, su presencia resultaba agradable para cualquiera.

—Sí.

—¿Le agrada tanto como para no perdonar mis humillaciones?

—Eso es cosa del pasado, yo solo me dedico a este presente, Prince.

—Debo contarle lo que me sucede. Estoy molesto, muy molesto porque él tiene más cosas en común con usted. Yo no sé de música, solo de noches robadas.

—No creo que exista un hombre que haya disfrutado más que usted cada noche. A ambos nos gusta la noche. Si no tiene nada en común conmigo, yo puedo tener algo en común con usted.

—¿Y qué cree que tengamos en común?

—La picardía. —Sonrió mirando hacia otro sitio, dándole la espalda.

Él abandonó la relajada posición para colocar una mano en la cintura de Angel.

—Quiero comprender eso...

—Hágalo ahora, sin demoras. Solo bese mis labios con pasión —pidió al sentir la mano de Prince en la cintura.

—Resultó ser más atrevida de lo que creí. —La giró hacia él, y subió su mentón hasta sus labios—. No vuelva a darme celos, o no respondo de mí. Angel, usted es lo que necesito.

Hambriento tomó lo que ella gentilmente le entregó. La muchacha correspondió a aquel beso con ansiedad. Le el pecho con confianza, subiendo y bajando, lo acariciaba a través de la ropa. El beso acabó y ambos colocaron juntos la nariz que se rozaron una a la otra.

—Me está cautivando, Angel. —Le robó otro beso—. Estoy sediento de conocerte más, deme la confianza suficiente para llamarla “mi amada”.

—Será extraño no ser tratada con la debida cortesía, pero es un paso más hacia conocer el amor. —Ella lo tomó de las mejillas y besó ansiosa a Prince—. Soy la mujer más afortunada, así me siento.

—No puedes hablar de fortuna, cuando no sabes lo que es ser salvado de la tristeza. No quiero a Colin cerca de ti, puedo ser muy grosero si me lo propongo —advirtió mientras había incorporado el tuteo al trato que se darían cuando estuvieran solos.

—Estaría encantada de ver una grosería —admitió cómplice de su prometido.

*

A la semana siguiente, se fijó la fecha del matrimonio que se llevaría a cabo en dos meses, luego de la mascarada más importante de la temporada. La confianza y complicidad entre Angel y Prince fue creciendo. Él dejó de asistir con asiduidad a Inferno para acompañar a Angel por las noches y admirar juntos cada noche diferente. La dama de Inferno quedó en un lugar profundo de su memoria. No tenía tiempo de pensar mucho en ella. Pudo, por fin, ponerle un rostro a sus sentimientos, Angel Payne se adueñó de sus pensamientos más profundos y de sus deseos. En una de las pocas visitas nocturnas que se permitió en esos días a Inferno, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Ven conmigo, Prince —le pidió Eliette que quería llevarlo a su habitación para pasar la noche—. Me tienes abandonada; éramos buenos amigos.

—Oh, querida, llegó el día que nunca creí que llegaría. Debo rechazarte, cariño. —Sonrió tocando su rostro —, eres hermosa, recuérdalo.

—Qué tristeza, siento que muero de dolor... —expresó retraída—. ¿Con quién me divertiré? ¿Traerás a tu esposa aquí como lo hace Hades?

—Estoy seguro de que Angel querrá acompañarme. Hay muchas cosas que podríamos disfrutar.

—¿Crees que podríamos estar juntos los tres?

—Cariño, soy celoso, lo siento. Quizá algún otro lo acepte, pero no puedo compartir a mi futura esposa, ni siquiera con otra mujer.

—Debía intentarlo —dijo Eliette que se acercó a la puerta para salir—. Diablo, tienes los pasos muy ligeros —se asustó al tocar la manecilla de la puerta y sentir que alguien la empujaba.

—Excúsame, querida, tengo un cliente para ti, ve a tu habitación. Yo cuidaré de nuestro nuevo Angelito —dijo con sorna y miró a Prince mientras se quitó la máscara.

—Espero que sea atractivo, sabes cómo me gustan, Diablo.

—Es atractivo, ahora vete —ordenó abriéndole la puerta completamente.

Ella se fue después de entregarle una sonrisa a cada uno.

—Perdiste todo lo que te convertía en Demonio. Creo que los manifestantes han podido contigo, Prince —dijo Diablo que se sentaba en el sillón—. Es una suerte que Hades pueda administrar este lugar.

—Es así cuando tienes preferidos, mi buen Diablo. Andrew te ha conquistado como todo lo que toca. ¿Quién no querría al hombre perfecto?

—La envidia es uno de los pecados que este diablo propaga; no envidies a tu amigo, son solo negocios. He sabido que lo tuyo con la señorita Payne va como viento en popa. ¿No deseas que Orfeo toque en tu matrimonio?

—De ninguna manera. He pensado en traer a Angel aquí luego de la boda; sin embargo, no me fío de nadie. En este lugar puede ocurrir lo que sea.

—¿Olvidaste a tu enmascarada? —indagó curioso.

—Ella debe de haberse casado ya. Yo me desposaré en menos de dos meses. Cada quien hizo su vida. Deseo un matrimonio con la señorita Payne, no solo por hacer feliz a mi abuela, también para mi propia felicidad. La dama de Inferno es el pasado en mi vida; me mostró el camino al desamor.

Diablo rebuscó en uno de los cajones del escritorio. Tenía unos papeles atados con cintas.

—Veo que has superado esa etapa. ¿Te gustaría saber quién era?

Prince miró lo que Diablo le ofrecía. Por mucho tiempo, había deseado aquel papel; habría desfallecido por conocer la identidad de la dama y perseguirla.

—¿Por qué? ¿Por qué hoy; por qué no antes? No merezco estos juegos, Diablo.

—Todo tiene una explicación. La madurez es una de ellas. Hoy eres maduro. ¿Deseas ver el nombre?—volvió a preguntar. Le pasó los papeles, que Prince tomó con rapidez.

Fue deslizando las cintas para ver aquel nombre que le había quitado más que solo noches de sueño.

CAPÍTULO 36

¿Qué ganaría con saber el nombre de esa mujer?

Habían tomado caminos diferentes. Debía enfrentarlo y continuar mirando al frente junto a Angel.

—Lo siento, mi querido Diablo, pero no estoy interesado en saber quién es. Lo quise saber durante demasiado tiempo y me lo negaron. Hoy eso carece de interés para mí. No voy a correr a los brazos de una mujer que lastimó mi orgullo y pisoteó mis sentimientos —anudó la cinta con más fuerza y le devolvió los papeles a Diablo.

—Tan fuertes son tus convicciones, Prince, para no tomar lo que te doy —le respondió con una sonrisa y guardó los papeles en un gran armario—. ¿Conoces el poder? ¿Qué opinas del dinero y el poder?

—Creo que, si uno tiene dinero, tiene poder ¿O me equivoco? —Se paró para buscar un vaso de líquido ambarino.

—No estás lejos de la verdad. No obstante, este enorme mueble es más poderoso que todas las fortunas de Londres, incluso más que el banquero Hilton, porque también está en este lugar —dijo dándole golpes al mueble—. La información es poder, Prince. Lo que existe de información aquí puede hacer desaparecer todas las libras y propiedades de algunas personas con solo lo que yo pueda decir.

—También puede lastimar a los seres queridos, ¿no es así, Diablo? Ocultar información a un amigo puede ser un ejemplo claro de lastimar.

—Prince, muchas noches de fidelidad juntos me llevan a decirte que no es así. No me correspondía alentar tu devoción por una desconocida. Por lo general, hago lo correcto, por algo dispuse las reglas aquí.

—Lo comprendo. Es mejor que no me digas nada más sobre esa mujer. En poco tiempo me casaré con Angel y pasaré a otras filas.

—¿Le darás a tu abuela el bisnieto que tanto desea?

—Ella vivirá muchos años; es muy pronto para pensar en hijos para mí.

—Intenta no decir eso frente a ella, podría ponerse algo tensa —dijo sonriendo su amigo.

—Sé cuidarme de ella. Puede hacer todo lo que desee, salvo meterse en mi mente. No es vidente —declaró con tranquilidad mientras bebía el brandy.

*

Angel estaba enfurecida en su habitación. Buscaba prendas de excelencia para usar en el baile de máscaras.

—¡Nada decente, nada! —Zapateó frente a la doncella y también frente a Constance.

—Disculpe, señorita Angel, pero usted no ha ido a la modista en meses. No tiene nada nuevo que ponerse. Su madre le ha renovado el guardarropa antes de la temporada —manifestó Corina que intentaba calmar al demonio en que se había convertido su señorita.

—Te prestaré los míos si te falta dinero —se ofreció Constance.

—No es dinero; no es eso. Quiero estar maravillosa, Prince debe enamorarse de mí...

—Angel... Creo que está lo suficientemente entusiasmado contigo. Usa el mejor vestido que tengas; muchos de los de aquí están sin uso. Mira este, es muy bonito. La seda te sienta muy bien —opinó Constance.

—¿Alguien me compró máscaras, Corina?

La doncella caminó hacia el armario y abrió un cajón. Sacó siete máscaras diferentes.

—¡La blanca está dañada, señorita Angel! —exclamó Corina al ver el antifaz casi destrozado. Angel recordó que fue con la que cayó al tropezarse con el cuerpo del conde de Inverness.

—Tírala, no sirve —ordenó—. También tira estos horrendos vestidos, deberíamos quemarlos. ¿No lo crees, Constance?

—Será una cacería de brujas; con gusto quemaré cualquier prenda fea que tengas para que no vuelvas a ser la misma Angel de antes.

Corina recogió la ropa y la máscara para arrojarlas a la hoguera.

—Esa Angel se fue. Lady Blanford me ha ayudado bastante con sus consejos. El dolor ha servido para progresar. Nada se consigue sin dolor —comentó sonriente.

—¿A qué dolor te refieres?

—Su bastón duele. Me ha golpeado en la cabeza, en los brazos y también me aprisionó los dedos de los pies con su bastón. Es una mujer ruda, pero muy buena.

Constance sonrió y luego quedó callada, tenía algo atorado en la garganta que no lo podía sacar frente a nadie.

—Quiero contarte algo, Angel. No puedo hablarlo con nadie más, y confío en tu discreción —comentó en un susurro.

—Dímelo antes de que Corina vuelva y esto se convierta en un mercado.

—Dexter no es quien dice ser. He descubierto algo sobre él que exprime mi corazón... —confesó abatida.

—¿Qué quieres decir? Tú rechazas al conde de Inverness.

—El amor se disfraza de muchas cosas, y está disfrazado de decepción. Voy a cometer un crimen para poder ayudar a...

—¡Angel, el duque ha venido para verte! —las interrumpió la señora Payne—. Disculpa, querida Constance, por interrumpirlas —dijo y alisó la falda de su hija al mismo tiempo que Angel hacía lo mismo. Había adquirido las mismas mañas maternas.

—Prince no es un hombre inoportuno, debe haber una razón para su visita. Espérame Constance, no te vayas.

—Debo irme, tengo cosas que hacer. Saldré por la puerta de atrás. No quiero que crea que soy mala influencia para ti y termine desistiendo de casarse contigo —le comentó con una triste sonrisa mientras le tomaba las manos a Angel.

Angel asintió y bajó. Podía darse cuenta que Corina había bajado por ahí, se le cayeron algunos listones por el camino en las escaleras.

—No esperaba una visita tuya —comentó bajando ante la atenta mirada de él.

—Solo vine a ver si deseas ir a beber té junto a mi adorable abuela.

—Sería un placer; sin embargo, debo ir a la modista. Mañana es la mascarada y por nada del mundo podría ir sin una buena prenda. No quisiera dejar en ridículo a cierto caballero. —Angel acarició el rostro de Prince.

—Veo que hay una limpieza de ropa —señaló Prince a las escaleras. Él subió unos escalones y recogió un pedazo de tela. Sin pensarlo mucho, se lo llevó a la nariz. El aroma le parecía particularmente conocido. Era una tela común; no podía asociarlo a nada en especial. Ella se tensionó al ver aquel acto de Prince. Se trataba de un pedazo del vestido que se había roto la noche de los jardines de Vauxhall.

—Es un retazo de tela de mi madre —justificó arrebatándole eso de las manos.

—Tiene un aroma exquisito —dijo galante—, pero no superan a tus jazmines, Angel. —Se acercó a sus labios para besarla.

Un romántico beso se gestó entre ellos, lo que hizo que Angel se colocara de puntas para alcanzar mejor a Prince.

—Ese beso hace que lamente darle malas noticias a mi adorable abuela, pero todo sea por tu comodidad, querida.

—Solo será una vez. Pronto tendré a lady Blanford todo el tiempo conmigo. Trataré de no desesperarme con ese pensamiento.

—Es mejor aceptar los designios divinos; ella nos sobrevivirá a todos. Serán muchos años... —se burló de su suerte.

—Así será...

—Me retiro, nos veremos mañana por la noche. Con los días, la espera de verte se hace más larga, Angel.

—Será especial, mi querido Prince.

Él se despidió. Después que el cerró la puerta la sonrisa de la joven desapareció.

—¡Corina, por un demonio, no puedes hacer algo bien...! —se quejó mientras iba camino a la cocina para reconvenir a la doncella.

Después del terrible reclamo de Angel por un descuido con algo que la muchacha había creído simples trapos, fueron a la modista para poder comprar un vestido; no había tiempo para mandarlo hacer, solo lo modificarían si hacía falta. Antes de subir al carruaje, escuchó una voz que la detuvo.

—Señorita Angel —la llamó Patrick que iba acompañado de Colin.

Ella forzó una sonrisa en el rostro y se subió al vehículo para evitar quedar en la calle junto a ellos.

—Buen día, caballeros. Me temo que me encuentran de vuelta a mi casa —se disculpó para evitarlos sin ningún impedimento.

—Es una pena en verdad no poder disfrutar de su distinguida compañía —le sonrió Colin con coquetería.

Patrick lo miró molesto, pensó que tenía otro peso más al hombro.

—Marqués, compórtese por favor —pidió Patrick al ver el interés de Colin por la joven.

—Lo siento, no puedo evitar mi entusiasmo al verla. —Él sacó una moneda de su saco y se acercó a una mujer que tenía rosas. Tomó una de ellas y se la quiso entregar.

Angel iba a tomar la rosa con buen ánimo. Sabía que Colin era un hombre romántico por su amor a la música. Era caballeresco y muy agradable. Sin embargo, Patrick le quitó la rosa al otro y la arrojó al suelo.

—No debería hacerle galanteos a una dama comprometida. —Pisó la rosa hasta machucarla —. Así es como quedará usted, señorita Payne, una vez que se case con ese hombre. No he logrado disuadirla con palabras razonables, tendré que hacerlo con ejemplos entonces.

—Usted, Patrick Baxton, no comprende que no podría separarme de mi prometido ni con todas las excusas del mundo para casarme con usted. No soy una mujer para un vicario. Soy consciente de ello. Y usted, señoría, perdone la intolerancia del vicario. No merece un trato tan poco amable. Me habría encantado guardar su presente como el recuerdo de una floreciente amistad. Con permiso. Andando —pidió al cochero. Quería evitarse más momentos bochornosos como el que acababa de presenciar.

—¿Por qué hiciste eso, Patrick? —cuestionó Colin muy molesto.

—No desearás a la mujer de tu próximo. Fue el último intento por salvarla. Pronto será parte de la bajeza y la inmoralidad. Tanto intenté salvar a Karen, pero fue inmoral hasta su último día.

—Karen está muerta, esa bala la mató y también mató a Dante; déjalos descansar en paz.

—Era una mujer impía que sedujo al buen corazón de mi querido primo Dante. Debí descubrir su infidelidad y por eso terminó asesinada. En este caso, quizás el duque termine asesinado por paria y ella termine siendo libre.

—Sigue soñando, Patrick. Ese ángel se nos fue volando. Andando... —ordenó Colin que pateaba los pétalos de rosa que quedaron en la calle.

*

Se alistó para la mascarada con un vestido de seda y satén de color *champagne*. Un antifaz dorado le adornaría el rostro.

Al mirarse en el espejo después de mucho tiempo sin ver a la dama de Inferno, podía verla ahí, con esa máscara. La de la mentira. La tenía encima y le recordaba el pecado de haber lastimado a Prince. Se la quitó para evitar verse como lo que era, una mentirosa.

—Señorita Angel es una mascarada, no puede ir sin la máscara —le recordó Corina que se la volvió a colocar.

La culpa y las palpitaciones iban a acabar con ella. No se veía como aquella mujer, pero no podía evitar que ella apareciera en su mente.

—Está bien. ¿Mis padres, están listos?

—No. La señora Payne ha vuelto a acusar a su padre por infiel...

Angel suspiró cansada. Su padre no salía de la casa, pero su madre aún creía que podía engañarla. Después de que lograron resolver sus diferencias, llegaron retrasados al salón.

No bien pasó la puerta, Angel fue abordada por la voz de Minerva con el rostro angustiado.

—Buenas noches, señorita Payne. Mi madre me ha insistido para que la atacara. Desea que me dé clases de canto para mi tercera temporada, pues está segura de que no me casaré en esta.

—Oh, señorita Green, ¿su madre no se ha puesto a pensar que la música no es lo suyo? —las interrumpió Constance.

—Retira lo dicho —le exigió Angel a su amiga, avergonzada por la desfachatez.

—Es la cruda realidad. Mi madre no entiende que no sé cantar, ni tocar, ni bordar, soy una inútil. Ella me busca un oficio que me permita tener un marido —lamentó la propia Minerva que le relataba sus penurias a las mujeres.

A ese grupo se unió Claire. Salieron las cuatro al jardín para charlar un poco. Ninguna de ellas podía consolar a Minerva por la madre que le había tocado, tampoco por las pocas dotes para las artes.

Prince, acompañado de las mujeres que lo dominaban, pasó la puerta de la gran mansión donde las máscaras no permitían casi reconocer a nadie, de no ser por ciertas particularidades en los asistentes. Pudo reconocer a los señores Payne, estaban discutiendo o, al menos, la señora lo hacía porque su esposo parecía estar dormido detrás del antifaz.

—Pobre hombre —lamentó.

—Siempre fui mala para las mascaradas y los bailes con disfraces —masculló lady Blanford—. Carece de sentido disfrazarme, si todos me reconocen por mi bastón. Debí transformarlo en un pato.

—No se queje, milady —la animó Philippa—. Mire, ahí está la abuela de la señorita Minerva, podría intentar conseguir una esposa para su sobrino.

—No la habría reconocido; está tan vieja —compadeció a la otra mujer igual de anciana que ella.

—Iré a buscar a la señorita Payne. No creo que sea difícil encontrarla entre la multitud —se alejó Prince para ver si podía dar con ella.

Recorrió todo el salón, pero no podía hallarla. Continuó buscando con la mirada hasta salir afuera. Al atravesar la gran puerta del jardín, pudo ver a las cuatro mujeres charlando. Identificó a dos de ellas. También estaba su ángel de Inferno. La reconocía por la máscara. La forma del rostro se le ajustaba a ella sin problemas.

Él pensó en seguir buscando a Angel, pero observó detalles en la que fuera la mujer de Inferno. Tenía un anillo de compromiso en el dedo, el mismo que había pertenecido a lady Blanford cuando era duquesa. Aquel que el duque había comprado en un principio lo había descartado porque le parecía burdo para su nuevo vínculo con Angel. Llegó a la escalofriante conclusión de que esa mujer con la que estaba comprometido no era otra más que el ángel que lo había salvado. Negó con la cabeza esa posibilidad. Tenía que ser una mentira. No obstante, todo coincidía. El prometido que la humillaba, su desaparición y la alineación perfecta de la máscara con el rostro. Se acercó a largas zancadas hasta ellas y tomó a Angel de un brazo.

—Nos encontraremos en algún jardín, en algún baile... —pronunció agitado—. Explique esto —levantó la mano donde ella llevaba el anillo de compromiso de la duquesa de Hamilton.

La muchacha lo miró asustada, con ojos lagrimeantes, sin decir nada. En ese momento, Prince concluyó lo que no quería creer: Angel Payne, no era un ángel, sino el mismo demonio que había jugado con sus sentimientos.

CAPÍTULO 37

Claire tomó a Constance y Minerva de sus brazos para llevarlas a otro sitio y que no tuvieran que presenciar aquello que se convertiría muy probablemente en la comidilla de todos si alguien chismoso llegara a darse cuenta de la discusión.

Angel aún lo seguía observando temerosa.

—Reconozco esos ojos a través de la máscara.

Prince se la arrebató de un tirón, casi lastimándola. El momento en que reconoció los ojos y pudo comprender que eran los mismos que los de Angel y los del ángel de Inferno, no tuvo dudas. No había forma de que ella se justificara.

—¡Habla! —la asustó hasta hacer que ella retrocediera.

—Es muy complicado de explicar...

—Tengo el tiempo para que lo hagas. Vámonos de aquí. —La tomó del brazo—. Ponte la máscara, no quiero que crean que un extraño abusará de la intachable señorita Payne.

Sus palabras eran como agujijones envenenados. Sabía lo que le esperaba. Tenía que decir la verdad de cómo había llegado hasta ese punto. Él buscó el carruaje que estaba parado junto al resto en la fila. Le abrió la puerta para que entrara.

—Vete —ordenó a su cochero para que abandonara el vehículo y los dejara solos.

El duque entró a sentarse junto a ella. Se quitó la máscara y la arrojó en el piso. Angel no podía distinguir en pleno los sentimientos que reflejaban ese rostro.

—Voy a darte la oportunidad de que me digas lo que sucede, Angel. Y ansío que desmientas lo que ven mis ojos. No quiero ver tus lágrimas, quiero escuchar lo que tienes que confesar, sin contar que no eres una impoluta paloma.

Ella bajó su máscara en el asiento y se dedicó a verlo.

—Fui invitada a Inferno por Claire en mi primera temporada —comenzó contando—. Ella vio que estaba agobiada por no conseguir un esposo, por lo que decidió llevarme con Constance y ella a aquel mundo. Sin embargo, todos iban a reconocirme por mi cabello. En los bailes oficiales quería que alguien me conociera por lo que era y no solo por ser bella. Por la noche, en Inferno, decidí recogerme el pelo y utilizar máscaras como el resto. Un día, sentí el valor suficiente para creer que podía tener compañía, entonces bajé al sector de los caballeros y con mucho esfuerzo encontré al que me pareció atractivo. No sabía que eras Demonio, uno de los dueños.

Prince solo la escuchaba sin decir nada.

—Toqué tu hombro, buscando solo charlar. Sin embargo, tú no buscabas lo mismo. Cuando me dijiste quién eras, supe que debía huir por tu reputación. Pasé muchas noches huyendo por miedo a caer en los encantos de un libertino y arriesgar lo único que tenía para casarme.

—Recuerdo todas esas noches en que me rechazaste. Fue agobiante... —dijo casi por instinto.

—Pensé que llegaría a mi tercera temporada como las dos anteriores, sin ningún resultado, hasta que me vi obligada a un compromiso que tú hiciste sin conocerme y con la más obvia de las intenciones... —se detuvo porque las lágrimas le impidieron continuar. Después de calmarse continuó—: Intenté que me dejaras, no quería un matrimonio de conveniencia. Yo quería un matrimonio en el cual me aceptaran y me respetaran. Al lado de un libertino, mis días se volverían oscuros. Quería un esposo que fuera distinto a mi padre, y una familia diferente a la mía. Casarme contigo sería una desgracia, hasta la noche en que tuve que decidir si...

—¿Decidir qué?

—No quiero decirlo... —sollozó arrepentida.

—Me temo que creo comprender de qué noche hablas, la noche en que me salvaste.

Quería morderse la lengua. No era eso lo que realmente había ocurrido, ella misma había querido pagarle a esos hombres, pero otros se adelantaron para deshacerse de él.

—Pude haber sido libre esa noche. Sin embargo, no podía dejarte morir, no me lo perdonaría.

Ella miró el rostro de Prince que estaba estupefacto y ceniciento. Él expulsó aire por la boca; estaba muy confundido.

—Ahí fue donde te vi de manera diferente, no solo como un libertino que deseaba que me acostara con él. Por primera vez, pude saber que tenías sentimientos. Eras tan malo con Angel Payne, pero tan dulce con esa mujer misteriosa que no pude evitar usarla para obtener tu atención. ¡Perdóname por eso! —Intentó tomar una mano de Prince, pero él estaba tieso, no podía moverse—. Dime algo... No me mires así y trata de comprender...

—¿Comprender? ¿Acaso pensaste tú en entender el dolor y la frustración que me causaste?

—¡No eres el único que sufrió! —lo enfrentó vehemente—. Cuando intentaste dejarme no quedó otra opción que desaparecerla. No podía perderte. Me dispuse a enamorarte. Lady Blanford me descubrió y me recomendó hacer la carta para que ella desapareciera de tu vida y yo me quedara.

—Para consolarme... —terminó la frase con el rostro afectado, acercó la mano hasta la cara de Angel para tocarla—. Es terrible para mí admitir mi amor por ti, Angel —la besó incansable.

Ella correspondió a su beso sin dudar, porque lo deseaba, porque lo amaba. Sentía que aquel podía ser un paso hacia el perdón.

—Prince, mi amor es tuyo. El corazón de un libertino es el más puro. —Ella le tomó el rostro y lo acarició para consolarlo.

Él bajó de vuelta la mirada y abrió la portezuela del carruaje para salir.

—¿Adónde vas?

—Las palabras no han sido invitadas a salir de mis labios, por esta noche me iré.

—No quise engañarte, por favor... —Tomó una mano de él.

El duque no se animó a soltar su agarre; sin embargo, le dejó un beso en la mano y se retiró. Él no le dijo nada. Angel quedó aun más destrozada. Tal vez, si él usaba palabras hirientes en su contra, ella se sintiera más tranquila, pero aquel silencio con el que la abandonó solo le hizo más daño.

Él deambuló por el salón buscando a su abuela. La vio hablando con otras damas y prefirió retirarse de la fiesta. Tenía mucho que pensar y nada que decir. Se fue hasta su residencia caminando sin importar los peligros para él. Las amenazas en su contra no desaparecieron. Nada de eso era importante, lo único importante era lo que sentía por Angel Payne.

Entró a su despacho para disponerse a escribir sus pensamientos. El tintero se convertiría en sus palabras y la pluma en su voz. Al terminar la carta se quedó dormido en ese mismo lugar.

Angel no bajó del carruaje de Prince para volver a la fiesta. No tenía ánimo de ir, no quería saber nada de las máscaras; se encontraba en la incertidumbre de un futuro incierto, consumida por la ansiedad.

La portezuela del carruaje se abrió. Lady Blanford la descubrió adentro llorando.

—Oh, niña, ¿qué ocurrió? —Subió junto a ella para tomarla de las manos.

—Él me descubrió. Siento que lo perdí, lady Blanford.

—¿Te dijo algo horrible ese sinvergüenza? Porque me oírás si dijo algo malo...

—No lo hizo, no me dijo nada. No reaccionó. No sé lo que piensa.

—Temo a esos arranques de tranquilidad. Iré a la casa. Mi nieto no está aquí, se fue.

Ella se hundió más aun en la incertidumbre. Él no había reaccionado como lo habría hecho cualquier otro: despotricando y reclamando.

Por la mañana Prince salió de su despacho somnoliento. Subió a la habitación y encontró a lady Blanford durmiendo en su cama.

—Milady, despierte —pidió en voz alta.

La dama abrió los ojos. Se dispuso a levantarse de la cama.

—La señorita Angel me lo contó todo —dijo la mujer.

—Supongo que contó la parte donde ella la delató, ¿no es así, marquesa? Fue usted con sus consejos quien indirectamente se alegró de verme sufrir.

—Descubrí a la señorita Angel, porque Philippa me lo contó. ¡Debía hacer algo, ibas a dejarla por una desconocida!

—No podrá convencerme de nada ahora, lady Blanford. Si usted no se va de mi casa, yo me iré. Tiene a Colin, que está obligado a velar por usted...

—¿Estás expulsándome de la que fue mi residencia alguna vez? No me insultes.

—Me iré, me voy a Inferno hasta que usted se decida a abandonar esta casa.

—¡No lo haré!

—Entonces deje que me dé un baño para salir. Aún sigue siendo mi habitación.

—No actúes como tonto, Prince. Piensa en lo que vas a hacer. Yo no podré hacer nada por ti; desapareceré de tu vida si lo deseas.

—Deseo no volver a verla, abuela. No creí que estuviera en mi contra.

—No hay quien te ame más que yo. Puedes pensar lo que gustes, querido —le dijo con dignidad y tomó el bastón para salir del cuarto de Prince que tenía un importante diligencia que hacer.

Angel durmió muy poco y despertó desganada. Lady Blanford y Philippa la consolaron durante el camino a la casa. Avisaron a sus padres que la acercarían hasta su hogar porque se sintió indispuerta.

Corina le dejó las ropas para usar detrás del cambiador; sin embargo, no sentía fuerzas suficientes para vestirse y bajar junto a sus padres. La puerta de su habitación se abrió. Corina entró.

—¿Usted bajará solo para el almuerzo? —le preguntó al verla sentada en la cama sin vestirse.

—Es muy probable.

—Sus padres han desayunando y se encuentran con una visita en el despacho.

—¿Una visita?

Corina cerró la puerta y se acercó a la cama de Angel para contarle.

—Han recibido al duque de Hamilton, su prometido, señorita Payne.

El corazón de Angel se detuvo, Prince estaba en la su casa y ella estaba desarreglada.

—¡Corina, vísteme! —exigió saltando de la cama para colocarse detrás del cambiador.

—Supongo que no vino a verla a usted, porque preguntó por el señor y la señora Payne.

—Al salir de ahí, tal vez querrá poder hablar conmigo; anda, ayúdame.

La doncella hizo lo que le pidió. La vistió con un vestido con flores, muy sencillo para usar dentro de la casa. Aguardó que le arreglara el cabello para bajar con la esperanza de que él quisiera verla. Cuando abrió la puerta para salir, su madre entró con el semblante molesto.

—El duque dejó esto para ti.

Le entregó un sobre. Angel comprendió que él no quería hablar con ella. Su respiración se agitó y la desesperación corrió por sus venas. Que sus piernas fueran hacia las escaleras fue inevitable; debía verlo. Al alcanzar el último escalón pudo verlo de espaldas en la puerta.

—¡Prince! —lo llamó con la esperanza de que se quedara.

Él se dio vuelta para verla. Pero simplemente hizo un saludo con una inclinación de cabeza y se retiró. De repente, solo estaban ella y la desesperanza en la estancia, como dos viejas amigas. El duque se había ido sin nada más que decir.

—¿Qué le hiciste a ese hombre, Angel?—indagó su padre.

—¿Por qué lo dice? —respondió con otra pregunta.

—Porque ha pedido que se anule el compromiso entre ustedes. No quiso explicarme las razones. Es un hecho.

Angel no había probado bocado desde un día antes, y eso la había debilitado, además de todas las lágrimas que derramó. De golpe, se desvaneció al pie de la escalera.

—¡Angel! —El señor Payne corrió para sostenerla—. ¡Corina!

No sabía cuánto había pasado inconsciente, pero recordaba lo que su padre le había dicho. Lentamente abrió los ojos, estaba recostada en un sillón, en uno de los salones de su casa. Frente a ella sus padres discutían sobre su futuro. Su madre tenía en la mano la carta que Prince había dejado para ella.

—Mi carta... —reclamó.

—No sé de qué pueda servirte; no tienes futuro —escupió sin compasión.

Ella se incorporó aún mareada para tomar la misiva e irse de ese lugar para poder leer lo que decía. Fue hasta el salón del té con la carta. Temblando, rompió el sello del duque de Hamilton. A simple vista era extensa.

Mi amada señorita Angel,

las palabras no salen de mi boca y la razón es mi sorpresa al descubrirte. No puedo decir que no estoy desilusionado por tu engaño.

Evito pensar que estuviste burlándote de mí mientras te contaba las peripecias de mi encantamiento por esa dama. Quiero creerte inocente de lo que te acusan mis pensamientos y, por sobre todo, saberte sincera en tus sentimientos por mí.

Te vi, desde un principio, como la salida más sencilla a mi problema con el matrimonio. He sido cruel, despiadado y sincero con saña frente a ti sin conocerte, por lo que se me hace increíble que hoy me digas que me amas. ¿Cómo saber que no es una cruel venganza por mis andanzas? Supiste todo este tiempo lo que yo ignoraba. Estabas en dos senderos al igual que yo, pero nuestras diferencias radican en la honestidad.

Antes tenía solo el orgullo herido, ahora tengo el corazón marchito y las dudas me consumen sin cesar. He aprendido a amarte, no obstante, soy rehén del sufrimiento que me causó tu silencio cuando podías ver que sufría. Eras cómplice de la mujer que yo más respetaba, lady Blanford.

El dolor se esconde detrás de este corazón que dices amar. Me enseñaste a amar y a sufrir por amor, ángel mío. Hoy puedo ver tu belleza y tus talentos florecer, porque aré la tierra como tú me dijiste. De aquel jardín oscuro donde te encontrabas supiste sobrevivir. La gracia te alumbra y te domina.

No hay caballero que se resista a tus encantos, amada mía. Te cuidé con celo y te regué con afecto para hoy dejarte en libertad por miedo a otra herida que no podría tolerar. No soportaría saber que tu amor es una farsa que solo busca venganza por haber sido ruin cuando eras solo una rama sin sentido en un hermoso y galante jardín.

No dudes de mi amor que ha sido sincero desde que descubrí que podía amar más que a solo una encantadora apariencia. El ángel de Inferno era solo la fijación de mi desesperación por amar, pero tú has sido la realidad de ese amor.

Volveremos a encontrarnos, en algún baile, en algún jardín o, quizá, en algún sueño.

Prince.

Soltó la carta en el salón y se retiró. Allí la transformaba en alguien que tomaría una cruel venganza, pero la realidad era otra: él solo había sido víctima de sus miedos y de su mentira.

Como alma en pena pudo subir hasta su habitación a esperar que la vida le pasara frente a los ojos. Ella solo deseaba el amor de Prince.

La señora Payne recogió la carta que ella abandonó en el salón e inició sus conjeturas sobre aquellas palabras. Después de pensarlo por un tiempo, concluyó que Angel no era lo que creía. Los vestidos maltratados y la extraña cantidad de máscaras que le contó Corina que Angel tenía le hizo pensar en una doble vida que el duque descubrió, por lo que decidió abandonar a su hija.

Con ese pensamiento, la buscó para salir de dudas. Tomó las escaleras con prisa y con el papel en la mano.

—Angel, quiero comprender lo que dice esta carta —exigió.

La muchacha cansada de tanto llorar levantó la cabeza de la cama. Apenas se podían ver los ojos más azules cubiertas por las lágrimas.

—Es un asunto privado.

Su madre, nerviosa, tomó a Angel de los brazos y la zarandeó.

—¿No entiendes lo que ocurrió? ¡Te abandonaron, no vas a casarte, porque nadie querrá casarse contigo! —le gritó—. Dime qué ocurre, dime el por qué.

—¿Qué más da? Me quedaré solterona. Se lo contaré. Yo era una mujer enmascarada que enamoró al duque en el club Inferno y me descubrió.

La señora Payne palideció y se alejó de su hija.

—¿Eras una prostituta?

—No. Solo iba a distraerme como no podía hacerlo en los salones por ser fea.

—No culpes a nadie por eso. Conoces que una mujer sin virtud no es nada...

—Estoy intacta, no ha ocurrido nada —aclaró.

—No puedo dejar que se hable mal de ti.

—Madre, seré solterona, estaba destinada a eso.

—¡No! Yo no voy a dejar que estés en boca de todos, no. Solucionaré esto, buscaré otro pretendiente para ti.

—No, madre, no lo haga —pidió desganada.

—¡Tu padre no vivirá para siempre!

—Nadie en pleno uso de su razón se casará con la prometida abandonada de un libertino.

—Yo sé dónde está ese hombre que te aceptará —aseguró caminando para irse—. El vicario es el único que puede hacer algo por ti...

Angel se levantó al escuchar aquella solución desesperada por parte de su progenitora.

—¡No, madre, se lo ruego, no podría ser la esposa de un vicario! —Corrió desde la cama hasta su madre.

—Será un buen castigo para ti ser una mujer respetable, Angel —empujó la señora Payne a su hija y cerró la puerta con fuerza.

La muchacha se arrodilló frente a la puerta para golpearla por la frustración que la consumía; la obligarían a casarse con Patrick Baxton.

CAPÍTULO 38

Con desazón Prince abandonó la casa de Angel. La escuchó llamarlo, pero, si empezaría de nuevo su vida, no podía hacer caso a lo que pertenecía a su pasado. Estuvo a un mes de convertir a Angel en su futuro. Sufrió con la decisión de dejarla ir. Su conciencia le decía que ella debía tomar otro camino distinto a lo que quizás pretendía. Con dolor la imaginaba con una venganza de su parte por todas las humillaciones y palabras que le había dedicado sin saber que le hablaba a su prometida, que el ángel de Inferno y Angel eran la misma mujer.

Había soportado el desdén del duque como si fuera un castigo; aun así había decidido enamorarlo. Nadie sabía con qué intenciones.

Llegó hasta la maltratada fachada de Inferno, donde iba a ser su residencia hasta que lady Blanford se decidiera a abandonar su casa. Sabía que la astuta anciana podría interferir en sus decisiones y no deseaba que lo hiciera cambiar de opinión. Era el momento de madurar por su propio pie, hacer lo correcto o incorrecto.

Entró a un paisaje muy distinto al que solía estar acostumbrado. Aquel lugar abarrotado de cada noche, se encontraba vacío y sucio.

—Demonio, ¿qué haces aquí? —lo saludó Eliette.

—Será mi casa.

—Déjame servirte, me encargaré de tus cosas y luego podrás contarme lo que ocurre. No has tenido buena noche, querido; lo puedo ver por tu rostro.

—Es mucho más que eso. Iré a mi habitación a reposar un poco. Aguardo una noche generosa para mí.

Después de entrar al cuarto, recordó que aquel era el lugar donde él le había hablado de amor a Angel por primera vez. No podía comprender cómo lo había engañado, y cómo no se había dado cuenta de que eran la misma persona. Su mente no concebía que dos personas tan opuestas vivieran en un solo cuerpo; esa había sido la razón por la cual le fue imposible distinguirlas.

Angel supo cómo confundirlo. Cambió la voz, ese propio cabello era una confusión para él. ¿Cómo pudo ocultar semejante cabellera estafalaria con solo unos tirones y unas horquillas? En fin, no tenía sentido seguir pensando en eso, el daño estaba hecho.

El daño no lo recibió él, sino se lo hizo a ella sin la más mínima conmiseración. Por eso, creyó mejor acabar con el compromiso, no soportaría otro rechazo de Angel. Sería mejor olvidarla antes de que fuera demasiado tarde.

Su vida de libertino quizá le devolvería un poco del brillo que ella le había robado. Entró como un ladrón a su vida, y se lo había llevado todo. No podía fiarse de su amor, ella podría abandonarlo tal y como había hecho la primera vez: con dureza y sin compasión.

Angel, luego de lamentar profundamente su proterva suerte, bajó para buscar algo qué hacer: llorar no podía ser permanente.

—Gilbert, ante la desgracia de Angel debemos hacer algo... —escuchó la voz de su madre cuando pasó frente al despacho cerrado. Sin pensarlo, pegó los oídos a la puerta. Giró la cabeza y vio que no estaba sola, Corina también estaba escuchando. Negó varias veces, pero la doncella tenía mucho que escuchar y le pedía silencio entre gestos.

—Janeth, querida, ¿qué crees que puedo hacer yo?

—No eres bueno haciéndote el tonto, Gilbert —lo acusó con los brazos cruzados—. Ella necesita un esposo.

—Insisto, ¿cómo puedo ayudar aquí? Tú dijiste que te encargarías de un esposo digno de nuestra hija. Pues bien, tu digno la dejó plantada.

—¿Estás acusándome? ¡Lo que me faltaba! —se quejó arrojándose al sillón como una víctima—. Voy a morir si mi Angel termina mendigando. He hecho muchos esfuerzos para que mis hermanas no terminaran solteronas.

—Sí, querida. Aún sigo con vida, es toda una tristeza para ti y tus hermanas, a las cuales les proporcioné generosas dotes —le recordó.

—No digas eso...

—Estoy lo bastante viejo para saber que mi esposa se acuesta conmigo por dinero. No estoy en desacuerdo con eso, querida. Tal vez hable con Charles y arreglemos un compromiso con Helmut o el otro, el parlanchín...

—El conde de Inverness... ¿Lo harías, Gilbert?

—Todo lo que tú me pidas. Siempre estoy ansioso de que me pidas lo que quieres. ¿Qué son unos favores económicos para conseguir tus favores febriles? —Sonrió Gilbert que se levantaba del sillón para masajear los hombros de su esposa.

—Eres un desvergonzado... —lo alentó cerrando los ojos para disfrutar del masaje.

—Estoy mal acostumbrado. Hablaré con mi buen amigo, conseguiremos un buen esposo para Angeline.

—Es Angel —le aclaró—. He pensado que puede ser una buena esposa para el vicario de la rectoría de Inverness.

—Ni hablar, no me agrada ese hombre, pero, si es la única y última opción, podríamos intentarlo. Preferiría que fuera un hombre rico, no a quien tuviera que mantener.

Ella se alejó de la puerta más desilusionada que nunca. Sus padres no dudarían en venderla, la única opción que le quedaba era huir antes que convertirse en una Baxton y tener el estigma de una familia perfecta encima.

Sollozó con fuerza y corrió hacia el jardín. Corina fue corriendo tras ella.

—¡Señorita Angel! —la llamó al ver que corría hacia el portón de la casa—. ¿Qué está haciendo?

—¡Me voy, no lo soporto! —exclamó temblando.

—¿Adónde irá sin dinero? Piense —le dijo acercándose a ella para tomarla del brazo—. A mí tampoco me agradan los Baxton, pero no debería irse con las manos vacías. Espere unos días a que consigamos unas libras para que usted pueda vivir sin problemas.

—¿Y tú cómo vas a ayudarme? Tienes menos que nadie.

—Las joyas que el señor Payne ha sacado del alhajero de su madre. Ella no sabe qué joyas tiene. El señor siempre me pide que extravíe algunas para que su madre tenga que pedirle dinero y así él pueda, usted comprende... —carraspeó la garganta.

—No puedo creerlo.

—Es la única forma. Aprovecharemos el despiste de su madre y los deseos ardientes de su padre.

Angel miró a la doncella, parecía segura de lo que iba a hacer, más consciente que ella misma. Al ser convencida por Corina ella, permaneció en la casa, encerrada para no ver a nadie. Aunque debió bajar para cenar con sus padres. Escuchaba el tintineo de los cubiertos junto a las miradas indiferentes de sus padres.

—Iremos a la iglesia mañana, Angel. Debes rezar para hallar un nuevo pretendiente que no sea el vicario —le anunció Janeth sin mirarla.

—No me quiero casar con él, y no lo voy a hacer.

—No importa lo que digas, terminarás haciendo lo que tu padre y yo ordenemos. Me acompañarás para que pueda ver que estás soltera.

—Es un ave de rapiña, estará encantado al saber que fui abandonada.

—Angeline, hija mía, no tomes a mal lo que dice mi querida esposa; ella se preocupa por ti. Yo veré por otras vías conseguirte un buen pretendiente.

—Espero no me hagan ver desesperada —ironizó impotente.

—Tendrás un techo digno; la desesperación es solo un estado transitorio —dijo Janeth casi regañándola.

—Bajaré temprano para ir —se despidió dejando la mesa sin terminar la cena.

*

La marquesa no pensaba quedarse con los brazos cruzados, desconocía lo que ocurría dentro de Prince. Si lo tenía lejos, menos sabría qué ocurría.

—Opino que debemos ir y buscar a su nieto, lady Blanford.

—Philippa, yo no pisaré un lugar como ese. Tuve muchos maridos, pero eso no me quita la dignidad.

—No sea rencorosa, milady. Solo de esa forma sabremos cómo quedó el compromiso con la señorita Payne.

—Me resulta más sencillo ir y golpear a la puerta de la joven para preguntar, y es lo que haremos después de la iglesia. No desistiré hasta ver a Prince casado con Angel; es mi última palabra. Moriré en mi ley, Philippa —aseguró lady Blanford subiendo al carruaje para ir a la iglesia.

Por el camino la mujer no dejaba de maquinar ideas sobre su nieto. A su edad estaba muy cansada para estar solucionando el futuro del duque en lugar de preocuparse por el resguardo de su alma. Ir a la iglesia era tejer un camino hacia la salvación.

Angel vio el carruaje del duque de Hamilton parado, vio a lady Blanford y a Philippa bajar. Quiso ir junto a ellas, pero su madre la tomó del codo.

—No te acercarás a ellas; no tienes nada que ver con esa familia.

La metió casi a rastras a la iglesia. La sentó en la banca y fue junto al obispo.

—Mire, milady, la señorita Payne está sentada en una banca. No tendremos que ir a su casa —sonrió Philippa.

—Los milagros existen cuando uno va a la iglesia —apresuró el paso la mujer mayor para sentarse al lado de la muchacha—. Señorita Angel —la saludó lady Blanford.

—Oh, lady Blanford, Prince...

—¿Qué ocurrió, querida?

Angel observó a su madre hablar con el obispo y se apresuró a comentarle a la marquesa.

—Rompió nuestro compromiso. Lo hizo a través de una carta que le dejó a mis padres. Mi futuro se ve horrible, mi madre quiere ofrecer mi mano al vicario de Inverness. Yo no quiero, primero muerta antes que hacerlo —refirió casi atragantada por el temor—. Voy a juntar dinero para huir; no me quedará aquí a esperar lo peor.

Philippa estaba horrorizada, mientras lady Blanford tenía una mueca de molestia en el rostro.

—Cálmese, señorita Angel. Hablaré con Colin para que le preste una de sus propiedades hasta que encontremos una solución. Sobre mi cadáver usted se casará con ese hijo de Satán. Haré entrar en razón a mi nieto. Vaya esta noche a la casa de Prince, él fue a vivir a otro sitio, no tolera estar donde yo me encuentre. La voy a ayudar de acuerdo a mis medios; todo lo que usted pueda aportar será de ayuda.

—No sé qué haría sin usted —tomó la mano de la anciana—. Gracias, lady Blanford, escaparé esta noche hacia su casa.

Durante el sermón, Angel escuchó cómo su madre la ofrecía al vicario; el hombre solo asentía varias veces y luego le dirigía una que otra mirada. Se sentía incómoda y desesperada por huir, no podía ni siquiera esperar que la sombra fuera su aliada para librarse de aquel peso de ser la esposa de un vicario. Ella no podía concebirlo, era una libertina por convicción.

—Tengo noticias para ti, Angel. El vicario es un hombre de Dios, tan generoso. Se ofreció a desposarte —comunicó Janeth, orgullosa de haber conseguido un nuevo pretendiente.

—Qué desgracia —opinó pálida por la frialdad con la que su madre se encargaba de su futuro.

—No tener un esposo es una desgracia. Piensa en esas solteras desgraciadas, amantes de otros hombres. Tú tendrás una rectoría de la cual encargarte junto a él, estarás muy bien...

Le parecía en vano discutir con ella. Simplemente desaparecería y no volvería a ver a ninguno de sus crueles progenitores.

Por la noche, Corina le acercó las joyas maternas que ella metió en una bolsa que arrojó por la ventana de la habitación.

—Bien, este es el momento. ¿Mis padres duermen?

—El señor está roncando, señorita, y la señora estuvo bebiendo un poco de vino en la sala, pero se fue a su habitación —susurró cómplice.

—Es suficiente para mí. Gracias, Corina, tanto desconfié de ti; sin embargo, ahora veo cuán buena has sido conmigo.

—Soy chismosa, pero tengo buen corazón y juicio —se jactó.

Caminaron por los oscuros pasillos hacia dónde estaba el área de la servidumbre. La señora Payne escuchó ruidos desde su habitación y salió para recorrer la casa. Fue hasta la habitación de Angel que vio vacía con las ventanas abiertas. Extrañada se acercó a la ventana, y vio que una bolsa estaba entre las plantas de su jardín.

—¡Mis flores! ¡Angel, dónde estás! —exclamó mientras buscaba a su hija.

Tomó la puerta del frente de la residencia, y se acercó hasta lo que era la bolsa con ropa. En un segundo comprendió las intenciones de la muchacha: iba a huir.

Angel rodeó la casa para ir hacia la salida. Sin embargo, vio a su madre con el bolsón en la mano y supo que estaba en aprietos.

—¿Sabes cómo terminan las damas que escapan de sus casas? ¡Como prostitutas! —La golpeó en el rostro—. ¡Vuelve adentro en este instante!

Se acarició el rostro donde su madre la había golpeado; le dolió bastante. La señora Payne al ver que ella no movía un pie, la empujó para que fuera hacia la puerta y entrara.

—¡Es tan difícil que seas decente, una señora, Angeline!

—¡Soy Angel!

—Eres Angeline, y asunto solucionado. —La arrastró hasta su habitación empujándola por última vez hasta adentro—. ¡Corina!

La doncella, cargada de miedo, se acercó a la enfadada señora de la casa.

—Dígame...

—Trae la llave de esta habitación; no quiero que salga y estropee su futuro —explicó con los brazos cruzados bajo el pecho.

Encerraron a Angel, que no tenía modo de avisar a lady Blanford que no acudiría a la cita con ella. No había forma de que la salvaran, estarían vigilándola todo el tiempo. Sintió que las lágrimas habían acabado, no podía llorar. Comenzaba a buscar salidas extremas, tal como cuando no quería estar comprometida con Prince. Quería volver a aquel barrio y pagar a esos hombres para que mataran al vicario. Parecía demente dándole vueltas a ese asunto, pero, si ese hombre la desposaba, ella haría lo que fuera por salvarse de una vida tan religiosa. Se sabía correcta, educada y muy inteligente, aunque a veces sentía atracción por lo oculto e inmoral. No podría compartir noches con un hombre que probablemente la obligaría a arrodillarse para pedir perdón por sus pecados.

Muy temprano en la mañana, las puertas de la casa de Angel fueron golpeadas con educación y sobriedad por un caballero. Corina lo vio entrar al despacho del señor Payne, pero solo advirtió la espalda del visitante. Subió corriendo y se pegó a la puerta cerrada de Angel.

—Señorita Payne... —la llamó sin tener respuesta—. ¡Señorita Payne!

Los golpes a la puerta la despertaron.

—¿Corina? —preguntó.

—¡Ha venido el vicario! ¡Ha venido a pedir su mano! —anunció fatalista.

Angel tenía el corazón paralizado. No podía recuperarse de la impresión.

—¿Me escucha? ¡Por favor, no se mate, señorita Angel! —pidió desesperada.

—Estoy, aquí —chilló apenas.

La señora Payne se asomó con la llave para abrir la puerta. Su aparición asustó a Corina que se alejó de la puerta.

—Eres una chismosa. Entra y arregla a Angel para que baje y reciba a su prometido. —Abrió la puerta y entró detrás de la doncella—. Todo salió mejor de lo que esperaba, mi niña —se sentó y acarició el rostro de la muchacha—. Estoy segura de que ya no huirás de tu futuro; será radiante. El sol sale todos los días, aunque no lo veamos por las nubes.

—¿Con qué cinismo viene a decirme esas palabras? Imagino que con el mismo cinismo con que le pide favores a mi padre y se los paga... —acusó enfadada.

—Aprende a negociar, cariño. Es lo hice. A ti también te tocará hacerlo. Prepárate, pon buena cara y te espero abajo.

Retrasó lo más que pudo su ida al salón, pero no podía hacerlo por mucho tiempo. Sus ojos estaban muy rojos por el temor de que todo le saliera mal. Con rabia y los dientes chirriando, bajó las escaleras hasta casi el final, tomó valor y alzó el mentón para mostrar seguridad.

—Angel, ven —pidió Gilbert que extendió la mano para que ella se acercara—. Quiero que conozcas a tu prometido.

—Espero que no le moleste que me tomara el atrevimiento de pedirla en matrimonio, señorita Payne. —Le tomó la mano y le dejó un beso.

No podía emitir una sola palabra, estaba muda.

—El marqués de Blanford ha sido un caballero y no pude negarme a otorgarle tu mano. Vino, a pesar de conocer la desgraciada situación en la que te encuentras —comentó su padre.

—Te lo dije, Angel, el sol sale cada día aunque no puedas verlo... —dijo Janeth, que se colocó junto a ella para acariciarle los brazos fríos.

CAPÍTULO 39

No le salían las palabras para poder reclamar o agradecer a Colin. Él estaba parado con elegancia en aquel lugar.

—Querida, ve por Corina. Dejaremos que se conozcan —ordenó Gilbert.

La señora Payne dio golpecitos a Angel para que no lo echara a perder y se retiró. El señor Payne salió un poco después que su esposa haciendo una inclinación de cabeza amistosa al visitante.

—No podía dejar que su vida se desperdiciara junto a mi querido Patrick, señorita Payne —contó Colin—. Sé que esto me costará probablemente su amistad por un tiempo.

—Aún no comprendo; temía encontrar al vicario y lo veo a usted.

—Me lo contó ayer. Él iba a pedir su mano hoy. Pero, como le dije, usted no es mujer para un vicario. Su jovialidad y su sonrisa no pueden enjaularse bajo las doctrinas de una iglesia. Usted con su canto es un alma libre. Prince fue un tonto al dejarla ir. Mi tía es muy comunicativa, y no escatimó en improperios para referirse a su nieto. Me mandó llamar muy temprano para que viniera aquí para saber de usted. Me dijo que tenía un plan de llevarla a una de mis propiedades; sin embargo, usted no apareció y eso la preocupó.

—Esa mujer es mi salvadora. —Entregó una sonrisa tímida—. Mi madre me descubrió queriendo escapar y me encerró en la habitación para que esperara a estar comprometida.

Corina entró al salón y se paró cerca de ellos como un alma chismosa.

—No creo que esté feliz conmigo, apenas me conoce.

—Debería estar feliz porque no es el vicario —opinó la doncella sin que nadie le pidiera su opinión.

—¡Corina! —exclamó presa de la vergüenza—. No le haga caso, señoría, es una lengua suelta.

—Debo pensar que está aliviada al verme a mí. —Le sonrió.

—En vista de las circunstancias, sí. Tengo más en común con usted que con el vicario. No soportaría ser la esposa de Patrick Baxton porque yo soy de un espíritu libre, aunque las reglas determinen mi comportamiento la mayor parte del tiempo.

Él la tomó de una mano para que se sentara junto a él en el sillón.

—Sé también su entusiasmo por Prince. Sin embargo, él prefirió dejarla libre. Eso es lo que me comentó mi tía.

—Lady Blanford no es muy reservada al parecer.

—No está complacida con lo que hizo el duque. Intentará convencerlo de alguna manera para que la busque.

—Eso no sería honesto de su parte. ¿Ella sabe que usted pidió mi mano?

—No. Espero que siga así hasta que ella lo deduzca. Quisiera anunciar nuestro compromiso poco antes de la fecha pactada para su matrimonio con el duque. No quisiera que usted estuviera en boca de todos por mucho tiempo; deseo toda la tranquilidad posible para este cambio inesperado.

—Es un cambio brusco. Usted no es el hombre con el que tenía la idea de casarme durante estos meses. Estoy agradecida de que piense en mi reputación después de haber sido abandonada; solo una persona de buenos sentimientos lo haría.

—Y yo agradezco la confianza. Espero darle un buen matrimonio. Hasta el momento la he salvado, siento haber cumplido.

—Su caridad ha sido más de lo que debería...

Corina rodó los ojos por la actitud tan agradecida y zalamera que tomó Angel. Pensó que ella debía agradecer que un marqués la salvara de las garras de un vicario miserable.

Después de que Colin se retiró, Angel respiró un poco aliviada. Él era un buen hombre, aunque sus pensamientos le pertenecieran a Prince. Debía razonar que tal como se había enamorado del duque, podía hacerlo de cualquier otro. En eso consistían los matrimonios por conveniencia. Sabía que el marqués la trataría como a una reina, con dulzura y sin los improperios que en algún momento Prince le había dedicado sin tener en cuenta también sus sentimientos.

—¿Qué es esa cara, señorita Angel? ¿No está feliz con un prometido verdaderamente galante? Ni mencionemos que es más bien parecido que ese duque estirado —opinó la doncella.

—Me siento presionada, Corina. Creo que podré tener un matrimonio feliz con cualquier hombre tan solo con proponérmelo. No mentiré, aún deseo que ese hombre estirado sea quien toque a la puerta para pedir mi mano.

—¿Quién la entiende? Tiene al prometido que soñó: usted quería un buen hombre y lo tiene.

—No deberías aconsejar a nadie —bufó antes de abandonar el salón.

*

En Inferno, la mañana se le hacía extraña. Eliette estaba recostada junto a él, lo había escuchado toda la noche mientras le contaba su vida. No había logrado concentrarse para jugar ni tampoco para mantener otro tipo de acercamiento con alguna dama. Pensaba solo en Angel, en que la había dejado en libertad y en que no comprendía la razón.

Tuvo a la mujer que amaba. En un arranque de desconfianza, no se le ocurrió nada mejor que resguardarse a sí mismo antes que comprender las razones de ella. Se reconocía como un ser egoísta, mucho más de lo que había sido Angel guardando ese secreto y los sufrimientos en silencio.

Abandonó la cama y corrió la cortina con los dedos. Afuera había un día espléndido que él no deseaba disfrutar.

—Acostada junto al Demonio, que no me ha hecho nada. —Se estiró Eliette en la cama—. Admítelo, querido, ya no eres un libertino, sino un tonto.

—He llegado a esa conclusión de la misma forma.

—Puedes ir con el rabo entre las piernas a pedirle perdón a esa dama afortunada, se lleva a un excelente amante —le dijo con un mohín triste.

—Eso no es posible; en todo caso, si lo hiciera, el señor Payne compraría perros y me los soltaría encima. Abandoné a una mujer a un mes del matrimonio, no es algo perdonable.

—Son culpas de tus malas decisiones. Iré a preparar algo de comer y te lo traeré. No será como lo que estás acostumbrado, pero te alimentará.

Prince recordó a lady Blanford. Aún estaba molesto porque se había complotado con Angel en vez de contarle la verdad a él. Su abuela había traicionado a su propia sangre con los propósitos más nobles. Unas dos semanas después de estar alejado de la marquesa y de vivir encerrado en Inferno, ante la terrible noticia que había escuchado dentro del club, Prince decidió que quería a Angel junto a él; supo que se trataba de la mujer de su vida.

Estaba en su carruaje rumbo a la residencia de los Payne, cuando recordó lo que escuchó de la boca de Dexter:

—El señor Payne fue a casa de mi tío hace unos días atrás. Cuando abandonó la casa, mi tío nos citó a Helmut y a mí para que le hiciéramos un satisfactorio favor a su amigo Payne... —contó Dexter muy animado por las copas que tenía encima—. ¡El favor era lo que yo necesitaba, en mi caso lo iba a aceptar encantado! —se mofó—. Pero no podía hacerle eso a mi querido duque, no podría tomar a su antigua prometida.

—¡Queremos saber más, querido! —pidió Claire que jugaba cartas en otra mesa e intervino en la conversación de los caballeros.

—Está bien, el favor consistía en que uno de nosotros desposara a la señorita Payne; por cierto, una mujer preciosa a la que encantado le haría muchos pequeños Baxton. Helmut no aceptó porque dice estar interesado en una dama en especial, a la cual desconozco, aclaro, y yo como dije, no puedo traicionar a mi buen Prince. ¡Salud! —Todos los de la mesa rieron—. ¡Aún no acabo! —anunció después de tomarse toda una copa de un trago.

—Es suficiente —dijo Prince que había escuchado desde el umbral.

—Debo contarte esto para que próximamente te retuerzas en la tumba. Lo sabrás tarde o temprano, pero deseo ver tu rostro; vale oro. Como les venía diciendo: ¡no es todo! Mi tío nos contó que un ángel caritativo cayó en casa de los Payne para salvaguardar la reputación de la pobre Angel —exageró con gestos alevosos.

—¡Fue el vicario, el único ángel aquí! —rio Eliette con poca fineza, lo que provocó que explotaran carcajadas a su alrededor.

—No quiero seguir escuchando esto, Dexter. —Prince hizo ademán de irse.

—¡Te estás perdiendo la mejor parte, incauto! —exclamó mientras veía la espalda de Prince a punto de desaparecer.

Se quedó inquieto después de escuchar aquello. No podía pretender que Angel no tuviera otro prometido. Dado que conocía a los poco fiables señores Payne, todo era posible. Ella, al igual que muchas damas, no tenía elección, tenían que aceptar lo que se les otorgaba. Esperaba llegar a tiempo y que no la hubieran comprometido con el vicario. El mayordomo le abrió la puerta con los ojos desorbitados.

—¿Puede avisarle al señor Payne que he venido para hablar con él?

—Pase, excelencia. Lo anunciaré con el señor.

—¿La señorita Angel se encuentra?

—Está de paseo, con permiso.

Tenía el sombrero dándole vueltas en la mano, para luego acomodarse la chaquetilla como si fuera a verse más presentable.

El señor Payne salió del despacho para recibir al duque. No iba a darle más cabida en su casa.

—¿A qué debo su visita, caballero? —indagó sin rodeos.

—Lo que vengo a pedirle carece de sentido, señor. Sin embargo, estoy siguiendo los designios de mi corazón.

—¿Usted habla de corazón? Usted no tiene corazón, ni conciencia para abandonar a una joven y dejarla en el limbo de no saber qué hacer...

—Vengo a pedir de vuelta la mano de la señorita Payne. Fui egoísta al pensar solo en mí cuando la dejé ir. Dígame que aún puedo acceder a ella —pidió esperanzado.

—Ni si usted fuera el último hombre de Inglaterra. Preferiría casar a mi hija con cualquiera antes que con usted. Hemos sido afortunados que el marqués de Blanford manifestara su interés hacia ella y la haya pedido en matrimonio. Ese es un caballero en todo el sentido de la palabra. Ambos salieron a un paseo. Quiero que se vaya de mi casa antes de que ella regrese y lo vea aquí. Una decepción no se olvida, y como lo sabe, Angeline no puede elegir.

—Es Angel... —murmuró devastado por la noticia de saberla comprometida con Colin.

Con la cabeza gacha y sin despedirse del señor Payne, abandonó la casa. Estaba completamente perdido en sus pensamientos. Al salir, la vio acompañada de Colin y de la doncella en el pescante que él guiaba.

Angel sintió que su pecho se estremecía al ver a Prince en la puerta de su residencia.

—Buen día, Prince —lo saludó Colin con una radiante sonrisa—. La señorita Payne es una excelente compañera con un sentido del humor sin igual...

—Lo sé, Colin —admitió mirándola a ella—. Buen día, señorita Payne, usted está radiante.

Ella no supo qué decir. Los ojos le brillaban al verlo. Quería arrojarle a sus brazos y decirle cuanto lo amaba, pero era un hombre prohibido. Colin tomó la mano de Angel para que bajara. Luego él colocó esa mano para pasarla entre sus brazos.

—Espero que le esté yendo muy bien, excelencia —articuló con dificultad.

—No puedo quejarme de mi suerte. Sin embargo, puedo arrepentirme de mis malas decisiones. Me despido —dijo e hizo una reverencia apresurada antes de subir a su carruaje para partir.

—¿Está bien, señorita Payne? Creo que ya es hora de que nuestro compromiso se haga público...

—También lo creo; es hora de mirar al frente.

Herido en lo más profundo de su ser, Prince pensó que la marquesa estaba detrás de todo lo que ocurría con él y Colin, quien, por su parte, desde que había visto a Angel manifestó su interés de manera sutil. Lady Blanford tuvo que haberle contado para que él aprovechara la soltería de la joven para comprometerse con ella. Pidió al cochero que lo llevara a su casa para enfrentar a la marquesa hasta sacarle la verdad. La sorpresa fue grande para él cuando vio un carruaje alzando los baúles de su abuela, y a la fiel dama de compañía acomodando las cosas de ella.

—¿Dónde está mi abuela, Philippa?

—Salió. No dijo a donde iba. Probablemente fue a buscar a su sobrino...

—¿Se van?

—Sí. Lady Blanford no ve una razón más para continuar aquí. Pasaremos la noche, y partiremos temprano.

—¿Me escribirás desde donde estén? —preguntó entristecido.

—¿Por qué razón lo haría? Usted no quiere saber de su abuela teniéndola en Londres, pero prefiere que yo le escriba para contarle cómo está. Es probable que la próxima carta que reciba de mí será una para informar la desafortunada muerte de milady.

—No seas tan dura.

—Entonces, al menos venga a despedirse de ella con una cena. Vea las ventajas, no volverá a meterse en su vida —dijo molesta.

—Vendré esta noche a verlas. Lo siento.

Philippa le dio la espalda tal como él lo había hecho con ella y lady Blanford. Prince sintió que su vida estaba casi acabada. Las mujeres en ella desaparecían como si solo hubieran sido espejismos.

Lady Blanford salió del armario donde se había escondido en el apuro para que él no la viera.

—Ese rufián está arrepentido —aseguró sacudiéndose el polvo.

—Eso nos hace creer.

—Me alegro de que esté entrando en razón. Philippa, pide a esos empleados inútiles que limpien esta pocilga. Aquí la duquesa no puede dejar sus prendas.

—¿Aún tiene esperanzas cuando sabe que su sobrino se va a casar con ella?

—Golpearé a Colin hasta que desista de esa idea si no quiere dejarla ir. Angel es para mi nieto. También pide que preparen la mejor cena para el duque. Debemos hacer que vuelva aquí.

Por la noche, Prince salió de Inferno para ir junto a su abuela. Se quedó extrañado de no ver a los acérrimos seguidores de las buenas costumbres que arrojaban piedras contra las ventanas. Desde lejos pudo divisar a esa turba frente a su casa arrojándole piedras a la fachada de la residencia. Escuchó como estallaban los vidrios. Estaba horrorizado, lady Blanford estaba adentro.

Bajó del caballo a la carrera. Buscó su arma; no podía salir sin ella desde que esos hombres lo golpearon.

—¡Una piedra más y yo los mataré! —amenazó mientras se colocaba delante del portón.

La turba seguía con las piedras en la mano. Entonces, Prince disparó al suelo lo que hizo que los manifestantes se dispersaran.

Sin perder más tiempo entró a su maltratada residencia. Junto a la ventana, lady Blanford yacía ensangrentada en el suelo y Philippa lloraba junto a ella.

—¡Abuela! —Se apresuró a verla.

—¡Escuchó ruidos y se acercó la ventana, excelencia! —explicó Philippa muy afectada y temblando.

—¡Abuela, no me haga esto! —La tomó del torso para apretarla contra el pecho.

Escuchó unos gemidos que provenían de la marquesa y la alejó rápidamente para verla.

—Prince... —susurró cansina.

—Aquí estoy. Lamento haberla dejado... —expresó acongojado.

—Quiero que seas feliz; es lo único que deseo, pero, al parecer, moriré sin verlo. Prométeme que buscarás a la señorita Payne y, si hace falta, la raptarás... —manifestó tosiendo.

—Ella está comprometida con Colin; no puedo hacer nada.

—Moriré sabiéndote un inútil... Eres un libertino, haz uso de tu nombre y llévate, promete que lo harás antes que muera... —respiró agitada—. Siento que me voy, Prince...

—¡No lo haga!

—¡Prométeme eso para morir en paz! —exigió mientras cerraba los ojos de manera dramática.

—Lo prometo, pero no me deje —besó la frente de lady Blanford que estaba con los ojos cerrados.

—Philippa, querida. —La llamó con la mano extendida.

—Dígame, milady.

—Pásame el bastón, querida. Aprenderán a respetar esta casa. —Intentó incorporarse—. Prince, ayúdame, qué esperas...

El duque no podía digerir lo que ocurrirá. Lady Blanford metió la mano en un bolsillo de él y se secó la ensangrentada frente con el pañuelo.

—Una piedra no va a acabar conmigo.

—No puedo creerlo, abuela. ¡No tiene vergüenza!

—A alguien debiste heredar. Quería ver cómo ibas a reaccionar si me perdías; ahora sé que me amas —sonrió—. Tiren este pañuelo, y tú, nieto, debes cumplir con tu promesa.

—¡Se la hice a una abuela moribunda!

—Una promesa es una promesa. Ahora eres responsable de tu palabra, querido —caminó la marquesa hacia la ventana acompañada de su fiel bastón—. ¡Aparezcan truhanes!

Lady Blanford era un caso perdido, nunca podría ganarle en astucia. La argucia era su negocio, y acababa de conseguir animarlo a una locura, pues se exponía a ser rechazado por Angel, de quien no notó ningún interés hacia él cuando la vio con Colin.

El duque, esa misma noche, tomó un papel y pluma. Utilizaría su propia artimaña de alejarla para poder atraerla hacia él. Al terminar la carta, subió al lomo del caballo con la clara intención de buscar a Angel.

Ella giró en la cama en demasiadas oportunidades, no podía dormir después de haber visto a Prince y sentir que, al encontrarla junto a Colin, algo dentro de él moría. Creía que le menguaban las fuerzas al recordarlo; cada suspiro era un poco de su vida que se le escapaba por los espacios de los dedos.

Escuchó el relinchar de un caballo en la calle. Aquello no le parecía normal para esas horas y se acercó a mirar. Sobre el caballo estaba el duque con una capa, pudo distinguirlo pese a la penumbra. Él bajó con rapidez del equino para saltar el portón. El corazón de la muchacha latía desenfrenado al verlo trepar por los muros de la casa hacia su habitación. En ese momento, las miradas de los dos se encontraron, y él, sin pensarlo mucho, le entregó una sonrisa de felicidad. Con un gesto, pidió que abriera la ventana. Ella lo hizo con ansiedad, respirando entrecortado.

—Agarre la carta; espero que tome una decisión sobre lo que allí dice. Esperaré su respuesta en mi caballo. Léala con atención —pidió Prince con los ojos brillantes al verla.

Después de decir aquellas palabras, bajó para escabullirse otra vez.

Angel tenía una carta sellada en la mano y una respuesta que entregar. ¿Sería aquella una esperanza de estar juntos?

Mi amada señorita Angel,

tuve que perderte para darme cuenta de mi estupidez. Tenía a las dos mujeres en una, en la más increíble de todas. Esta mañana, intenté volver a pedir tu mano, pero tu padre, con gran razón, me expulsó de la casa. Estoy arrepentido de haber cedido ante mi desatino y abandonarte para que la sociedad te señalara. No merezco tu perdón así como tú no mereces mi desconfianza. Pensé por ti sin escucharte, pensé que deseabas una entintada venganza, ahora sé que nada de eso sucederá.

Si es tu deseo igual al mío de amarnos en el libertinaje, te invito a huir conmigo, Angel Payne. A ti, a quien amo, le pido que huya conmigo a Gretna Green y lo abandone todo. Te ofrezco todo lo que pueda darte un mortal como yo, a tu voluntad me postro por una segunda oportunidad de conocer el amor en la honestidad y la sinceridad.

Toma en cuenta mis palabras. Si es de tu agrado el pacto, mi caballo es el tuyo, y nuestro camino uno.

Prince.

Entre lágrimas de emoción y temor, abrazó la carta y se sentó en la cama. En la mente, sin embargo, se le hacía pendiente la buena predisposición de Colin que no merecía ser abandonado por ella. Se debatía entre el amor y el honor, con el claro pensamiento de que podía tener un matrimonio feliz con cualquiera si ella se lo proponía.

CAPÍTULO 40

Por la mañana, Colin desayunaba junto a lady Blanford y Philippa, quienes habían quedado, por el momento, sin un lugar dónde residir, ya que la residencia del duque había quedado destrozada luego del ataque. Conversaban sobre eso, cuando el mayordomo se acercó al marqués con un perfumado papel.

—Señoría, encontré esto bajo la puerta —manifestó el hombre.

—Gracias —dijo. Tomó lo que le habían entregado y se lo llevó a la nariz—. Jazmines...

—La señorita Payne, de seguro, es la única que mata a las pobres flores para sacarle tanto aroma —lamentó la anciana con una venda en la cabeza.

La carta era muy breve y, al parecer, escrita muy deprisa.

Señoría,

hoy he decidido hacerle caso a mi corazón en vez de a la razón. Amo con desesperación al duque de Hamilton. Después de meditarlo unos instantes, decidí que usted debe ser feliz y no seguir los planes de cierta anciana de buenas intenciones. De habernos casado, casi con certeza nuestra vida habría estado vacía, pues mi corazón y mi alma le pertenecen a un libertino.

Le ruego que algún día me perdone. La sinceridad de hoy es mejor que la infelicidad de mañana. Agradezco todo lo que ha hecho por mí. Nos volveremos a encontrar muy pronto junto a un piano.

Con cariño,

Angel Payne

Él apartó el escrito y lo colocó a su lado mientras continuaba desayunando.

—Huyó con Prince —contó en la mesa.

—¿Lo ves, querido? No ibas a casarte. Gracias por haberme ayudado; demostraste ser un buen hombre.

—Expuse mi preciada soltería, tía. Me siento aliviado de que Prince haya reaccionado, no podía ver sufrir a esa dama a mi lado cuando ella amaba a otro. Esa mirada de venado degollado de la joven ha estado en mi cabeza desde que le propuse matrimonio.

—Ahora debemos enfocarnos en que tú te cases... —dijo lady Blanford lo que provocó que Colin tosiera sin parar.

—Hacer tratos con lady Blanford es como pactar con el diablo, señoría. No debió acceder a sus pedidos —advirtió Philippa.

—Tonterías. He pensado en una excelente candidata para ti, Colin, la señorita Minerva Green.

—De ninguna manera.

—Admito que no tiene tanta gracia para la música, son opuestos y eso es más ventajoso — dijo lady Blanford que sonrió con malicia.

—Yo elegiré a mi futura esposa. Lo haré con juicio, y será uno muy crítico.

—Viviré para verlo, aún nos espera mucho trecho, querido Colin...

*

Angel no dudó en escapar con lo que llevaba puesto, después de escribir dos cartas, corrió hacia el portón no sin antes tropezarse con todo a su paso, incluso echando las esculturas nuevas de su padre y pisando el renovado jardín de su madre. El duque caminó con rapidez para encontrarla.

—¡Prince! —dijo tocando las rejas.

—Sabía que lo harías —confesó mientras le tomaba los dedos que estaban aferrados al portón.

Se besaron ansiosos a través del portón que los separaba.

—Ayúdame a salir, está cerrado...

—Coloca el pie sobre mi rodilla, luego te impulsarás y yo te tomaré.

Obedeció sonriente. Colocó el pie como él le dijo y la tomó deslizándola lentamente mientras la acariciaba con disimulo.

—Pensé me habías abandonado —reclamó Angel en un sollozo.

—Lo hice. No obstante, mi mente no te dejaba ir. Desgarraba mi alma saberte con otro, ángel mío. —Besó con ansiedad los rosados labios de la muchacha—. No volveré a dejarte.

—No tuviste compasión, mi amado Prince —volvió a reclamar mientras le tomaba el rostro para besarlo sin cesar.

—Vámonos; no perdamos más tiempo. Pediré un carruaje prestado a Andrew, y partiremos a Gretna Green para casarnos. He esperado con ansias este momento. —La abrazó.

—Soy culpable. Te abandoné, no fui esa noche, estoy tan arrepentida...

—No hay más arrepentido que yo, mi amada Angel, ven conmigo.

Corrieron hacia el caballo. La subió con mucho ánimo. Luego la acompañó en una corta galopada hacia la residencia Hilton. Abrazados, sintiendo el calor de ambos cuerpos, pudieron encontrar la paz que buscaban.

El anhelo de una vida feliz estaba al tocar las puertas de la casa de Andrew y Claire. Prince quería tirar aquella puerta abajo. La golpeó con gran ansiedad a la espera de que apareciera James para ayudarlo, puesto que Arnold quedaba al resguardo del mayordomo de Andrew mientras los padres estaban en Inferno. James abrió la puerta con el bebé en brazos.

—Excelencia, despertó al niño con esos golpes —se quejó mientras mecía al pequeño para que se calmara.

—Perdón, James. Pero necesitamos una ayuda. ¿Puedes prestarme el carruaje de Andrew? Lo devolveré después de volver de Gretna Green: lo prometo —añadió con presteza. No veía la hora de estar en camino hacia Escocia.

James desvió la vista de él para ver a Angel que sostenía la mano de Prince con fuerza y le sonrió a ambos.

—Harán lo que yo no tuve el valor de hacer. Puede llevarse uno de ellos, excelencia. Mis más sinceras felicitaciones por escuchar a sus corazones —expresó con educación—. No tenemos cochero, deberá conducirlo usted.

—Eso no es un problema. Gracias, James. Oh, un detalle, Philippa y lady Blanford tienen mi coche, irán a casa de Colin, pues mi residencia ha quedado inhabitable por un buen tiempo. Pídale a lady Hilton que se encargue de la nueva decoración para cuando volvamos Angel y yo.

—Lady Hilton estallará de emoción. Estaba muy aburrida sin gastar dinero en alguna refacción... —rió mientras los invitaba a pasar.

Dentro de la casa, James les proporcionó prendas de Claire y Andrew para el viaje que tendrían, y unas libras que sir Andrew dejaba para algún aprieto. No podía abandonar a una pareja a su suerte.

—No se preocupe, James —musitó Angel que rechazaba las libras para luego mostrarle las joyas de su madre—. Esto será más que suficiente para que el duque y yo tengamos un feliz escándalo.

Al escuchar esas palabras, Prince aseguró que Angel no solo era la mujer de su vida, sino también de sus fantasías. ¿Qué otra dama sabía usar así la ironía? Un complemento perfecto para su sarcástica existencia.

La generosidad de James no solo fue con el carruaje, la ropa y las libras de sus patrones, sino también con un poco de alimentos para que el viaje fuera más agradable. Si iba a ayudar, lo haría a lo grande, después daría las explicaciones.

El viaje a Escocia fue largo y sinuoso por la incomodidad del trayecto y las horas eternas que pasaron sentados. Cansados, aunque felices, no veían la hora de encontrar una posada para descansar los maltrechos cuerpos.

—El amor duele —opinó Prince.

—Y duele en la postrera parte del cuerpo, mi querido duque —replicó Angel que le tomaba la mano—. Pero se hace soportable si estoy contigo.

—Luego querrás liberarte de mí, Angel, y será muy tarde —se mofó a carcajadas de ella.

—Tengo la solución a mi problema. Viví hasta ahora viendo cómo dos personas que no se quieren conviven en armonía: solo hay que tener dinero; y tú lo tienes de sobra —le dijo y guiñó uno de sus ojos.

—Deberías llamarte Perversa Payne en vez de Angel.

—No querrás conocer lo perversa que puedo ser —soltó al recordar que había querido hacer que lo mataran.

La posada no era lujosa; apenas tenía lo necesario para albergar a alguien de su clase. Sin embargo, sería suficiente para un descanso.

—Habitaciones separadas —pidió Prince al posadero sin que Angel pudiera tener tiempo de replicar. Él le tomó la mano para darle un beso; luego le explicó—. Será mañana, Angel —aclaró Prince que la acompañaba por la escalera.

—Pensé que un libertino querría aprovechar el tiempo —asumió con una tímida sonrisa.

—Me lo dijo Eliette; ahora lo entiendo: no soy un libertino, soy un tonto —le contó y la besó antes de guiarla hasta la que sería su última habitación de soltera—. Guarda fuerzas, mi amada, porque mañana dejaré de ser tonto y seré aquel truhán que intentó conquistarte una vez.

—Ansío ver a mi truhán encantador...

Prince no fue a descansar, sino a indagar dónde podría contraer matrimonio. Quería evitarse las molestias de que por alguna razón apareciera alguien quisiera robarse o secuestrar a su amada. Quizás, el padre de Angel no estuviera feliz al saber que ella había huido con el hombre que la había abandonado. Pensar en la reputación perdida de su futura esposa le provocaba en ese instante mucha gracia, porque caería en desgracia junto a él, y ella parecía encantada de vivir en las sombras.

*

Angel despertó sonriente. Veía el día de una manera diferente. Encontró un vestido extendido sobre la cama y un sombrero con un fino velo. El atuendo era de color marfil y de mangas abombadas, no del mismo estilo a lo que acostumbraba como la seda y el satén, pero cumpliría la función de hacerla ver radiante. El sombrero estaba confeccionado en gasa, un tono menor al vestido.

Temía que, sin Corina, su cabello terminara siendo un horrible estropajo, de modo que Prince, en definitiva, la terminara abandonando en Escocia. Con el agua de la jofaina, se limpió el somnoliento rostro y la boca, también se remojó el cabello para que no se hinchara en demasía y poder moldearlo a su antojo.

Prince, con un poco de esfuerzo, pudo meterse en las prendas de Andrew. Le quedaban más ajustadas en la cintura; ni hablar de que mostraban por demás sus atributos. El baronet era un poco más delgado que él, por lo que todo le quedaba demasiado apretado. Se dispuso a salir de la habitación. Al cerrar la puerta, sus ojos parecían hipnotizados por la dama que salía de la puerta de enfrente.

Angel se recogió el cabello como lo hacía para volverse la dama de Infierno. Un fuerte suspiro escapó de un impresionado Prince que fue acercándose a ella.

—Esa mujer tiene un rostro...

—Y también nombre y apellido —tomó el brazo de él que no podía apartar la vista de ella.

Una sencilla herrería ataviada con algunas telas fue donde contrajeron matrimonio. Los anillos de hierro puro se sentían muy pesados, pero para nada les importaba, lo único importante tenía que ver con el significado de aquellas alianzas.

Entre risas y bromas, llegaron a la habitación de Prince, en donde el posadero colocó una bañera, comida y utensilios, entre las esencias y perfumes. Estaban preparados para que los escapistas ingleses fueran a contraer matrimonio.

—¿Desea un baño, duquesa? —indagó Prince que miraba la nuca de su reciente esposa.

—No cabemos los dos, lo haremos por turno, excelencia. Por ser una dama, iré primero... —dijo mientras se mordía los labios—. El vestido está muy apretado, preciso ayuda para sacarlo.

—Esas deberían ser mis palabras, puesto que estoy asfixiándome en las prendas de Andrew —bromeó con cierto grado de razón.

Pese a la broma, accedió para desnudar a Angel, quien resplandecía con esa tez blanca. Tenía unas piernas perfectas, una cintura estrecha y una espalda en deliciosa discordancia con la preciosa cadera. Aquella era la imagen que él tenía al verla caminar hacia la bañera.

Envalentonado por la excitación, decidió que necesitaba un poco de aire. Se aflojó el corbatín, que le quedaba bien, al contrario de las otras prendas, la levita y la camisa desaparecieron de escena en unos segundos.

Angel se metió al templado baño. Se tomó de los pies abrazada a sus rodillas. Intentaba llamar a Prince con ojos anhelantes. Sin embargo, él se encontraba detrás de ella.

—Voy a ir al infierno por desvestir a un ángel —anunció galante, con las manos puestas en la espalda de ella.

—Y yo estoy deseosa de amar a un demonio.

Él tiró la cabeza de Angel hacia atrás para besarla sin demora. Mientras se besaban en esa posición, le sacó las horquillas del cabello para que los rulos escaparan de la prisión.

—¡Prince! —expresó asustada Angel—. No es agradable mi cabello.

Tomó uno de los rizos para llevárselos a la nariz.

—Tu cabello es un fetiche para este duque, mi amada Angel. Huelen a mucha pasión... —La levantó del agua para llevarla hasta el lecho, donde la recostó.

—No he terminado mi baño —reclamó entre risas mientras sentía el cuerpo de Prince sobre el suyo.

—¿Un baño? ¿Quién lo necesita ahora? Eso puede esperar —sentenció para deshacerse de la última prenda tortuosa que tenía: el pantalón.

Entre los brazos de su amado, conoció no solo el cielo del amor, sino también el infierno de la pasión que los consumía como leña al fuego, chispeante y ardiente.

A Prince, el recorrido por aquel ser celestial le parecía el camino a la redención. Su alma libertina fue saciada con los besos, caricias y la entrega impetuosa de su más fiel amante, su dama con rostro, ataviada de las prendas más preciadas: la sinceridad y la confianza en él.

EPÍLOGO

Dos años después.

El pequeño lord de la casa recorría la sala por el suelo mientras intentaba dar sus primeros pasos. Encontró la falda de una mujer para incorporarse y avanzar un poco más.

—No creo que tenga madera de duque —sentenció lady Blanford que lo punteó con el bastón para que Demian cayera al suelo.

—Milady, aún es muy pequeño, no debería ser tan exigente —le reprochó Philippa mientras le hacía un gesto a Corina para que tomara al pequeño.

En el patio, se podían escuchar los gritos y risas de los asistentes a una fiesta de jardín poco adecuada para una buena sociedad. La anciana se acercó a mirar por la ventana. Los enmascarados corrían detrás de un cerdo que tenía puestos unos pendientes y un collar a juego.

—Pensé que Angel sería una buena influencia para Prince, pero esto es el colmo —espetó bramando en el salón al verla en el regazo de su nieto, ambos muy desvergonzados riendo sin pudor de los demás.

—El duque es un excelente padre. Por otro lado, milady es una dama excepcional. Después del escándalo que hizo la señora Janeth Payne por la huida con el duque, no ha tenido inconvenientes con su reputación, salvo que ambos fueron expulsados de la iglesia al pedirle a Patrick Baxton que los casara. Aún lo recuerdo. —Se carcajeó.

La marquesa viuda no pudo continuar con la seriedad y siguió a Philippa en la carcajada.

—Fue glorioso, querida. Fue la última maldad que hicieron en público. Ahora solo siguen asistiendo a ese lugar de mala muerte. Pero si son felices, ¿quién soy yo para oponerme?

—Es bueno que lo comprendiera.

Afuera de la casa solariega, muchos corrían para alcanzar las joyas, causando la risa enloquecida de los demás. El porcino iba dejando a varios muy por detrás, era más ágil que cualquiera de ellos.

—¡Un cerdo no puede ganarles, recuerden, son solo diamantes invaluableles! —gritó Prince para recordarles que debían hacerse de las joyas.

—Estoy segura de que lady Granard las tomará con los dientes —se burló Angel al ver a la condesa correr con las faldas levantadas detrás del animal.

—Monta un buen espectáculo —justificó el duque sonriendo cerca de la mejilla de ella.

—Es una pena que no estés corriendo, querido —lamentó con un mohín—. Quería esas joyas...

—Para ti podría volver a correr hasta quedar sin aliento. Si tú las deseas, serán tuyas.

—Las quiero, Prince —se levantó Angel con una sonrisa, para dejarlo ir.

—Y yo adoro a la duquesa más sinvergüenza de Londres.

Luego de decir aquello, comenzó a correr como el resto para darle gusto a ella.

Mientras, Angel se sentó en la silla de Prince, que ya no tenía mucho de Demonio. No obstante, la angelical esposa terminó transformada en el verdadero demonio. Una esposa que en vez de sacarle a flote la reputación, se hundía junto con él, entregada al verdadero amor de su esposo.